

EL PRECIO DE LA MUERTE



J. JACKSON

EL PRECIO DE LA MUERTE

J. JACKSON

CAPITULO 1

Con la mirada perdida en el ventanal de la sala de reuniones de su comisaría, la inspectora Arnal vagaba por todo lo sucedido en las últimas dos semanas, parecía que hubieran pasado meses desde que el inspector jefe le ordenó que se ocupara de la investigación junto con su compañero, el inspector Borja Lozano. Carolina apartó la mirada del intenso tráfico de la calle y descubrió su reflejo en el cristal, se reconocía más que nunca en lo que veía, aunque no podía evitar pensar en el tiempo en el que no había sido ella misma, pero a pesar de la rabia que sentía al pensar en ciertos momentos, podía sentir que todo lo sucedido le había hecho más fuerte, más segura, más ella misma.

Miró la hora en su teléfono móvil, ya eran más de las doce del mediodía, y aunque no tenía nada que temer, la espera le hacía estar nerviosa, cuando el comisario le llamó por la mañana para una reunión informal, cada palabra de tranquilidad que escuchaba llegaba a su cabeza como todo lo contrario. El sonido de un mensaje nuevo llegó mientras sostenía el móvil en su mano, solo podía pensar en una persona, y por una de esas extrañas circunstancias que llaman casualidad, su nombre apareció en la pantalla.

Por unos momentos dudó en abrirlo, aún no sabía si quería volver a verlo, aunque nada le apeteciera más, la curiosidad y puede que el trabajo le decidieron a abrirlo, al fin y al cabo, no tenía ninguna obligación de responderle. Se trataba de un audio, típico de él, pensó con el dedo sobre la pantalla dilucidando si escucharlo o no.

Con una sonrisa, presionó la pantalla para escuchar el mensaje, y por supuesto, no era lo que esperaba, como nada en él, tras los primeros compases, una melodía familiar hizo que su mente viajara por cada segundo del tiempo que habían compartido. Sus pensamientos se detuvieron mientras veía pasar cada momento como si del tráiler de una película se tratara, dolor, risas, angustia, miedo, alegría, todo se mezclaba haciéndole sentir una sensación extraña, eso era

lo que le hacía sentir, todo a la vez, y nada.

Casi sin darse cuenta, *All I have to do is dream* de los Isley Brothers le estaba haciendo flotar en torno a la mesa donde, con toda seguridad, el comisario le pondría entre la espada y la pared, y aunque no tenía nada que temer, no debía contar nada que no fuera relevante para la investigación, aunque sí para ella.

La puerta de la sala de reuniones se abrió bruscamente, haciendo que Carolina saliera del trance en el que se encontraba, y volviera a la cruda y desagradable realidad que le había llevado hasta allí esa mañana.

–Buenos días – bramó el comisario Gálvez con su habitual voz grave, fruto de años de tabaco – mejor dicho, buenas tardes, la verdad es que no sé bien que decir a estas horas – sonría mirando a los dos hombres que le acompañaban, el inspector jefe Cuadrado y un hombre al que Carolina no reconocía, aunque imaginaba que se trataría de alguien del servicio secreto – supongo que depende de si ya has comido o no ¿verdad? – el inspector jefe le miraba con cara de circunstancias, no resultaba nada cómodo para él tener que someter a un interrogatorio a uno de sus inspectores – ya veo que no os interesan los temas culinarios – el comisario resopló, se pasó la mano por su escasa cabellera blanca y con algo de esfuerzo, se deshizo de la chaqueta de su caro traje beige, algo pasado de moda, para dejarla en el respaldo de una de las ocho sillas que rodeaban la amplia mesa.

–Creo que ya sabes para que estamos aquí – intervino Cuadrado mirando la expresión seria de Carolina, que no apartaba su mirada de la desafiante presencia del tercer hombre – sentémonos y empecemos, cuanto antes lo hagamos, antes terminaremos – el inspector jefe se sentía cada vez más tensionado, esa mañana, ni siquiera se había molestado en colocarse una de sus estrafalarias corbatas, de las que tanto le gustaba que hablaran, solía decir que mientras hablaran de lo fea que era la corbata del día, menos se distraerían con otros asuntos, ni siquiera su largo flequillo se mantenía inmune a la fuerza de la gravedad, como sucedía habitualmente, no dejaba de pasarse la mano, una y otra vez, tratando de quitárselo de los ojos.

–En primer lugar – el comisario interrumpió a Cuadrado – deberíamos hacer las presentaciones ¿no te parece? – levantó las cejas mientras el hombre asentía sonriendo.

–Soy el agente Fernández – se adelantó el hombre ofreciendo la mano a Carolina.

–Un apellido muy común – apuntó Carolina desconfiada.

–Creo que ha aprendido bastante en estos últimos días de nuestros protocolos – apuntó Fernández serio.

–No crea, sigo siendo la misma inspectora ingenua y confiada – la extraña sensación entre ellos dejaba al comisario y al inspector jefe alejados de lo que sabían el uno del otro, y que por supuesto, tampoco pretendían complicarse preguntando.

Mientras observaba al agente Fernández, Carolina no podía dejar de pensar en su relación con el servicio secreto durante la investigación, y en particular con Eliot, estaba segura de que ese era el punto al que quería llegar su compañero del servicio secreto.

El silencio prolongado después del comentario de Carolina mientras el agente revisaba unos papeles que tenía sobre la mesa, estaba poniendo nervioso al comisario, cuyos ojos iban y volvían entre Carolina y el agente Fernández.

–Vaya – exclamó el comisario dejando escapar una fuerte tos – no me había fijado, pero estás estupenda – Carolina sonrió al comisario por el piropo – no me malinterpretéis, no solo me refiero al físico, que también, sino a todo – concluyó el comisario, que no sabía cómo explicar el cambio en Carolina.

–Sin duda que el agente Eliot ha tenido que ver en ello ¿verdad? – la sonrisa socarrona de Fernández hizo que hirviera la sangre de Carolina.

A pesar de su rabia, Carolina era consciente de que Fernández tenía razón, y aunque físicamente los cambios eran llamativos, pelo corto y pelirrojo, ropa ajustada y elegante, en su interior los cambios habían sido mucho más profundos. Siempre había sido una gran agente de policía, lo que le había llevado a ser inspectora rápidamente, y con treinta años ya había resuelto muchas investigaciones complicadas, más que la mayoría de sus compañeros, algunos de los cuales se burlaban de ella por la falta de respuesta a sus provocaciones, algo que a buen seguro ya no sucedería, ya que ni siquiera se atrevían a hacerlo.

–No quiero que se sienta incómoda – continuó el agente Fernández.

–Lo haré si me sigue tratando de usted – dijo Carolina con la mirada clavada

en el agente.

–Por supuesto – sonrió Fernández asintiendo, mientras se ponía cómodo quitándose la chaqueta.

Fernández estaba especializado en tratar asuntos complicados con sus compañeros de la policía, sobre todo los que estaban relacionados con delitos en los que pudieran estar implicados alguno de ellos, no pertenecía a asuntos internos, solo actuaba si alguno de sus compañeros del servicio secreto había intervenido en la investigación. Normalmente, su sola presencia, era un hombre alto, más de metro noventa, y corpulento, bastaba para intimidar, solía mostrar una imagen de agente de alto rango, aunque nadie supiera cual era, con un traje caro y elegante, y un dossier lleno de documentos en los que, en la mayoría de las investigaciones, solía llevar papeles que nada tenían que ver con el investigado. Sabía que todo eso no resultaría con Carolina, no tanto por ella, sino por la compañía que había tenido, Eliot era un agente algo particular, tanto en sus métodos como en su forma de ser, y seguro que le habría puesto al día de sus métodos para no cometer ninguna torpeza.

–En vista de que solo estamos aquí como supervisión – intervino el comisario.

–Por favor – dijo Fernández con tono suave – pueden dejarnos solos si quieren.

–Muy gracioso – contestó el comisario mientras sacaba el tabaco de su chaqueta – no vamos a dejar a uno de nuestros inspectores en sus manos, y menos tratándose de una reunión pactada.

–Informal – aclaró Fernández.

–Como quiera – continuó el comisario encendiéndose un cigarrillo – pero de aquí no nos movemos – miró al inspector jefe, que tragó saliva.

–Está bien – concluyó Fernández molesto por el humo de la primera calada del comisario - ¿podría dejar de fumar?

–No – contestó rotundo, lanzando otra oleada de humo sobre la cabeza del agente.

–Sabe que puede morir de eso – advirtió Fernández tratando de que apagara el cigarrillo.

–Por supuesto ¿por qué cree que lo hago? – con una sonrisa dejó el asunto

zanjado, el inspector jefe estiró su brazo hasta la cajetilla de tabaco del comisario ante la mirada de asco de Fernández.

–Yo voy a fumar porque estoy hasta los cojones de tanta historia – cada vez era más evidente el mal rato que estaba pasando – así que, si le molesta abra la ventana.

Fernández miró a través del cristal la gélida mañana de febrero, para después volver la mirada al inspector jefe, que sonría con el cigarrillo entre sus descuidados dientes, decidió no dejarse llevar por los incordios de los dos policías y centrarse en lo que había ido a hacer, se giró hasta Carolina para comenzar con las preguntas.

–Como te decía – Fernández retomó la conversación con Carolina, que mantenía su gesto serio – no quiero que te tomes esto como una investigación, ni nada parecido.

–No lo he hecho – le cortó Carolina con sequedad.

–Estupendo – reaccionó Fernández asumiendo que le resultaría muy complicado sacar alguna información más de la que tenía.

CAPITULO 2

–Creo que lo mejor será comenzar desde el principio – Fernández no quería perder ni un solo minuto más - ¿qué me puedes decir de Alejandro Claro?

–Lo cierto es que bastante poco – la pregunta cogió algo desprevenida a Carolina, que no esperaba que se remontara tan atrás – como sabes, hasta unos días después de comenzar con la investigación no le conectamos con lo que había sucedido, en su momento, su caso quedó abierto.

CINCO MESES ANTES

La noche era cerrada, y los últimos rezagados corrían para llegar al cobijo de sus hogares y reponer fuerzas para otro día de rutina, aún es martes, y en las calles no se ve el ligero movimiento de los últimos días de la semana, más aún teniendo en cuenta la delgada llovizna que moja sin querer el asfalto. Ya son más de las diez, y en el barrio más alternativo de la ciudad, los negocios hace algunas horas que sus luces se han apagado, tan solo un par de bares con clientes fijos de penas mantienen la poca vida que da una noche de septiembre.

Una tenue luz brilla a través de una de las ventanas de un pequeño estudio de tatuajes, *Rebel Tatoos* reza el descolorido cartel que cuelga sobre la puerta acristalada de entrada. El propietario, Alex, un hombre cercano a la cuarentena, aunque nadie lo diría al ver su aspecto juvenil, sus dos horas diarias en el gimnasio le daban un aspecto atlético, lejos de la mayoría de los hombres de su edad, que adornaba con parte de su obra por casi todo su cuerpo. Su compañía era muy demandada tanto por hombres como por mujeres, algo que a él nunca le había importado, resultaba un hombre muy atractivo, con su cabeza rapada y sus intensos ojos azules, además era considerado un artista, y no solo en el barrio, había conseguido traspasar la frontera de sus calles adyacentes, y en muchos casos, venían de otras ciudades para que plasmara en sus cuerpos todo su talento.

Entre sus clientes había conseguido aglutinar a un sinnúmero de personas de todas las clases sociales, incluidos famosos deportistas, actores y actrices y todo aquel pudiera permitirse que sus caras agujas tocaran su piel. Era una de esas celebridades por las que Alex aún continuaba trabajando y por la que había cerrado sus puertas para concentrarse en el trabajo que estaba a punto de terminar.

–Muchas gracias, Alex – susurró Ester, una conocida actriz de una serie de moda.

–Por favor, qué menos – contestó Alex trabajando sobre el hombro izquierdo de Ester, concentrado en dar el último toque a su obra – terminado – exclamó con una gran sonrisa de satisfacción.

–¿Puedo verlo? – preguntó Ester sin moverse.

–Claro, un momento que termino de limpiarlo, y le echas un vistazo antes de taparlo – contestó Alex sin poder dejar de admirar su última obra.

Después de que Alex concluyera, le hizo una seña a Ester para que se incorporara y mirara el espejo que sostenía entre sus manos para ver su espalda reflejada en el que tenía frente a ella.

–Eres el mejor – Ester estaba más que encantada observando el extraño tótem que tenía dibujado sobre su omoplato, lleno de color y con todo tipo de símbolos tribales alrededor.

–No sé si soy el mejor o no – contestó Alex mirando la cara maravillada de Ester – pero esta vez me ha salido especialmente bien.

–Me voy – saltó de repente Ester mirando su teléfono móvil, que le avisaba de las decenas de mensajes no atendidos que había tenido durante las dos últimas horas – se ha hecho tardísimo.

–Un momento – la detuvo Alex – te lo protejo y ya te puedes marchar.

Después de unos minutos, Ester ya estaba exhibiendo su perfecta figura bajo un largo abrigo negro y su larga melena rubia junto a la puerta de salida.

–Eres un genio – dijo Ester besando cariñosamente la mejilla de Alex, que sonreía altivo, sabía que este trabajo le traería más.

–No es para tanto – contestó con falsa modestia – un trabajo bien

hecho.

–Una obra de arte – replicó Ester – que llevaré conmigo para siempre.

–Gracias – Alex se rindió a los halagos.

–Mañana por la mañana te haré la transferencia – apuntó Ester saliendo, mientras se despedía con la mano en alto.

–No te preocupes – Alex alzó la voz mientras perdía de vista a Ester detrás de la puerta.

Alex suspiró con satisfacción, eran pocas las ocasiones en que tenía que cerrar su estudio para una sola persona, pero sabía que cuando lo hacía, su negocio crecía con cada minuto que el cliente pasaba bajo sus talentosas manos. Volvió hacia la pequeña mesa de despacho en un rincón de su estudio para coger las llaves y cerrar la puerta mientras recogía para tener todo preparado para las citas del día siguiente, pero antes de que pudiera meter la llave en la cerradura, la puerta cedió hacia él tras un ligero empujón desde el exterior.

–Buenas noches – saludó el hombre que quedó a la vista en la calle.

–Joder – exclamó Alex con un respingo – me has asustado.

–¿Puedo pasar? – preguntó el hombre esperando una respuesta afirmativa.

–Claro, pasa – le contestó Alex, que después de dejarle entrar, se asomó al exterior y lanzó una mirada a ambos lados de la calle.

–Con lo bien que te va y no has sido capaz de dar otro aire a este antro.

–No seas maleducado – dijo Alex cerrando por fin la puerta – se supone que tendrías que alabar mi centro de inspiración, además, a mis clientes les gusta.

El hombre paseaba en torno a la habitación mirando los cientos de dibujos que colgaban de la pared, observándolos con desdén e indiferencia.

–¿Tienes lo que te pedí? – preguntó el hombre.

–Hace semanas que lo tengo, pero como te empeñaste en que esperara tu visita, no te he podido llamar – respondió Alex, que comenzaba a recoger con premura.

–No consigo comprender como alguien como la chica que acaba de estar aquí puede sentarse aquí para ponerse en tus manos – el hombre miraba con asco la mesa de operaciones de Alex, donde aún se podía sentir la presencia de Ester.

–Porque soy el mejor.

–Además, modesto – dijo el hombre con sarcasmo – no quiero hacerte perder más tiempo, así que, si tienes lo mío, te pagaré y me marcharé.

–Espera a que recoja un poco esto – contestó Alex, mientras el hombre se desplazaba por una de las paredes mirando incrédulo las fotos de Alex con algunos de sus famosos clientes.

–Dichosa moda – pensó el hombre en alto.

–¿Cómo dices? – preguntó Alex distraído mientras colocaba cada cosa en su lugar y terminaba de limpiar sus útiles.

–Lo de hacerse tatuajes – continuó pensando en alto el hombre – es una moda, dentro de unos años nos harán creer que lo más *cool* será tener el cuerpo limpio de tinta.

–No lo creo – sentenció Alex – es más que una moda, es una forma de pensar.

–No estoy aquí para tener una discusión sobre la bondad de los tatuajes y su incidencia en la vida de las personas, por favor – el hombre sacó un sobre de su grueso abrigo negro y esperó a que Alex cumpliera con su parte.

–Ya veo que eres un hombre chapado a la antigua – bromeó Alex mientras se acercaba hasta su pequeña mesa para acabar con el trato.

–Llámalo como quieras – contestó el hombre acercándose hasta Alex.

–Aquí tienes – Alex sacó un pequeño sobre blanco con manchas de tinta en su exterior.

–Gracias – dijo el hombre, cogiendo el sobre con asco, miró en el interior y sacó un papel con algo apuntado - ¿es correcto lo que está aquí escrito?

–Por supuesto – contestó Alex indignado – la tinta son mis ladrillos, que esté algo manchado no quiere decir nada más que trabajo con ella, no que sea un desastre.

–Disculpa, tienes razón – el hombre hizo una pequeña mueca y volvió a hacer desaparecer su mano tras su abrigo, pero esta vez sacó lo que parecía una pequeña porra de policía.

–¿Para qué coño es eso?

El hombre, después de guardar el sobre que Alex le había entregado en el bolsillo interior de su abrigo, alzó la porra, y sin mediar palabra la golpeó la cabeza haciéndole caer. Aturdido por el golpe, Alex consiguió rehacerse, y apoyando su mano sobre el suelo, se incorporó para mirar a su sorprendente atacante.

–¿A qué coño viene esto? – gritó Alex desde el suelo mientras tocaba su ensangrentada frente tratando de mitigar el dolor.

–No es nada personal – contestó el hombre, que armó de nuevo su brazo golpeando el antebrazo de Alex, que había dispuesto para no recibir un nuevo impacto en su cabeza.

Pero de poco le sirvió de nada, el hombre, decidido, comenzó a lanzar su porra contra Alex como si se tratara de un saco de entrenamiento, después de un minuto de constante acoso, Alex se rindió, dejándose caer al suelo, donde un charco de su propia sangre le esperaba. El hombre se detuvo para tomar aliento y finalizar el trabajo, Alex tenía la mirada perdida, como su pensamiento, no alcanzaba a entender lo que le estaba sucediendo, resopló con fuerza y golpeó la cabeza de Alex hasta que estuvo seguro de que sus ojos no volverían a abrirse jamás.

CAPITULO 3

Es febrero, y las calles reflejaban el frío y largo invierno, a pesar de que los rayos solares iluminaban el asfalto como si fuera una mañana primaveral. El movimiento en la ciudad era frenético, tráfico imposible, peatones nerviosos por llegar al destino, autobuses repletos, y la desagradable sensación de que las vacaciones de verano quedaban aún muy lejos.

Las once de la mañana en el barrio financiero, las sonrisas y el buen humor eran más que evidentes a pesar del frío, la ansiada mejoría en la economía, lo que para muchos de los ejecutivos de la zona suponía un aumento en su retribución.

Un hombre observaba la rutina de la ciudad con indiferencia desde lo alto de su oficina en la planta sexta de un antiguo y señorial edificio, hacía tiempo que las estaciones y los días pasaban sin otro cometido que llegar al final del camino, a pesar de haber tenido el firme propósito de aprovechar cada segundo que le quedara en aquel mundo falso en el que vivía.

Leonardo Blanes apagaba su enésimo cigarrillo en el repleto cenicero de su mesa de despacho, mientras continuaba mirando distraído el movimiento en la calle. Hacía tres años que había conseguido aquel pequeño refugio para hacer lo único que sabía, investigar y dejarse llevar por su intuición, antes como inspector de policía y ahora como detective privado y, aunque el trabajo no abundaba, tampoco le faltaba, lo suficiente para mantener un buen nivel de vida y mantener sus vicios y caprichos.

Gracias a sus contactos como inspector de policía pudo conseguir los poco más de treinta metros cuadrados donde Pam, su extravagante secretaria, recibía a sus clientes y preparaba sus salidas, la mayor parte de las cuales tenían que ver con infidelidades y, sobre todo, con fraude

laboral, lo que cada vez le aburría más y le hacía sentir que perdía el tiempo y malgastaba su enorme talento, aunque era consciente de que su tiempo como inspector de homicidios ya había caducado. Tampoco ofrecía la mejor de las imágenes, con una pequeña salita, donde Pam recibía a los clientes en una raquítica mesa repleta de todo tipo de amuletos tribales, que adornaba con su pelo multicolor y tendencias de moda algo excesivas, que en ocasiones extrañaba para una mujer de sesenta años, para continuar con el descuidado aspecto de su despacho, una gran estantería medio vacía en una de las paredes, con varios libros hundidos en polvo, y tres sillas, todas diferentes entre sí para que sus clientes tomaran asiento frente a una vieja mesa de madera repleta de papeles sin orden, delante de su imagen de tipo duro, a pesar de todo, sus resultados eran excelentes, y como consecuencia, su reputación.

Olivia, una mujer de unos cincuenta años pasaba a primera hora por el despacho para tratar de que el polvo y el olor a tabaco desapareciera por unas horas, para después pasar por su apartamento con la misma misión, y para encargarse de que tuviera disponible sus doce camisas y sus cinco pantalones limpios para que diera la mejor de sus imágenes, aunque esto resultaba algo casi imposible, su perenne cara sin afeitar y su pelo castaño alborotado hacían que todos sus esfuerzos fueran casi en balde, esta era la relación más cercana que mantenía con alguien desde que salió del cuerpo de policía.

Cogió de nuevo la cajetilla del tabaco de la mesa, pero después de unos segundos con el mechero suspendido en el aire, decidió que lo mejor sería dar un paseo, a pesar de que Pam se había tomado el día libre y dejara el negocio sin atender durante unos minutos, no quería que las cuatro paredes se le vinieran encima y terminara abriendo el pequeño mueble junto al perchero donde guardaba una botella de whisky.

Al llegar hasta la puerta, alguien tocó con los nudillos al otro lado, se detuvo antes de ponerse la chaqueta y volvió hacia su mesa, colgó la chaqueta y se sentó abriendo una de las carpetas que había sobre ella, dejando la puerta de su despacho abierta.

–Adelante – dijo en voz alta.

–Buenos días – un hombre alto de unos setenta años se asomó con la puerta entreabierta - ¿Leonardo Blanes?

–Sí – contestó Leo, levantándose para saludar a su posible cliente - ¿en qué le puedo ayudar? – en seguida se dio cuenta de que se trataba de un hombre con dinero, su traje, su compostura y sus gestos indicaban inequívocamente que estaba acostumbrado a dar órdenes y a que estas fueran obedecidas.

–¿Es usted? – preguntó el hombre extrañado al ver su aspecto desaliñado.

–Sí – contestó Leo con seguridad mientras volvía a su sillón tras la mesa – siéntese por favor.

El hombre tomó asiento sin poder dejar de observar cada rincón del despacho, no estaba seguro de que fuera lo que estaba buscando.

–He tenido mucho trabajo últimamente y está todo algo desordenado – se disculpó Leo percibiendo la incomodidad del hombre con el aspecto del despacho.

–Me han recomendado que viniera a verle – comenzó diciendo el hombre en tono serio – me han dicho que es el mejor, que fue inspector de policía.

–Está en el lugar adecuado – contestó Leo tratando de ofrecer su mejor sonrisa – empecemos por su nombre.

–No tan rápido – le detuvo el hombre, que todavía no había decidido que fuera Leo la persona idónea para ayudarlo.

–Usted dirá.

–Se trata de mi mujer – dijo el hombre serio – pero antes de empezar a contar nada, le seré sincero – se detuvo unos momentos, pensativo – me han recomendado sus servicios como el mejor detective privado de Madrid, aunque por lo que veo, no parece que le vaya muy bien.

–Le comprendo – respondió Leo rápidamente – mi oficina no es la más lujosa, y seguramente no sea la persona más convincente, pero le aseguro que ninguno de mis clientes ha dejado de solicitar mis servicios una vez que han trabajado conmigo, y le aseguro que entre ellos cuento con varias empresas importantes – el hombre resopló pensativo.

–Está bien – afirmó el hombre – al fin y al cabo, la persona que le ha recomendado es de mi total confianza, no creo que me enviara a cualquiera – Leo asintió sonriente – como le decía se trata de mi mujer, bueno, a decir verdad, no estoy casado con ella – Leo le miraba expectante, aunque intuía que le quería decir – hace unos años me divorcié y hace un año que estoy con otra mujer.

–Antes de continuar – le interrumpió Leo – sería de gran ayuda que me dijera su nombre.

–Perdón, claro, soy Enrique Galán – Leo negó con la cabeza – no tiene por qué conocerme, pero seguro que conoce la constructora Klerksdorp – Leo abrió los ojos sorprendido – soy el máximo accionista.

–Impresionante – dijo Leo con algo de sorna, resultaba complicado impresionarle, y mucho más si lo único que podía ofrecer era dinero y poder.

–Ya veo – dijo Enrique frunciendo el ceño, no estaba acostumbrado a que su presencia resultara tan indiferente.

–Creo que deberíamos centrarnos en el trabajo – se anticipó Leo al comentario de Enrique – su mujer ¿es joven? – Enrique le miró con recelo mientras se pasaba la mano por su cabellera blanca, perfectamente recortada.

–Sí – contestó de mala gana – pero nuestra relación va más allá del físico y la edad – Enrique, a pesar de sus setenta años, presentaba una imagen atlética y cuidada, aunque no podía evitar que su edad se reflejara en su cara y sus manos.

–Por supuesto – contestó Leo esperando la explicación de Enrique.

–De un tiempo a esta parte, Ana parece haber perdido el interés por nuestra relación – Leo seguía en silencio las palabras de Enrique – y aunque confío en ella, me gustaría asegurarme de que no es porque está con otra persona.

–Claro – asintió Leo sin entrar en detalles – necesitaría una foto de su mujer y que me diera unas pinceladas de su vida cotidiana – Enrique le clavó una mirada desafiante – entiendo que para usted es una situación incómoda, pero para realizar un buen trabajo necesito saber algunos

detalles de los que tal vez le cueste hablar.

–Adelante – accedió Enrique, consciente de que si quería conseguir saber si su mujer le era infiel tendría que confiar en el hombre que tenía frente a él.

–Su mujer ¿trabaja?

–No exactamente – contestó Enrique – antes de comenzar conmigo hacía alguna cosa como modelo, pero ya por entonces colaboraba con una empresa de diseño de ropa.

–Ya veo – contestó Leo, que apuntaba cada palabra de su cliente - ¿sospecha de alguien en particular?

–Lo cierto es que no.

–Y ¿qué le hace pensar que se puede estar viendo con alguien? a parte de su falta de interés en su relación – continuó indagando Leo.

–Últimamente pasa más tiempo en Cem, la empresa de diseño, y en algunas ocasiones, hasta muy tarde – la cara de Enrique se iba torciendo a medida que sus pensamientos salían a la luz.

–De acuerdo, y ¿sospecha de alguien de la empresa?

–Ya le he dicho que no – contestó Enrique con violencia, creando el silencio entre ambos – lo siento – se disculpó bajando la cabeza – he tratado de que no me afecte, pero hablar de ello ...

–Lo entiendo, tómese el tiempo que necesite – Leo dejó que Enrique se calmara.

–La semana que viene tengo que viajar a Colombia – Enrique cambió el gesto de angustia y volvió a su prepotente manera habitual de hablar – si tiene algo con alguien, aprovechará esos días.

–Seguro que es el mejor momento – confirmó Leo.

–Me acompañará al aeropuerto, y a partir de ese momento será suya – Enrique suspiró, no quería más preguntas, que lo único que le producían era dolor.

–Perfecto – asintió Leo – tan solo necesito que me dé una serie de direcciones, no creo que tenga problemas en seguirla, pero siempre puede haber imprevistos, y tener lugares donde volver a conectar con el seguimiento es fundamental, la dirección de su casa, el trabajo y algún

lugar que suele frecuentar, como el gimnasio, por ejemplo.

–No hay problema, deme una dirección de correo – contestó Enrique sacando una tarjeta suya del bolsillo de la chaqueta y colocándola sobre la mesa mientras Leo buscaba una entre uno de sus caóticos cajones.

–Aquí tiene – dijo Leo aliviado al encontrar una.

–Muy bien – Enrique miró la tarjeta de Leo – mi asistente le enviará toda la información a su correo electrónico, a partir de ahora, todo lo que tenga que ver con esto, lo tratará con él.

–Entiendo que su asistente está al día de mi trabajo – preguntó Leo algo extrañado.

–El señor Crespo está al tanto de todo lo relativo a mí, cualquier otra información que requiera, él se la facilitará – contestó Enrique, que se levantó para marcharse, la conversación había sido más dolorosa de lo que había previsto en un primer momento.

–No se preocupe, está en las mejores manos – le tranquilizó Leo.

–Eso espero – contestó Enrique con un tono un tanto amenazante.

–No hemos hablado de mis honorarios – le apuntó Leo antes de salir.

–Como se habrá imaginado, eso no es un problema – respondió Enrique con suficiencia – entiendo que no me engañará.

–Por supuesto que no – se apresuró a decir Leo.

–Pues está todo dicho – Enrique salió dejando la puerta del despacho abierta, y cierta incertidumbre en la intuición de Leo.

Al día siguiente, y enfundado en unos vaqueros y una discreta cazadora azul marino, Leo salió directamente desde su casa para cumplir con un trabajo pendiente, descubrir el supuesto engaño de una trabajadora de limpieza que alegaba fuertes dolores de espalda para poder cogerse la baja, sus jefes tenían la sospecha de que lo hacía para trabajar en otro sitio sin contrato y cobrar por ambos trabajos. Ya conocía la vivienda de la sospechosa, una mujer de unos sesenta años cuyo único delito en su vida había sido trabajar para sacar adelante a sus dos hijos ella sola.

Después de una hora esperando frente a la casa de la mujer en su coche, al fin salió, pero se encontró con algo que no esperaba, apareció en

la puerta de su edificio para recibir a su hija, que le llevaba a su nieta para que se hiciera cargo de ella, sintió que el estómago se le encogía, a pesar de los años continuaba sintiendo algo que debía haber olvidado, escrúpulos. Hecho un último vistazo a la mujer con su nieta en brazos y arrancó el coche, al fin y al cabo, tenía aún un par de días más hasta que recibiera la confirmación de la baja, si es que la cogía, por lo que decidió dejarlo por el momento e ir a dar una vuelta por la casa de Enrique, no le vendría mal conocer el terreno antes de comenzar el trabajo.

Antes de salir, echó un vistazo al correo en su teléfono móvil, y como Enrique le había dicho, su asistente ya le había enviado un listado con los lugares en los que podría encontrar a su novia. Tras un breve vistazo, encontró la dirección de la vivienda habitual de los dos tortolitos, una lujosa urbanización en el extremo norte de la ciudad, donde grandes chalés competían por cuál de ellos se levantaba más sublime y vistoso para regocijo de sus ocupantes.

Lentamente, Leo pasaba por delante del muro de la inmensa casa de Enrique, más de cincuenta metros de ladrillo, tan solo roto por un gran portón para la entrada de coches, junto a una pequeña puerta peatonal al lado, un lugar inexpugnable para sacar algo en claro de allí, tuvo la sensación de que el encargo le iba a resultar algo más complicado de lo que pensaba. Después de salir del laberinto de calles que rodeaban la lujosa vida de los vecinos de Enrique, volvió al centro, donde se encontraba la empresa para la que trabajaba Ana, su novia, quería verla en persona antes de que llegara el martes por la mañana.

Aún no eran las once de la mañana cuando Leo caminaba frente al edificio de Cem, pensó que lo más probable sería que en algún momento de la mañana saliera para hacer un descanso en alguna de las muchas cafeterías de la zona, por lo que decidió esperar sentado en un banco cercano mientras ojeaba la prensa. Al cabo de unos minutos, varias mujeres salieron joviales del edificio entre risas y comentarios, Leo consiguió escuchar el nombre de Ana, pero al fijarse en las cuatro mujeres, ninguna de ellas se correspondía exactamente con la foto que guardaba en el bolsillo de su chaqueta. Se levantó para acercarse a ellas

en su paseo, y después de unos segundos de indecisión se fijó en una, alta, elegante y con una imagen mucho más joven de lo que esperaba, sin duda la foto no le hacía justicia.

Ralentizó su paso hasta que estuvo a una distancia suficiente como para que no se fijaran en él, pero teniendo controlado cuál iba a ser su destino. Como esperaba, las cuatro entraron en una cafetería, llegó hasta la puerta, esperó unos minutos fuera, aún no se habían sentado, hacían cola para pedir su desayuno. Una vez estaban haciendo su pedido, Leo entró y se colocó detrás de las cuatro personas que conformaban la espera mientras jugaba con sus compañeros de cola para no dejarse ver directamente, aunque tratando de escuchar la trivial conversación de Ana con sus amigas de la oficina.

–De verdad que no lo puedo entender – comentaba la más joven, lanzando su melena rubia de un lado a otro mientras trataba de sentarse sin que su escueta minifalda le jugara una mala pasada.

–Es la jefa – le contestó otra, que tomaba asiento con sopor.

–Y ¿tú? – le preguntó la primera a Ana – no sé cómo la aguantas, no tienes necesidad.

–Me gusta el trabajo – contestó Ana con tranquilidad, Leo, por su parte, se movía inquieto intentando verla con claridad, aunque la había reconocido, no había podido pararse a observarla.

–No tienes necesidad de aguantar sus locuras – intervino la tercera, la más mayor, su ropa sobria y su forma de hablar no dejaba dudas, aunque no debía llegar a los cuarenta.

Leo cogió su cappuccino y fue hasta el otro lado de la cafetería, donde podía tener a la vista a Ana. Rodeó las mesas para no pasar cerca de ellas y tomó asiento, Ana le resultó aún más guapa y atractiva que en su primera impresión, no aparentaba más de treinta años, ni en su físico, ni en su forma vestir, un capricho demasiado difícil de retener al lado de un hombre de setenta años, pensó mientras daba un pequeño sorbo a su cappuccino.

Al cabo de quince minutos, con la misma energía y entusiasmo con el que habían salido del trabajo, las cuatro amigas volvieron, dejando a Leo

algo más tranquilo, la forma de actuar de Enrique le había dejado alguna que otra duda sobre lo que buscaba, pero después de ver a su joven y atractiva novia, el trabajo le resultaba más fácil y familiar de lo que había pensado.

A Carolina le estaba costando más de lo que pensaba recordar todo lo sucedido, tenía la extraña sensación de que había pasado una vida desde que el inspector jefe Cuadrado la avisó para comenzar con la investigación unas semanas atrás, cuando no era consciente de su propia vida, y se dejaba llevar por los dogmas de fe que le habían inculcado y que le resultaba imposible romper.

–¿Conocía a Leonardo Blanes antes de que se cruzara en su investigación? – las preguntas del agente Fernández cada vez le resultaban más impertinentes, era obvio que, por mucho que quisiera dar la impresión de que no le interesaba lo sucedido, resultaba evidente que tenía toda su atención sobre ella.

–No le conocía personalmente – respondió Carolina distraídamente – tan solo había escuchado cosas.

–¿Qué cosas? – ni siquiera el tono algo agresivo del agente Fernández hacía que el comisario y el inspector jefe prestaran mucha atención a las palabras de Carolina, estaban seguros no les dejaría en evidencia.

–Comentaban que era un buen poli con mala suerte – Carolina miró a Fernández a los ojos – su mujer y su hijo fallecieron en un accidente de coche, él conducía – hizo una pausa – algunos lo achacaron a la mala suerte, al parecer los frenos fallaron cuando bajaba por una carretera en la ladera de una montaña después de pasar el día con su familia, no pudo evitarlo, aunque parece que él nunca dejó de culparse - se detuvo de nuevo sosteniendo la mirada del agente, que exhibía una media sonrisa socarronamente – otros creen que no fue un accidente, un regalito por hacer su trabajo con exceso de celo.

El inspector jefe Cuadrado miró de reojo al comisario, que guardó silencio sin querer entrar en algo que nada tenía que ver con lo que hacían allí, y que el tiempo ya había dejado resuelto.

CAPITULO 4

Nadie contaba con que el jueves por la mañana se convertiría en un día de esos que todo el mundo desea que termine antes de empezar, sobre todo para el inspector jefe Cuadrado, con más de veinte años de experiencia en el cuerpo y con casi todo visto, lo que le esperaba en un cochambroso edificio de la parte antigua de la ciudad le hacía que se preguntara que se estaba haciendo mal para que cosas así sucedieran. El habitual rostro jovial del inspector jefe estaba completamente irreconocible, era consciente de que en cuestión de horas tendría a todo el mundo sobre él, su flexible flequillo no dejaba de molestarle una y otra vez, mientras intentaba quitárselo de encima en vano.

Con un traje azul marino y una corbata excesivamente verde, el inspector jefe Cuadrado iba de un lado a otro de la calle tratando de dar explicaciones por teléfono a todos los superiores que se habían puesto nerviosos con el suceso. Varios periodistas comenzaban a agolparse tras la cinta que marcaba el edificio donde habían encontrado a una joven muerta, con toda seguridad, asesinada.

–Pero ¿de quién se trata? – el inspector Lozano no terminaba de comprender la premura y la urgencia con la que les habían llamado, más aún cuando estaban trabajando en un caso de tráfico de drogas que les había tenido ocupados en el último mes.

–No lo sé, ahora nos lo contará Cuadrado – respondió la inspectora Arnal sin mucha preocupación.

Los inspectores Borja Lozano y Carolina Arnal llevaban un par de años siendo compañeros, y a pesar de su juventud, ambos pasaban por poco los treinta, el inspector jefe confiaba en ellos más que en ningún otro agente de los que tenía a su disposición, su buena predisposición y sus, aún vivas, ganas por realizar un servicio a la comunidad les habían convertido en un equipo importante para Cuadrado, lo que no les había traído pocos problemas con algunos compañeros más veteranos, y menos

interesados en complicarse la vida haciendo más horas de las debidas .

–¿Pareces cansada? – comentó Borja mirando las ojeras de su compañera.

–Ayer me quedé despierta hasta tarde – contestó Carolina sin querer hablar del tema.

–¿Llegó tarde tu novio? – preguntó Borja serio.

–Déjale en paz – exclamó Carolina, irritada por la pregunta y la falta de sueño – no todo el mundo es una foto de la felicidad como tú y tu mujer.

–Vale, vale, perdona, tienes razón, me meto donde no me llaman – se disculpó Borja intentando que Carolina no se enfadara – ya sabes que tu amigo el ejecutivo no me gusta ¿ha vuelto a tratarte mal? – Carolina dejó un silencio afirmativo mientras llegaban hasta el inspector jefe.

A pesar de su imagen de mujer fuerte e independiente, Carolina escondía una sensibilidad que rara vez dejaba ver en su trabajo, donde siempre se hacía respetar por cada uno de sus compañeros, tan solo Borja le hacía sentir vulnerable, su relación era algo más que compañeros, tenían una buena amistad, habían quedado un par de veces con sus respectivas parejas, y en seguida percibió la subordinación y el segundo plano que exhibía cuando estaba junto a Sebastián, algo que sacaba de sus casillas a Borja, que odiaba ver a una Carolina que no fuera la inspectora de policía a la que estaba acostumbrado, tras la última cita de las dos parejas, Borja intentó hacérselo ver, y aunque solo consiguió un par de días con caras largas, no se rendía.

Por su parte Borja, un chico fuerte y atlético, aparte de guapo y simpático, cumplió con el guion que tenía marcado desde el instituto, y después de muchos altos y bajos en su relación, hacía ya dos que se había dado el sí quiero con su novia de toda la vida, aunque para desesperación de Alejandra, los niños no llegaban, lo que hacía aún más difícil que se quedara embarazada.

–Joder, ya es hora – exclamó Cuadrado al ver llegar a Carolina y Borja.

–¿Qué pasa? – preguntó Borja algo desconcertado, con las manos

metidas dentro de cazadora vaquera.

–Tenemos un asesinato en la segunda planta – informó el inspector jefe mientras Carolina se cogía la coleta rubia distraídamente - ¿estás aquí? – le preguntó de mala gana.

–Sí, claro, perdona – se apresuró a contestar Carolina mientras movía con rapidez los párpados tratando de despejarse de la noche de insomnio.

–Se trata de la hija del embajador de Italia, Brina Agostini – Cuadrado esperó la respuesta de los inspectores.

–Joder – exclamó Borja – va a ver muchas cabezas metidas en esta investigación.

–Y muchas bocas preguntando y presionando – intervino Carolina.

–Ya veo que entendéis la situación – el inspector jefe resopló con fuerza – en un rato llegará el comisario Gálvez después de que le hayan puesto la cabeza del revés todos los politicuchos de mierda que no quieren que algo así les salpique, mientras los otros hablarán de la inseguridad y de lo mal que hacemos nuestro trabajo, así que haré lo posible para no matar a nadie hasta esta noche – Carolina y Borja esperaron en silencio las órdenes del inspector jefe – varios agentes ya están al tanto de todo, y seguramente estarán colaborando con la interpol.

–Entonces ¿qué hacemos aquí? – preguntó Borja.

–Necesito a alguien de confianza que siga la investigación, ya le he dado vuestros nombres al encargado, le mandan directamente desde el Ministerio de Interior – susurró Cuadrado con tono despectivo – pero a pesar de todo, creo que vosotros podéis ayudar más que todos esos encorbatados estirados, subir a ver el escenario, la científica ya está trabajando, ya sabéis lo que pasa cuando se trata de alguien importante.

–Por supuesto – contestó Carolina con desdén – si fuera un donnadie se lo estarían comiendo las moscas.

–Exacto – le siguió Cuadrado – a trabajar, el encargado de la investigación es el comisario Gálvez como ya os he dicho, un sesentón estirado con un traje caro, mirada desconfiada y muy mala hostia,

identificaros al llegar arriba, que os pongan al día y dejad todo lo que estéis haciendo, nadie va a pegar ojo hasta que encontremos a los hijos de puta que han hecho esto y que me han jodido la semana.

Los dos inspectores entraron en el edificio en silencio, aunque el inspector jefe no se lo había dicho, sentían la responsabilidad con cada paso que daban hasta la habitación donde les esperaba el cuerpo de Brina. El ascensor estaba detenido en la planta baja con un compañero de la policía científica tomando las mil y una huellas que seguramente estarían pegadas en cada botón de cada planta, mientras varios hombres trajeados con pinganillos colgando de sus orejas iban de un lado a otro, personal de seguridad de la embajada, pensó Carolina al pasar junto a ellos.

Lo primero que les llamó la atención fue el lugar donde se encontraban, aunque el edificio estaba en un lugar céntrico, se trataba de un edificio viejo y descuidado, las paredes estaban desconchadas y algunas de las luces que iluminaban la escalera estaban fundidas, parecía casi abandonado.

–¿Qué coño haría la hija de un embajador aquí? – pensó en alto Borja.

–Cualquiera sabe – respondió Carolina sin dejar de mirar a su alrededor – tal vez la trajeron hasta aquí para matarla.

–Alguien así ¿no llevaba seguridad? – volvió a preguntar Borja.

–No lo sé – contestó Carolina extrañada – espera a que nos informen de que lo que ha pasado, no seas impaciente.

Al llegar a la segunda planta, donde se suponía que estaría el cadáver de la chica, dos agentes trajeados de la embajada se volvieron hacia ellos con desconfianza, pero antes de que los inspectores se identificaran para hacer su trabajo, un hombre grueso con una brillante cabellera blanca apareció tras los agentes para darles paso.

–Inspectores Lozano y Arnal, supongo – Carolina y Borja asintieron al unísono – soy el comisario Gálvez – la voz del comisario sonaba algo ronca y forzada, el sobrepeso y exceso de tabaco diario pasaban factura – acompañadme, Cuadrado ya me ha dicho que vosotros realizaréis vuestra investigación, pero, una cosa – se volvió con genio hacia ellos –

eso no quiere decir que no trabajemos todos juntos.

–Por supuesto – contestó Borja con rapidez.

–Esto nos interesa zanjarlo a todos cuanto antes, no queremos que se convierta en un circo mediático, imagino que ya sabéis lo que eso supone, aunque los medios den la información que queramos dar, siempre se desvirtúa nuestro trabajo.

Borja y Carolina acompañaron al comisario hasta el interior de la vivienda, pero para su sorpresa, todo estaba vacío, un estrecho pasillo iba abriendo camino por las pequeñas habitaciones a ambos lados, tan solo pudieron encontrar un par de sillas rotas en el salón, incluso los armarios de la cocina con las puertas abiertas de par en par estaban vacíos, ahora servían de cobijo a las cucarachas que habían tomado como suya la casa. Los crujidos del parqué viejo y agrietado ponían los pelos de punta a Carolina, que a medida que avanzaba hasta la última puerta del pasillo se temía el peor de los escenarios.

Al llegar hasta el umbral de la puerta, el comisario se detuvo dejando que los inspectores pasaran delante, Borja fue el primero en entrar, auscultó en segundos la habitación que dos agentes de la científica recorrían con sumo cuidado.

–No lo entiendo – comentó Carolina al llegar junto a Borja.

La habitación estaba especialmente limpia con respecto al resto de la casa, y el cuerpo de la chica reposaba sobre el mugriento suelo casi como si fuera un escenario superpuesto, nada en su cuerpo parecía revelar ningún tipo de violencia, más bien parecía que fuera un posado, de espaldas a la puerta y tumbada de costado, completamente desnuda.

–Todo parece indicar que ha sido estrangulada – afirmó el comisario desde la puerta.

–Pero – Carolina dudó mientras se acercaba al otro lado para verla de frente – no parece que tenga signos de lucha, es como si la hubieran colocado ...

–Exacto – la interrumpió el comisario – aunque es pronto para llegar a ninguna conclusión, es como si la hubieran asesinado en otro lugar y la

hubieran colocado aquí para que la encontráramos así, además la habitación se ha limpiado, creemos que antes de traerla.

–¿Por qué aquí? – preguntó Borja sin poder apartar los ojos de la chica.

–Buena pregunta – contestó el comisario – este es uno de los pocos edificios que quedan en la ciudad con inquilinos en renta antigua, en este caso solo quedan tres, ya sabéis como funciona esto, el propietario quiere vender el inmueble, pero nadie quiere hacerlo hasta que no se quede vacío por completo, el propietario deja que se vaya deteriorando hasta que acepten la ridícula oferta que les han hecho y el negocio queda cerrado, uno de los tres inquilinos que permanecen aquí vive en la puerta de al lado a esta vivienda, fue ella quien la encontró, una anciana de setenta años que se subrogó al alquiler de su madre, salió esta mañana y se encontró la puerta abierta, le extrañó y se asomó, viendo a la chica tirada al fondo.

–¿Y el propietario? – preguntó Carolina.

–Ya hemos hablado con uno de ellos – continuó el comisario con la explicación – hace unos meses que heredaron la propiedad varios hermanos, tan solo tienen una persona que viene una vez a la semana para asegurarse de que el edificio no se cae – comentó con ironía - ellos no aparecen por aquí.

–Aquí poco vamos a encontrar – apuntó Borja saliendo de la habitación.

Carolina siguió pensativa a Borja, que continuó hasta el descansillo de la planta, donde esperaron al comisario.

–¿Qué os parece? – preguntó el comisario.

–Joder – exclamó Borja – me imagino que ya habéis hablado con el embajador por si supiera de alguien que le quisiera hacer daño.

–Sí – contestó el comisario - pero no nos ha dado nada diferente a lo que nosotros podríamos pensar, aunque queda completamente descartado cualquier acto de terrorismo, más bien nos estamos inclinando a algo personal con el embajador o su familia, aunque no nos cerramos a nada por el momento, además, es probable que no nos estén

contando todo, ya sabéis como va esto, informaré a su gobierno primero, por si existe algún asunto político o lo que sea, también hemos tenido en cuenta a la mafia italiana, pero nunca se complicarían la vida así fuera de su territorio, quieren pasar desapercibidos, no tener detrás a toda la policía europea.

–¿Cuándo fue la última vez que la vieron con vida? – preguntó Carolina, a la que todo le parecía realmente extraño.

–Ayer por la tarde quedo con unas amigas en un centro comercial del centro, iba sola sin escolta, como casi siempre, tenía diecinueve años, pues ya sabéis, no le gustaba el control, y tampoco tenían ninguna razón para que alguien fuera con ella veinticuatro horas – el comisario daba explicaciones mostrando la ansiedad del que espera una luz al final del camino – el caso es que salió con su coche del centro comercial y luego apareció aquí, la probable hora de la muerte fue más o menos una hora después de salir de allí.

–Solo querían matarla – exclamó Carolina sorprendida.

–No parece que haya signos de violación ni lucha – continuó el comisario – aún no hemos encontrado el coche, ni ninguna de sus pertenencias, ni siquiera alguna de las prendas que vestía.

Borja bajó la mirada resoplando, lo que parecía un signo de confianza del inspector jefe al confiar en ellos, se había convertido en un auténtico dolor de muelas, esperaba que se tratara de algo mucho más evidente, casi fácil, pero todo lo que escuchaba le llevaba a un largo periodo de investigación.

Al salir, la expectación ya era máxima, y una muchedumbre rodeaba la cinta que marcaba el lugar de la noticia, Borja lanzó una mirada fugaz a las deseosas caras de novedades y una mano se levantó discreta para saludarle, miró a su alrededor para ver si alguien se había percatado, y con un movimiento leve de sus cejas, señaló el final de la calle. Del gentío, una mujer atractiva salió silenciosa en la dirección marcada, mientras Borja seguía la estela de Carolina, que volvía a su coche para volver a comisaría y comenzar con el trabajo.

–Adelántate – dijo Borja a Carolina, quedándose atrás.

–¿Qué pasa? – preguntó extrañada.

–Voy a saludar a un amigo.

Borja se alejó con indiferencia del revuelo y siguió a la mujer hasta la intersección con la siguiente calle, y vio como entraba en una pequeña cafetería. Cuando Borja fue tras ella, después de asegurarse que nadie le observaba, la mujer ya le esperaba con un café sobre la barra.

–Te ha tocado el gordo – comentó la mujer sonriendo.

–No sé a qué te refieres, Carmen – contestó Borja sentándose a su lado.

–El asesinato de la hija de un diplomático puede traerte mucha suerte – Carmen trabajaba como periodista para uno de los más importantes periódicos de la ciudad.

~ O desgracias, nunca se sabe – contestó Borja torciendo el gesto.

–Supongo que tendréis alguna pista ¿no? – insistió Carmen agitando su melena pelirroja mientras cruzaba las piernas sobre la banqueta.

–Lo cierto es que todo es algo desconcertante, pero esta vez no puedo contarte nada – dijo Borja apartándose de Carmen.

–¿No me digas? – bromeó Carmen sugerente, clavando sus profundos ojos verdes sobre Borja, que trataba de esquivar su evidente sensualidad.

–En serio, esta vez no – repitió Borja apurado – mucha gente sobre la investigación.

–Más a mi favor, nadie sabrá de donde sale la información.

–Al contrario, solo apuntarán en un sentido, me tengo que ir – Carmen le cogió por el brazo antes de que se apartara de su lado.

–¿Nos vemos esta noche? no te veo desde el lunes – Carmen apoyó sus labios sobre los de Borja.

–No es el lugar, ni el momento – Borja miró hacia la puerta angustiado – ya te llamaré.

–Eso espero – se despidió Carmen con una leve sonrisa de suficiencia, sabía que por mucho que lo intentara, le resultaría imposible resistirse a sus encantos, y terminaría por llamarla.

Borja volvió al coche con Carolina con el rostro desencajado, su

encuentro con Carmen le había dejado algo desconcertado, nada le apetecía más que volver a verla, aunque era consciente de que no podría evitar contar algo que no debía.

–Creo que esta vez deberías pasar de esa golfa – saltó Carolina levantando las cejas.

–¿Cómo? – Borja se quedó completamente cortado.

–Solo piensa en una cosa – dijo Carolina seria sentada al volante – bueno, en dos, también querrá sacarte información de la investigación – Borja soltó una sonora carcajada dejando que la pregunta se perdiera – tú sabrás lo que haces – Borja continuó en silencio mientras Carolina ya ponía rumbo a comisaría.

CAPITULO 5

La semana había comenzado con las mismas sensaciones con las que habían dejado el fin de semana, impotencia, Carolina y Borja no habían conseguido avanzar nada en su investigación, ni un indicio, ni un móvil, absolutamente nada, ni siquiera los servicios secretos habían conseguido llegar hasta ningún sospechoso por lejano que fuera. Se estaba cumpliendo el peor de los escenarios posibles, a pesar de la tregua del fin semana y de haber puesto patas arriba cada rincón de la ciudad, los medios de comunicación habían vuelto a la carga con las noticias en sus portadas sobre el asesinato de Brina desde primera hora de la mañana, hablando de conspiraciones internacionales, o causas sentimentales, que nada tenían que ver con la realidad, tan solo buscaban una audiencia sedienta de morbo.

–Es desesperante – exclamó Carolina lanzando varios papeles sobre su mesa.

–No te desesperes – la tranquilizó Borja recostándose sobre su sillón – estamos haciendo lo que podemos.

–Pues no es suficiente – respondió Carolina con rabia.

–Hemos estado todo el fin de semana trabajando ¿qué más podemos hacer? ni siquiera todos los especialistas del mundo han conseguido nada, se han revisado cámaras, preguntado a media ciudad, es un jodido callejón sin salida.

–Tal vez no nos estén dando toda la información – apuntó Carolina.

–Eso seguro – confirmó Borja – pero también es seguro que andan tan perdidos como nosotros, sino ya tendrían a alguien en el calabozo.

–¿Qué hay de los amigos de la chica? – preguntó Carolina intentando buscar en algún sitio.

–Nada de nada – contestó Borja negando con la cabeza – además tengo entendido que todos sus amigos son de buenas familias y con dinero, ya ha habido alguna queja, por lo que cuentan, a alguno se le fue

la mano más de la cuenta.

–Lo encontramos – bramó el inspector jefe con rabia.

–¿El qué? – preguntó Carolina.

–El coche – contestó Cuadrado sonriente, al fin tenía algo con lo que justificar el trabajo de los últimos días.

–¿Dónde? – preguntó Borja levantándose para seguir al inspector jefe, que no había detenido su carrera.

–En un garaje de un edificio en las afueras – el inspector jefe perdía el aliento mientras corría para coger el coche – venid detrás de mí y veremos que nos encontramos, me acaba de avisar la patrulla que lo ha encontrado, quiero llegar antes de que se enteren los del servicio secreto.

–Buenos días, señores – saludó el inspector jefe flanqueado por los inspectores y haciendo que uno de los hombres se girase – ya veo que está al tanto de todo, casi antes de que suceda – el hombre no le hizo caso y continuó con su trabajo.

–Será gilipollas – susurró Cuadrado a Borja.

–Buenos días – una de las mujeres se alejó del coche para ir en su dirección, gesto serio, en torno a cuarenta y cinco años y el pelo recogido en una coleta rubia que le hacía parecer más joven.

–¿Su jefe es demasiado importante para hablar conmigo? – preguntó Cuadrado con sarcasmo.

–Mi jefe tiene pegado su culo al sillón de su impresionante despacho esperando que le llame con buenas noticias – respondió la mujer enérgica dejando cortado al inspector jefe – y si ya ha terminado con su clase de machismo estaría encantada de poder hablar con usted para tratar de terminar con este incómodo asunto lo antes posible.

–Por supuesto – contestó Cuadrado mientras Carolina esbozaba una leve sonrisa.

–Está todo en el interior – explicó la agente.

–¿Todo? – preguntó Borja sin saber a qué se refería.

–Un momento – les interrumpió Cuadrado, aún dolorido por el revolcón de la agente – soy el inspector jefe Cuadrado ¿podría identificarse? – la agente se quedó mirándole con desprecio.

-Agente Bernal – contestó secamente – del centro nacional de inteligencia.

-Guau – bromeó el inspector jefe.

-Ya sabía que me iba a resultar algo complicado trabajar con alguien tan sumamente engreído y prepotente como usted – contestó Rosa Bernal acercándose hasta Cuadrado – así que voy a tratar de ser lo más políticamente correcta por el bien de la investigación, hasta que no tenga más remedio que utilizar otros modales.

-Y eso ¿cuándo va a ser? – continuó Cuadrado con la broma.

-¿De qué coño vais? – dijo Borja desafiante, aunque sin dar el paso que provocara un intercambio de golpes.

-Los jefes tienen que aclarar una serie de puntos, dejémosles – dijo uno de los agentes tras las gafas de sol.

-Dejemos las cosas claras – dijo en voz baja Rosa mientras sacaba su teléfono móvil del bolsillo de su pantalón.

-Suéltame si no quieres tener problemas – gruñó Cuadrado con rabia.

-Espera si no quieres tenerlos tú – Rosa marcó un número en su teléfono y se lo colocó en la oreja a Cuadrado.

-Hola – la voz del comisario Gálvez sorprendió a Cuadrado – ¿Rosa?

-No soy Rosa – contestó Cuadrado.

-Y ¿quién coño eres?

-Andrés – contestó el inspector jefe.

-¿Qué Andrés? – la voz del comisario comenzaba a sonar preocupada.

-Cuadrado – contestó el inspector jefe con un suspiro.

-¿Cuadrado?

-Sí.

-¿Qué le ha pasado a la agente Bernal? – la alarma se encendió en la cabeza del comisario.

-Estamos aclarando las cosas.

-Joder – exclamó el comisario aliviado – no hay problema, no le toques los cojones y ella no te joderá, porque si no colaboras, su jefe me joderá a mí, y seré yo el que te toque los cojones a ti.

–Es que no quiere colaborar – se justificó Cuadrado.

–Pues la obedeces y punto, deja de comportarte como un capullo – el comisario colgó y Cuadrado permaneció con el teléfono pegado a la oreja.

–Todo aclarado – dijo Cuadrado ofuscado.

–Perfecto – Rosa dejó libre a Cuadrado, que se quedó tendido en el suelo – no quiero joderte, tan solo quiero resolver esto, y la única manera es que trabajemos todos juntos, pero no voy a consentir gilipolleces de machito ¿entendido? – Cuadrado asintió levantando lo que quedaba de su maltrecha dignidad.

–Inspectores Arnal y Lozano, supongo – los dos asintieron – creo que ya tenéis claro que el único objetivo es resolver la investigación ¿verdad? – Rosa observaba la reacción de los inspectores – pues si está todo claro, empecemos – Rosa se volvió de nuevo hacia a Cuadrado – todo lo que no habíamos encontrado está en el interior del coche, como es lógico no hemos tocado nada que pueda perjudicar el trabajo de la científica, la ropa, su bolso con el teléfono móvil, todo, tan solo hemos estado buscando algo que nos pudiera llevar hasta un pista, por pequeña que fuera, pero desgraciadamente no hemos encontrado absolutamente nada, también hemos echado un vistazo a su teléfono móvil, pero nada relevante, mensajes a amigos, y llamadas de números conocidos ya cotejados.

–Tal vez eso es lo que tengamos que buscar – sugirió Carolina.

–¿A qué te refieres? – preguntó Rosa con interés.

–A su círculo más cercano – aclaró Carolina.

–¿Qué crees que hemos estado haciendo? – respondió Rosa algo molesta – hemos investigado hasta a los parientes más lejanos, y no hemos encontrado nada, a los amigos más conflictivos, a los amigos de los amigos – detuvo un momento sus explicaciones – os diré a la conclusión a la que hemos llegado, y que se confirma al encontrar aquí el coche.

–¿Y alguien de aquí? – apuntó Borja en relación con el edificio bajo el que estaban, al que la conversación de Carolina con la agente hacía que

se sintiera desplazado del trabajo.

–Bonita teoría – contestó Rosa con retintín - que comprobaremos, pero visto que se trata de un lugar sin cámaras y sin vigilancia, y el hecho de que supongo que quien lo hiciera no quería ser visto, que dejara aquí el coche es meramente circunstancial, buscó el lugar específicamente.

–Quien lo haya hecho, evidentemente lo tenía muy bien preparado – continuó Carolina ante la pasividad de Cuadrado, cuyo ofuscamiento le impedía abrir la boca.

–Es probable que la tuviera vigilada durante un tiempo – intervino Rosa – solo así se explica que ni una sola cámara pudiera coger ni el momento cuando fue sorprendida, ni luego más tarde.

–¿Sorprendida? – preguntó Borja confundido – es evidente que la sorprendieron.

–Seguro – contestó Rosa – al decir sorprendida, me refiero a que tuvo que ser en un lugar poco propicio, no lo hizo en el garaje del centro comercial, que hubiera sido un buen lugar.

–Demasiada gente – indicó Carolina – y si buscáramos, no lo que se ve, sino lo que no se ve.

–No te entiendo – la conversación con Carolina despertaba cada vez más el interés de Rosa.

–Seguro que eligió un lugar por el que siempre pasaba ¿no habéis encontrado ninguna imagen del coche en las cámaras? – preguntó Carolina.

–Tan solo saliendo del centro comercial – aclaró Rosa.

–Tal vez no iba directamente a su casa después de salir de allí – explicó Carolina – y siempre el mismo recorrido, si encontramos el camino, tal vez encontremos algún punto donde pudo ser asesinada.

–Claro – saltó Rosa esperando la explicación de Carolina.

–Por la hora a la que fue asesinada, quien lo hiciera, lo hizo en el coche, o en la parada que hizo antes de volver a casa, aunque creo que debió ser en el coche – Carolina mantenía la mirada perdida en sus manos mientras discurría lo que no había podido en todos los días anteriores – subió al coche, la cogió por detrás y la ahogó, y sin salir del

coche se puso al volante para llegar hasta aquí.

–Todo resuelto – bromeó Cuadrado con malicia.

–Tiene razón en todo – le cortó Rosa – hemos encontrado un pañuelo en la parte trasera del coche impregnado de triclorometano, menos en una cosa, no hizo ninguna parada, ni iba a ningún lugar – Carolina levantó la mirada sorprendida por el hecho de que ya supiera algo que se suponía todos desconocían – tenía diferentes rutas para volver, como protocolo para que nadie la esperara, pero como todos, era un animal de costumbres, y esas rutas terminaron por repetirse.

–Entonces – Carolina se quedó pensativa – el que lo hiciera, esperó a que pasara por una de las rutas y le asaltó, pero no tiene sentido, podría haber estado varios días esperando, eso solo lo hace un loco.

–Exacto – la sentencia de Rosa hizo que los inspectores cruzaran sus miradas con complicidad.

–Si fuera así – dijo Borja con preocupación – nos va a costar encontrarle, aparte de que podría volver a actuar.

–Todo parece indicar que se trata de un psicópata, o tal vez, alguien obsesionado con ella – explicó Rosa – en ese caso, podría tratarse de algo puntual, o no, desde este punto de vista, lo cierto es que estamos algo perdidos, por eso he pedido que nos envíen a un especialista, que después de hacerme el informe oportuno, trabaje con vosotros dos.

–¿Por qué? – intervino Cuadrado, la colaboración de la que le había hablado Rosa no pasaba por imponer sus reglas.

–Porque nosotros ya tenemos a los nuestros, y creo que les puede ser muy útil – dijo Rosa con autoridad.

–Nosotros también tenemos a los nuestros – replicó Cuadrado.

–Seguro, pero no creo que me reporten los avances que se vayan produciendo – Rosa sonrió sabiendo que su comentario indignaría aún más a Cuadrado – aunque realmente, la razón por la que me gustaría que os acompañara es para que trabaje con la inspectora Arnal, creo que su intuición junto con el trabajo de un especialista puede resultar de gran ayuda.

–Para los demás también – dijo Borja indignado por el desaire de

Rosa.

–Las rutas que seguía la víctima para volver a su casa – Rosa continuó haciendo caso omiso a los sentimientos de Borja – seguramente fueran siempre las mismas, nosotros nos encargaremos de saber cuáles eran, seguro que la seguridad del embajador sabrá cuáles eran los caminos de vuelta, será más que probable que fueran ellos quién se las hayan marcado, mientras tanto, me gustaría que trabajaseis con nosotros – se refirió en esta ocasión a todos, no quería tensar más la cuerda, al fin y al cabo, lo importante era concluir la investigación, se dio la vuelta observando como sus subordinados continuaban con el trabajo en torno al vehículo de la hija de embajador – cuando tenga toda la información relativa al coche y lo que encontremos en el interior os la enviaré, aunque no creo que vayamos a encontrar nada interesante, es probable que nuestra mejor pista la encontremos en algún lugar de la ruta en la que fue sorprendida.

CAPITULO 6

Según el email que Leo había recibido, el vuelo hacia Colombia de Enrique Galán saldría a las once de la mañana, con lo que era de suponer que llegaría en torno a dos horas y media antes al aeropuerto. Leo, con una mochila entre sus piernas esperaba sentado frente a la zona de embarque, ya que siendo un viaje de negocios, como le había dicho, lo más probable es que no facturara y fuera directamente hasta allí.

Como esperaba, Enrique apareció arrastrando una pequeña maleta con la que embarcaría, vistiendo de manera informal, casi vacacional, pantalones cortos y camisa blanca, a su lado, su espectacular pareja, que no dejaba de hablar mientras se acercaban a la zona de seguridad, y tras ellos, dos hombres trajeados, sin duda, personas de confianza de Enrique para acompañarle en su viaje.

Después de un cariñoso beso en la mejilla, Ana, exuberante con un ceñido traje de chaqueta negro, se despidió y volvió hacia la salida, donde el chófer la esperaba apoyado sobre un lateral de un lujoso coche. Leo, que había tomado la precaución de aparcar su utilitario en zona prohibida con el beneplácito de la policía, salió tras ellos a una distancia prudencial, por lo que sabía, tan solo el asistente de Enrique, Crespo, conocía su contratación, por lo que no debía despertar la suspicacia del chófer.

Tras media hora de trayecto, el coche de Ana entró en la ciudad en dirección a su trabajo, Leo resopló, le esperaba una larga espera, pero no quería perderla de vista ni un minuto, por su experiencia sabía que cualquier momento podría ser bueno para encontrarse con un supuesto amante sin llamar la atención de las personas más cercanas a Enrique, además de aumentar el número de horas que le facturaría cuando terminara el trabajo.

El coche de Ana se detuvo en la misma entrada del edificio donde trabajaba y continuó después de dejarla, mientras Leo se desviaba hasta

un aparcamiento cercano. Con parsimonia, buscó un lugar cómodo y discreto desde donde poder observar las entradas y salidas del edificio mientras tomaba un café que le sacara del sopor que seguramente terminaría sufriendo tras varias horas de vigilancia.

Fue hasta una pequeña cafetería especializada en zumos naturales al otro lado de la calle, no le gustaba el sitio, pero después de tres paseos calle arriba y abajo, no tuvo más remedio que claudicar y entrar, tanto el lugar como la cristalera resultaba el emplazamiento ideal.

– Quería un café con leche y ... - Leo miraba la variedad de la carta de zumos tratando de decidirse por alguno - ¿qué tal está el de piña y mango?

– Todos están muy bien, señor – contestó la veinteañera que le atendía, mientras una mujer golpeaba sus botas contra el suelo cerámico.

– Entonces cogeré el de fresa y plátano – la chica bajó la cabeza para apuntar en la pantalla que tenía delante – aunque ¿no quedará muy espeso? - la chica levantó el pirsin de su nariz apuntando directamente hasta la conciencia de Leo.

– Puede que algo, señor – contestó la chica sin mucha prisa.

– Entonces, un zumo de naranja – dijo al fin sonriente.

– Joder – la exclamación pilló por sorpresa a Leo, que se volvió de inmediato con ganas de pelea – tanta historia para un puto zumo de naranja – la mujer que esperaba tras Leo le miraba casi con compasión.

– Soy un tío tradicional ¿qué pasa? – el ímpetu de Leo se frenó al tener delante a una mujer con aire de seguridad que le resultaba especialmente atractiva.

– Nada, si acabas de una vez – respondió la mujer resoplando con hartazgo.

– Me gusta tomarme las cosas con calma – Leo trataba de entablar una conversación que no parecía poder llegar a buen puerto.

– Lo que faltaba – gritó la mujer volviéndose hacia el resto de las personas que hacían cola tras ella – que intenten ligar conmigo en la cola del desayuno – la mujer se quedó mirando desafiante a Leo, que agachó la cabeza y recogió la bandeja con el pedido que la diligente camarera ya

le tenía preparado.

Tras el evidente fracaso, Leo se escondió en una de las mesas junto a la cristalera que daba a la calle, no solía comportarse como un salido idiota, no era su estilo, pero había algo en esa mujer que le atrajo al momento, y por alguna causa, que aún se preguntaba se comportó como un adolescente creído. Después de autoconvencerse de que ya nadie se acordaba del bochorno, dejó de mirar a su alrededor para concentrarse en el trabajo.

– Lo siento – Leo dio un saltito sobresaltado al escuchar la voz de la mujer de nuevo.

– ¿Cómo? – Leo no sabía que decir, tan solo trataba de que sus ojos no recorrieran las curvas de la mujer como un ansioso.

– Perdona – insistió la mujer sentándose a la mesa de Leo – me he pasado, es que no estoy teniendo un buen día.

– Perdóname a mí – dijo al fin Leo – es que me has gustado nada más verte, siento haberme comportado como un imbécil – una sonrisa se dibujó en el maquillado rostro de la mujer.

– Soy Estefanía.

– Yo, Leonardo, Leo.

– A mí me puedes llamar Fani – con unos segundos en silencio, los dos supieron que algo estaba sucediendo.

– Tal vez, podríamos quedar – dijo con timidez Leo.

– Podríamos – contestó Fani sin dejar de mirarle a los ojos – tus ojos me dicen que eres sincero, aunque tímido, además eres guapo – Leo se sonrojó al momento, algo que encantó a Fani – dime tu número de teléfono – Leo se lo fue dando sin preguntar hasta que su teléfono móvil sonó – ese es mi número, me gusta salir mucho los jueves, espero tu llamada – Leo no podía apartar la mirada de su futura cita.

– Por supuesto – dijo Leo sin saber exactamente a qué contestaba.

Sin querer, los ojos de Leo fueron hasta el lugar de su vigilancia, y para su sorpresa, Ana volvía a salir después de media hora escasa en el interior, acompañada por una de sus compañeras.

– Me tengo que ir – dijo Leo levantándose nervioso – te llamo, cosas

de trabajo, se me ha hecho más tarde de lo que creía.

– ¿No serás nada raro? – murmuró Fani asustada.

– No, de verdad – contestó Leo con prisa – hablamos el jueves.

Sin dejarla decir nada más, Leo salió a trompicones de la cafetería buscando con la mirada la salida de Ana, que ya se había adelantado bastante. Con paso ligero, siguió a las dos amigas por el otro lado de la calle, por unos segundos se relajó pensando que girarían para ir en dirección a la cafetería donde la estuvo observando la semana anterior, pero continuaron andando por la avenida cruzando la calle en dirección a una parada de taxis unos metros más adelante. Sin pensarlo, Leo saltó a la calzada repleta de coches para colocarse tras ellas y poder tomar el siguiente taxi para que las siguiera. Después de varios frenazos y un par bocinazos, alcanzó la misma acera de Ana, y para su tranquilidad, también pasaron de largo de la parada de taxis hasta llegar junto a dos decenas de bicicletas que esperaban aparcadas a sus clientes.

Entre risas, Ana y su amiga, pasaron su tarjeta y sacaron dos bicicletas para desplazarse en ellas, Leo se quedó parado esperando a que salieran, también tenía la tarjeta para utilizar el servicio de bicicletas, pero hacía meses que no había vuelto a coger una, y fue de manera puntual por una avería en su coche. Ana y su amiga comenzaron a pedalear en su dirección mientras Leo llegaba con su tarjeta en la mano, la pasó con rapidez, sacó la bici y continuó la persecución sobre ruedas. Pronto advirtió que su bicicleta no estaba en tan buen estado como esperaba, el uso continuo y el escaso mantenimiento hacía que muchas no estuvieran en el mejor estado, le había tocado una con el sillín algo suelto, con lo que tenía apretar con fuerza con los muslos para que el sillín no bailara bajo su trasero.

– Me cago en la puta – gritó Leo ante la mirada extrañada de los peatones que paseaban junto a la calzada.

El tráfico era bastante denso, y las cabezas de Ana y su amiga se movían grácilmente sorteando los vehículos parados, mientras Leo trataba de no caer sobre ningún coche con cada viraje que hacía mientras su sillín miraba al lado contrario a la dirección que pretendía llevar. El

sudor comenzaba a llegar hasta los ojos de Leo, demasiado tiempo sin hacer deporte, tan solo esperaba el respiro de un semáforo en rojo que no llegaba, ya que sus predecesoras sorteaban tanto coches, como peatones cuando el semáforo estaba en rojo. Por fin, la coleta de Ana dejó de balancearse de un lado a otro, deteniéndose frente a una peluquería, Leo resopló dejando salir de sus pulmones todo el tabaco que pudo, y que le impedía mantener una respiración normal.

– Joder – exclamó mientras una señora vestida elegantemente se retiraba de su lado para que las abundantes gotas de sudor que volaban alrededor de Leo no llegaran hasta ella – atractivo ¿verdad? – bromeó guiñando un ojo a la señora, que le dedicaba un gesto de evidente asco.

Para su desgracia, una sonriente chica salió de la peluquería con un pequeño paquete entre sus manos, que entregó a Ana, y que, tras guardarlo en la cesta delantera de la bici, volvió a iniciar su particular carrera en el infierno de la ciudad. Leo apretó con fuerza el manillar con sus manos, tratando de concentrar todas sus fuerzas, a la vez que rezaba para que volviera al lugar de donde había salido, pero sus plegarías fueron en vano, no solo no volvió en la dirección de dónde venían, sino que, fueron en dirección contraria, haciendo lo que parecía una carrera entre las dos, que reían y hablaban como si estuvieran sentadas en una cafetería.

Leo tuvo la tentación de olvidarse de ella por el momento y echó la mano al paquete de tabaco que guardaba en su pantalón, pero no podía dejar de cumplir con su trabajo, apretó los dientes y levantándose sobre uno de los pedales dio una sonora pedalada acompañada de un leve quejido para continuar con la persecución.

La velocidad de las mujeres, al contrario de lo pensó al volver a pedalear, se redujo bastante con respecto al comienzo. Poco a poco, la velocidad fue decreciendo hasta que las dos amigas llegaron hasta la entrada de un parque, Leo estaba algo desconcertado, estaba acostumbrado a este tipo de situaciones, pero el perfil de Ana no le cuadraba con alguien a quien le gustara las mujeres. Atravesaron el camino de arena una junto a la otra mientras intercambiaban

comentarios, Leo tuvo la impresión de que la jovialidad con la que se habían desplazado hasta allí había desaparecido, más bien se podría decir que hablaban de algo que les preocupara.

Hasta ese momento no había reparado en la acompañante de Ana, tan solo la había tenido en cuenta como una compañera de trabajo, pero a medida que las seguía con la mirada entre los árboles, más le daba la impresión de que tenían una relación algo más estrecha, aunque se resistía a la idea de que fueran pareja. Se detuvieron mientras continuaban conversando, hasta que se bajaron de la bicicleta para continuar el paseo empujando su medio de transporte, Leo se acercaba cada vez más, necesitaba escuchar lo que decían, pero el tono bajo de Ana y su amiga, y las conversaciones del resto de usuarios del parque lo convertían en una misión imposible.

Las amigas llegaron hasta el extremo este del parque, donde una coqueta cafetería les esperaba junto a los puestos donde dejaron aparcadas las bicicletas, por unos segundos, Leo tuvo la impresión de que la amiga de Ana estaba llorando, no sabía por qué, pero presentía que sacaría las conclusiones necesarias para concluir el trabajo mucho antes de lo que pensaba.

Después de dejar su bicicleta, Leo entró en la cafetería, no podía creer la suerte que tenía, las dos amigas se habían quedado en una mesa entre dos cómodos sofás fijos, que a su vez le iban a servir como parapeto en la mesa contigua donde ya estaba tomando asiento. Antes de resguardarse, observó con detenimiento a la amiga de Ana, una mujer algo mayor que ella, aunque no por ello menos atractiva, con una larga y cuidada melena castaña, que no dejaba de tocarse nerviosa, y unas cuidadas piernas bajo un elegante traje de chaqueta azul marino, dejó que sus seductores ojos azules llegaran hasta Leo, que desvió apurado inmediatamente su mirada.

– Cada vez estoy más confusa – fueron las primeras palabras que logró escuchar de Ana.

Con el ajetreo del viaje y la impaciencia por sentarse junto a ellas, había olvidado por completo que se trataba de trabajo, levantó su

mochila del suelo hasta colocarla entre sus piernas y buscar en el interior la cámara con la que grabar lo que podía ser una confesión. Sujetó la cámara entre sus manos mientras ya estaba grabando, aunque necesitaba un lugar donde poder ubicarla.

Con cuidado, y sin dejarse ver, dejó caer la mochila a su derecha, a la vista de su objetivo, y asegurándose de que su pequeña cámara se perdía en la tela de la mochila mientras las enfocaba.

– Pues yo lo tengo bastante claro – replicó la amiga de Ana mientras se ahuecaba el pelo, algo pegado después de deshacer la coleta usada para ir en bicicleta – yo me iría con Carlos, o al menos, me lo tiraría cuando me diese la gana.

– Carla – exclamó Ana escandalizada – no digas eso.

– Pero si es la verdad – insistió Carla – es un chico que está buenísimo, guapo, cuerpazo, ojazos, y por lo que me has contado – suspiró antes de continuar – es una máquina – se detuvo a observar la media sonrisa de Ana mientras le recordaba – seamos sinceras.

– No sé a qué te refieres – dijo Ana saliendo de su corto trance.

– A tu marido le querrás un montón, pero es un poco carcamal – apuntó Carla con sus manos abiertas, y dando por hecha su afirmación.

– No hables así de Enrique – replicó Ana con enfado – es un encanto, inteligente, buena persona ...

– Ya – le interrumpió Carla – pero con quien te gusta follar es con Carlitos, chulo, egoísta, egocéntrico, superficial ...

– Todo lo conviertes en material ¿no hay nada espiritual que te llame la atención? – Ana quería cambiar ya de tema.

– Por supuesto – contestó Carla con tono burlón - ¿por qué crees que sigo con mi marido? – Ana soltó una carcajada – si no fuera por lo mucho que quiero a todas y cada una de sus propiedades y cuentas bancarias ya le habría dejado – Ana continuaba riendo mientras Carla se miraba las carísimas pulseras de sus dos muñecas – pero mi amor por él no quita para que también adore otras cosas, como los músculos de mi entrenador personal – Ana se puso nerviosa al escucharla, y trató de que bajara el tono de voz con gestos – los de mi profesor de tenis.

– ¿El profesor de tenis? – preguntó Ana sorprendida – parece mayor.

– No tiene veintidós años como mi entrenador – Carla se incorporó hasta acercarse al oído de Ana – pero con treinta, además de cuerpo, su experiencia le hace ser un espécimen único – se dejó caer mientras guiñaba un ojo cómplice – cuando quieras te paso el contacto.

– No me gusta el tenis – respondió Ana bajando la cabeza avergonzada.

– A mí tampoco, que te crees – Carla volvió a provocar otra risotada de Ana, que a pesar de todo no podía evitar que su amiga le hiciera reír.

Al cabo de cinco minutos, las dos amigas convinieron en que ya era hora de volver al trabajo, comentario que escuchó aliviado Leo, que, conociendo su lugar de destino, ya no tendría que arriesgar su vida subido a una bicicleta sorteando el tráfico.

Lo tenía todo grabado, y aunque se trataba casi de una confesión, necesitaría pruebas físicas de la relación de Ana con el tal Carlos. Leo recogió con satisfacción la mochila y se aseguró de que la grabación se había hecho correctamente, tras unos segundos de comprobación, se recostó sobre su asiento sonriente, todo le estaba saliendo tan bien como esperaba.

CAPITULO 7

Pasaban las seis de la tarde, y Carolina y Borja ya tenían sobre la mesa toda la información sobre lo que habían encontrado en el coche de la víctima, que se resumía en absolutamente nada, aunque era algo que ya esperaba, por lo que habían estado trabajando durante todo el día en las rutas por las que podría haber vuelto a casa la hija del embajador, información que la agente Rosa Bernal ya se había encargado de proporcionarles después de hablar con el personal de la embajada.

–He estado hablando con Rosa – comentó Carolina llegando hasta la mesa de Borja, al que solo escuchar el nombre de la agente le irritaba más de lo que podía resistir.

–¿Qué coño te pasa con esa asquerosa? – dijo Borja en tono desagradable.

–Yo no tengo la culpa de que te ignorase – replicó Carolina – deja de comportarte como un niño caprichoso y cíñete al trabajo – Borja bajó la cabeza renegando – me ha pasado cuatro posibles rutas por las que podría haber vuelto, sus agentes están recorriendo cada metro de todas las posibles opciones, aunque ... - Borja levantó la mirada esperando que terminara la frase, conocía lo suficiente a su compañera como para saber que algo tenía en la cabeza.

–¿Qué has encontrado? – preguntó Borja sonriendo.

–No sé si será algo.

–Vamos, que sí te has fijado en algo – Borja la miró pensativo – la verdad es que no me extraña que esa sargento maleducada se haya fijado en ti, si alguien puede encontrar algo en la nada eres tú, así que deja de hacerte de rogar y dime que has visto – Carolina sonrió halagada.

–Pues sí, creo que he encontrado algo – contestó con seguridad.

–Ya lo sabía – Borja sonrió.

–Una de las cosas que había en el coche de la víctima era un paquete

sin abrir de tabaco de varios sabores – explicó Carolina ante el gesto de extrañeza de Borja – ya sabes, esos que dependiendo de en qué parte de la boquilla presiones puede ser mentolado o lo que sea.

–Sé cómo son – dijo Borja, al que las aclaraciones evidentes de Carolina le ponían algo nervioso.

–Pues ese tipo de tabaco no puedes comprarlo en cualquier máquina, tienes que hacerlo en un estanco – Carolina levantó las cejas como si ya estuviera todo resuelto, pero Borja se encogió hombros sin saber hasta donde quería llegar su compañera – en ninguna de las cuatro rutas que me han pasado hay un estanco de camino, pero ... - mantuvo la incertidumbre con un dedo en alto y una sonrisa de satisfacción - hay una, en la que desviándote tan solo una calle, podrías parar el coche casi en la puerta y continuar el trayecto sin perder prácticamente tiempo.

–Y ¿qué hacemos aquí? – preguntó Borja bromeando – la próxima vez me lo cuentas por el camino – Carolina se sonrojó con los continuos halagos de su compañero – aunque pensara que es una estupidez, siempre será mejor que cualquier tontería que se me ocurra a mí, que ahora mismo es ninguna.

Carolina, antes de llegar hasta el punto donde pensaba que la hija del embajador podría haber detenido el coche, y como consecuencia, haber sido sorprendida, prefirió hacer la ruta completa desde el lugar donde dejó a sus amigas para volver a casa, aunque estaba bastante segura de que era una posibilidad muy cercana a lo que podría haber sucedido, continuaba teniendo la misma sensación que al llegar a la escena del crimen, todo parecía tan obvio como extraño, una chica joven y atractiva es sorprendida por algún tipo de psicópata, que la asesina y la deja en una habitación vacía como si tratara de que solo se fijaran en ella.

–No crees que es demasiado fácil llegar a la conclusión de que un loco la había estado siguiendo durante un tiempo hasta que encontró el momento en el que pudo sorprenderla – se preguntó Carolina en alto.

–Si es realmente un psicópata ¿por qué llegar a otra conclusión? – apuntó Borja.

–A eso me refiero – insistió Carolina – es la hija de un embajador,

podría haber sido cualquiera en contra de su país de origen, o con alguna cuenta pendiente, hubiera sido fácil desviar la atención, sin embargo, casi no deja lugar a dudas de que cumple con una especie de ritual.

–Porque lo hace – afirmó Borja encogiendo los hombros – a veces creo que lo ves tan fácil que tratas de buscar otra explicación, solo para ponerte a prueba, no le des más vueltas, sea como sea, y sea quien sea, le cogeremos – Carolina dejó perder la conversación, en el fondo sabía que su compañero tenía razón, y lo prioritario era coger al asesino, aunque tuviera la impresión de que la forma en que estaban enfocando la investigación no fuera la acertada.

Borja circulaba lentamente mientras Carolina le iba indicando por donde debía ir, escudriñaba cada esquina, cada recodo en las intersecciones, si había algo que le preocupaba, era no ver algo que tuviera delante de las narices, esa presión era la que le hacía ser tan escrupulosa en lo que hacía, llegando a resultar irritante.

–Para – le ordenó Carolina.

Borja detuvo el coche en seco unos metros antes de la siguiente desviación a la derecha, donde se encontraba el estanco donde pensaba que podría haber parado la hija del embajador. Paula se quedó parada en la intersección de ambas calles mirando en todas direcciones mientras negaba la cabeza, Borja suspiró y salió del coche, intuía que algo no terminaba de cuadrarle a su compañera.

–¿Qué pasa? – preguntó Borja acercándose hasta ella.

–Pensaba que detenerse aquí era más fácil – dijo Carolina pensativa.

–¿Por? – preguntó Borja mirando a su coche – pudo pararse aquí – señaló el espacio pasada la calle – bajarse y comprar.

–Sí – dijo Carolina con dudas – pero mira – fue hasta el lugar donde había señalado Borja – desde aquí pierde de vista el coche al ir hacia el estanco, además es carril bus, demasiado complicación para parar un momento.

–¿Entonces?

–Creo que me he equivocado – admitió Carolina volviendo al coche.

Carolina permaneció en silencio observando por la ventanilla, su

error le sabía mal, estaba segura de que sería el punto donde se había detenido, el sonido de su teléfono móvil le sacó de sus lamentos.

–Hemos encontrado una cámara que coge el coche de la chica – la voz de Rosa sonaba enérgica y plena de satisfacción – a unos minutos del punto de partida, reducimos la búsqueda a dos rutas, la uno y la tres.

–Nosotros estamos ahora en la tres – las palabras de Carolina provocaron el silencio de Rosa - ¿hola?

–Ya veo que no me equivoqué contigo – aseveró Rosa.

–Simple casualidad – admitió Carolina – pensaba que podría haber parado en un lugar de la ruta, pero después de estar allí, no me ha parecido verosímil.

–Todo puede ser verosímil – mientras Rosa le hablaba, Carolina movía su brazo izquierdo para que Borja detuviera el coche – creo que tienes una gran intuición, si necesitas ayuda no dudes en llamarme, tendrás a tu disposición los agentes que necesites, yo incluida.

–Muchas gracias – contestó Carolina sin saber muy bien lo que Rosa le estaba diciendo – te dejo, estamos revisando unas cosas.

–Claro ... - antes de que Rosa terminara de hablar, Carolina ya le había colgado.

–Para – insistió Carolina dando un golpe sobre el salpicadero, y provocando el frenazo de Borja.

Carolina salió corriendo en dirección opuesta a la que llevaban, mientras Borja la observaba por el espejo retrovisor, hasta que la perdió de vista detrás de la marquesina de una parada de autobús, Borja la buscaba con la mirada, pero por más que se movía tratando de encontrar una mejor visión, le resultaba imposible encontrarla. Al fin salió del coche sin dejar de buscar a su compañera, y por unos momentos comenzó a tener una extraña sensación, a pesar de ser un lugar público y de que hubiera gente yendo de un lado a otro.

Borja llegó a la marquesina y se asomó tras ella para comprobar la razón por la que Carolina le había hecho detenerse allí, aunque todavía no la había encontrado.

–Uh – Carolina saltó detrás de Borja, que asustado salió rebotado y

trastabillado, aunque logrando mantener el equilibrio.

–Qué graciosa, coño – exclamó Borja con cara de pocos amigos.

–¿Te das cuenta? – dijo con una gran sonrisa.

–¿De lo graciosa que eres? – contestó Borja de mal humor.

–No me has visto – sentenció Carolina mientras miraba la tienda a espaldas de la marquesina – mira la máquina de tabaco, tiene la marca que buscamos, raro, pero la tiene – señaló la cristalera de la tienda de veinticuatro horas al otro lado de la cual se podían distinguir las luces anunciando cigarrillos – por la hora que debió de suceder, debía haber gente en la parada – Carolina se movía de un lado a otro sin parar, mientras Borja la seguía con la mirada – ella se detuvo unos metros después de la parada, pero sin perder de vista el coche, aunque sabiendo que está a la vista y que hay gente, seguro que se bajó y ni se dio cuenta de si alguien subía al coche.

–Se te olvida que pudo haber cerrado el coche – apuntó Borja con retintín.

–Y tú olvidas que el coche que llevaba se abre si la llave está cerca, lleva sistema bluetooth – continuó Carolina volviendo hacia el coche – si hubiera alguien en la acera, cierras el coche – gesticulaba todas las acciones que describía – te vuelves hacia la tienda y el que espera tiene tiempo de abrir, espera a que se dé la vuelta y entra en la parte trasera, una vez que la chica entra en el coche, y con el asiento del conductor tan atrás como se pueda para que no llegue hasta el claxon, la coge por sorpresa – se quedó parada junto al coche con las manos simulando coger a Brina por el cuello y con la mirada alucinada de Borja sobre ella.

–Joder – logró decir Borja, agotado con la explicación de Carolina – tal y como lo has contado, si no fue así, al menos seguro que lo tuvo en cuenta.

Carolina fue hacia la tienda de veinticuatro buscando a la dependienta, mientras se abría paso entre las personas que ocupaban distraídamente los pasillos comprando lo poco que necesitaban para el día.

–Perdone – Carolina interrumpió el monótono movimiento de la

dependienta pasando los códigos de barras de los productos, que un elegante ejecutivo estaba a punto de llevarse.

–A la cola – intervino el ejecutivo mirando a los ojos a la inspectora.

–Es un tema policial – aclaró Carolina, mostrando su placa.

–Puede esperar diez segundos más para que me pueda ir ya – contestó el chico mirando la identificación que sujetaba Carolina.

–No – contestó borde Carolina, que no soportaba el aire de superioridad y el tono despreciativo.

–Necesito que identifique a una persona – Carolina se dirigió a la impasible dependienta, que, con su uniforme verde y su pelo rubio recogido en un barullo en lo alto de su cabeza, solo pensaba en que no tuviera que quedarse mucho más allá de la media hora que le quedaba para terminar su turno.

–Claro – contestó la dependiente haciendo un gesto de cansancio.

Carolina, después buscar la foto de Brina durante unos segundos en el móvil, la encontró mostrándosela a la dependienta a la vez que buscaba con el rabillo del ojo las cámaras del local.

–Sí, la conozco – reconoció la dependienta nada más ver la foto – suele venir con prisas y gritando para que le active la máquina de tabaco, fuera de eso, no he tenido más trato con ella.

–Borja – gritó Carolina volviéndose hacia la puerta, donde disfrutaba de las caras de asco que le dedicaban las personas que hacían cola – la ha reconocido, llama al inspector jefe para que envíe aquí a unos agentes para recoger grabaciones y revisar todo el contorno.

–A sus órdenes – contestó Borja haciendo un saludo militar con burla.

–No seas idiota – le susurró Carolina al pasar a su lado – quiero salir a echar un vistazo fuera antes de que vengan el resto de agentes, quédate por aquí y que te digan dónde está la central de video de la alarma, y al capullo ese – señaló al ejecutivo que la miraba con asco apoyado en el mostrador – pégale un tiro – Borja dejó escapar una carcajada a la vez que miraba descaradamente al chico.

Carolina salió mirando de un lado a otro, y aunque lo primero era tratar de encontrar alguna cámara que pudiera haber cogido el momento

de la agresión, estaba segura de que no encontraría nada, el lugar había sido elegido meticulosamente. Le extrañó que no hubiera elegido un lugar menos a la vista, lo que buscaba el asesino era reducir casi a la nada que nadie pudiera verle, y el lugar donde se encontraba cumplía con todos los requisitos, incluida una huida invisible directamente a la autopista, lejos de las cámaras de tráfico.

El mensaje a la agente Bernal tuvo rápida respuesta, un par de vehículos llegaban junto a Carolina, que paseaba por los alrededores sin encontrar ninguna respuesta a los miles de preguntas que le pasaban por la cabeza.

–Hola – saludó Rosa saliendo del primero de los coches - ¿qué sucede? – Carolina no contestó, tenía la mirada perdida al otro lado de la calle.

–Es una calle muy concurrida – comenzó diciendo Carolina, era como si sus pensamientos salieran espontáneamente desde su cerebro – será complicado encontrar a alguien que se fijara en el interior del coche de la chica – Rosa escuchaba atentamente – desde la tienda, los trabajadores tampoco pueden ver nada, el que lo hiciera, debió de pasar aquí muchos días, muchas horas, hasta encontrar el momento adecuado, puede que lo intentara en alguna otra ocasión antes de la definitiva, no tenía prisa.

–Quieres decir que no se trata de un psicópata – la interrumpió Rosa.

–No defino a quien lo hizo, tan solo describo su comportamiento – respondió Carolina - creo que, si encontráramos a alguien que esté siempre por este barrio, podríamos tener una descripción de la persona que lo hizo – Rosa miró a su alrededor.

–¿Algún vecino de alguno de estos edificios?

–Es complicado que alguien se dedique a estar mirando por la ventana todo el día, aunque no lo descarto – Carolina sonrió pensando en su suegra – más bien me refería a alguien que, por sus circunstancias, esté siempre en alerta – Rosa volvió la mirada tras ella, a la entrada de un pequeño parque que intentaba dejar algo de naturaleza en la masa gris que les rodeaba.

–Por supuesto – corroboró Rosa clavando su mirada al otro lado de la

calle.

Mientras caminaban con aparente indiferencia observando a los tres vagabundos que los miraban con curiosidad sentados en un banco junto a la entrada al parque, Rosa y Carolina se miraban con complicidad, ambas eran conscientes que una entrada excesivamente brusca solo conseguiría sería que se cerraran en banda y no les dieran ninguna información.

–Buenas tardes – saludó Rosa con una sonrisa falsa mientras los tres hombres la miraban sin abrir la boca - ¿qué tal?

El atuendo de los tres no dejaba duda de cuál era su ocupación, ropa sucia y roída, junto con barbas poco cuidadas y pelo enmarañado, además de un olor intenso a alcohol. El más alto de los tres no dejaba de dar tragos a una botella de cerveza mientras que sus compañeros mascullaban mirando de reojo a Rosa, que esperaba alguna respuesta.

–Hola – saludó al fin el más grueso de los tres, que, con sus brazos apoyados sobre sus rodillas, dejaba que su prominente barriga saliera de la raquílica cazadora que solo le cubría los brazos.

–Creo que me podéis ayudar – dijo Rosa jovial haciendo que el más grueso mirara a su compañero, pequeño, delgado y con expresión inteligente, con algo de hastío.

–¿Qué sacaremos? – preguntó el pequeño astuto.

–Vaya – masculló Rosa, que se quedó pensativa buscando la mirada de Carolina, que miraba distraída a unos contenedores al otro lado del parque - ¿qué queréis? – el pequeño sonrió mirando a su amigo.

–Pedro – comenzó diciendo señalando al más alto – quiere que le vuelvan a admitir en el ejército, volver a ver a su familia, y que le curen la esquizofrenia, mi socio Andi, señaló con su pulgar al hombre grueso sentado a su lado – que le den trabajo de ebanista, tal vez sea el mejor que encuentren, le quiten de la bebida, y le den la custodia compartida de sus dos hijos, y si fuera posible una cita con su ex mujer, se le jodió la vida con la bebida, y por lo que a mí respecta, me conformaría con que después de estar en la puta cárcel, alguien me diera la oportunidad de mostrar lo buen camarero que soy, aunque antes tendría que

desengancharme de la heroína – Rosa tragó saliva en silencio sintiendo vergüenza – aunque con unos euros para saciar nuestros vicios unos días, tal vez valdría – sus dos colegas rieron levemente viendo la cara de la agente.

–Perdona – se disculpó Carolina yendo hacia los contenedores, la conversación de Rosa con los tres sin techo no había conseguido atraer su atención.

El conjunto de contenedores para reciclaje esperaba en soledad las toneladas de papel, plástico y vidrio que las empresas tratarían al menor coste posible. Un pequeño ruido se podía escuchar al otro lado del contenedor de papel, Carolina, desde la distancia, le había parecido ver a alguien, aunque fuera quien fuese, no quería que le vieran revolviendo el interior del contenedor.

–¿Hola? – preguntó Carolina con prudencia sin conseguir respuesta - ¿hola? – insistió asomándose al otro lado, desde el que unos ojos curiosos se clavaron en ella.

–Hola – saludó una voz especialmente alegre.

–Hola – contestó Carolina sonriente acercándose hasta el origen de la voz - ¿qué tal? – un hombre de unos sesenta años la miraba sonriente y nervioso, mientras guardaba unas revistas en su carro de tela.

–Son revistas – dijo el hombre, que no dejaba de frotarse las manos sobre sus bermudas.

–Que chulas, me encantan – contestó Carolina refiriéndose a las revistas y advirtiéndole que la salud mental del hombre no parecía ser la mejor - ¿cómo te llamas? – preguntó mientras observaba el extraño atuendo del hombre, bermudas beige, cazadora verde, zapatillas de deporte con calcetines negros hasta la rodilla, y una cabeza despejada y brillante, aunque menos en torno a las orejas, donde exhibía una tupida capa de pelo, y lo que más le sorprendía, parecía aseado y limpio.

–¿Te gustan? – preguntó el hombre con la mirada iluminada – me llamo Juan, he cogido unas revistas, mira – se acercó hasta la inspectora para mostrarle varias revistas del corazón y un periódico – son de esta semana, y el periódico es el de ayer, no pude conseguirlo antes, y me

gusta estar al día de lo que pasa.

–Genial – exclamó Carolina – a mí también me gusta estar enterada de todo lo que pasa.

–Claro, no podemos dejar de leer, y acabar siendo unos ignorantes.

–No puedo estar más de acuerdo – continuó Carolina tratando de ganarse la confianza de Juan - ¿a qué te dedicas?

–No sé – Juan se encogió de hombros incómodo.

–Yo soy investigadora – Carolina pensó que la palabra policía resultaba demasiado intimidatoria – y quería enterarme de algo que pasó por aquí la semana pasada – miró a Juan a los ojos, que esquivaba su mirada.

–Yo no sé nada – dijo Juan agachando la cabeza tratando de escabullirse.

–Perdona si te he asustado – se apresuró a disculparse Carolina, que veía como Juan comenzaba a cerrarse – tan solo busco a una persona que probablemente ha hecho algo malo, lo que tú hagas aquí no me importa, tan solo quiero saber si pasó algo raro la semana pasada – dijo acompañando con su cuerpo la tímida huida de Juan.

–Bueno – balbuceó Juan apretando los labios – había un hombre.

–Probablemente, ese es al que quiero – dijo Carolina intentando esconder su ansiedad – si me dices lo que sabes, te conseguiré todas las revistas y periódicos de hoy y de este mes.

–¿Incluidas las de historia? – preguntó Juan mirándola de reojo – me encanta la historia.

–Por supuesto – Carolina se sentía aliviada al sentir que se había ganado a Juan – si lo prefieres, podemos sentarnos ahí – señaló un banco junto a un gran quiosco junto al parque – y cuando termines de decirme todo lo que necesito, te compraré lo que quieras.

Juan miró con ilusión el papel que rodeaba el quiosco como si tratara de la equis que marca el lugar donde se encontraba el tesoro escondido, y fue al trote hasta el banco, donde se sentó esperando a Carolina mientras no dejaba de mirar las portadas de las decenas de revistas que parecían llamarle sin cesar.

–¿Y bien? – Carolina esperaba las explicaciones de Juan sentada junto a él.

–Era un hombre muy raro – comenzó contando Juan.

–¿Por?

–Todos los días se quedaba de pie junto a la parada de autobús y nunca cogía ninguno.

–¿Todos los días? – se preguntó Carolina - ¿cuántos días estuvo esperando?

–Por lo menos – Juan se detuvo buscando en su desordenado cerebro – un año.

–¿Un año? – exclamó Carolina observando la expresión jovial de Juan – o ¿un mes?

–Eso, un mes – rectificó Juan con la misma cara de satisfacción.

–Joder – exclamó de nuevo Carolina sorprendida - ¿qué días?

–Todos.

–¿Todos?

–Sí, hasta la semana pasada – Juan, cada vez se sentía más cómodo conversando con la inspectora.

–¿Viste lo que pasó? – Carolina estaba consiguiendo más de lo que esperaba.

–Ese hombre nunca me gustó, no era de este barrio, demasiado elegante – la lengua Juan parecía definitivamente desatada mientras Carolina sacaba una pequeña libreta para no olvidar nada de lo que Juan le estaba contando, algo que hizo que se sintiera más importante – sí, desde el primer día que le vi, sabía que no traería nada bueno, coincidió muchas veces con la chica rica, y la semana pasada se subió a su coche, menudo sinvergüenza.

–¿Le viste? – Carolina no creía que fuera a tener un testigo que le pudiera dar una descripción del sospechoso y de lo que sucedió.

–Claro – contestó Juan con seguridad – se subió al asiento de atrás y luego la apartó y condujo él, si quería conducir tendría que haberse comprado su propio coche ¿verdad?

–Supongo que sí – Carolina estaba algo desconcertada al escuchar lo

sucedido, que coincidía casi por completo con su versión.

–¿Cómo llegaba el hombre hasta la parada de autobús?

–Caminando – dijo Juan encogiendo los hombros como si fuera algo evidente.

–¿Desde dónde?

–Desde esa calle – Juan señaló la calle siguiente a la parada.

–¿Reconocerías al hombre si le vieras? – preguntó Carolina con la esperanza de redondear la declaración de Juan – o al menos, describirlo.

–Por supuesto – contestó Juan alzando el cuello, hacía tiempo que nadie hablaba con él tanto tiempo, y menos que le hiciera sentir tan útil.

Carolina se levantó para volver junto a la agente Bernal, a la que veía salir de una pequeña tienda con sus tres nuevos amigos, con cara de circunstancias, lo que hacía prever que no había conseguido nada relevante para la investigación. Ya se disponía a ir en su dirección cuando se dio cuenta de que Juan no se había movido del banco, y mascullaba algo en voz baja.

–¿Algún problema? – preguntó Carolina con mucho tiento.

Juan continuaba con sus divagaciones con la mirada fija en el suelo, ante la más que preocupante cara de Carolina, que veía como su testigo se estaba convirtiendo en todo menos en fiable.

–Ya me acuerdo – exclamó Juan saliendo de su trance.

–¿Qué pasa? – preguntó Carolina sobresaltada.

–Siempre repetía la misma canción.

–¿Estuviste junto a él? – preguntó sorprendida, pensaba que solo le había estado observando desde el otro lado de la calle.

–Por supuesto – contestó Juan serio – alguien con un comportamiento tan extraño tiene que ser vigilado – Carolina miraba a Juan sin terminar de entender los criterios de extrañeza que alguien como él seguía – yo puedo resultar algo extravagante, diferente diría yo, pero nunca extraño o sospechoso – el discurso absolutamente racional de Juan hizo que la inspectora se quedara boquiabierta, incluso, algo avergonzada – You load sixteen tons, what do you get? another day older and deeper in debt ... - el ritmo al cantar y el perfecto inglés utilizado por Juan le sorprendió aún

más - ¿no conoces la canción? – Carolina negó con la cabeza – Sixteen Tons del gran Tennessee Ernie Ford, me encantan los años cincuenta.

–Vaya – consiguió decir al fin Carolina – me lo apunto, vamos con mi compañera y luego nos acompañas a comisaría para el retrato robot.

–Claro – contestó Juan levantándose del banco – los detalles son importantes en tu trabajo ¿verdad?

–Por supuesto – contestó Carolina arqueando las cejas.

Los aspavientos de Rosa al dejar a los tres compinches en el banco donde les había encontrado, confirmaban las sospechas de Carolina, tan solo querían un trago un gratis.

–Menudos hijos de puta – bramó Rosa con el gesto retorcido mientras Carolina la observaba en silencio – venga a dar a vueltas con que, si habían visto algo o no, y después de comprarles un litro de cerveza a cada uno, uno de ellos me dice que cree haber visto a un hombre grande y mal encarado por la zona, qué gilipollas soy.

Las quejas de Rosa dejaron muda a la inspectora, que hacía lo posible por no soltar una carcajada ante la desesperación de la agente, mientras Juan, escondido detrás de la inspectora miraba con terror a Rosa, que tras el sofoco le detectó con su furiosa mirada.

–¿Quién coño es ese? – preguntó Rosa asomándose a la espalda de Carolina.

–Es nuestro testigo – dijo Carolina sonriente.

–Aún no tengo mis revistas – dijo Juan mientras Rosa le escaneaba de arriba abajo.

–Estarás de broma ¿no? – dijo perpleja Rosa, que no podía apartar su mirada de los roídos calcetines que Juan vestía justo por debajo de la rodilla.

–En absoluto – asintió Carolina todo lo seria que pudo, a la vez que lanzaba una mirada de confianza a Juan – vio lo que sucedió con la chica, y tiene una descripción de la persona que entró en su coche.

–Mis revistas – susurró Juan al oído de Carolina.

Rosa cogió por el brazo a Carolina y la apartó un par de pasos de Juan, al que no le quitaba los ojos de encima.

–Te está amenazando, o me estás tomando el pelo – susurró Rosa lejos de los oídos inquietos de Juan.

–No – aseveró Carolina seria – me ha lo contado todo, y por lo que dice, pasó como yo había pensado.

–Mis revistas – insistió Juan en voz baja.

–De acuerdo – dijo Rosa nerviosa – llévalo a comisaría, que le tomen declaración y que hagan un retrato robot – echó una última mirada de rabia contenida a Juan – y cómprale ya las putas revistas, porque como le vuelva a oír, se va a comer el quiosco entero – Carolina esbozó una leve sonrisa mientras Rosa volvía con sus agentes.

CAPITULO 8

Leo ya no sentía la presión por cumplir con el trabajo que le habían encargado, saber que Ana era infiel a Enrique reducía la incertidumbre, haciendo que su única preocupación fuera saber el momento en el que se reuniría con su amante, y habiendo escuchado la conversación con su amiga, estaba seguro de que sería esa misma noche. Esperó con tranquilidad en su coche, con la entrada a la empresa donde trabajaba Ana a la vista. Ya pasaban las seis de la tarde, algo más tarde de la hora habitual de salida de Ana, pensó que las cosas se podrían torcer si se trataba de alguien de su trabajo, aunque le resultaba extraño, alguien como ella no tendría a su amante a la vista de todo el mundo.

Cinco minutos más tarde sus dudas desaparecieron, Ana salió a la calle junto con su amiga, parecían mantener una larga conversación, supuso que eso es lo que le había retrasado. Después de dos efusivos besos, las dos amigas se despidieron a la vez que el chófer de Ana llegaba hasta la puerta para recogerla, Leo puso el coche en marcha para comenzar con el seguimiento, aunque en esta ocasión sería algo más acorde a lo que estaba acostumbrado que esquivar el tráfico con una bicicleta.

Tras media hora de plácido viaje atravesando la ciudad, el coche de Ana entró en la mansión de Enrique, en la lujosa urbanización donde vivía desde hacía un año en el extremo noroeste de la ciudad. Giró en la calle siguiente para dar la vuelta y colocarse de manera que tuviera la entrada a la vista, una vez allí ya no valía ninguna distracción, aún eran las siete de la tarde y era más que probable que Ana saliera para su encuentro furtivo, desechó por completo la opción de que el amante fuera hasta su casa, donde trabajadores de la total confianza de Enrique levantarían el engaño en cuanto volviera.

Las luces ya iluminaban las solitarias aceras del lujoso mundo al que había accedido Ana gracias a Enrique, ni siquiera la sobredosis de

refrescos de cola que Leo llevaba ingiriendo durante las tres últimas horas le permitían mantener la concentración con la mirada fija en el mismo lugar, las piernas comenzaban a estar entumecidas, y los pinchazos en la espalda le pedían a gritos salir del coche para devolver todos músculos a su lugar, pero no quería ser visto, nadie se había cruzado con él durante todo el tiempo que había estado allí, y así tenía que seguir, salir del coche le dejaría a la vista aunque fuera por unos segundos, y podría poner en aviso a la infiel.

Por suerte, la puerta de la mansión de Enrique se abrió al fin, dejando a la vista un pequeño utilitario rojo con Ana en su interior, como pudo, estiró su cuerpo hasta dar con la cabeza en el techo, para arrancar después con suavidad, presentía que el trabajo estaba llegando a su fin.

Como si de un viaje turístico se tratara, Leo atravesó la ciudad tras el pequeño utilitario de Ana cruzando grandes avenidas sin ningún problema, ni siquiera tuvo que tratar de no ser visto, el intenso tráfico, aunque fluido, le permitía casi pegarse a Ana sin que resultara sospechoso. Al cabo de veinte minutos, Ana se desvió para perderse entre las angostas calles de un barrio residencial, que, aunque no resultaba acorde a su actual posición social, los precios de los pequeños chalés entre los que se movían solo eran alcanzables para una mínima parte de los ciudadanos. Al fin, Ana se detuvo delante de la entrada de carruajes de una de las casas, bajo la señal de prohibido aparcar, Leo aceleró al pasar junto a ella y detuvo el coche en la siguiente intersección observando los pasos de Ana, que, con premura, se bajó del coche y abrió la cancela exterior del chalé con su propia llave, para volver de nuevo al coche y aparcar en el interior.

Leo apretó los dientes con fuerza, tomar imágenes le iba a resultar una tarea casi imposible, aunque el pequeño edificio de tres plantas al otro lado de la estrecha calle le daba una oportunidad. Después de asegurarse que no volvía a salir, giró a la derecha hasta bajar a la siguiente intersección, donde una acera algo más ancha de lo habitual haciendo esquina le permitió subir el coche lo suficiente como para no molestar al tráfico, la multa iría directamente a sus gastos.

Mientras caminaba junto al muro de la casa en que había entrado Ana, un escalofrío le recorrió el cuerpo, ya había sentido esa misma sensación en ocasiones anteriores, y no nunca le deparó nada bueno, se detuvo, y escuchó el extraño silencio que le rodeaba, sin duda, esa era la razón por la que solo gente adinerada podía permitirse vivir allí, la quietud de las afueras en el centro de la ciudad, todo un lujo. Un coche rompió el trance de Leo, que había olvidado la razón por la que estaba allí, y se había descuidado, cualquiera podía verle y reconocerle allí parado, escaneó en unos segundos toda la calle y fue a cobijarse hasta la puerta del edificio que se encontraba frente a la casa en la que había entrado Ana.

Sería imposible tener imágenes de Ana y de con quien quiera que estuviera, a no ser que tuviera acceso al interior del chalé, Leo hizo un recorrido visual del muro exterior de la casa mientras miraba de reojo el comienzo de la calle, solo tenía una alternativa, esperar a que salieran, aunque si era Ana la que terminara por salir sola, de nada le valdría todo el trabajo. Observó pegado al muro un pequeño saliente tras un frondoso árbol que hacía la acera casi intransitable, era el registro de agua, lo suficientemente ancho para subirse y aceptablemente discreto como para no ser visto a simple vista, era una buena opción para conseguir unas imágenes que le aseguraran el cumplimiento del encargo.

Después de varios minutos asegurándose de que nadie le observaba, con un ligero saltito, subió hasta encaramarse a lo alto del muro de la casa, colocándose de manera que las ramas del árbol que tenía delante le cubrieran lo más posible de los ojos indiscretos de los conductores que pasaban, y de alguien que transitara por el otro lado de la calle, aunque su camuflaje no serviría de nada si algún peatón recorriera su lado de la calle, en cuyo caso tendría que saltar para poner de manifiesto su indiscreción, y aunque tenía la seguridad de que no sucedería, porque en el rato que había estado por allí, el único peatón que había roto la tranquilidad de la calle era él mismo.

Desde su improvisada torreta, Leo tenía una inmejorable vista de toda la casa, se trataba de una casa antigua, aunque completamente

reformada, de los tiempos de su inauguración aún quedaban un par de estatuas de piedra de dioses míticos, que flanqueaban el estrecho y corto camino que llevaba hasta la puerta principal, a la izquierda una pequeña piscina con hidromasaje rodeada por un pequeño llano de césped con dos hamacas, y al otro lado, una vieja cubierta sobre un pequeño garaje, bajo la que estaba aparcado el utilitario de Ana. Una sola planta para un capricho en medio de la ciudad, sin duda, ideada como una casa de campo en sus días, con grandes ventanales en sus veinte metros de fachada.

El interior resultaba tan silencioso como el exterior, ni rastro de los tortolitos, el sonido del primer vehículo pasando tras él, le hizo sentir incómodo, estaba a merced de cualquiera que pasara, incluido la policía, lo que le supondría un grave problema, y con toda seguridad, decir adiós al trabajo. Decidió continuar unos minutos más, al fin y al cabo, si alguien le había visto, al menos que le hubiera servido de algo, y al fin, sus deseos se hicieron realidad, la gran puerta acristalada del salón se abrió de par en par, Ana fue la primera en salir, seguida de un hombre alto y fuerte vestido con unas bermudas y una camisa rosa a medio abrochar, y que sonreía mientras Ana se lamentaba de sus dudas.

–No sé hasta cuando podré seguir así – dijo Ana dejándose caer sobre un pequeño sillón de jardín.

–Hasta que tú quieras – contestó el hombre sentándose junto a ella.

–No me hables como si fuera solo cosa mía – contestó Ana enfadada.

–Tú eres la que tiene las dudas – respondió el hombre con tono más serio – ya te he dicho que dejes a ese vejestorio y te vengas a vivir conmigo, no soy mega millonario, pero vivo bien.

–No es por el dinero, idiota – exclamó Ana con rabia – aún le quiero.

–Lo sé, pero ya no compartís nada – el hombre se acercó hasta coger la mano de Ana – te quiero y me gustas mucho, pero yo tampoco voy a aguantar esta situación para siempre.

–Claro que no – respondió Ana compungida – no quiero hacerte daño a ti tampoco – lágrimas de angustia comenzaron a caer por sus mejillas mientras el hombre se incorporó hasta abrazarla – estoy hecha un lío.

–Lo sé, pero tienes que tomar una decisión – el hombre acarició la barbilla de Ana hasta acercarse a sus labios y besarla apasionadamente, pero un ruido al otro lado del muro les hizo sobresaltarse.

–¿Qué es eso? – preguntó Ana con preocupación.

–Alguno que ha tropezado fuera – dijo el hombre sin darle más importancia.

Fuera, Leo se había quedado completamente paralizado tras saltar desde el altillo en el que estaba al sentir a una persona que bajaba por la calle, y hacer retumbar todo el vecindario con la suela de sus zapatos, pero después de escuchar al amante de Ana, resopló, apagó la cámara y volvió hasta su coche con una gran sonrisa, el trabajo estaba terminado, el material que tenía era más que suficiente para convencer a su compungida pareja de que había un tercero en su relación.

CAPITULO 9

Hacía unas horas que la luna vigilaba tras unas pequeñas nubes, dibujando extrañas figuras para regocijo de los que pensaban que escondía algo más que un simple satélite natural, Borja, completamente agotado, salía de la comisaría sin tener claro que dirección tomar. Hacía un par de horas que había anunciado a su mujer que saldría tarde, y que no sabía a qué hora llegaría, y con su habitual comprensión, Alejandra le había deseado que acabara pronto, Borja, resoplando y mirando el escaso tráfico de la calle, sacó su teléfono móvil y entró en su agenda hasta encontrar el nombre de Fran, nombre que usaba para camuflar el nombre de su amante, Carmen.

Con solo ver su nombre en la pantalla del teléfono, ya podía sentir sus caricias, era el momento perfecto, sin hora para llegar a casa, y con Carmen deseando que la llamara, aunque no fuera tanto por él como por la información que a buen seguro trataría de sacarle. Al fin presionó la pantalla sobre el teléfono y antes de que pudiera escuchar la primera señal al acercarse el teléfono al oído, la suave voz de Carmen contestaba.

–No puedes pasar sin mí – dijo Carmen, a la que se le podía escuchar el ansia y la ambición desde el otro lado de la línea.

–No seas tan creída – bromeó Borja, que cada vez era más consciente de que le tenía comiendo en sus manos.

–¿Vienes? – preguntó Carmen haciéndose la ingenua.

–Estoy ahí en cinco minutos – Borja colgó y casi como un zombi atraído por los vivos, se dejó llevar hasta el coche buscando el sexo de Carmen.

Estaban a punto de dar las once de la noche en el barrio de Carmen, tan solo las luces de un salón de juego daban fe de que todavía quedaba vida en esa zona de la ciudad, los personajes que ocupaban la noche nada tenían que ver con los que unas horas antes abarrotaban la calle. Con los ojos puestos en todas direcciones, Borja se acercó hasta el edificio de

Carmen y pulsó el botón del telefonillo, al momento, la puerta se abrió para darle paso hasta el coqueto apartamento de Carmen en la segunda planta.

–Hola – la puerta se abrió antes de que Borja tocara el timbre.

–Hola – Borja contestó obnubilado con la atractiva figura de Carmen, solo cubierta con una sensual ropa interior negra.

–Estaba deseando verte – el comentario de Carmen no tuvo efecto alguno en Borja, que dejó que sus instintos más primarios actuaran, besándola casi con desesperación.

Un gran estruendo al cerrarse la puerta dejó el descansillo en silencio y una gran duda en la conciencia de Borja, aunque todo de lo que pudiera arrepentirse ya lo había dejado para el día siguiente.

En el otro extremo de la ciudad, un joven volvía de su trabajo en un restaurante de lujo camino de su casa, a pesar de los buenos augurios sobre la situación económica, para un chico como él, la vida continuaba siendo igual de dura y cruda como lo había sido siempre para alguien que vivía en un barrio como el suyo. Pocos eran los que conseguían salir de allí con un destino que mejorara lo que ya tenían, aunque como mínimo habrían conseguido no estar rodeados por delincuencia y reyertas.

Su madre le llamó Arturo al nacer, porque siempre pensó que llegaría a ser un gran rey en el camino que tomara, aunque para ello no contara con la ayuda de un padre que le acompañara, ni siquiera le tuvo a su lado al nacer, simplemente se desentendió de una situación complicada. Con el paso de los años, y unos cuantos disgustos de su madre, enderezó su camino hasta entrar en la universidad y terminar administración de empresas, pero nada fue como le contaron, nada más acabar y después de lanzar infinidad de currículos, no le quedó más remedio que aportar su granito de arena a la economía familiar y ponerse a trabajar en lo primero que le salió a la espera de la oportunidad de encontrar algo en el mundo para el que se había preparado.

No era más tarde que otros días, al contrario, resultaba pronto para que ya estuviera llegando a su casa, pero los días entre semana se hacían

especialmente largos para los negocios de hostelería, más aún, si el fin de mes quedaba cerca, por lo que su encargado le mandó a casa para cobrarle las horas cuando le fuera más útil.

Arturo caminaba con cansancio, no podía dejar de pensar en su madre, la única razón por la que estaba allí, y la única persona que había tenido la fe suficiente como para creer en él, aun cuando no lo merecía. Como cualquier joven de su edad, y a pesar de ser más responsable que la mayoría de sus amigos, le gustaba salir a tomar algo y a ver a alguna amiga con la que compartir un rato, y por la hora que era, seguro que encontraría el plan en el pub Recoveco, a pocas manzanas de su casa. En un principio tuvo la intención de acercarse a su casa a cambiarse, pero seguro que su madre aún estaría despierta, y terminaría por convencerle de que se quedara con ella para ver alguna serie aburrida, así que se miró de arriba abajo, y decidió ir directamente al pub, viniendo del trabajo nadie le reprocharía no llevar un look imaculado, con los pantalones vaqueros y la camiseta que vestía debajo de su polar azul sería más que suficiente para ninguno de sus amigos se metiera con él más de cinco minutos.

La luz azul del letrero del pub ya estaba a la vista, Arturo esbozó una pequeña sonrisa, seguido de un pequeño gesto de reproche al ver a varias personas en el exterior, debía de estar lleno, terminó por arrepentirse de no haber parado antes en casa, pero ya era tarde y si volvía terminaría por llegar a casa a una hora que no le dejaría en muy buenas condiciones para que el trabajo del día siguiente, por lo que resopló y aligeró el paso.

Un chisteo le distrajo de su objetivo, Arturo se detuvo, y aunque era muy conocido en el barrio como para tener problemas, siempre estaba en alerta, no se fiaba de casi nadie, pensaba que detrás de cualquiera podría haber un tarado escondido. Con pausa dejó su espalda cerca del edificio junto al que caminaba para examinar la calle, al cabo de unos segundos, se repitió el mismo sonido, pero esta vez, sí que identificó el origen, uno de los coches aparcados junto a él, se agachó para ver al conductor, pero las sombras le impedían identificarlo.

–¿Qué coño quieres? – dijo Arturo a la defensiva.

–¿No sabes quién soy? – un hombre se incorporó sobre la ventanilla del acompañante dejando ver su rostro.

–¿Qué coño quieres? – exclamó Arturo con desprecio.

–Puede que sea tu día de suerte – dijo el hombre abriendo la puerta del coche para que Arturo subiera – tus plegarias han sido escuchadas.

–No tengo nada de qué hablar – contestó Arturo dándose media vuelta.

–Espera – exclamó el hombre saliendo del coche – ha accedido a todas tus peticiones, solo necesitamos puntualizar un par de cosas.

–Habla con mi abogado – Arturo continuó con su paseo.

–Incluido lo que solicitaste de tu madre – Arturo se detuvo – créeme, te compensará.

Arturo arrastró los pies hasta el coche, miró el interior y con desconfianza se montó en el asiento del acompañante, el hombre le miraba sonriente sin decir nada.

–Te escucho – dijo Arturo, que no dejaba de observarle receloso.

–Estoy seguro de que todo va a quedar finiquitado cuando veas lo que te ofrecen – el hombre se volvió hacia el asiento trasero y cogió un maletín, que colocó sobre sus piernas.

El hombre levantó la mirada hasta los ojos esperanzados de Arturo, que al ver el maletín tenía la seguridad de que aquel hombre le traería buenas noticias. Metió la mano en el interior del maletín, y con un movimiento casi fugaz, sacó un martillo de hierro y lo estampó en la frente de Arturo, cuyo cuerpo quedó completamente rígido en su asiento esperando el golpe de gracia de su falso benefactor.

CAPITULO 10

~ –No lo entiendo – el agente Fernández miraba a Carolina algo extrañado.

~ –¿A qué te refieres? – preguntó Carolina molesta.

~ –Parece que la investigación iba por buen camino ¿por qué apareció Eliot? – la pregunta hizo que Carolina se preguntara que estaba haciendo allí, aunque en el fondo sabía que tenía que hacerlo, era el peaje por el que debía pasar si quería continuar con su vida.

~ –Es algo complicado – Carolina torció el gesto recordando lo sucedido.

~ –¿Puedes explicarlo? – preguntó el agente Fernández con exceso de amabilidad.

~ –Lo cierto es que la agente Bernal ya me había comentado que nos enviarían a alguien para que colaborara con nosotros en la investigación, además así conseguiría estar al día de cualquier cosa que pudiéramos encontrar – Carolina se detuvo pensativa observando la expresión del agente de Fernández, por unos momentos tuvo la impresión de que esperaba una respuesta determinada – el caso es que ese día se convirtió en un auténtico caos, los acontecimientos superaron a algunos de nosotros – lanzó una mirada furtiva al inspector jefe, que apartó la mirada al momento – y en ese momento apareció él.

~ –¿Le sorprendió?

~ –No sé qué decirte – Carolina soltó una leve carcajada con la cara de sorpresa del agente, que no entendía la reacción de la inspectora – lo cierto es que después de todo lo que sucedió, fue como la guinda del pastel.

Tan rápido como el primer orgasmo de Borja la noche anterior, las noticias sobre un posible loco que mataba sin un objetivo definido,

hicieron que la ciudad se convirtiera en una auténtica jaula de locos, todo el mundo observaba a todo el mundo, las llamadas de emergencia se multiplicaron por cien, cada ciudadano tenía un sospechoso que, casualmente, solía ser alguien que le caía especialmente mal. Durante las primeras horas de la mañana fue el único tema sobre el que hablar en la ciudad, y en comisaría no iba a ser menos.

–¿En qué coño estaba pensando? – el comisario Gálvez no paraba de golpear la pared del despacho del comisario Pol, comisaría a la que pertenecía el inspector Lozano.

–De verdad necesitas que te lo diga – bromeó tranquilo el comisario Pol sentado en su mesa de despacho mientras veía desgañitarse a su homónimo.

–Y ¿te quedas tan tranquilo? – gritó Gálvez con un gorgojo en la garganta, que hacía que su voz, ya de por sí ronca, se convirtiera en un sonido gutural ininteligible.

–No exactamente – contestó Pol, peinando sus canas con la mano, mientras se colocaba su impoluta chaqueta sin moverse del sillón.

El comisario Pol llevaba el tiempo suficiente en el cuerpo de policía como para entender a Gálvez, y permanecer tranquilo mientras los acontecimientos no le salpicaran, hacía años que había decidido que sus únicos problemas serían los que él creara, y eso incluía no comprometerse con nada, ni nadie, aunque nadie podría decir que fuera un tipo egoísta, tampoco resultaba alguien a quien acudir cuando surgían problemas. Su única preocupación era no meterse en líos innecesarios, y gastar todo su sueldo en tener el aspecto necesario para procurarse al menos una noche de sexo a la semana, aunque en los últimos años se tenía que conformar con que alguna mujer quisiera hablar con él más de veinte minutos, momento en el que su ego desmedido no podía esconderse por más tiempo bajo su apariencia de buen agente de la ley, para terminar por espantarla.

–Te advertí que era un picha brava – exclamó Pol con gesto de asco – no es mi jodido problema, te dije que Carolina era el buen policía.

–¿Qué coño significa eso? – replicó Gálvez encogiendo los hombros.

–Que no vengas aquí a tocarme los cojones – Pol se levantó de su sillón con el índice apuntando a la cara de Gálvez, que le miraba estupefacto.

–¿Eres idiota? – Gálvez lanzó su gran zarpa sobre el dedo acusado de Pol, haciendo que el brazo volase hasta arrastrar su cuerpo y hacerle casi caer.

–¿Qué coño haces? – se revolvió Pol, pero antes de que su índice volviera a apuntar a Gálvez, este lo cogió y lo retorció con todas sus fuerzas hasta que un sonoro crack hizo que los dos hombres se quedaron parados, para después escuchar el ensordecedor grito de dolor de Pol.

–No entiendes nada – aseveró Gálvez sin soltar el dedo de Pol, que apretaba con cada gesto que pareciera hacerle recuperar las fuerzas – yo soy el encargado de la investigación, tengo que dar la cara con los de arriba, pero lo que no voy a hacer es inmolarme frente a la prensa, para eso está un capullo como tú, no se trata de una votación, sales, dices que tu hombre piensa con los pantalones y que por ahí se escapó la filtración, o lo que te dé la gana, me da igual, pero es tu hombre, y tu responsabilidad, y será tu responsabilidad todo lo que te diga – con un brusco giro de muñeca el dedo de Pol tocó la muñeca de la misma mano, haciendo que Pol cayera al borde del desmayo – supongo que lo habrás entendido, así que yo me marchó, haz lo que tengas que hacer con el capullo ese si no quieres acabar poniendo multas en un pueblo perdido.

El comisario Gálvez abandonó el despacho de Pol, que a duras penas podía mantener las lágrimas dentro de sus párpados. Mientras avanzaba hasta la salida, Carolina le observaba desde de su mesa pensando en la suerte que tendría Borja si tan solo era apartado de la investigación.

–Lozano – un grito estremecedor salió del despacho del comisario Pol, Carolina se volvió hacia Borja, que, cabizbajo, se levantó de su mesa para recibir la más que merecida reprimenda, y el consiguiente castigo.

Carolina no podía dejar de pensar en su compañero y amigo, que le apartaran de la investigación sería un castigo también para ella, que tendría que lidiar con alguien nuevo, algo que odiaba, le costaba mucho

tener con confianza con alguien, aunque por otro lado, podría también ser ella apartada, aunque esta posibilidad, además de injusta y arbitraria, le quedaba lejos, su relación con la agente Bernal le hacía pensar que no prescindiría de sus habilidades para una investigación, que se complicaba con cada paso que daban.

Un mensaje en su teléfono móvil sacó a Carolina de su preocupación, le informaba de otro asesinato, pero después de mirarlo sin prestarle mucha atención devolvió el móvil a la mesa, el hecho de que hubiera congeniado con ella no significaba que tuviera que prestar atención a cualquier investigación que la agente tuviera entre manos, además tenía otras cosas de las que preocuparse antes de contestarla.

Tras diez eternos minutos, la puerta del despacho del comisario se abrió para dejar al descubierto la más que probable desdicha de Borja, que salía resoplando con la cara emborronada en rojo, y los dedos envueltos en un frenesí de gestos sin control.

–¿Qué tal? – preguntó Carolina tímidamente.

–Bueno – contestó Borja resoplando y dejándose caer sobre la silla de su mesa – me han suspendido por un mes, no ha ido tan mal.

–Vaya, lo siento – Carolina se acercó hasta Borja para darle un beso en la mejilla.

–Más lo siento yo, encima te voy a dejar sola estos días – se lamentó Borja llevándose las manos a la cara.

–Eso es lo de menos – le tranquilizó Carolina – lo importante es que todo ha quedado en una suspensión.

–Y que estoy marcado para los restos – replicó Borja enfadado consigo mismo – y a ver qué coño le cuento ahora a Alejandra – Carolina se encogió de hombros sin saber que contestar.

El teléfono de Carolina sonó sobre su mesa para recibir una llamada, con un ligero vistazo pudo ver el nombre Rosa mientras continuaba repicando el desagradable sonido de teléfono antiguo.

–Cógelo – le ordenó Borja, cuya rabia contenida por la estupidez cometida le podía hacer saltar con cualquier cosa que sucediera a su alrededor.

-No te preocupes - los dos se miraron mientras el sonido parecía hacerse cada más alto y chirriante - está bien - se rindió Carolina cogiendo el teléfono.

-Tenemos otro asesinato - la voz de Rosa salió del altavoz como un estruendo - es más que probable que se trate del mismo asesino.

-Bien - contestó Carolina sin saber qué hacer realmente, no quería dejar a su amigo solo en un momento así, pero la investigación también era prioritaria.

-¿Me escuchas? - gritó Rosa a otro lado del teléfono como si quisiera llegar a través del aire hasta Carolina.

-Vete - dijo Borja vencido - tienes que hacer tu trabajo.

-Ahora salgo para allá - contestó Carolina a Rosa para después colgar.

-Soy un imbécil - admitió Borja - me lo tengo merecido, tal vez sea mejor así.

-Claro que no - contestó Carolina.

-No seas condescendiente y descubre al cabrón ese - Borja sonrió tratando de que Carolina se sintiese lo menos culpable posible por tener que marcharse en un momento así.

-No te preocupes, ya verás como no es para tanto - Carolina al fin mostró su sonrisa y se despidió con la mano de Borja mientras corría hacia el nuevo escenario.

Los remordimientos de Carolina fueron desapareciendo a medida que avanzaba por la autopista y se encontraba más cerca por posible segundo asesinato de la investigación, a pesar de todo, era consciente de que no la dejarían trabajar sola, idea que no le resultaba del todo incómoda. Estar sola le supondría más trabajo y responsabilidad, pero por otro lado le permitiría una libertad, que difícilmente podría conseguir con alguien a su lado, con otras ideas e intuiciones a las suyas.

Según el mensaje que le había enviado Rosa, el escenario se encontraba en un descampado a las afueras de la ciudad, en la zona noreste, a unos treinta kilómetros del centro, y en una desviación que llevaba hasta un pueblo diez kilómetros más allá, resultaba obvio que el

lugar había sido elegido por su poco tránsito, y con toda seguridad, por su más que segura lejanía de cualquier cámara que pudiera captar al asesino.

Pronto se dio cuenta del lugar exacto donde se encontraba el cuerpo, una decena de coches de policía, junto a dos ambulancias, y varios coches camuflados marcaban el lugar en medio de la nada. Por unos momentos, Carolina sintió que todo aquello le venía grande, pensaba que como podría ella sola encontrar al asesino teniendo delante de ella a todo el servicio secreto, y a los mejores investigadores del cuerpo de policía, con cada pensamiento, su pie se iba levantando un poco del acelerador hasta detenerse a pocos metros de la desviación que llevaba al descampado, ahora repleto de policías.

Con la mirada distraía en el largo camino que le llevaría hasta el final de la investigación, no pudo ver como Rosa, enfundada en unos ajustados pantalones vaqueros, acompañados por unas botas negras altas le hacía señas a los agentes que cerraban el paso de la desviación para que la dejaran pasar. Uno de los agentes, siguiendo las órdenes de Rosa, tocó el claxon del vehículo que cortaba el paso para sacar a Carolina de su agobio, levantó la mirada sin poder escuchar nada, tan solo veía al agente agitar sus brazos para que entrara, presionó de nuevo su pie derecho y con parsimonia, fue entrando en el camino de arena hasta llegar junto a la agente Bernal, que la esperaba con una gran sonrisa.

–Vamos – le arengó Rosa acercándose hasta la puerta del coche – tienes que ver esto.

Carolina salió aún con el aturdimiento de todo lo que le rodeaba, aunque sintiendo el protagonismo que Rosa le estaba dando, y del que no estaba segura que pudiera responder. Carolina seguía a Rosa, que caminaba con ligereza haciendo que se apartaran todos los agentes que se encontraban a su paso, mientras, observaba todo lo que no tenía que ver con la policía, un coche con las puertas abiertas y lo que intuía podría ser el cuerpo de la víctima.

–¿Qué te parece? – dijo Rosa volviéndose hacia Carolina al llegar junto al cuerpo completamente desnudo de un hombre.

Carolina observaba el cuerpo del hombre sin saber realmente que es lo que Rosa quería que viera, resultaba evidente que la forma en que el cuerpo había sido colocado era muy similar a como habían dejado a la hija del embajador, por lo que la suposición de que los crímenes los estaba cometiendo un asesino en serie se hacía cada vez más evidente, casi demasiado.

–Deja de pensar ya en el idiota de tu compañero – saltó de repente Rosa dejando a Carolina cortada – no me mires así, no pensarás que íbamos a trabajar con alguien sin saber antes como es cada uno, mi prioridad era que tú entraras en la investigación, a pesar de tu compañero, no era una ayuda para ti, más bien todo lo contrario, era un impedimento para que continuaras progresando, piensa en todo el trabajo que habéis hecho juntos ¿quién terminaba por llegar a conclusiones? ¿quién sonreía recibiendo halagos no merecidos? – Carolina la escuchaba sin poder contradecir nada de lo que decía – si eres tan inteligente como creo, no volverás a trabajar con él nunca, y ahora vamos al trabajo, cuéntame que ves.

–Parece el mismo tipo de escenario – aunque le costaba, Carolina sabía que Rosa tenía razón, sus sentimientos de culpabilidad parecían disiparse por momentos mientras su cerebro se concentraba en lo que tenía delante – aunque por lo que veo – Carolina rodeó el cuerpo hasta tener la cara del hombre de frente – la manera en que ha sido asesinado no ha sido la misma – se detuvo pensativa.

–No parece obra de un loco ¿verdad? – propuso Rosa sonriendo con satisfacción observando como el cerebro de la inspectora encontraba las respuestas casi sin esfuerzo.

–Parece – Carolina hizo una pausa pensativa escudriñando el cadáver - pero por otro lado ¿qué otro sentido tiene?

–Parece eso estamos aquí – respondió Rosa – te cuento todo lo que tenemos, el hombre se llamaba Arturo García, un chico joven de veintisiete años, trabajador, con carrera universitaria, y por lo que parece, con una vida tranquila, aunque eso no lo sabemos a ciencia cierta, de lo que sí estamos seguros es que no parece que estuviera metido en nada

que pudiera acabar así, por otro lado – se volvió hacia el coche que había en el centro del círculo de policías – está el coche, a diferencia del asesinato de Brina, aquí hemos encontrado todo – Carolina gesticuló sorprendida – arma del crimen y lugar, hemos encontrado un gran martillo, con el que el asesino golpeó a Arturo en la cabeza hasta matarlo, y lo hizo estando sentado en el asiento del acompañante, donde hemos encontrado toda la sangre que había perdido Arturo antes de colocarlo en el suelo.

–Entonces – intervino Carolina – le asesinó en el coche, entiendo que no lo hizo aquí – dijo señalando la arena bajo sus pies – lo hizo en otro lugar y lo trajo en el coche.

–O no.

–O no – repitió Carolina pensativa – es lo de menos, supongo, pero si lo hubiera hecho aquí se tendrían que conocer ¿estaba drogado?

–No – contestó Rosa impaciente con las conclusiones de Carolina.

–Por lo que debía conocerle ¿de qué otro modo subiría al coche sin ofrecer resistencia? no lo entiendo.

–Estás llegando a las mismas conclusiones que nosotros en infinitamente menos tiempo, continua – le pidió Rosa.

Carolina se acercó hasta el coche para observar el interior, colocándose en paralelo en el exterior para tener una comprensión más exacto de lo que podría haber sucedido.

–Es claro que le golpeó desde el asiento del conductor, estando la víctima en el del acompañante – Carolina continuó pensando en alto – debían estar hablando ¿qué habéis encontrado en el coche?

–Toda la documentación de un tal Jose Huertas, empleado de banca, y con un amago de infarto después de preguntarle cómo es posible que hubiera un cadáver en su coche, nada relevante, le robaron el coche ayer por la tarde noche, estaba aparcado en la calle, cuando hemos contactado con él estaba poniendo la denuncia en comisaría.

–Alguien llega en un coche que no es el suyo y consigue que suba su víctima – Carolina se frotaba la cabeza – no lo termino de entender.

–Goin' up to the spirit in the sky, Goin' up to the spirit in the sky, that's

where I'm gonna go when I die ... – un hombre se acercaba hasta Rosa cantando y bailando mientras esta cerraba los ojos reprimiendo su enfado al verle – vamos, Rosita – dijo el hombre simulando acento mejicano.

–No sé si sabes que estamos trabajando – le reprendió Rosa apretando los puños con fuerza.

–Por supuesto – respondió el hombre con energía y burla – faltaría más.

Carolina le miraba boquiabierta, no podía creer como aquel hombre trataba a la agente Bernal, a la que todos los que la rodeaban le tenían el máximo respeto, rozando el miedo en algunos casos. Pero lo que más le llamó la atención fue el aspecto informal, casi desaliñado, camiseta azul y vaqueros con zapatillas de deporte y sudadera de deporte, que, junto con el pelo castaño alborotado, las gafas de sol y una expresión infantil, le hacían parecer el niño consentido de la familia.

–¿No me vas a presentar? – preguntó el hombre acercándose hasta Carolina, que no podía evitar el gesto de extrañeza.

–Claro – contestó Rosa con pesar – este individuo maleducado e insoportable es el agente Eliot, tu nuevo compañero en la investigación.

–¿Compañero? – Carolina no podía creer lo que escuchaba mientras Eliot extendía el brazo para estrechar la mano de Carolina – pero ¿por qué?

–Que entusiasmo, me encanta – dijo con sorna Eliot dejando caer la mano que Carolina había dejado en el aire.

–Cállate – le ordenó Rosa a Eliot, que no paraba de hacer gestos cuadrándose, simulando ser un militar con exceso de celo – es una orden, no puedo hacer nada, había pedido a alguien que os ayudase en la investigación, y me han enviado a esto – se encogió de hombros señalando con la mirada a Eliot.

–No debes preocuparte – Eliot se dirigió a Carolina con la mejor de sus sonrisas – creo que seré un buen jefe.

–¿Jefe? – exclamó Carolina sin dar crédito a lo escuchaba.

–Sí – confirmó Rosa bajando la mirada – él estará al mando del

equipo.

–Pues no va a ver equipo – sentenció Carolina dando media vuelta.

Rosa negó con la cabeza lanzando una mirada de odio a Eliot, que inmediatamente se disculpó con las manos para después ir tras Carolina.

–Carol – gritó Eliot corriendo tras la inspectora, que se dio media vuelta al escuchar su diminutivo.

–¿Cómo que Carol? – se revolvió Carolina enfadada.

–Perdona – Eliot cambió su gesto y su actitud al llegar junto a la inspectora – discúlpame, es que a veces me lo tomo demasiado poco en serio, no me gusta que este tipo de cosas me afecten, cuando llevas tanto tiempo viendo cosas así, ya sabes.

–Más te acostumbras, y dices menos estupideces – replicó Carolina ante la cara casi de pena de Eliot.

–Eres buena – dijo Eliot volviéndose hacia Rosa, que asintió sonriente – no tragas ni una, está bien, me presentaré como hay que hacerlo, soy Eliot – volvió a ofrecerle su mano a Carolina.

–Yo, la inspectora Arnal, aunque puedes llamarme Carolina – dijo Carolina haciendo hincapié en su nombre completo.

–Encantado – contestó Eliot estrechando la mano de Carolina – aunque tengo que decirte que me encanta Carol, te da un aire como de mayor seguridad, de una mujer de armas tomar, casi peligrosa.

–Carolina está bien – contestó dejando caer una pequeña sonrisa por el tono utilizado por Eliot.

Un incómodo silencio se hizo entre ambos mientras mantenían las miradas, Carolina sentía que Eliot escrutaba su alma, como si tratara de saber cómo era solo con mirarla.

–Si ya hemos terminado con las presentaciones, podríamos empezar a trabajar – Rosa intervino advirtiendo la molestia de Carolina, que reaccionó al momento volviendo junto al cuerpo de Arturo.

–Por supuesto – contestó Eliot sin dejar de observar a su nueva compañera.

Rosa y Eliot caminaron hasta Carolina dedicándose unas cuantas miradas de odio reprimido hasta que llegaron junto al cuerpo.

–¿Tenéis alguna idea de quien lo ha hecho? – preguntó Eliot con sorna – claro, lo olvidé, por eso estoy aquí, no tenéis absolutamente nada.

–Deja de tocar las narices – le respondió de inmediato Rosa, mientras Carolina hacía oídos sordos a las provocaciones de Eliot – si tan listo eres por qué no lo resuelves de una vez.

–Sería menospreciar tu trabajo – contestó Eliot con el gesto serio – y ya sabemos lo inteligente e importante que eres, alguien tan insignificante como yo nunca pondría entredicho tus métodos – Rosa se contuvo, no era el momento ni el lugar para discutir – pero después de repasar el grueso expediente, creo que hay algo que es obvio.

Carolina y Rosa se miraron cómplices esperando que las conclusiones del prepotente Eliot no fueran muy diferentes a las que ya habían llegado ellas.

–Creo que el tatuaje de su hombro ya lo he visto antes – propuso Eliot volviéndose hacia Carolina esperando su reacción.

–¿Qué coño estás diciendo? – se apresuró a decir Rosa mientras se acercaba hasta el cadáver para observar el dibujo en la piel de Arturo.

–¿No lo habías visto? – dijo Eliot con sarcasmo – apuesto un zumo de sandía a que mi nueva compañera ya se había percatado, por lo que sé, su capacidad de observación y su memoria son dos de sus mejores cualidades, aunque le falta la seguridad suficiente como para decirlo sino tiene una respuesta preparada ¿me equivoco?

–Puede que se trate de una simple casualidad – contestó Carolina con desdén.

–Lo sabía – dijo Eliot sonriendo.

Rosa se acercó para ver de cerca el tatuaje, se trataba de un gran búho rodeado de símbolos tribales, aunque lo que más llamaba la atención eran los detalles y el colorido.

–Es el mismo que llevaba Brina en la espalda – sentenció Rosa con rabia por no haberse dado cuenta antes.

–Bravo – exclamó Eliot – tienes una sagacidad fuera de lo común – bromeó de nuevo.

–¿Por qué no lo has dicho antes? – le recriminó Rosa a Carolina, que

bajaba la cabeza violentada con la situación.

–Pensé que no tenía relación – contestó Carolina entre dientes.

–No seas modesta – dijo Eliot – cuéntanos que crees – se hizo el silencio esperando la respuesta de Carolina.

–Es como si fuera una especie de marca – comenzó diciendo Carolina titubeante ante la presión – como si el asesino quisiera que viéramos que el tatuaje, de algún modo, tiene que ver con su muerte.

–Bravo – exclamó de nuevo Eliot, pero subiendo aún más la voz para que todos pudieran oírle – yo no lo hubiera explicado mejor, ahora entiendo que Rosita te haya elegido – Carolina se volvió extrañada.

–Sí, tiene razón – explicó Rosa avergonzada – yo le pedí al comisario Gálvez que te incluyera en la investigación, que sigas con nosotros ha sido mérito tuyo.

–Por supuesto que sí – volvió a intervenir Eliot, que con cada palabra irritaba aún más a Rosa.

Carolina se sentía utilizada, como si su presencia allí hubiera consistido en una trama que nada tenía que ver con sus méritos, por mucho que Rosa le hubiera insistido en ello, aunque ya era demasiado tarde como para retirarse, todos a su alrededor daban por hecho su participación, y le resultaría complicado que la dejaran irse sin más.

–En cualquier caso, y si tuviera algo que ver el tatuaje, que aún no lo sabemos – cambió Rosa de tema – debemos comprobar si tenía relación con la víctima anterior.

–Algunos sí que lo sabemos – susurró Eliot al oído de Carolina, que no pudo evitar soltar una pequeña carcajada con el tono irónico utilizado,

–¿Cómo podríamos saber qué relación hay entre ellos a través de un tatuaje? – continuó Rosa tratando de ignorar los comentarios de Eliot.

–El autor, el autor – exclamó Eliot al viento.

–Cada día eres más tonto – respondió Rosa con un suspiro de alivio, ya no podía estar por más tiempo ignorando las provocaciones de Eliot.

–Díselo tú – animó Eliot a Carolina – llevas un pequeño tatuaje en el brazo, aunque no por ello, menos sofisticado, apuesto a que te lo hiciste

en un local del centro, hay grandes artistas por allí – dijo Eliot volviéndose hacia Rosa – y te costaría un buen pellizco – guiñó un ojo a Carolina, que apartó la mirada avergonzada – apuesto que si preguntáramos por ahí, nos podrían decir exactamente quien es el autor, no creo que vaya a ser el asesino, pero al menos es un comienzo.

–Por favor, llévatelo – le rogó Rosa a Carolina – como le tenga delante de mí cinco minutos más no respondo de mis actos – terminó diciendo para volver junto al resto de agentes que estaban revisando el coche minuciosamente.

–¿Nos vamos? – preguntó Eliot sonriente.

Carolina se dirigió hasta su coche sin preocuparse de si Eliot iba tras él, tan solo pensaba en salir de allí y continuar con el trabajo, ahora tenía una razón más para acabar con la investigación cuanto antes y olvidar a todos los que había conocido, empezando por la agente Bernal, y terminando por el extraño agente Eliot, para volver a su vida cotidiana de inspectora de policía.

–Lo siento, pero no volveremos a desplazarnos en coche – comentó Eliot al sentarse junto a Carolina en el coche.

–¿De qué coño estás hablando? – Carolina no pudo evitar saltar ahora que ya estaban a solas.

–Qué carácter – exclamó Eliot con cierta sorpresa – pensaba que no ibas a saltar nunca.

–¿Me estás probando?

–Me gusta saber con quién trabajo, nada más – por unos momentos, Eliot dejó que pasara el silencio, sentía el enfado de Carolina en cada uno de sus gestos.

Con el paso de minutos, Carolina se iba calmando, y su angustia por la situación se iba transformando en conformismo por la situación que le había tocado.

–Lo siento – se disculpó Carolina algo afligida.

–No tienes por qué – contestó Eliot para su sorpresa – has reaccionado demasiado bien para la situación en la que te has visto envuelta, una jefa manipuladora frente a un impertinente agente al que acabas de conocer,

en mi opinión has estado demasiado condescendiente – Carolina no apartaba la mirada de la carretera, no quería mirar a Eliot y encontrar otra sonrisa burlona – te lo digo en serio – aclaró con voz seria.

–Ya no sé qué pensar – concluyó Carolina resoplando.

–Pues que te hablo en serio – insistió Eliot.

–Vale, me puedes explicar quién eres y que haces aquí conmigo – se decidió Carolina a preguntar.

–Muy fácil – Eliot comenzaba a sentir que Carolina se relajaba y comenzaba a ser ella misma – mis jefes me llamaron y me dijeron que me incorporara a la investigación, yo pregunté ¿qué tengo que hacer? y ellos me contestaron, tienes que ir a allí, y con la ayuda del inspector más inteligente y atractivo del cuerpo, resolver el asesinato de la hija del embajador – Carolina se ruborizó, aun sabiendo el tono medio en broma que utilizaba – tan solo hay un problema, el equipo lo dirige la agente Bernal, intenta que vuestra relación no sea ni tan estrecha ni tan lejana como en otras ocasiones.

Que Eliot dejara caer que había podido tener algo más que amistad con Rosa, hacía que Carolina se explicara muchas cosas del comportamiento entre ambos, el exceso de confianza de Eliot, y el exceso de odio de Rosa.

–Por cierto – Eliot esbozaba una sonrisa que hacía prever algún comentario jocoso - lo del coche era en serio, solo me muevo en transporte público.

–Pues lo llevas claro, no pienso coger ni un taxi.

–¿Taxi? – Eliot la miró extrañado, en ningún caso consideraba a los taxis como transporte público – me refería a autobús, metro, tren.

–Estarás de coña ¿no? – Carolina no podía creer que lo estuviera diciendo en serio.

–No, te lo digo muy en serio, así que disfruta de la conducción yendo a tu comisaría, desde allí comenzaremos el trabajo – Carolina intentó replicar, pero Eliot la chistó con rapidez – soy tu superior, y es innegociable – Carolina se enfurruñó el resto del camino, aunque aún tenía la esperanza de que fuera otra broma sin gracia de su nuevo

compañero.

CAPITULO 11

La primera parada de Carolina y Eliot fue la comisaría, donde la madre de Arturo esperaba las malas noticias sobre su hijo. Carolina entró seguido por Eliot, que observaba distraídamente el habitual movimiento de agentes y civiles, la inspectora, con paso ligero, se adelantaba a su nuevo compañero como si su presencia no fuera con ella, mientras sus compañeros observaban a Eliot con extrañeza mientras este se dejaba ver paseando con tranquilidad.

–Buenos días – saludó Carolina a su espalda.

–¿De qué va esto? – preguntó el inspector jefe fuera de sus casillas, la presión comenzaba a hacerse sentir en su carácter.

–Es un agente del servicio secreto, la agente Bernal me ha ordenado que trabaje con él – explicó Carolina mientras Eliot hacía una exagerada reverencia.

–No me toques los cojones – exclamó Cuadrado ante la aparente falta de respeto de Eliot – identifícate.

–Es el agente Eliot – contestó Carolina tratando de calmar los ánimos.

–¿Eliot? – preguntó Cuadrado cambiando su expresión.

–¿Me conoce? – preguntó Eliot acercándose hasta el inspector jefe.

–Creo que he oído algo sobre ti.

–Me halaga – gritó Eliot abriendo los brazos – aunque no se crea todo lo que le hayan contado.

–No lo hago – contestó Cuadrado en bajo.

–Mejor, no quiero que las habladurías puedan interferir en una relación de debiera ser de la más cordial colaboración – Eliot dio un pequeño abrazo a Cuadrado mientras guiñaba el ojo a Carolina por detrás, que no podía salir de su asombro – y ahora, si nos disculpa, tenemos que continuar con nuestro trabajo, la madre del difunto Arturo nos espera – continuó hasta Carolina, a la que cogió por el brazo para

llevarla hasta la sala donde estaba la madre de Arturo, dejando a Cuadrado parado sin saber cómo reaccionar.

Carolina continuó caminando con la extraña sensación de que iba acompañada por alguien a quién no conocía y que no era quién parecía ser, ralentizo su paso hasta que Eliot prácticamente se le hecho encima, se volvió de repente para encontrarse con la sonrisa socarrona de su compañero, apretó los dientes y cogiéndole por el cuello de la sudadera, le empujó hasta llevarle al cuarto de baño de señoras, donde le clavó contra los azulejos de la pared.

–¿Quién coño eres? – le preguntó apretando su cuerpo contra los fríos baldosines.

–Joder – exclamó Eliot algo contrariado – sabía que eras una mujer de carácter, pero no esperaba esto.

–Contesta – insistió Carolina golpeando la cabeza de Eliot contra la pared.

–Te estás equivocando – dijo Eliot manteniendo la calma – estoy aquí para ayudar.

–¿De qué te conocen? ¿por qué nadie te dice lo gilipollas que eres sin conocerte antes? vamos, habla – Carolina no podía contener su furia y no dejaba de empujar una y otra vez a Eliot.

–Está bien – gritó Eliot quitándosela de encima – tienes razón, te mereces una explicación – Carolina se apartó, dejando que Eliot se rehiciese – estuve mucho tiempo en operaciones especiales, trabajé fuera, por decirlo de alguna manera, y solo me llaman para casos especiales – Carolina aún esperaba una respuesta – tal vez mi fama al entrar a trabajar en el servicio secreto de inteligencia me precedió, y aunque no es cierto todo lo que se cuenta, tampoco soy un ángel.

–No quiero problemas – dijo al fin Carolina, apretando puños con fuerza y un temblando – no sé ni que has hecho, ni me interesa, solo quiero acabar la investigación y no volver a verte.

–Me parece bien – contestó Eliot serio mientras Carolina se daba la vuelta para ir en busca de la madre de Arturo – aunque no sé si podrás resistirte a mis encantos – el comentario de Eliot hizo que se dibujara una

leve sonrisa en el rostro de Carolina, no estaba acostumbrada a alguien que se tomara situaciones de tensión con semejante calma y sentido del humor.

Al llegar a la sala, Pepi, la madre de Arturo, una mujer de unos cincuenta, con un rostro en el que se podía intuir la gran belleza que fue y la tristeza que le había invadido gran parte de su vida, descansaba sentada con los ojos rojos de rabia y desconsuelo por la muerte de su hijo. Estaba acompañada por Loli, la psicóloga encargada de casos de pérdida de un familiar, y aunque no dejaba de hablarla, Pepi parecía estar en otro lugar, en otro tiempo. Carolina llamó a la puerta e hizo una seña a Loli para que saliera un momento, a la vez que Eliot se acercaba hasta ella.

–¿Qué tal? – preguntó Carolina con cara de circunstancias.

–Ya ves – contestó Loli resoplando – de momento no he conseguido que reaccione, es extraño porque a pesar de la pérdida, parece sentir un odio infinito...

–Como si supiera quien lo ha hecho – terminó la frase Carolina, que miró de reojo a Eliot, que había cambiado por completo su expresión, dejando salir al agente que llevaba dentro y que Carolina había echado de menos durante todo el tiempo que había estado con él.

Carolina se acercó hasta la mujer y se sentó junto a ella, mientras Eliot se quedaba en pie detrás, esperando las primeras palabras de Carolina.

–No sé lo que siente – comenzó diciendo Carolina bajando la cabeza y tratando de coger la mirada perdida de Pepi – pero si sabe algo de quien le ha hecho esto a su hijo, puede estar segura de que si nos lo cuenta daremos con el culpable y lo pagará.

–¿Le matarán? – preguntó Pepi ante la cara de sorpresa de Carolina, que se quedó en silencio.

–Sabe de sobra que eso es imposible – intervino Eliot pasando junto a Pepi a la vez que pasaba la mano cariñosamente por su hombro – pero esté segura de que pasará mucho tiempo entre rejas.

–¿Para siempre? – insistió Pepi volviéndose hacia Eliot.

–Podríamos intentarlo – mintió Eliot serio – pero para que eso suceda, nos tiene que decir quien ha sido.

–No hay venganza que pueda mitigar mi dolor – dijo Pepi con rabia – ni que pueda devolverme a mi hijo.

–La comprendo perfectamente – contestó Eliot – yo he perdido seres queridos de manera violenta y nada pueda tapar el hueco que dejan, ni siquiera la muerte – el comentario de Eliot hizo que Carolina se sobresaltara, pero antes de que interviniera, Eliot la detuvo con un gesto de su mano – no es el mejor momento, aunque sí lo es si queremos coger al culpable, por lo que esperaremos el tiempo que haga falta, y cuando crea que está preparada, nos llama y nos dice lo que quiera – Eliot se dio media vuelta haciendo un gesto a Carolina con sus cejas para que le acompañara fuera de la sala.

–El tiempo no será un problema para coger al malnacido – confesó Pepi apretando los dientes.

Carolina salió de la sala tras Eliot, en cuya expresión ya no quedaba nada de las bromas y los chistes con los que había estado martirizando a su compañera y a todos los agentes con los que se había cruzado.

–Al final va a resultar que eres bueno – dijo Carolina al cerrar la puerta y dejar a Pepi sola con sus pensamientos.

–En mi trabajo no existen las bromas, tan solo tengo una manera diferente de afrontar la vida, supongo – dijo Eliot serio mientras observaba a Pepi a través del cristal de la puerta.

–Es indudable que sabe quién mató a su hijo.

–Seguro – confirmó Eliot – tenemos que intentar que nos lo diga, y evitar que cometa una tontería por su cuenta.

–No sé cómo reaccionaría si perdiese a un hijo – dijo Carolina resoplando – solo imaginarlo me causa dolor.

–Pues no es ni comparable a lo que se siente realmente – la afirmación de Eliot dejó sin palabras a Carolina, que se limitó a colocarse junto a Eliot esperando la reacción de Pepi.

Los minutos pasaban con lentitud, mientras Pepi se debatía entre la pena por la pérdida y la rabia de la venganza, Carolina no se podía quitar de la cabeza las palabras de Eliot sobre el dolor de una muerte, se sentía culpable por haberle juzgado sin conocerle, pensaba que, a pesar de su

forma de comportarse debía haber sido más paciente y respetuosa con alguien que realmente había llegado con su mismo objetivo, encontrar al culpable.

Tras quince eternos minutos, Pepi se levantó con sus manos en el pecho, a Carolina le pareció parte de su sufrimiento, pero Eliot reaccionó al momento abriendo la puerta.

–¿Algún problema? – preguntó Eliot a Pepi, que levantó la cabeza para dejar a la vista una mirada moribunda – llama a un médico – gritó yendo a socorrer a Pepi, que parecía tener una especie de ataque.

Carolina corrió por el pasillo alertando a los compañeros de que Pepi estaba sufriendo lo que parecía ser un ataque al corazón, Loli, que descansaba con un café junto a la mesa de Carolina, fue la primera en acudir, pero al llegar hasta el umbral de la puerta de la sala, se encontró a Eliot sosteniendo la cabeza de Pepi, que reposaba en el suelo inconsciente.

–¿Qué ha pasado? – exclamó Loli alarmada.

–Tiene pinta de un ataque al corazón – contestó Eliot con preocupación.

Al cabo de media hora, y varios intentos por reanimarla, Pepi no volvió a despertar, Carolina no dejaba de darle vueltas sentada en su mesa, no podía creer que los acontecimientos se hubieran torcido de esa manera tan macabra, y extraña a la vez.

–¿Qué te pasa? – preguntó Eliot sentándose junto a Carolina.

–Cuando parecía que nos iba a poner sobre la pista, se muere – pensó Carolina en alto.

–Las cosas pasan – dijo Eliot secamente – pero creo que ya tenemos por donde comenzar, sin duda conocía al que podía ser el asesino de su hijo.

–Podría ser solo una suposición suya – le cortó Carolina.

–Puede, pero si no tenemos nada mejor, es el comienzo de la cuerda ¿no te parece? – Carolina levantó la cabeza para ver la forzada sonrisa de Eliot.

–Supongo.

–Pues no perdamos un minuto más, el primer lugar donde tenemos que buscar es en el domicilio de Pepi y Arturo – Eliot ofreció su mano a Carolina para que se levantara.

–Necesitaremos una orden – apuntó Carolina sin moverse del sitio.

–No te quedes en los detalles – contestó Eliot sonriente – es más que probable que llegue mientras nos desplazamos hasta allí, por cierto, en autobús, me encanta recorrer la ciudad en autobús – Carolina torció el gesto, ya había olvidado la orden de no ir en coche.

Tenían más de cuarenta minutos de trayecto, Carolina observaba a las tres personas que esperaban con desgana en la parada, no recordaba la última vez que había viajado en autobús, y aunque le daba cierta pereza no tenía un mal recuerdo, llegaron a su cabeza sus tiempos de estudiante, y sus primeros días en una ciudad como Madrid, aunque su medio de transporte solía ser el metro, más impersonal y rápido, que un delicioso paseo por el asfixiante ambiente contaminado del insufrible tráfico del centro.

–¿Te das cuenta? – preguntó Carolina mientras se balanceaban de un lado a otro, colgados de las barras del autobús.

–¿De qué? – preguntó Eliot distraído.

–Si hubiéramos ido en coche, ya habríamos llegado.

–No seas simple – dijo Eliot con desprecio – mira a tu alrededor y dime que ves.

–Gente que no tiene coche o que no se puede permitir utilizarlo – insistió Carolina en su rabieta.

–Vamos – le arengó Eliot con suplica – puedes hacerlo mejor, haz que merezca la pena estar contigo – Carolina le miró extrañada, pero accedió al juego de Eliot, por estúpido que le pareciera.

–Gente de todo tipo – fue lo primero que le salió a Carolina, a la que observar a extraños le parecía embarazoso – trabajadores que vuelven a casa, otros que buscan serlo, madres con sus hijos – poco a poco, el tono resignado de Carolina fue decreciendo a medida que entraba en la vida de las personas.

–Todos llevamos el mismo trayecto, aunque buscando un camino

diferente – apuntó Eliot mirando a una mujer, que con rostro triste miraba a través del cristal como pasaban los edificios a la misma velocidad que su vida - ¿qué crees que está pensando? – Carolina miró a la mujer fijamente.

–No sabe que será de sus hijos – explicó Carolina con voz apagada – seguro que trata de hacer lo posible para que no se metan en líos.

–¿Qué edad tienen sus hijos? – preguntó Eliot siguiendo las elucubraciones de Carolina.

–Entre trece y quince, puede que algo menos, le resulta muy complicado controlarlos y trabajar, casi no puede dormir.

–Está bien – exclamó Eliot – casi me lo creo, pero te voy a dar otra versión, a ver qué te parece – suspiró tratando de darle más bombo a su actuación – no creo que tenga más de treinta años, y seguramente lleva poco fuera de su casa, supongo que una familia desestructurada, no parece que haya sido madre antes, aunque sí que lo va a ser, esa bolsa de la farmacia con cremas para estrías así me lo indican, además no son nada baratas, por lo que debe tener un buen trabajo, aunque no lleva mucho tiempo en él, esa es su preocupación, saber las consecuencias cuando se enteren en su trabajo de que está embarazada, aunque es probable que ya lo sepan, ese jersey largo ya no puede ocultar la pequeña barriga que asoma.

–¿Cómo sabes que lleva poco tiempo? – preguntó Carolina encantada con la explicación de Eliot.

–Porque está sola – Eliot la miró con tristeza – seguramente es el momento más difícil y de mayor soledad de su vida, si llevara tiempo, le habría pedido a alguna compañera que se quedara a hacerle compañía, y hoy ha salido y se ha ido a casa – Carolina sintió la pesadumbre de Eliot, que notó como Carolina le observaba – aunque también puede ser simplemente un catarro mal curado, ya sabes.

–Seguro – contestó Carolina al mal disimulo de Eliot, que se volvió para perder su mirada en las calles.

Tras el interesante y fastidioso viaje, Carolina y Eliot llegaron hasta la puerta del edificio de Pepi y su hijo Arturo, Eliot no perdió ni un minuto

y entró en cuanto uno de los vecinos salió, dejándoles la oportunidad de llegar hasta la segunda planta, donde estaba la vivienda.

–¿Y la orden? – preguntó Carolina sabiendo de sobra la respuesta.

–No lo sé, se ha debido perder – contestó Eliot encogiéndose los hombros – probemos a subir, tal vez tengamos suerte y esté la puerta abierta – con las cejas levantadas, Carolina dio por buena la absurda explicación de Eliot y le siguió hasta el descansillo del portal, donde, después de un par de segundos de titubeo, Eliot decidió subir los tres pisos a pie, lo que no gustó a la inspectora, que mientras le veía ascender, esperó pacientemente a que las puertas metálicas se abrieran para hacerle menos cansado el ascenso.

Al llegar a la tercera planta, Carolina se encontró con la puerta de Pepi abierta y ni rastro de Eliot, por unos segundos la inspectora se quedó paralizada, no sabía exactamente cómo actuar, pero poco a poco fue moviéndose hasta tener la entrada a la vivienda a la vista. Unos pequeños ruidos en el interior terminaron por hacerle decidirse a entrar, al fin y al cabo, lo más peligroso que encontraría sería a su nuevo compañero, que con toda seguridad le confesaría, fuera verdad o no, que la puerta se encontraba abierta.

–¿Eliot? – preguntó Carolina entrando en la humilde morada de Pepi.

–Aquí – la voz del agente salió de la última habitación, sin duda el dormitorio principal.

Carolina fue avanzando por el pasillo mientras observaba los cuadros pasados de moda y las fotos de tiempos mejores, donde una bella y feliz Pepi posaba junto a su hijo pequeño y varias personas a las que no terminaba de colocar en su ámbito familiar. La luz en el interior era escasa, y la temperatura no llegaba a ser fría, pero tampoco resultaba agradable, cada vez le resultaba más evidente que fueran cuales fueran las razones por las que alguien había asesinado a Arturo, nada tenía que ver con asuntos turbios que se derivaran de grandes cantidades de dinero, ni un solo capricho en la casa, electrodomésticos viejos, mobiliario modesto, ni siquiera el televisor del pequeño salón suponía un gran desembolso.

Y por lo que sabían del chico, no parecía estar involucrado en asuntos de droga o de cualquier otro tipo que supusiera un ajuste de cuentas, todo ello, junto a la más que probable suposición de que Pepi pudiera sospechar de alguien, le dejaba la sensación de que los motivos podrían ser mucho más personales.

–¿Has encontrado algo? – preguntó Carolina al llegar al dormitorio de Pepi.

–No – contestó Eliot secamente mientras curioseaba por los cajones de Pepi.

–¿Qué crees que podríamos encontrar? – preguntó Carolina, que no dejaba de tener la sensación de que Eliot ya tenía una idea de lo sucedido en la cabeza.

–No lo sé, dímelo tú – por lo poco que había tratado con Eliot, la inspectora ya se había dado cuenta de que nunca daba un paso que ella ya hubiera dado antes, parecía no querer dar una información que los demás no tuvieran.

–Pues lo cierto es que no mucho, aunque si hubiera algo, tú lo sabrías mejor que yo, ya has estado echando un vistazo a todo ¿no?

–Vaya – exclamó Eliot sonriente – ya veo que sigues sin fiarte de mí – Carolina cambió el gesto ante la claridad de Eliot – no quería que pudieras sentirte mal, o quedar en evidencia por encontrarnos con la puerta abierta, así que yo asumo toda la responsabilidad, y ya he avisado a Rosita para que venga con sus sabuesos.

–No tienes que preocuparte por mí – replicó Carolina ofendida por la falta de confianza – yo asumo todas las acciones de mi compañero.

–Ya, pero como encargado de la investigación, prefiero hacerlo yo, así, si hay problemas, tú podrás seguir con tu trabajo – Carolina torció el gesto sin convencimiento de lo que Eliot le decía.

Carolina decidió dar una vuelta por la casa antes de que llegara Rosa con sus agentes y tomaran posesión, y el primer lugar que le llamó la atención fue el dormitorio de Arturo. No había nada que la llamara la atención especialmente, y eso fue lo que le atrajo hasta allí, parecía tener un solo entretenimiento, la informática, y no la visita a páginas web, sino

la informática en sí, varios libros amontonados sobre la mesa y uno abierto sobre programación junto al portátil. Echó un vistazo a la puerta y encendió el ordenador, tal vez habría algo allí que pudiera darles alguna pista, pero como esperaba, no había reseñable en el historial de búsqueda, así que fue a los documentos.

Nada le llamó la atención, archivos con fotos, mensajes a amigos sin transcendencia, juegos y un par de archivos con letras en el nombre, pero que terminaron por ser simplemente artículos relacionados con programación, pero antes de llegar al final y apagarlo, uno le llamó la atención, Papa, le pareció el extraño, no solo por el nombre, sino porque además había dado por hecho que se trataba de una familia desestructurada y que probablemente no tendrían relación con el padre, los malditos prejuicios instalados en su mente, pensó mientras hacía doble clic sobre el archivo.

–Joder – exclamó Carolina con rabia al sentir un chispazo que hizo que el ordenador se apagara después de sentir como el agua caía sobre los dedos que tenía sobre el teclado.

–Perdón, perdón – suplicó Eliot con el vaso vacío en su mano – solo quería ver que cotilleabas.

–Ahora nada, capullo – soltó Carolina dando un golpe sobre la mesa.

–Joder, perdona, ha sido sin querer – se volvió a disculpar Eliot persiguiendo a Carolina, que salía de la habitación indignada – es solo agua, seguro que los informáticos sacan la información que sea.

–Eso seguro, pero ¿nos dejarán verla? – preguntó Carolina deteniéndose y volviéndose para encararse con Eliot.

–Por supuesto – contestó Eliot con su hilarante tranquilidad – tengo la autoridad más que suficiente para que lo hagan en tu casa si quieres.

–Joder – exclamó de nuevo Carolina impotente.

–No te pongas así, seguro que encontramos algo por la casa, esto – Eliot cogió el portátil bajo el brazo – yo mismo me encargaré de que lo tengan en los próximos días y nos lo den a nosotros.

–No es eso, podía haber algo que nos hiciera avanzar más rápido.

–De verdad que lo siento, soy un idiota, quería darte un susto cuando

te dices la vuelta, perdona – la disculpa de Eliot sorprendió a Carolina, que le miró a los ojos extrañada.

–¿Qué? – preguntó Eliot encogiendo los hombros.

–No sé, es que no te termino de coger el punto, tan pronto parece el tipo más listo del mundo, como al segundo te conviertes en el más ingenuo, no me gusta.

–Siento oír eso – dijo Eliot – y me alegro – continuó cambiando el gesto – supongo que eso me hace un tipo especial, o al menos, diferente – una ligera sonrisa de Carolina dio por terminado el enfado – ¿seguimos dando una vuelta antes de que venga la despechada Rosita?

–No sigas con eso, parece buena gente – contestó Carolina algo cansada con la manera despectiva en que hablaba de Rosa.

–No la conoces, pero tienes razón, a veces me paso un poco – reconoció Eliot yendo hacia el salón.

Carolina, de nuevo sola, se dejó llevar por su instinto, lo único que pensaba que podría haberle proporcionado una pista con peso, ahora estaba inutilizado. Tras varias vueltas por la casa observando a Eliot buscar entre los enseres y ropas de Pepi tratando de ser lo más discreto posible, para que cuando llegara Rosa no tuviera que dar muchas explicaciones, se detuvo en el descansillo junto a la puerta de entrada mirando unas fotografías antiguas.

–Creo que ya han llegado – anunció Eliot llegando hasta Carolina.

Carolina seguía mirando las fotografías distraídamente, en especial una, en la que una joven Pepi sonreía junto a un hombre.

–¿Qué raro? – dijo Carolina pensando en alto.

–¿Qué pasa? – preguntó Eliot intrigado.

–En todas las fotografías de la casa aparece Pepi con su hijo, o con algún familiar, o al menos eso creo – el cerebro de Carolina comenzaba a discurrir a la vez que sus pensamientos salían casi sin querer de su boca – una mujer, que parece su madre, unas fotos antiguas con los que parecen ser sus hermanos, algunas amigas, pero el hombre de esta foto no lo termino de localizar, y puede que sea una tontería, pero puede que sea el padre de Arturo.

–Tenía el apellido de su madre – apuntó Eliot.

–Lo sé, por eso me ha parecido extraño el archivo que iba a abrir cuando derramaste el agua, y por eso me resulta extraña esta foto, si tienes el apellido de tu madre, es porque tu madre no quiere saber nada del padre, ni que su hijo sepa nada, además de que supongo no tendrá relación alguna, y si la hubiera, no sería buena.

–¿Cuál es el problema?

–Que si ni tu hijo lleva el apellido del padre ¿por qué tener una foto de él en tu casa? – Carolina se quedó pensativa.

–Es probable que sea un amigo o un familiar – propuso Eliot sin poder sacar a Carolina de su trance.

–Pocas mujeres solteras con hijos tiene fotos de amigos o antiguos novios, y si fueran conocidos por el hijo, tendría una foto más reciente ¿no te parece? – Carolina continuó antes de que Eliot replicara – creo que se trata de un antiguo novio, puede que, del padre de Arturo, solo tienes que ver la actitud de ella, abrazada a su cuello, feliz – se detuvo un momento mientras ya se escuchaba el murmullo de Rosa y sus agentes llegando a la tercera planta – me la llevo – descolgó el pequeño marco con la foto y lo escondió debajo de su chaqueta ante la sorpresa de Eliot.

–Hola – saludó Rosa secamente.

–Hola – contestó Carolina haciendo lo posible para que no se notara el bulto de su cazadora.

–Supongo que os habréis encontrado la puerta abierta – Rosa no quitaba el ojo de encima a Eliot, que miraba con desprecio el despliegue de la guardia de Rosa, que en pocos segundos ya había ocupado toda la casa – y ¿eso? – preguntó Rosa ante el sudor frío de Carolina.

–Mi portátil – contestó Eliot con el ordenador de Arturo bajo el brazo.

–¿Desde cuándo utilizas portátil? – preguntó Rosa observando lo poco que dejaba ver el brazo de Eliot.

–Hay tantas cosas que no sabes sobre mí – Eliot se acercó a Rosa hasta que casi podía sentir su respiración – casi tantas como las que sé de ti – le lanzó un beso haciendo que Rosa se retirara con asco.

–No te dejes llevar por este idiota – exclamó Rosa volviéndose hacia a

Carolina – puede parecer un simple gracioso con afán de protagonismo, pero es un embaucador y un manipulador.

–Lo dice por experiencia – bromeó Eliot.

–Llámame cuando quieras - insistió Rosa mientras Carolina asentía.

Eliot salió de la casa con Carolina detrás suyo mientras ponía cara de circunstancias a Rosa, que le hacía gestos para que se cuidase de su nueva compañía.

–Joder, eres un pesado – exclamó Carolina con hartazgo.

–Otra vez – dijo Eliot mientras bajaba las escaleras.

–Otra vez ¿qué?

–Joder ¿no sabes decir otra cosa? – Carolina le seguía en el descenso incrédula con la objeción que le hacía Eliot – eres mucho más inteligente que eso, deberías usar tu talento no solo para el trabajo, sino también para tu vida y para ti misma, a veces resultas vulgar, sin serlo.

Carolina se quedó callada sin argumentos, mientras le seguía aún no sabía si tomarse las palabras de Eliot como un halago o como un insulto, aunque realmente fueran ambas cosas, y las dos ciertas, en cualquier caso, ya estaba agotada, no solo por el trabajo, sino además por la constante presión que suponía llevar al lado a alguien como él.

CAPITULO 12

Al otro lado de la ciudad, y ajeno a cualquier problema policial, un par de solteros habían quedado para su primera cita, y aunque el primer encuentro fue un auténtico desastre, Leo estaba seguro de que Fani sería una gran oportunidad para volver a sentir, aunque solo fuera por una noche. Por primera vez desde hacía semanas, su pelo fue acariciado por un peine, en vez de por sus gruesos dedos, lo que le hizo reparar en su aspecto frente al espejo, las canas que veía cada día estaban más acentuadas, como si por fin se diera cuenta del tiempo transcurrido, y el poco uso que había hecho de él.

El lugar elegido para la cita fue un restaurante en el centro, nunca había estado, pero por lo que su excesiva secretaria le había recomendado, se trataba de un lugar de moda con gente de su edad donde estarían cómodo. Cuando Pam le hizo el comentario de la edad, lo hizo como si sus sesenta años fueran veinte años, nunca se había detenido en ese tipo de frases hechas, pensaba que la edad se lleva en el interior, pero después de escuchar a Pam y observarse, se dio cuenta de que lo que le hacía parecer mayor y aburrido no era su aspecto, sino su mirada, algo que seguramente durante unos segundos había podido disimular cuando conoció a Fani, que solo vio a un hombre que se comportaba como un adolescente tímido y torpe.

Así que, después de percibir la tristeza y toxicidad de su mente, decidió que era el momento de dar un paso hacia delante, no quería estropear la velada con Fani, al menos eso, aunque luego no hubiera nada más. Decidió preguntar a Pam por uno de sus restaurantes favoritos, pensó que nunca sería peor que un lugar de gente de su edad buscando su comodidad.

Leo ya esperaba en la entrada del restaurante media hora antes de que llegara su cita, no pretendía parecer ansioso ni nervioso, pero todo lo que hacía apuntaba a lo que deseaba evitar, algo que preocupaba al seguro y profesional detective privado. Mientras hacía tiempo alternando un cigarrillo con un caramelo de menta, miraba el interior del restaurante, la Gata Gaucha, comida argentina e italiana, le sonaba mejor

que el aspecto que tenía, aunque si en algo coincidía todo el mundo que lo había valorada en el buscador de restaurantes, era la gran calidad de la comida, por lo que si el sitio no era tan elegante como le hubiera gustado, al menos sabía que la comida ayudaría.

Una exuberante mujer anunciaba su llegada con el firme y constante repicar de sus vertiginosos tacones rojos, la tenue luz de las farolas de la estrecha calle tan solo dibujaba su silueta, curvas seguidas por más curvas y un movimiento hipnotizador.

–Buenas noches – dijo Fani al llegar junto a Leo.

–Hola – contestó Leo cortado.

–¿Qué pasa? esperabas a otra, me miras como si no me conocieras – bromeó Fani girando sobre sí misma y dejando que Leo pudiera deleitarse con el espectacular modelo negro que hacía intuir cada rincón de su cuerpo.

–Sí que te conozco, por eso me sorprende – contestó Leo colocándose su americana azul marino, aunque era consciente de que su aspecto no podía competir con el de Fani, al menos debía mantener la pose.

–No te entiendo.

–Me sorprende que una mujer tan atractiva e inteligente haya quedado conmigo – Leo se repuso con la labia que en sus días tanto éxito le había proporcionado, mientras Fani se aseguraba de que su trabajado moño siguiera en su lugar.

–Estás algo anticuado, pero vas mejorando en tus comentarios – Fani hizo sonreír y sonrojar a Leo, que la cogió del brazo para entrar en el restaurante.

Leo no podía dejar de escuchar a Fani, una mujer independiente, interesante y atractiva, además de madre de dos niños, y apoderada en una sucursal bancaria, le parecía casi imposible poder compaginar todo lo que le contaba. Durante casi media hora, Fani le había contado toda su vida, mientras Leo escuchaba encantado, aunque era consciente de que antes o después, Fani querría saber algo sobre él, pero todo lo que se le pasaba por la cabeza resultaba triste, casi deprimente, el muerte de su mujer y su hija en un accidente de tráfico, y en vez de morir con ellas,

tuvo la desgracia de sobrevivir para lamentarse el resto de sus días, ya que no tenía el suficiente valor para quitarse la vida, pero pensaba que conocerla podía dar un pequeño impulso a su insulsa vida, pensaba mientras veía los labios de Fani moverse entre sonrisa y sonrisa.

–¿Y tú? – al fin llegó el momento – fue un poco raro lo de que tuvieras que salir corriendo el otro día.

–Pues ... - Leo dudó unos instantes – soy detective privado, estaba trabajando – para su sorpresa, la cara de Fani se iluminó.

–No me digas – exclamó Fani con la boca abierta – debe ser un trabajo alucinante.

–Bueno – contestó Leo algo cortado – no es un trabajo muy convencional, pero al final termina siendo como cualquier otro.

–No digas eso – replicó Fani tratando de que no le estropeará la ilusión de estar en una cita con un detective – seguro que tienes mil historias – se quedó pensativa un segundo – los horarios deben ser lo peor ¿por eso te separaste?

–No exactamente – Leo no quería convertir la cita en un pañuelo de lágrimas – mi mujer falleció en un accidente de tráfico – pensó que con un mensaje escueto sería más que suficiente – son circunstancias de la vida.

–Vaya, lo siento mucho.

–La vida, supongo – Leo sonrió a Fani, que se sintió mal después de hacer la pregunta – pero tienes razón, tengo unas cuantas historias – la sonrisa volvió a Fani con el cambio de tema forzado por Leo.

Las risas comenzaron a generar un aire de conexión entre ellos, cada vez más evidente en sus miradas y sus gestos, los sorbos de vino fueron cambiando a tragos hasta que una nueva botella llegó hasta la mesa, todo hacía pensar que los deseos de Leo le llevarían más allá de una agradable velada.

El teléfono móvil de Leo sonó, un email estaba a la espera para ser leído, normalmente no solía hacer caso, y menos en una situación como en la que estaba, no había nada fuera de él mismo que fuera lo suficientemente importante como para reclamar su atención e

interrumpir su momento.

–¿No vas a ver qué es? – preguntó Fani extrañada.

–No – contestó Leo sonriente.

–Yo sería incapaz de hacerlo, me he convertido en una adicta al móvil.

–De momento, yo consigo utilizarlo solo para el trabajo – dijo Leo sin admitir que nada de lo que pudiera traerle su móvil era tan importante como lo que estaba haciendo en ese momento.

–En los tiempos que corren, tiene mucho mérito – dijo Fani con un gesto de extrañeza, lo que hizo que Leo sacara su móvil y mirara de quién era el correo.

–Ves, no tiene importancia – comentó Leo tras ver el remitente – es de un trabajo que estoy llevando ahora, precisamente del que estaba realizando cuando te conocí.

–No me digas – exclamó Fani deseosa de escuchar la historia – por favor, cuenta.

–Tampoco es que sea nada especial – contestó Leo quitándole importancia, no quería hablar de un caso en el que aún estaba trabajando.

–Solo dime de qué va – suplicó Fani con las manos entrecruzadas.

–Un hombre que pensaba que su mujer le engañaba.

–¿Y lo hacía?

–Lo cierto es que sí – respondió Leo con una carcajada seguida por Fani – lo cierto es que no era muy complicado llegar a esa conclusión, un hombre de setenta con una chica de treinta impresionante, no quiero parecer machista ni nada parecido, pero resultaba casi evidente.

–¿Con dinero? – el vino comenzaba a soltar la lengua de Leo más de lo que le gustaría y Fani disfrutaba cada vez más.

–Mucho – las risas comenzaban a atraer las miradas del resto de comensales del restaurante.

El teléfono de Leo volvió a sonar, pero esta vez anunciando una llamada entrante, lo que sí le hizo desconfiar, generalmente no recibía llamadas, y mucho menos a esas horas de la noche, miró la pantalla y leer número desconocido hizo que torciera el gesto.

–¿Qué pasa? – preguntó Fani aún con la risa dibujada en su rostro.

-Número desconocido – afirmó Leo entre dientes.

-¿Y?

-Ningún desconocido tiene mi número.

-Qué intrigante – exclamó Fani como si se tratara de un juego – cógelo.

El alcohol y la situación no dejaban pensar a Leo con claridad, lo inusual de la situación le haría reaccionar de otra manera en otra situación, pero en ese momento algo le decía que debía contestar.

-¿Qué tal lo estás pasando? – escuchó una voz de hombre al otro lado del teléfono.

-¿Quién coño eres? – el tono serio de Leo hizo que Fani dejara su expresión divertida.

-Soy tu conciencia – contestó el hombre.

-No me toques los cojones – la situación estaba poniendo nervioso a Leo.

-Estás en muy buena compañía, aunque creo que es demasiado sofisticada para ti – Leo comenzó a mirar a su alrededor inquieto – me encanta el vestido negro y como rompe con los zapatos rojos – Leo bajó la cabeza tratando de que Fani no notara su preocupación.

-¿Qué coño quieres?

-Yo nada – contestó el hombre con la voz seria – pero tú deberías pensar más en los demás, hay determinados temas que no deberías compartir con cualquiera, y menos con una mujer tan atractiva como tu acompañante – los ojos de Leo fueron directamente hasta Fani, que esperaba con angustia a que colgara – dedícate a aprovechar el tiempo que te queda sin dejar un rastro de muerte a tu paso.

La mente de Leo se quedó en blanco, mientras sostenía el teléfono pegado a su oreja ya sin nadie al otro lado de la línea, más que como una amenaza, sonó como una sentencia, que tan solo faltaba cumplir, a pesar de todo, no era una persona que se amedrantase fácilmente, pero decidió dejar las cuestiones de trabajo para otra ocasión y disfrutar de la compañía de Fani, que le miraba asustada.

-Trabajo – dijo Leo al fin apagando el teléfono y devolviéndolo al

bolsillo de su pantalón.

–Vaya – suspiró Fani quitándose un peso de encima – por tu expresión parecía que estuvieras escuchando a un fantasma – Leo sonrió falsamente pensando en la razón que tenía Fani.

–Olvidemos el trabajo y sigamos con la mejor cita que podría desear – exclamó Leo tratando de sonreír.

–No puedo estar más de acuerdo – confirmo Fani levantando la copa para brindar.

Después de brindar y bromear sobre donde irían después de cenar, Leo pensó en lo que el hombre le había dicho sobre el rastro de muerte, y le llevó hasta la persona que le había recomendado el restaurante, su secretaria Pam, discretamente volvió a conectar el teléfono para enviarle un mensaje y cerciorarse de que todo estaba bien, y antes de que pudiera volver a guardarlo, Pam hizo gala de su adicción al móvil, preguntándole si se había equivocado, lo que hizo sonreír a Leo y olvidarse de la extraña llamada.

CAPITULO 13

El agente Fernández parecía escuchar las palabras de Carolina con cierta rutina, como si cada una de sus palabras las tuviera escritas en los folios, que cansinamente pasaba cada poco tiempo. El trascurso de la investigación fue de lo más convencional hasta la llegada del agente Eliot, el cual, por su carácter y su extraña forma de actuar en determinadas circunstancias, hacía que lo que debiera ser algo rutinario, se convirtiera en un asunto importante y especial.

–¿Por qué se llevó la fotografía de la vivienda del segundo asesinado? – preguntó Fernández mirando en sus anotaciones.

–Aún me lo pregunto – contestó Carolina suspirando – no sé, supongo que tuve un presentimiento, la verdad es que tampoco lo pensé mucho en ese momento.

–¿Qué hizo con la fotografía? porque no aparece en ningún lugar como prueba.

–La perdí – contestó Carolina secamente, el comisario y el inspector jefe despertaron de su letargo al escuchar la respuesta cortante de la inspectora.

–No lo entiendo – insistió Fernández incorporándose y mostrando su perfecta dentadura con un blanco excesivo.

–Muy fácil, me olvidé de ella – dijo Carolina sin darle más importancia.

–Ya veo – Fernández miró sus papeles de nuevo mientras se rascaba ligeramente la barbilla - ¿te llevaste algo más de allí? tú o el agente Eliot – Carolina se quedó pensativa.

–Que yo recuerde no, fue un impulso antes de salir de casa.

–Correcto, y ahora volvamos a la fotografía – la insistencia de Fernández extrañó a Carolina, no le había dado la importancia que el agente quería hacerle ver – durante esos días, y me disculparé antes de seguir ya que esto no se corresponde con el caso, aunque sí puede arrojar luz a la razón por la se perdió, y en cierto modo, a los acontecimientos que posteriormente sucedieron.

Carolina lanzó una mirada de odio y angustia a Fernández, que, a pesar de todo, no tenía pensado dejar pasar ninguna de las cuestiones que tenía previstas

antes de comenzar.

–Sebastián Calabria era tu pareja – Carolina asintió apretando los dientes, nunca pensó que fuera a salir ese tema – y lo dejasteis ¿verdad?

–Sí – contestó Carolina mirando pasado de frente – pero ¿no sé qué tiene que ver con lo que estamos tratando aquí?

–Te pido disculpas de nuevo, y tienes razón – se apresuró a contestar Fernández – tan solo quería saber que fue de la fotografía que cogiste sin notificarlo.

–Pues sí, esos días fueron muy jod ... - Carolina detuvo su ira para contenerse y no decir nada de lo que pudiera arrepentirse – fueron un par de días algo complicados, pero en ningún caso afectó a mi trabajo, y sí, fue en esos días cuando me olvidé de la foto y terminó por no aparecer.

Eliot, después de dejar a Rosa y a su ejército escudriñando cada rincón de la casa de Pepi, la dejó para que se encargara de los oportunos informes en comisaría con la excusa de que tenía ir sin falta a su oficina para dejar el portátil de Arturo y dar cuentas de cómo estaba yendo la investigación.

Carolina ya estaba exhausta, el día había resultado mucho más agotador de lo que esperaba, ya pasaban las diez de la noche, algo más tarde de lo que solía ser habitual para llegar a su casa. Ya había aparcado su coche en un pequeño aparcamiento al otro lado de la calle, y con parsimonia, caminaba mientras repasaba en su cabeza todo lo ocurrido en el transcurso del día.

Antes de entrar en su edificio, Carolina recordó los innumerables mensajes que Sebastián le había estado enviando durante toda la tarde y que por una cosa u otra había dejado sin contestar, un escalofrío le recorrió el cuerpo al ver la cantidad, diecinueve. Tuvo la tentación de abrirlos, pero prefirió no hacerlo, tendría la tonta excusa de que no los pudo leer en su momento y finalmente los olvidó, pero casi como un acto reflejo al sentir la fotografía que llevaba en su bolsillo después de deshacerse del incómodo marco que la tenía en exposición, volvió a encender la pantalla para abrir la cámara y hacerle una foto, dentro de su

teléfono móvil le resultaría más cómodo poder consultarla en caso de que lo necesitase. Suspiró antes de que la llave entrara en la cerradura y miró a su alrededor, todo tranquilidad, el barrio en el que se había ido a vivir con Sebastián era como él, sobrio, elegante y en ocasiones aburrido, lo que siempre había querido, pensó con resignación.

El silencio del portal le provocó cierta intranquilidad, que se acentuó al escuchar el leve chirrido de la puerta al entrar en su casa, con cuidado colgó la cazadora y se quitó las botas, pensó que Sebastián ya estaría dormido.

–Buenas noches – la voz fuerte y autoritaria de Sebastián sonó desde el salón retumbando en toda la casa.

–Buenas – saludó Carolina asomándose tímidamente.

Sebastián se encontraba tirado en el amplio sofá mientras veía un partido de fútbol sosteniendo una lata de cerveza en su mano, mientras con la otra sacaba patatas de fritas de la bolsa que había dejado sobre la tapicería del sofá. Ni siquiera se había cambiado, aún tenía la corbata colgando del cuello desabrochado de la camisa, la luz estaba apagada mientras las imágenes del televisor le iluminaban casi en una imagen aterradora. Carolina tragó saliva antes de entrar, de sobra sabía lo que le molestaba que no atendiera a sus mensajes y no le informara de lo que estaba haciendo, máxime cuando iba a llegar tarde como era el caso.

–¿Qué tal? – Carolina entró en el salón sonriente, casi sumisa a la voz de su novio.

–Tú que crees – respondió Sebastián sin apartar la mirada del partido de fútbol.

–Lo siento, ha sido un día muy complicado, encima me han asignado un compañero nuevo – la noticia hizo que Sebastián se girara violentamente y se incorporara para mirarla directamente a los ojos.

–¿Un compañero? ¿y Borjita? – preguntó despectivamente.

–Le han aparatado de la investigación.

–Ya no te gustaba – le cortó Sebastián levantándose bruscamente del sofá – será guapo, supongo.

–No digas tonterías – Carolina bajó la cabeza tratando de no cruzar la

mirada, comenzó a sentirse culpable – te lo tendría que haber comentado esta tarde, pero entre unas cosas y otras.

–Seguro que has estado muy ocupada con vuestras cosas de polis – Sebastián se acercó con un ligero tambaleo.

–No pienses mal, se trata de un agente del servicio secreto, están muy preocupados con lo que está sucediendo.

–Y si están tan preocupados ¿por qué te envían a ti? – la actitud de Alberto se hacía cada vez más incómoda y violenta – seguro que a cero cero siete le encanta tenerte de compañera ¿ya se te ha insinuado?

–Claro que no, es un imbécil – Carolina trataba de esquivar la discusión – tengo hambre, no te quiero molestar, voy a comer algo – se dio media vuelta camino de la cocina.

–No me des la espalda – gritó soltando un fuerte golpe a la pared y haciendo que Carolina se volviera al momento – te estoy hablando, llevo toda la tarde esperándote, ni siquiera te has tomado la molestia de leer mis mensajes, tal vez ya no quieras estar más conmigo y prefieras a alguno de tus compañeros, o a todos – Carolina retrocedía con cada paso de Sebastián – ¿ya no quieres esta vida? tal vez sea demasiado pija para ti.

–Deja de decir gilipolleces, estoy cansada y punto – gritó Carolina haciendo cara a Sebastián, que apretó los dientes y con todas sus fuerzas soltó su puño contra la cara de Carolina, que cayó hacia atrás perdiendo el conocimiento.

Sebastián se quedó mirando con desprecio el cuerpo inmóvil de su novia, dio un trago a la cerveza que aún tenía en su mano izquierda y se fijó en un papel doblado que había caído del bolsillo de Carolina. Se agachó, lo abrió y se quedó mirando la fotografía de Pepi con el hombre desconocido.

–Putá mentirosa – masculló entre dientes a la vez que asestaba una patada al cuerpo de Carolina.

El dolor de cabeza era insoportable, Carolina sentía una fuerte presión en su ojo izquierdo, poco a poco fue recuperando la consciencia a la vez que recordaba lo sucedido antes de caer.

–Lo siento mucho, no sé qué me ha pasado – Sebastián se encontraba sobre ella sosteniendo un paño húmedo sobre su cara.

–¿Qué ha pasado? – preguntó Carolina algo aturdida, mientras tratada de ver donde se encontraba.

–Te he debido dar un golpe sin querer – las palabras de Sebastián sonaban a disculpa en la cabeza de Carolina, y aunque en su interior no quería aceptarlas, tener delante a la persona de la que se enamoró le hicieron rendirse y aceptar una vez más la mentira.

–No te preocupes, los dos estamos muy cansados – un pequeño hilo de rabia se dibujó en el rostro de Sebastián.

–Por supuesto – aceptó Sebastián con gestos de arrepentimiento – no sé cómo ha pasado, te juro no volverá a suceder nunca – Carolina hizo una mueca tratando de que dejar ver una pequeña sonrisa.

Sebastián, ya libre de culpa, comenzó a besar a Carolina, que agotada, no era capaz de decir que no, y con la angustia aún en su mente, se dejó llevar hasta que el amanecer anunciara un nuevo comienzo del mismo cuento.

CAPITULO 14

Hacía mucho tiempo que Leo no conseguía dormir más de tres horas seguidas, al abrir los ojos después de siete horas sin cambiar de posición en su cama, sintió una agradable sensación de tranquilidad que le hizo mostrar una gran sonrisa de satisfacción. Mientras recuperaba por completo la consciencia, los recuerdos de la cita con Fani llegaban hasta su memoria, pero también la extraña llamada que recibió durante la cena, y aunque terminó por no darle importancia y continuar con la cita sin más, hasta acabar en el apartamento de Fani.

Alargó el brazo hasta la mesilla, donde reposaba su teléfono móvil, y para su sorpresa ya eran más de las diez de la mañana, aunque ya contaba con levantarse algo tarde, pero algo le hizo incorporarse como un resorte, su peculiar secretaria no le había enviado ningún aviso, ni siquiera para bromear por su mensaje de la noche anterior.

Leo llamó a Pam de inmediato, pero esta vez no contestó, algo muy extraño, ya que el pequeño aparato electrónico era casi un apéndice más de su cuerpo. Fue hasta el cuarto de baño para que unas pocas gotas de agua disimularan su noche, y salió angustiado hacia la oficina, un agobiante presentimiento le presionaba la garganta.

Entró al edificio empujando la puerta y al portero como si fuera a llegar el fin del mundo, y sin esperar al pausado ascensor subió los escalones de dos en dos, el corazón le latía a mil por hora, tan solo podía pensar en que su cabeza le hubiera jugado una mala pasada y Pam estuviera sentada en su mesa como todos los días. Al llegar hasta la puerta de la oficina se detuvo con una alegría contenida, la luz estaba encendida y la puerta abierta.

Con cuidado, empujó levemente la puerta para dejar a la vista la pequeña salita donde Pam solía recibir a los clientes detrás de su monitor. No encontró a nadie, parecía como si hubiera desaparecido de repente, al fin se decidió a entrar, y sus peores presagios se cumplieron, el cuerpo de

Pam estaba tirado en el suelo detrás de la puerta sobre un montón de papeles cubiertos de sangre. Una profunda náusea le lanzó de nuevo fuera de la oficina, apoyó sus manos sobre las rodillas intentando recomponerse.

Leo trataba de asumir lo sucedido sentado en las escaleras, después de encontrar a Pam tirada en el suelo no había sido capaz de volver a entrar, se limitó a hacer una llamada a la policía. El edificio pronto se llenó de agentes, que Leo estuviera envuelto en una muerte hizo que se movilizaran todos los inspectores libres, incluido el inspector jefe Cuadrado, antiguo compañero de Leo, y amigo.

–¿Cómo estás? – preguntó el inspector jefe pasando su mano sobre el hombro del abatido Leo.

–Tú que crees – contestó Leo sin levantar la cabeza.

–Era una buena mujer, algo rara para mi gusto, pero buena gente – Cuadrado trató de consolar a Leo con su habitual falta de sensibilidad.

–Es una putada – dijo Leo levantando la mirada enrojecido.

–Lo siento de verdad – contestó Cuadrado con un nudo en la garganta al ver a su amigo, un tipo duro al que casi se le había acabado el alma – que mala suerte – comentó entre dientes mientras volvía al interior de la oficina.

–¿Cómo? – reaccionó Leo al escuchar las palabras de Cuadrado.

–Nada – contestó Cuadrado sin darle más importancia.

–¿Qué quieres decir con mala suerte? – insistió Leo algo indignado.

–Pues eso, que ha sido muy mala suerte.

–No creo que haya tenido que ver la suerte – la insinuación de Leo hizo sospechar a Cuadrado.

–¿A qué te refieres? – preguntó intrigado Cuadrado.

–¿No es evidente?

–No te entiendo – el inspector jefe se encogió de hombros esperando una explicación que aclarara la reacción de Leo.

–¿Qué coño está pasando aquí? – exclamó Leo levantándose, y quitándose a Cuadrado de en medio de un empujón para volver al lugar donde estaba Pam.

Al llegar hasta Pam, su instinto de policía comenzó a fluir mientras observaba cada rincón de la escena del crimen, nada fuera de su sitio, salvo los papeles ensangrentados sobre los que reposaba el cuerpo de Pam. Pensativo, salió de la oficina hasta el rellano de la escalera, donde Cuadrado le esperaba con cara de incredulidad.

–¿Qué? – preguntó Cuadrado intrigado con el comportamiento de Leo.

–¿Qué conclusión habéis sacado? – Leo prefirió esperar a lo que sus ex compañeros le contaran antes de precipitarse con unos argumentos que le pudieran meter en un lío del que aún no sabía nada.

–Accidente – concluyó Cuadrado sin más explicaciones.

–¿Accidente? – exclamó Leo sorprendido.

–¿Tienes otra hipótesis? ¿sabes algo que nosotros no? o simplemente das por hecho que pueda ser otra cosa – Leo permaneció en silencio pensativo, no podía dejar de pensar en la llamada de la noche anterior, aunque era pronto para sacar conclusiones.

–Perdona – dijo al fin Leo haciendo ver que aceptaba el diagnóstico de la policía - ¿qué ha sucedido?

–Por lo que parece, si tú no me dices otra cosa – apuntó Cuadrado con recelo – debido a los más que aparatosos zapatos con plataforma que llevaba tu secretaria, debió de perder el equilibrio y al llevar unos papeles en la mano, cayó sin tiempo para apoyarse, golpeándose en la cabeza con una pequeña cajonera que tenía delante, y a la que supongo llevaba los papeles, con la mala suerte de que el golpe fue mortal – detuvo la explicación observando la expresión pensativa de Leo – al menos eso es lo que parece.

–Ya – dijo Leo suspirando, la explicación del inspector jefe resultaba de lo más verosímil para cualquiera menos para él – está bien ¿me necesitáis para algo más?

–En principio, no – contestó Cuadrado sin dejar de estudiar la actitud de Leo.

–Me voy, necesito descansar, si queréis cualquier cosa ya sabes mi número – Leo dio media vuelta sin atender las ayudas que Cuadrado le

ofrecía, hacía un rato que había dejado de escuchar a su alrededor, tan solo podía escuchar la voz interior que le alertaba de que algo no iba bien.

Sentía la garganta seca, y una sensación de inseguridad le invadía, como si la muerte de Pam fuera tan solo el principio, o un aviso de lo podría seguir a continuación. Cada una de las cosas que le argumentaba el inspector jefe como evidencias de un accidente, él las entendía como claras pruebas de que había sido asesinada, empezando por el tropiezo con sus excesivos zapatos, algo completamente imposible para alguien que parecía haber nacido con ellos puestos, como hasta el lugar absurdo donde se encontraba la cajonera, al lado contrario de donde solía estar, junto a su mesa, así como la posibilidad de que llevara papeles de un lugar a otro, situación que solo podría suceder en el extraño caso de que estuvieran de mudanza, y aun así, sería más que improbable.

Necesitaba un trago que le aclarase la mente, o al menos que le hiciera olvidar por unas horas lo sucedido. Decidió entrar en una de las innumerables cafeterías de la zona, ya eran casi las doce de la mañana y el descanso del mediodía estaba a punto de concluir para la mayoría de los ejecutivos de la zona, que se agolpaban en la barra solicitando la cuenta para no llegar tarde de vuelta al trabajo.

Con el primer sorbo, el vaso de wiski se quedó tan solo en hielo, el calor por la garanta le reconfortó y le hizo dejar olvidada por unos momentos la ansiedad, después de unos segundos para que su cuerpo se relajara, con un leve gesto de su mano alzada pidió otra al camarero, que con gestos de sorpresa a su compañero detrás de la barra, obedecía la orden con diligencia.

Ya calmado, y todo lo centrado que podía estar, comenzó a dejar que su mente de inspector de policía comenzara a trabajar, y todo le llevaba hasta la llamada que recibió la noche anterior. Minuto a minuto repasó todos los trabajos que había tenido en las últimas semanas, aunque solo para asegurarse de que no se dejaba algo olvidado, pero estaba seguro de que no había nada que pudiera acabar con el asesinato de su secretaria, aunque sí había muchos que le podrían haber llevado a ser él, el que

estuviera tirado en el suelo de su oficina.

Después de dar el primer trago a la tercera copa, tenía la completa seguridad de que, de alguna manera, el encargo de don Enrique estaba directamente relacionado, aunque, por más vueltas que le daba no conseguía entender de qué manera retorcida podría llevar hasta el asesinato de Pam. Descartó que tuviera que ver solo con ella, solo encontró una razón por la que alguien quisiera quitarla de en medio, que supusiera que estaba al tanto de alguna de sus investigaciones, pero le resultaba ridículo que fuera él, el que estuviera sentado tomando una copa, y no Pam, ya que si alguien tenía toda la información era él sin duda, y no una secretaria cuya mayor preocupación en su trabajo era que se realizara el pago de su nómina a primeros de mes.

Necesitaba aclarar las cosas, pero antes tendría que despejar su cabeza, ir a ver a don Enrique con unas copas de más no era buena idea, por lo que decidió dejar pasar el día, al fin y al cabo, si tuviera algo que ver, antes o después se lo haría saber, solo esperaba tener la oportunidad de poner las cosas en su sitio, y poder defenderse, no como Pam, cuyo único delito fue trabajar con un ex policía al que su indolencia le había condenado a dejarse llevar, sin ser capaz de ver las posibles consecuencias para las personas que le rodeaban por su falta lucidez.

CAPITULO 15

Fernández comenzaba a entrar en detalles de la investigación que resultaban algo confusos, y Carolina se sentía cada vez más presionada, y aunque tenía absolutamente claro cuál era la línea que quería seguir, hablar de ciertos temas le resultaba especialmente difícil, y el comisario lo estado notando, no iba a permitir que ningún agente bajo su mando se viera salpicado por una investigación que había resultado tan delicada y llena de aristas para todos los implicados.

–Ya es hora de hacer un receso ¿no os parece? – comentó el comisario Gálvez levantándose de la mesa, no dando otra opción al agente Fernández, que clavó sus ojos castaños en la figura rechoncha del superior de Carolina.

–Por mí, perfecto – le siguió el inspector jefe Cuadrado, cuya presencia, meramente testimonial, comenzaba a cansarle enormemente.

El agente Fernández miró con recelo al comisario, que le aguantó la mirada mientras se enfundaba la estrecha chaqueta de su traje, a la vez que Carolina, sin decir palabra, daba por buena la idea del comisario y salía de la habitación antes de que cambiaran de idea, necesitaba que el frío de la calle le despejara. No pensaba que recordar todo lo sucedido le cargara de aquella manera, tenía la idea de que aclarando un par de puntos sería suficiente, nunca pensó que le harían revivir cada segundo de los últimos días.

Carolina recorría los pasillos de la comisaría sin reparar en nadie, con la mirada perdida, tan solo pensaba en salir y sentir que, a pesar de todo, las cosas ocurren por algo, aunque aún estuviera replanteándose muchas de las cosas que sucedieron y que podría haber cambiado, y que al final se dejó llevar por las circunstancias.

Después de sacar un cappuccino de la máquina, salió a la calle, una pequeña brisa helada hizo que se subiera el cuello de la cazadora mientras daba un sorbo al humeante vaso de papel. Las imágenes iban y venían, y se percató de que todas tenían un denominador común, Eliot, siempre Eliot, los recuerdos se comenzaron a convertir en sospechas, y los sucesos en planes, pero no quería pensar en ello, al fin y al cabo, no volvería a verle.

Mientras observaba a un grupo de estudiantes de infantil en fila al otro lado de la acera, tuvo la impresión de reconocerlo, se adelantó unos pasos para tener una mejor visión, pero después de volver a mirar, no encontró nada, como en su interior, absolutamente nada, y así debía ser, cualquier sentimiento hacia él debía desaparecer.

Se volvió y miró la fachada del edificio, el interrogatorio con el agente Fernández no solo le estaba haciendo recordar todo lo sucedido, sino que además estaba despertando en ella sentimientos que se había prometido borrar, aunque se consoló pensando que esta sería la última vez que tuviera que hablar sobre él, era consciente de que su mente se lo recordaría con cada acorde de los momentos que compartieron.

–¿Volvemos? – la voz del inspector jefe le pilló por sorpresa sobresaltándola.

–Claro – contestó Carolina secamente.

–Siento que tengas que pasar por esto – se disculpó Cuadrado con cara de circunstancias – ya sabes que, si fuera por el comisario y por mí, todo habría sido archivado y olvidado.

–Lo sé – dijo Carolina aún con la mente en sus recuerdos – no hay problema, subamos y terminemos de una vez.

–Me parece bien – Cuadrado siguió a Carolina con una sonrisa, a pesar de sus desavenencias, veía con agrado como la inspectora había dado por zanjado todos sus roces.

El agente Fernández tan solo se había movido de la sala para buscar un café con leche en la máquina, y su rostro mostraba el fastidio que le había causado el receso, Carolina, volvió a tomar asiento frente él, mientras Cuadrado dejó caer su cuerpo sobre la incómoda silla esperando acabar tan pronto como se pudiera.

–¿Esperamos al comisario? – preguntó Fernández mirando a Carolina, que se encogió de hombros sin dar más importancia a su presencia.

–No hace falta – exclamó el comisario entrando en la sala - ¿no querría comenzar sin estar yo presente? – le reprobó a Fernández – sabe de sobra que no debe, además estoy muy interesado en lo que pueda preguntar.

–Y en lo que pueda responder – replicó Fernández señalando a Carolina.

–Eso me preocupa menos – el gesto del comisario se ensombreció, Fernández conocía las dificultades que había tenido por parte del comisario, pero no contaba

con que se las dejara tan patentes.

–En cualquier caso, ya estamos todos – Fernández prefirió hacer oídos sordos al comentario del comisario y seguir con su trabajo – ahora quería preguntarte por el día en que apareció el cuerpo de la secretaria de Leonardo Blanes, según mis notas, Eliot y tú no aparecisteis por la escena del crimen.

–No teníamos por qué – replicó Carolina al momento.

–Claro – dijo Fernández sin levantar la vista de sus papeles – se trató de un desgraciado accidente ¿no?

–Eso dijeron – contestó Carolina sin apartar la mirada de Fernández.

–Pero, hay algo que no tengo claro – insistió Fernández repasando sus notas – se supone que ese día estuvieron investigando el origen de los tatuajes de las dos víctimas ¿no?

–Eso hicimos – afirmó Carolina rotunda.

–¿Todo el día? – Fernández entrecerró los ojos con misterio.

–Sí.

–Es que tengo una serie de gastos sin justificar por parte del agente Eliot – la pregunta hizo sonreír a Carolina.

–Yo no soy la tutora del agente Eliot – contestó Carolina mientras el comisario se extrañaba de la actitud de la inspectora – lo que haga con sus cuentas es problema suyo, yo solo tengo que dar cuenta de las mías ¿no?

–Supongo que sí – contestó Fernández con dudas.

La noche anterior, Eliot le había enviado un mensaje a Carolina para verse a las puertas de la comisaría, no quería entrar y cruzarse con algún mando que le pidiera explicaciones o le hiciera preguntas que no quería contestar, al fin y al cabo, las personas a las que tenía que dar cuentas estaban muy por encima de cualquiera con los que pudiera encontrar allí.

Eliot, fiel a su forma de ser y trabajar, llevaba un buen rato frente a la comisaría, observando la entrada y salidas de agentes y civiles, antes de colocarse para realizar la espera, tuvo la prudente idea de identificarse frente al agente de guardia para que no tuviera que hacerlo por estar un lugar sospechoso. Carolina apareció en la misma puerta de la comisaría, y al verla, Eliot se percató de que algo la sucedía, su parsimonia al andar,

la pasividad cuando un coche tocó el claxon, pensó definitivamente que algo no marchaba bien, aun así, decidió esperar a que le viera.

La inspectora se detuvo para hablar con el agente de guardia en la puerta, que inmediatamente le señaló en la dirección de Eliot, que levantó la mano al observar como dirigía la mirada hacia allí, aunque no obtuvo ninguna respuesta.

–Buenos días – saludó jovial Eliot quitándose las gafas de sol, a pesar de los cinco grados de temperatura, el sol lucía radiante.

–Hola – contestó Carolina sin ganas.

–Me encanta empezar el trabajo con ganas y fuerza – bromeó Eliot mientras observaba la cara de Carolina.

–Estoy algo cansada – a pesar de que Carolina hacía lo posible para no mostrar su perfil izquierdo, Eliot se dio cuenta de que un moratón salía de detrás de grandes gafas de sol.

–¿Has cambiado de maquillaje? – la broma de Eliot no fue seguida ni por su sonrisa.

–¿Qué pasa? ¿no se pueden tener accidentes domésticos? – exclamó con rabia Carolina a la vez que se arrancaba las gafas de la cara.

Eliot no podía dar crédito a lo que veía, a pesar del intento por cubrir las pruebas con maquillaje, la piel amoratada resultaba excesivamente evidente, así como la hinchazón en su ceja. No solía pasarle casi nunca, pero ver así a la inspectora le dejó sin palabras, ni una broma, ni una mueca, ni un solo comentario, tan solo podía mirar lo que no podía creer que le hubiera sucedido a una mujer como Carolina.

–Llegar tan tarde es peligroso para la salud – se arrancó Carolina ante la pasividad de Eliot – fui a darme una ducha y me di con el lavabo, pura mala suerte.

–Vaya – Eliot reaccionó al fin tocando con cariño el hematoma de Carolina – es una suerte que Sebastián estuviera allí para ayudarte, con un golpe así perderías el conocimiento ¿no?

–Algo – los ojos incrédulos de Eliot se clavaron en los de Carolina, los dos eran conscientes de lo que había sucedido, pero Eliot no quiso

quebrantar su intimidad, por mucha rabia que sintiera no era el momento, si insistía tendría la respuesta opuesta a lo que quería – pero me recuperé, es solo un golpe.

–¿Pensaba que era tu maquillaje? – al fin Eliot reaccionó con su habitual sorna, tragándose sus verdaderos sentimientos.

–Eres idiota – dijo Carolina sin poder creer que estuviera criticando su forma de arreglarse.

–No es un secreto que tu estilo no es el mejor – insistió de nuevo Eliot, haciendo que Carolina se encendiera aún más.

–¿Qué coño estás diciendo? te importaría meterte en tus cosas ¿te has mirado al espejo? – replicó Carolina irritada.

–Tengo un estilo que roza la perfección, y digo roza, por pura modestia – contestó Eliot con sorna.

–Eres un capullo engreído y prepotente – Carolina estaba fuera de sus casillas, sus gritos llegaron hasta el agente de guardia al otro lado de la acera, que miró en alerta.

–¿Quiero que veas una cosa? – Eliot bajó el tono y cogió a Carolina por el brazo hasta arrastrarla hasta el reflejo del cristal de una furgoneta aparcada junto a ellos - ¿qué ves? – preguntó dejando a la inspectora frente a su reflejo.

–No me gusta este juego – exclamó Carolina.

–Vamos, no te hará daño – Eliot llevó su mirada hasta el ojo amoratado de Carolina, la vergüenza le hizo doblegarse y hacerle caso.

Carolina se quedó mirando la chapa de la furgoneta sin decir palabra, nada de lo que veía le reconfortaba, todo lo contrario, le hacía sentirse vacía y vulnerable, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas reprimidas y una insoportable sensación de tristeza le invadió por completo.

–Un desastre – comenzó balbuceando Carolina – sin ningún atractivo, poco femenina – se miró las deportivas blancas que calzaba – aburrida, descuidada – Eliot, sintiendo el desconsuelo de Carolina, le puso la mano en el hombro para que dejara de martirizarse.

–Pues yo no veo nada de eso – dijo Eliot colocándose junto a ella – yo veo a una mujer que se ha hecho a sí misma, valiente, como todas las mujeres que entran en el cuerpo, inteligente y con una gran personalidad, aunque también veo otras cosas – continuó Eliot cambiando el tono de voz – veo inseguridad, conformismo y una persona que no se valora por todo lo que es y lo que ha conseguido – Carolina se encogió de hombros a punto de romper a llorar – pero has tenido suerte, yo te puedo ayudar – el tono de Eliot se volvió jovial – vamos a empezar con tu exterior, que es un fiel reflejo de cómo te sientes, tal vez no sirva de nada, pero al menos te voy a demostrar lo equivocada que estás en todas las tonterías que has dicho – los ojos húmedos de la inspectora se volvieron hacia Eliot.

–Tenemos trabajo – dijo Carolina con voz entrecortada.

–Tan solo tenemos que buscar al autor del tatuaje – replicó Eliot sin darle importancia.

–¿Tan solo?

–No te preocupes por eso, conozco un amigo que seguro que sabe quién lo ha hecho – le aclaró Eliot – y ahora lo prometido – sacó su brazo fuera de la acera para parar un taxi que estaba a punto de pasar junto a ellos.

Durante el trayecto, y después de recuperar el aliento, Carolina comenzó a serenarse, lo que le hizo sentirse manipulada y menospreciada, Eliot había hecho con ella lo que había querido, un sentimiento de culpabilidad la invadió al sentirse tan débil.

–¿Dónde vamos? – preguntó Carolina seria.

–Ya te lo he dicho, voy a tratar de conseguir que abras los ojos y veas lo mismo que veo yo – dijo Eliot con una gran sonrisa de satisfacción.

–No necesito ver nada, ya sé cómo soy – replicó Carolina enfadada.

–Por supuesto que lo sabes – contestó Eliot sorprendiendo a la inspectora – tan solo quiero que lo reconozcas – se giró para mirarla a los ojos – tómatelo como un pequeño favor que me haces.

–No te entiendo.

–Te necesito al cien por cien de tus aptitudes, y eso va a ser imposible si continuas dejando que las opiniones de los demás te afecten, tienes que

tomar tus propias decisiones con independencia de los demás, incluido yo mismo, y aunque sé que me puedo arrepentir – Eliot, observando que Carolina continuaba enfurruñada sin creer ni una palabra de lo que decía se incorporó hacia ella – escúchame, lo que ahora te parece un capricho, con el tiempo te darás cuenta de que es solo una fase más, pero tienes que pasarla, por dolorosa que esta sea, la mejor manera de afrontar los problemas es enfrentarse a ellos, dejarse llevar no es una opción, ni sentirse culpable por los actos de los demás.

–No sé a te refieres – Carolina apartó la mirada, sabía perfectamente de que hablaba.

–Veámoslo de otro modo – Eliot dejó el tono serio y sonrió – al menos, esta mañana no estás en condiciones de trabajar después del golpe que te diste anoche, así que como tu superior, te ordeno que te tomes la mañana libre, pero casualmente te has encontrado conmigo antes de entrar al trabajo, y te he invitado a tratar de saber cuál es el límite de esta tarjeta que me han asignado mis jefes para esta investigación – consiguió sacar una sonrisa de Carolina, que hacía lo posible para que no lo notara – me lo tomaré como un sí, y ahora a disfrutar de tu mañana libre.

El taxista les dejó frente a una de las tiendas de ropa más caras que podía encontrar en toda la ciudad, Carolina salió sin entender exactamente qué era lo que hacían allí.

–Vamos - le animó Eliot dirigiéndose hacia la puerta, donde un enorme guardia de seguridad le detuvo antes de entrar.

–¿Qué haces loco? – gritó un hombre menudo desde el interior de la tienda – no sabes que podría matarte con un solo movimiento de su dedo.

El guardia se volvió hacia el hombre con cara de pocos amigos, que abría sus brazos para dar un enorme abrazo a Eliot, mientras Carolina miraba desde el exterior la escena con la boca abierta.

–¿Cómo tú por aquí? – preguntó el hombre después de soltar a Eliot.

–Para ver a mi amigo Andrés.

–Qué mentiroso – exclamó Andrés sonriendo.

–No tengo secretos para ti, lo admito – dijo Eliot volviéndose hacia el

exterior – mi amiga necesita ayuda, tiene problemillas para aceptarse.

–Por la pinta que tiene, no me extraña – susurró Andrés mirando con desazón.

–No seas malo, lo está pasando mal, seguro que tienes algo por ahí que le ayude.

–¿Qué límite tengo? – preguntó Andrés con toda la indiscreción de la que era capaz.

–El que dé la tarjeta.

–Chicas – gritó Andrés volviéndose hacia el interior de la tienda, al momento aparecieron dos jóvenes elegantes – no hay nadie ¿verdad? – las dos chicas negaron con la cabeza – y ¿alguna cita?

–La señora Vázquez en media hora y su hija después – dijo una de ellas.

–Cancelar todo en la próxima hora – Andrés echó un último vistazo a Carolina, que continuaba fuera mirando – mejor, dos horas, tenemos trabajo.

Eliot se asomó entre los fornidos brazos del guardia para avisar a Carolina, que no parecía tener la menor intención de entrar.

–Te estamos esperando – gritó Eliot desde la puerta.

–¿Estás loco? – dijo Carolina acercándose hasta Eliot – cualquier pañuelo de esta tienda cuesta más que mi sueldo.

–Es una orden – bromeó Eliot con voz grave – vamos, entra y déjate llevar.

–No has dicho que no lo haga hace un momento – le objetó Carolina.

–No me refería a esto – contestó Eliot sin argumentos – entra, disfruta un rato, y si no te gusta, nos vamos – Carolina accedió a entrar, aunque no sabía exactamente que se proponía Eliot.

–Con música de pretty woman – susurró Andrés a Eliot.

–No seas capullo – le reprendió Eliot.

–Era una broma – contestó Andrés sonriendo – espera unos segundos y escucha.

Los dos hombres se quedaron callados con la mirada perdida en el techo esperando que los acordes empezaran a sonar, mientras Carolina

miraba incrédula. Al cabo de unos segundos la música comenzó a sonar y los dos hombres se sonrieron con satisfacción.

–No pensarías que había olvidado tus gustos musicales – dijo Andrés con los brazos abiertos.

–Stuck on you de Elvis – dijo Eliot encantado – creo que no podías haber elegido nada mejor para empezar.

–Chicas, a trabajar – gritó Andrés con dos palmadas al aire.

Las dos chicas fueron corriendo hasta Carolina, que con un rápido movimiento se apartó de su trayectoria y se colocó en posición defensiva.

–¿Qué hacen? – preguntó Carolina asustada.

–Van a ayudarte a encontrar tu estilo – comentó Andrés intentando no mirar el abultado moratón en el ojo de la inspectora – que por lo que veo, no has tenido tiempo de encontrar – Carolina le miró con odio.

–No seas aguafiestas, solo tratan de ayudarte a sentirte mejor, aunque solo sea por un rato, déjate llevar – le suplicó Eliot, Carolina aceptó y acompañó a las dos chicas hasta el final de la tienda.

–¿Champán? – preguntó Andrés a Eliot.

–Por supuesto – contestó mientras se sentaba en un cómodo y mullido sofá.

Carolina entraba y salía del probador mientras las dos chicas trataban de convencerle de cuál era la forma de vestir que mejor le iba, y aunque en la mayoría de las ocasiones su esfuerzo era infructuoso, tras la primera hora, la resistencia de la inspectora comenzó a verse quebrada por el cansancio y el sopor de tanto cambio de ropa.

–¿Crees que le valdrá para algo? – preguntó Andrés sentado junto a Eliot.

–Seguramente no – contestó Eliot pensativo – pero al menos tendrá un rato con la cabeza en otra parte.

–Me he fijado, y debajo de esos jeans anchos y poco favorecedores hay un auténtico cuerpo de atleta – comentó Andrés mirando el ir y venir de las chicas al fondo.

–No es problema de cuerpo, ni de cara, es un problema de cabeza – aclaró Eliot serio – pero espero que pueda superarlo.

–¿Ya has tomado cartas en el asunto?

–Eso estaba pensando, necesita un cambio en su vida personal, y no sé si podrá enfrentarse sola a ello, obviamente necesita ayuda – Eliot dejó que su mente fluyera a través de una de las decenas de canciones sesenteras que Andrés le había preparado – ya veremos.

–Creo que ya han terminado – observó Andrés viendo a Carolina caminar hacia ellos.

Roja de vergüenza, Carolina caminaba atravesando el pasillo central de la tienda ante la deslumbrada mirada de Eliot, que se levantó como un resorte.

–Estás fantástica – exclamó Andrés mientras le rodeaba mirando cada ángulo de Carolina – el pantalón ceñido es ideal, y te queda como un guante, casi perfecto con las botas de ante, pero lo que más me gusta es como te ilumina la cara la blusa blanca, es ideal ¿qué te parece? – preguntó volviéndose hacia Eliot.

–Te equivocas de nuevo – replicó Eliot – da igual lo que me parezca a mí, lo importante es como se sienta ella – los dos hombres se volvieron hacia Carolina.

–Pues – la inspectora dudó unos segundos – estoy encantada – exclamó llevándose las manos a la cara – no sé si voy haciendo el ridículo.

–Pues cámbiate – propuso Eliot ante la mirada de susto de Andrés.

–No – contestó Carolina – creo que voy a probar.

–¿Y eso? – preguntó Eliot al ver a las dos chicas con las manos llenas de bolsas.

–El resto de su nuevo ropero – contestó Andrés con una gran sonrisa.

–Genial – Eliot resopló pensando en la factura – ahora la gran prueba – dijo sacando la tarjeta a la vista del ansioso Andrés.

Como Eliot sabía, la tarjeta tragó con todo lo que Andrés y sus chicas habían conseguido colocar a Carolina, algo que Eliot también esperaba, conocía de sobra las habilidades de su amigo, y aunque resultaran algo caras, el resultado final había merecido la pena.

–¿Qué tal? – preguntó Eliot a Carolina antes de salir.

–Bien – contestó Carolina aún más sonrojada al salir a la calle.

–¿Qué pasa? – preguntó Eliot al verla dudar.

–El moratón no pega mucho con mucho con el resto.

–Ya había pensado en eso – contestó Eliot sonriendo – ¿crees que Patricia nos hará un hueco? – gritó para que le oyera Andrés.

–Ahora mismo la llamo y le digo que vais para allá – contestó Andrés con una sonrisa de oreja a oreja.

Después de caminar dos manzanas probando las nuevas sensaciones de Carolina, Eliot se detuvo frente a una gran cristalera.

–Ya hemos llegado – dijo Eliot entrando en el local.

–Bienvenido – exclamó una bella mujer, cuyo cuerpo ocultaba quince años más de los que aparentaba – me ha llamado Andrés y no podía creerlo – dijo colocándose el ajustado vestido rosa para que no subiera más de lo que le gustaría.

–Estás estupenda, Patricia – exclamó Eliot mientras recibía un efusivo beso en la mejilla - ¿cuántos has cumplido ya? ¿treinta?

–No seas tonto – Patricia estaba encantada con cualquier comentario que adulara su eterna juventud.

–Traigo a una amiga para que le echés una mano, sin reparar en gastos.

–Mi frase favorita – dijo Patricia riendo y dirigiéndose hacia Carolina, que miraba a su alrededor como si estuviera en una nave espacial.

–¿Dónde estamos? – preguntó Carolina esquivando a Patricia hasta estar cerca de Eliot.

–Es una sala de belleza, o como se diga – le aclaró Eliot.

–No te preocupes – intervino Patricia cogiendo a Carolina por el brazo – por cierto, me encanta tu estilo, no puedo dejar que lleves ese pelo, ese cutis y ese todo, chicos – con un grito, puso en alerta a los ocho empleados que estaban trabajando – no quiero volver a ver esa cara – dijo señalando a Carolina – tiene potencial para ser una diosa, así que, no quiero una excusa, a trabajar.

Una horda de especialistas en belleza se echó encima de Carolina hasta llevarla hasta un confortable sofá, donde, después de algunas

deliberaciones, harían la transformación.

–¿De dónde sales? – preguntó Patricia sensual a Eliot.

–Sabes de sobra que lo nuestro es imposible – bromeó en serio Eliot – una mujer tan sofisticada como tú, se aburriría con tipo sencillo como yo.

–Pues búscame más hombres sencillos como tú – replicó Patricia recostándose sobre Eliot.

–No seas adúladora – sonrió Eliot dejándose caer a un lado y apartándose de la sensualidad de Patricia.

–No puedo evitarlo, solo pensar en ti, hace que me convierta en una veinteañera alocada – Patricia soltó una fuerte risotada.

–No exageres – dijo Eliot riendo.

–¿Es tu chica?

–No – contestó Eliot categórico – es una compañera que necesita un poco de apoyo.

–Espero que mi trabajo no suponga lo que no quieres conmigo – sugirió Patricia guiñando un ojo.

–Imposible, es demasiado buena para mí.

–Yo puedo ser muy mala – Patricia volvió a la carga apretando su cintura contra Eliot.

–Demasiado – titubeó Eliot – yo es que soy muy normal, un tío gris, ni mucho, ni poco.

–Yo acepto toda la gama de colores.

–Huy – exclamó Eliot con un saltito – tengo que salir, en un ratito vengo – las insinuaciones de Patricia pudieron con Eliot, era una de las únicas personas que podían hacerle huir.

Después de una hora y media paseando y realizando una de las actividades que más le enganchaban, observar la vida de los demás, volvió al salón de belleza de Patricia, pero al entrar, tan solo encontró a la amable recepcionista, que, al verle, le reconoció al momento y le instó para que esperara un breve momento antes de que terminaran con Carolina.

Tras otra larga hora, al fin salió Patricia con la mejor de sus sonrisas y un sorprendente cambio en el color de su vestido.

–Te gusta así más – dijo Patricia antes de llegar hasta Eliot, mientras pasaba las manos sobre sus caderas para mostrar el rojo de su vestido – no pongas esa cara, es que me aburría el rosa y me he cambiado, aún no soy bruja, pero dame tiempo – Eliot no pudo evitar reír con la fingida superficialidad de Patricia.

A pesar de su forma de entender la vida, detrás de toda aquella imagen de mujer superficial y plana, había una gran luchadora, a la que las vicisitudes de la vida le habían llevado a comportarse como los demás esperaban que fuera, algo que a ella nunca le importó, siempre que se respetaran sus más profundas convicciones.

–Ha sido algo más trabajoso de lo que esperaba – explicó Patricia resoplando - ¿de dónde ha salido? su piel no ha tocado una crema en condiciones en su vida.

–Ya te he comentado ...

–Era un pensamiento en voz alta, torpe – le cortó Patricia – sea lo que sea lo que necesita esta chica, creo que el trabajo que hemos hecho le ayudará.

–Charles – con un grito insoportable, Patricia llamó a su encargado para que saliera con Carolina.

–Ya estamos – dijo el recargado Charles llegando hasta la salita de espera, donde quitándose de la cara su excesivo flequillo, y estirando sus más que apretados pantalones dio paso a Carolina.

–Es una chica guapísima – exclamó Patricia al entrar Carolina.

La melena rubia había dejado paso a una media melena roja como el fuego, y su cara parecía la de una muñeca, ni siquiera se intuía el golpe que había lucido durante toda la mañana.

–Tan solo necesita quererse un poquito más y siempre estará radiante – dijo Patricia guiñando un ojo a Eliot.

–Sin duda que sí – confirmó Eliot.

–Creo que es un cambio demasiado radical – dijo entre dientes Carolina.

–Estás loca – le reprendió Patricia – estás deslumbrante, y así es como debes sentirte.

Eliot fue hasta Carolina, que le miraba nerviosa, y se colocó a su lado, la cogió de la mano y la hizo que se moviera hasta colocarse frente a un gran espejo detrás de ella.

–¿Sabes lo que veo? – preguntó Eliot mientras Carolina estaba embobada mirando el resultado final - lo mismo que esta mañana en el reflejo de la furgoneta.

A Carolina volvió a invadirle la tristeza que sintió al ver su reflejo unas horas antes, sabía que Eliot tenía razón, y que por mucho que cambiara su aspecto, o su forma de comportarse, lo más importante lo tendría que cambiar ella.

–Gracias – susurró Carolina dando un beso en la mejilla a Eliot.

–No me las des todavía, tan solo te he convertido en una modelo, el resto es cosa tuya.

–Qué bonito – exclamó Patricia con sorna – creo que voy a llorar, aunque creo que las únicas lágrimas que vamos a ver hoy son las tuyas cuando te pase la cuenta – el tono repelente de Patricia hizo que Carolina y Eliot compartieran unas risas, que se alargaron hasta que salieron del salón del Patricia.

Carolina no paraba de mirar a un lado y otro de la calle, tenía la impresión de que todo el mundo la observaba, mientras Eliot disfrutaba de la repentina incomodidad de la inspectora, que después de todo el día junto a Eliot se sentía diferente, y aunque su inseguridad era más evidente, en su interior, sentía como su yo verdadero luchaba por salir y dejarse ver sin complejos.

–Llegará el día en que serán los demás los que se fijan en ti, y no tú en los demás, para ver si lo hacen – comentó Eliot deteniendo el paseo.

–Tienes razón, pero entiéndeme, me parece que voy disfrazada – dijo Carolina con angustia – me tengo que acostumbrar.

–Tienes que ser como quieras ser, y como estés cómoda, tal vez tu imagen de ahora no es cómo quieres ser – Carolina se miró de arriba abajo pensativa – ahora tengo que irme, quedamos a eso de las ocho, te mando un mensaje con la dirección de la persona que nos puede ayudar con lo de los tatuajes.

–¿Qué hago ahora? – preguntó Carolina levantando los brazos con varias bolsas colgando de sus manos.

–Vete a casa, deja tus compras, y disfruta de tu día libre, te lo has ganado, el trabajo a partir de las ocho – Eliot salió caminando a paso ligero mientras Carolina se quedó mirando confundida mientras se perdía entre la gente.

CAPITULO 16

La presencia de Eliot en la investigación traía de cabeza a la agente Bernal, que, a pesar de contar con el mando total de las operaciones, sabía que el único hueco por el que podría perder el control era él, aunque contaba con la presencia de Carolina, que podría ayudarlo para conocer los movimientos de Eliot, aunque también era consciente de su personalidad persuasiva, y que antes o después terminaría por hacerse con la tímida inspectora.

Antes de que eso sucediera, decidió reunirse con el comisario Gálvez primero, para después tener una charla con Carolina que le dejara claro quien estaba al mando de la investigación, y a quien debía dar cuentas de los avances que se fueran produciendo.

–No podemos permitir que Eliot campe a sus anchas – rugió Rosa sentada frente al comisario, que escuchaba como si la cosa no fuese con él – ¿me estás escuchando? – gritó exasperada por la pasividad del comisario.

–Claro – respondió Gálvez con un respingo tras el grito de la agente – pero quieres meterme en una historia que no depende de mí, el agente Eliot ha sido asignado por mis superiores y no tengo más que decir.

–Por mis superiores, no – contestó con rabia Rosa.

–Peor, por los superiores de tus superiores ¿qué coño quieres que haga? – replicó Gálvez sin perder los nervios a la vez que soltaba una fuerte tos de tabaco.

–¿Sabes quién es Eliot?

–He oído hablar de él en alguna ocasión, pero no he hecho mucho caso – dijo el comisario con desdén – después de verle, tampoco me parece para tanto.

–A ti solo te ha llegado lo que se puede contar – dijo Rosa bajando la voz y despertando el interés de Gálvez – estuvo mucho tiempo en operaciones especiales, un gran agente, por lo que fue trasladado a otro departamento.

–¿Cuál? – preguntó Gálvez con curiosidad.

–Ese en el cual nadie sabe lo que sucede.

–Eso es imposible – replicó Gálvez dejándose caer sobre el sillón – supongo que estarás hablando del famoso departamento 51, he oído hablar de él, y en caso de que existiera ¿qué coño pinta en una investigación como esta? ¿por la hija del embajador? no lo creo, a no ser que se trate de algo más.

–El departamento existe – afirmó Rosa con pesadumbre – yo estuve a punto de entrar, pero había otros mejores que yo.

–Me cuesta creerlo – dijo Gálvez con sorna.

–No me toques las narices – replicó Rosa asqueada con la actitud del comisario – al final solo éramos cuatro, uno murió, y de los tres restantes, eligieron a Eliot.

–Noto cierto tono de resentimiento – continuó bromeando el comisario.

–Puedes pensar lo que te dé la gana, pero lo cierto es que él pertenece al departamento 51, y ahora está aquí.

–¿Para qué os entrenaron? – Gálvez no podía evitar saciar su curiosidad sobre algo que para él era casi una leyenda urbana.

–Asesinatos, torturas, a infiltrarnos y, en definitiva, a trabajar solos – el recuerdo de los meses que estuvo tratando de entrar aún le dolían – no sé exactamente el tipo de misiones que realizan, porque obviamente no he estado dentro, pero lo que es seguro es que no le han enviado solo para ayudarnos.

–Es una bonita historia – dijo el comisario con retintín – pero, aunque fuera cierta, se queda lejos de mis competencias, tan solo puedo darle la bienvenida, y las gracias si resuelve la investigación.

–No te pido que hagas nada con él, sino con la inspectora Arnal – Rosa estaba cada vez más alterada – si contamos con su colaboración podremos saber qué está pasando.

–Con ella contamos – dijo Gálvez con seguridad – es una gran chica, y siempre ha sido muy disciplinada.

–No le conoces, es capaz de hacer creer a cualquiera lo que él quiera, para eso le han entrenado.

–Bueno, no creo que sea para tanto – contestó Gálvez sin darle mayor importancia – en cualquier caso, he quedado con la inspectora Arnal en veinte minutos, así podrás advertirla sobre el mal que le acecha – bromeó de nuevo el comisario, haciendo que Rosa se desesperara aún más.

Después de dejar a Eliot, Carolina recibió el mensaje del comisario, donde la citaba para una reunión con la excusa de ponerse al día de los avances realizados en las últimas horas, que por su parte había sido ninguno. Antes de acudir, tuvo tiempo de ir a su casa para dejar las compras y comer algo, el silencio a su alrededor sentada en la cocina de su casa le produjo un fuerte sentimiento de culpabilidad, no por lo sucedido con Sebastián la noche anterior, sino porque no debería haber sucedido, observando su melena roja en el reflejo de la ventana, entendía claramente lo que Eliot le había tratado de decir durante toda la mañana, a pesar de su aspecto continuaba sintiendo miedo, y vergüenza, cuando realmente no tendría por qué.

Con rabia tiró el tenedor con el que se estaba comiendo la ensalada, y apretó con fuerza los puños sobre la mesa, la culpabilidad estaba dejando paso a la impotencia y a la rabia, con los ojos clavados en su conciencia se prometió a sí misma que no volvería a suceder.

Con paso firme y haciendo lo posible para no sentirse observada, la nueva Carolina se dirigía al despacho que el comisario tenía en el ministerio. A medida que se acercaba, más extraño le parecía que no le hubieran citado en comisaría, cada vez estaba más segura que el tema de la reunión se centraría en Eliot, su animadversión con Rosa y su extraña forma de actuar no le habría pasado inadvertido al comisario Gálvez.

En el control de entrada, una pareja de policías se quedó mirando de arriba abajo a la inspectora, que esbozó una ligera sonrisa mientras pasaba bajo el aro de seguridad. El ascensor le llevó hasta la segunda planta, donde una amable funcionaria le indicó el lugar de la reunión, anunciándole que ya estaban esperándole.

–¿Hola? – preguntó Carolina asomando la cabeza al amplio despacho.

–Te estábamos esperando – contestó el comisario desde su sillón – pasa.

La mirada de Carolina buscó al instante a la otra persona que convertía en plural la afirmación del comisario, y como una cámara de seguridad, la agente Bernal vigilaba desde un rincón de la habitación en silencio, mientras observaba con decepción la nueva y renovada imagen de la inspectora.

–Siéntate, por favor – le pidió el comisario sonriente – te noto diferente.

–Simplemente algún cambio, nada importante – contestó Carolina sentándose frente a Gálvez.

–¿Seguro que no ha tenido nada que ver Eliot? – comentó Rosa con sorna tomando asiento junto a Carolina, que le miró con aire de desprecio.

–La razón por la que estamos aquí es porque la agente Bernal está preocupada por tu trabajo junto al agente Eliot – el comisario no quería andarse por las ramas, le resultaba un tema algo incómodo.

–Pues no entiendo por qué – contestó Carolina intentando mostrar indiferencia.

–Porque es un agente algo atípico, como ya habrás podido comprobar – intervino Rosa, a la que su relación afable con la inspectora ya se le había olvidado.

–Tiene sus cosas, pero parece buen agente, puede que hasta aprenda algo – replicó Carolina sin ponerse nerviosa por el tono de Rosa.

–Creo que es tarde – comentó Rosa volviéndose hacia el comisario.

–Lo que la agente Bernal quiere decir es que la responsable de la investigación es ella, y como tal, debe recibir cualquier información que pueda ser relevante – el comisario no se dejaba llevar por el tono de Rosa, y se mantenía calmado – ya le he explicado que eso es exactamente lo que has hecho siempre, y que seguro harás igual en esta ocasión.

–Por supuesto, no sé cuál es problema – contestó Carolina con gesto de niña buena.

–No me creo una mierda – exclamó Rosa rabiosa – él no la dejará que nos informe.

–No soy un muñeco – replicó Carolina con desprecio – soy tan buen

policía como cualquiera, y cumpliré con mi trabajo, como he hecho siempre.

–Lo ves – intervino el comisario para apaciguar los ánimos – en cualquier caso, podría ser relevada de la investigación – la idea del comisario enfadó a Carolina, que unas horas antes habría hecho cualquier cosa para que fuera así.

–Ya no es posible – reveló Rosa – Eliot fue quién eligió a la inspectora Arnal para trabajar con él ¿no te dice eso nada? – preguntó con retintín a Carolina.

–Sí, que soy muy buena en mi trabajo – contestó con suficiencia.

–Ten cuidado – le advirtió Rosa apuntándole con su dedo índice – antes o después te arrepentirás de su compañía, y para entonces te encontrarás sola.

Rosa se levantó con rabia empujando su asiento hasta hacerlo caer, y saliendo de la habitación con un sonoro portazo.

–Qué carácter – bromeó Carolina.

–Y que lo digas – le siguió el comisario – no sé qué líos se traen entre ellos, pero ándate con ojo, y no dejes que te metan en ningún lío – se detuvo pensativo – por mucho que diga, yo podría apartarte de la investigación si tú quieres.

–No – saltó Carolina categórica, un profundo silencio se hizo entre ellos, la sospecha de que Rosa tenía razón respecto a ella y Eliot, sobrevoló sobre la mente del comisario, que la miraba sorprendido – quiero acabar el trabajo, no quiero que piensen que me he retirado porque no puedo con ello – se justificó sin mucho éxito.

–Está bien – Gálvez aceptó la explicación de Carolina, que se levantó para marcharse – en cualquier caso, si tienes algún problema no dudes en llamarme, y ten cuidado – Carolina asintió con la sensación de que se estaba metiendo en algo que seguramente podría superarla, pero que necesitaba hacer imperiosamente.

CAPITULO 17

La jornada laboral ya había concluido para la mayoría de los ciudadanos, y el revuelo en la calle se hacía sentir, unos para volver a casa, otros para relajarse tomando algo con los compañeros, o simplemente realizando las compras necesarias o absurdas que pudieran necesitar. Cientos de cabezas se movían en todas direcciones en el barrio financiero, corbatas y trajes de chaqueta en su mayoría, mezclados con otros ociosos que solo lo hacían por ocupar el tiempo, mientras los trabajadores más modestos se dirigen en tropel a las bocas de metro en busca de su ambiente, donde su existencia no les parezca tan insignificante, y dejando de ser números para volver a ser las personas que les gustaría no dejar de ser en su trabajo.

Como un barco surcando las olas, un hombre se abre paso entre el mar revuelto, golpeando a todo aquel que no intuya su mal día, dejando a su paso un sinfín de insultos y caras de extrañeza. Con el maletín que le regaló su padre cuando se desplazó a Madrid para comenzar su trabajo en una de las mayores aseguradoras del país, de la que un buen amigo de su padre era accionista, Sebastián caminaba con paso ligero con su mente puesta en un destino, Zarina.

Sebastián se había asegurado de que el apartamento que compartía con su amante estuviera cerca de su trabajo, aunque no demasiado, a pesar de que era bien conocida su afición por las mujeres jóvenes, prefería que nadie conociera su pequeño acuerdo con Zarina, una belleza del este, que, a cambio de mil quinientos euros, con los que pagaba el alquiler y algún capricho, tenía derecho a compartir ratos cuando él exigiera, y algún que otro deseo poco convencional.

Como en otras ocasiones, Sebastián accedió al edificio con su propia llave, y subió las cuatro plantas a pie, no quería coincidir con ningún vecino en el ascensor, y tener que aguantar su curiosidad, o que le vieran bajarse en la misma planta de la bella vecina del cuarto. Se detuvo frente a la puerta de Zarina, hace unas semanas le pidió que la avisara antes de ir, pero que, si no podía avisar, que llamara antes de entrar por si estaba con alguna compañera de la universidad, donde estudiaba periodismo, lo

que hizo que los celos le carcomieran por dentro, y que lo cobrara con relaciones más violentas de lo habitual.

A pesar de la promesa a Zarina, y después del horrible día que había pasado, introdujo la llave pensando que, si se encontraba con alguien que no fuera su protegida, se desquitaría con él. Giró la llave con rapidez y empujó la puerta intentando que nada, ni nadie escapara a sus complejos.

–Buenas tardes – la voz de un hombre sobresaltó a Sebastián, que dejando caer el maletín fue hasta el pequeño salón.

–¿Quién coño eres tú? – preguntó Sebastián al ver al hombre sentado cómodamente en el colorido sofá.

–Eso no importa – contestó Eliot sin levantarse, y cogiendo la pistola automática que reposaba junto a él.

–¿De qué va esto? – preguntó Sebastián retrocediendo ante la intimidatoria arma.

–No, por favor, no te vayas – le pidió cortésmente – vayamos por partes – se levantó del sofá y se acercó hasta Sebastián con el cañón apuntando a su cabeza.

–¿Eres su chulo? – preguntó Sebastián con desprecio, la actitud afable de Eliot le hacía perder el miedo por momentos.

–¿Chulo? – preguntó Eliot extrañado - ¿en serio tengo pinta de chulo? aunque, a decir verdad, cualquiera podría serlo, mírate tú, pagando a una chica que llega al país sola sin su familia a cambio de todas las fantasías que caben en tu cabeza enferma, dime una cosa ¿la embaucaste tú? o es una de las chicas que explota tu padre.

–¿Cómo te atreves? – respondió Sebastián con prepotencia.

–Es de tu padre, lo suponía – Eliot dejó escapar una sonrisa para retener todo el asco que le suponía estar delante de él – aún no eres lo suficientemente despreciable.

–Si conoces a mi padre, sabes que ya estás muerto ¿verdad? – Sebastián se crecía por momentos.

–Creo que deberíamos empezar – sugirió Eliot sonriendo.

–¿Empezar?

–Sí – Eliot cambió su gesto, y su amabilidad se tornó en la profesionalidad por la que era tan respetado – tengo una conocida a la que no estás tratando como se merece.

–Se trata de eso – Sebastián dejó escapar una sonora carcajada – ¿eres amigo de Carolina?

–Aún no, pero espero que algún día podamos serlo.

–Te la estás tirando, lo sabía – Sebastián balanceó la cabeza apretando los dientes.

–Tampoco, lo cierto es que nunca tiro a nadie, suelo tirarme el rollo, tirar de la manta, pero lo que tú dices no – las palabras de Eliot hicieron que Sebastián torciera el gesto.

–Eres un idiota – exclamó Sebastián – así que baja la pistola y terminemos con esto, así tal vez puedas vivir, no con todos tus miembros sanos, pero – Sebastián se detuvo mirando fijamente a Eliot – ¿eres poli?

–No exactamente – contestó Eliot, al que la conversación de Sebastián le irritaba cada vez más – cuéntame que pasó anoche – su voz se volvió de repente más grave y seria. ¿De verdad quieres que te cuente como le di su merecido a esa zorra? – Sebastián volvió a reír – lo más gracioso es que después de hacerle volver en sí, yo sí me la tiré.

Eliot lanzó el arma al sofá, y se volvió mirando desafiante a Sebastián, que sonría creyendo que sus palabras habían conseguido que se rindiera.

–Eres un tipo grande, metro noventa y cinco, y fuerte, me imagino que te sentirás orgulloso de golpear a una mujer – cualquier expresión en la cara de Eliot desapareció – lo primero, siento lo de tu despido.

–¿Cómo coño lo sabes? – preguntó Sebastián con rabia - ¿has sido tú?

–Segundo, vamos a hacer las cuentas antes de que me supliques por tu vida, te habrán dado unos ciento cincuenta mil euros de indemnización, cien ya están camino de la cuenta de Zarina, y los otros cincuenta con otros cien mil que me he tomado la libertad de tomar, irán a la cuenta de Carolina.

–¿De qué cojones estás hablando? – Sebastián dio un paso hacia Eliot.

–En tercer lugar, te olvidarás de las dos, por cierto, tu padre ya está al corriente de nuestra conversación.

–Estás loco – Sebastián sonrió y apretando los dientes lanzó su puño contra Eliot.

Con reflejos felinos, Eliot esquivó el golpe casi sin esfuerzo, a la vez que su puño llegaba a las costillas de Sebastián, que se dobló por el dolor, pero que pronto se incorporó para no mostrar su debilidad. Los dos hombres permanecieron uno frente al otro esperando el movimiento del otro.

–Desnúdate – le ordenó Eliot.

–¿Qué eres? una especie de depravado.

–Eso no es cosa tuya, te lo digo porque si lo tengo que hacer yo cuando estés inconsciente, es probable que te pueda romper algún hueso, sin querer, por supuesto, pero con un inmenso placer, sin embargo, si ya estás desnudo, por simple asco, no creo que te ponga la mano encima.

–Maldito cabrón, te voy a matar con mis propias manos.

Sebastián volvió de nuevo a la carga, pero en esta ocasión Eliot no rehuyó la pelea, y le asestó un fuerte puñetazo en la cara antes de que pudiera siquiera armar el brazo, para después continuar con su otra mano, y luego con la contraria. La sangre comenzó a volar en todas direcciones hasta que se convirtió en la pintura de guerra del soldado Eliot.

Los ojos de Sebastián comenzaron a abrirse poco a poco, aún se encontraba mareado, pero podía sentir el dolor por todo su cuerpo, la vista nublada no le permitía ver donde se encontraba, tan solo podía escuchar un canturreo. Trató de moverse, pero le resultó imposible, tenía la sensación de estar completamente inmovilizado.

–Hola – exclamó Eliot al advertir que Sebastián se comenzaba a despertar – te he limpiado toda la sangre, para que luego no vayas diciendo que no he sido profesional contigo.

–¿Qué dices? – balbuceó Sebastián.

–Y te he dejado sin amordazar para que puedas suplicar todo lo que quieras, además es asqueroso quitarte la mordaza cuando llevas un rato con ella, normalmente sale toda la saliva volando, de verdad que lo odio.

–Estás loco – el tono de Sebastián bajó hasta casi el sollozo – dime que

quieres.

–Ahora que lo dices – Eliot miró al techo haciéndose el pensativo – quiero que todo lo que has hecho a Carolina, Zarina y Dios sabe a cuantas más, desaparezca de sus cabezas para que nunca vuelvan a llorar cada vez que tengan un recuerdo relacionado contigo – miró a Sebastián apretando los dientes – lo que suponía, no puedes hacer nada, menos mal, porque ya casi he terminado con tu castigo.

–¿Castigo? – un escalofrío recorrió el amoratado cuerpo de Sebastián.

–Creo que es imposible, o al menos muy difícil, conseguir igualar el daño que has infringido, necesitaría años, que, por supuesto no tengo, y menos para pasarlos con alguien como tú, sin embargo – Eliot se apartó para que Sebastián pudiera ver la mesa baja del salón, sobre la que estaba un gran cuchillo ensangrentado – pero creo que he hecho un buen trabajo.

–¿Qué has hecho? maldito hijo de perra – Sebastián comenzó a llorar sin consuelo.

–Odio que hagas eso – Sebastián no dejaba de llorar mientras Eliot paseaba alrededor – no entiendo los tacos en determinadas situaciones, es la segunda cosa que más cabrea ¿quieres saber cuál es la primera? – Sebastián levantó la mirada con el rostro empapado en lágrimas – deberías saberla porque también lo has hecho – Eliot se acercó hasta que sus palabras casi tocaban la nuca de Sebastián – aprovechar el amor de los demás para causar dolor y sufrimiento, maldito hijo de puta, has visto – gritó de repente Eliot – ahí sí, ahí si entra un taco, y con sentido, estoy convencido de que nunca has recibido una clase tan didáctica como la de hoy, comencemos – Eliot fue hasta el cuarto de baño – fly me to the moon and, let me play among the stars, let me see what spring is like – Eliot salió con un espejo cantando y con un espejo de mano – ¿te gusta la música? ¿y Frank? si me dijeras que sí sería un punto a tu favor, no te libraría de nada, pero al menos podrías hacer un dúo conmigo mientras te jodo, toma, otro ejemplo de taco bien usado.

Sebastián suplicaba en silencio solo pedía que, si tenía que morir, que fuera lo más rápidamente posible, los acordes de Fly me to the moon en

boca de Eliot le hacían temerse lo peor, por su cabeza pasaban todas y cada una de las veces que había golpeado a Carolina, que había abusado de Zarina, y de todas las mujeres que habían tenido que sufrir su cabeza perturbada.

–Lo siento – dijo Sebastián entre sollozos.

–¿Cómo? – exclamó Eliot con sorpresa llevándose la mano a la oreja como si no diera crédito a lo que había escuchado.

–Que lo siento, joder – repitió Sebastián con desesperación.

–Tarde, y muy bien – dijo Eliot luciendo una gran sonrisa – tarde para arrepentirse y bien usado el taco, ha sonado perfecto, vamos a por ello – Eliot acercó una silla para colocarse delante de Sebastián, que completamente desnudo esperaba pegado con cinta americana a una silla como la que usaba Eliot – antes de empezar te tengo que decir que, aunque estoy contento con el resultado, hay una cosita que no me termina de convencer, ya me dices.

Eliot miró a los ojos a Sebastián, podía sentir en su rostro todo su sufrimiento, aunque nada de lo que pudiera hacerle, saciaría su sed de justicia por sus actos. Poco a poco fue levantando el espejo hasta que Sebastián pudo ver el reflejo de su brazo derecho.

–Cabrón – gritó Sebastián volviéndose a echar a llorar al ver su brazo, en el que Eliot había escrito la palabra maltratador con el cuchillo que había sobre la mesa.

–Y ahora fíjate en el otro – Eliot giró el espejo, pero Sebastián cerró los ojos – está bien, ya te digo yo lo que pone, violador, hasta aquí todo bien, pero ahora viene mi duda – suspiró con fuerza ante el lloro desesperado de Sebastián, que luchaba por no abrir los ojos.

–Mátame de una vez – rogó Sebastián con la esperanza perdida.

–Eso sabes de sobra que sería demasiado fácil – le aclaró Eliot para su desesperación – pero vamos al final de mi obra, aunque te agradecería que no dijeras que he sido yo – el espejo comenzó a levantarse hasta que Sebastián vio su cara amoratada por los golpes reflejada, pero fue al ver su frente cuando dejó caer su cabeza completamente abatido.

–¿Putero? – se lamentó Sebastián con la barbilla pegada al pecho.

–Tienes razón – gritó Eliot – es que no sabía que poner, y como casi no tenía espacio, las otras dos hubieran quedado mejor, pero al ser una palabra más corta no sabía que poner, de verdad que lo siento, es una palabra zafia, soez y que odio escuchar, pero que podía hacer, estabas a punto de despertarte, y no quería hacerlo cuando estuvieras despierto, no por hacerte daño o no, sino porque cuando haces este tipo de trabajos con personas conscientes se empiezan a mover, algunos se desmallan, y al final la caligrafía es inteligible – Eliot bajó el espejo – de verdad que lo siento.

Eliot se dio media vuelta ante el abatimiento de Sebastián, que tan solo podía gimotear completamente vencido y entregado a su destino. Cuando Sebastián ya daba todo por terminado, Eliot se agachó para coger el cuchillo que aún estaba sobre la mesa, y se volvió hacia él, sus ojos se tiñeron de terror, y con un rápido movimiento, Eliot clavó el cuchillo entre las piernas desnudas de Sebastián, que dio un grito de horror.

–Espero no enterarme de que vuelves a comportarte como la basura que eres – dijo Eliot conteniendo la ira que aún esperaba en su interior – porque, aunque no lo creas, todavía puede ser peor, y te aseguro que la próxima vez lo será – bajó la mirada – por difícil que resulte – concluyó levantando el cuchillo y soltando una de las manos de Sebastián – cuando logres liberarte vuelve con tu padre y desaparece.

CAPITULO 18

~ Prosigamos con algunas cosas que aún no me quedan del todo claras – el agente Fernández no estaba dispuesto a rendirse a pesar de la impermeabilidad de Carolina – según consta en su informe, el agente Eliot y tú fuisteis capaces de identificar al autor de los tatuajes a través de otro tatuador llamado Cubo, y que en una posterior visita a su estudio por parte de los agentes al mando de Rosa Bernal, resultó que estaba cerrado, y continua así hasta el día de hoy, sin que hayamos encontrado rastro alguno del tal Cubo.

~ Fue una visita breve – comenzó explicando Carolina – Eliot conocía a Cubo de antes, aunque no me explicó de qué, ni por qué, simplemente llegamos allí, Cubo y Eliot se saludaron, le mostramos las fotos que sacamos de los cadáveres y sin dudarlo señaló a Alex, famoso artista entre la gente bien, como el autor de los mismos.

~ ¿Artista? – preguntó el inspector jefe Cuadrado sorprendido por la forma en que se refería al tatuador.

~ Sí, artista – confirmó Carolina – así le llamó Cubo.

~ Vaya gilipollez – exclamó Cuadrado riendo, Fernández le dedicó un gesto de desaprobación esperando poder continuar.

~ Bueno, lo daré por bueno, al fin y al cabo, tampoco tiene mayor importancia – continuó Fernández con el sonrojo de Cuadrado – lo que sí me preocupa es lo de la periodista.

~ No comprendo a que te refieres – contestó Carolina.

~ Lo cierto es que hay varios nombres que me gustaría repasar.

A pesar de mostrar lo contrario, las palabras de la agente Bernal habían conseguido tranquilizar a Carolina, que mientras caminaba hasta la estación de metro más cercana para llegar al punto de encuentro

donde le había citado Eliot, no dejaba de darle vueltas al hecho de que fuera él mismo el que hubiera solicitado trabajar con ella.

Mientras Carolina viajaba con tranquilidad, Eliot ya había llegado a la puerta del estudio de tatuajes de Cubo, un gran artista, aunque también, un gran juerguista. Su aspecto desgarbado y enclenque no dejaba lugar a dudas de su vida de excesos, que mantenía gracias a su gran talento, aunque cada vez eran menos las valientes que se ponían bajo sus, a ratos, temblorosas manos. Unos meses atrás tuvo una gran inyección de dinero, un trabajo especialmente bien hecho fue reclamado por uno de los tatuadores de moda, Alex, de Rebel Tatto, cuando apareció por su puerta, no podía creerlo, y menos aun cuando le pidió la plantilla con la que lo había hecho.

A pesar de su admiración, los negocios son los negocios, y después de media hora de negociaciones, consiguió tres mil euros con los que se dio una de las noches más memorables que aún habitaban en su cerebro. Y precisamente esa era la razón por la que Eliot estaba junto a la puerta de su estudio, el día anterior había estado por el barrio de Arturo preguntando si alguien podría ayudarle a saber dónde se hacía los tatuajes tan perfectos que llevaba, y todas las respuestas afirmativas le llevaron hasta Cubo.

–Tú debes ser Cubo – afirmó Eliot abriendo las puertas del estudio de Cubo de par de par.

–¿Qué haces, tío? – dijo Cubo sorprendido mientras daba una calada a un gran cigarrillo de marihuana.

–Me han hablado de ti, y muy bien – Eliot comenzó a pasearse por el sucio y desordenado estudio sin hacer mucho caso a Cubo, que continuaba tirado sobre una especie de hamaca sin dejar de lanzar humo como una chimenea – en tu estado, no sé si me vas a ser de ayuda, aunque te advierto que soy muy convincente cuando quiero.

–¿Qué necesitas? – preguntó Cubo entrecerrando los ojos.

–Estoy muy interesado en uno de tus trabajos – Eliot sacó su teléfono móvil y acercó la pantalla hasta los ojos de Cubo, que, al ver el tatuaje del búho tribal, abrió los ojos aterrado.

-¿Quién coño eres? – preguntó saltando de la hamaca.

-Un cliente – dijo Eliot amablemente.

-Y unos cojones – exclamó Cubo tratando de coger un bate de beisbol que descansaba en la pared, a su espalda – yo no sé para qué quería Alex el tatuaje del puto búho.

-¿Alex? ¿qué Alex? – dijo Eliot como si no supiera nada.

-No me engañas – gritó Cubo – voy a llamar a la policía.

-No te molestes – dijo Eliot sonriendo y sacando su cartera – ya estoy aquí – un sudor frío corrió por la nuca de Cubo al ver la placa de Eliot – entiendo que sabes que la muerte de Alex tiene algo que ver con este tatuaje ¿verdad?

-Yo no hice nada – Cubo trataba de explicarse, pero sus nervios le hacían tartamudear – me dijo que no hablara con nadie de que el tatuaje era mío, ni de que me lo había comprado, un rollo de un conocido que le ofreció mucho dinero, y que cuando lo terminara me daría otros diez mil pavos.

-¿Y? – Eliot esperaba el final de la historia.

-Me llamó – Cubo no podía dejar de cantar para defender su vida - y me dijo que había acabado y que en cuanto cobrase, me llevaría el dinero.

-Y claro, no llegó – Eliot asintió mientras Cubo movía los ojos de un lado otro con el cuerpo paralizado – porque alguien se lo cargó – Eliot se volvió dejando que Cubo no se sintiera acorralado y comenzó a caminar por la habitación – tengo una mala y una buena noticia, la buena es que yo no maté a Alex, ,y la mala es que es probable que te mate a ti – Cubo asió con fuerza el bate y lo colocó frente a Eliot – ya te advierto que eso no te va a valer para nada, es más, puede que sea yo el que te golpeé con él, así que te recomiendo que lo bajes.

-¿Qué quieres? – titubeó Cubo, al que la voz le salía con dificultad.

-Dentro de unos minutos vendrá una amiga mía, te mostrará el tatuaje del búho, y tú, sin dudarlo, le dirás que es un trabajo del gran Alex, de Rebel Tatoos, después de lo cual nos marcharemos ¿qué te parece? – Eliot esperó la reacción de Cubo, que continuaba con el bate el alto.

–Bien, supongo – contestó Cubo temblando de miedo.

–La verdad, no me estás dando ninguna confianza – bromeó Eliot – todo lo contrario, con tus miradas a la puerta de entrada, a la cortina sucia que cuelga tras el mostrador, donde seguramente habrá una puerta hasta el portal, más bien parece que intentas escapar, y no tienes por qué, te estoy dando la oportunidad de seguir vivo para meterte toda la mierda que puedas, y con tu actitud me estás casi obligando a que parta el cuello, recapacita.

Cubo reaccionó moviéndose con dificultad, y arrastrando su mugrienta camiseta sin mangas por el amarillo desgastado de la pared, mientras Eliot no le quitaba los ojos de encima. La puerta de la libertad estaba a tan solo tres zancadas de Cubo que mantenía el bate en alto para golpear a Eliot si le impedía salir de su estudio, pero un último vistazo a la puerta antes de correr hacia ella fue aprovechado por Eliot que saltó sobre él haciendo que el bate que tenía entre sus manos le golpeará la cabeza haciéndole perder el conocimiento.

Al cabo de quince minutos, el castigado cuerpo de Cubo retomó la consciencia sentado en la silla de la mesa de dibujo, y con la cabeza apoyada sobre el blanco de varias cuartillas. Con alivio, Cubo se despertó pensando que todo había sido una mala pasada de alguna de las drogas consumidas durante el día, pero al levantar la mirada descubrió de nuevo a Eliot observándole.

–¿Estás aquí? – exclamó Cubo con un respingo.

–Claro ¿dónde podría ir? – contestó Eliot sonriendo – te explicaré la situación – se aclaró la garganta y se acercó hasta Cubo – mi amiga vendrá en pocos minutos, y cuando te enseñe el tatuaje, le dirás que es una obra de Alex, y después nos marcharemos, tal vez estés notando una molestia en tu pie izquierdo, se debe a que te lo he clavado al suelo, no quiero que hagas ninguna tontería cuando salga a esperar a mi amiga – Cubo echó una mirada bajo la mesa para después levantar la mirada aterrado – quedaría raro si me viera dentro antes de que ella llegara, es muy lista, sabes, bien, aún estás a tiempo, siempre y cuando respetes nuestro pacto ¿lo has entendido? – Cubo asintió sin rechistar – recuerda

lo que tienes que decir, tan solo serán cinco minutos – Eliot se dio media vuelta para salir a esperar a Carolina – por cierto, no trates de quitarte los clavos, están bien sujetos, y si lo intentas, te desgarrarás todo el pie y morirás desangrado por tu propia estupidez, nos vemos ahora.

Eliot le dedicó una maquiavélica sonrisa antes de salir, Cubo no podía moverse, ni siquiera tuvo el valor de mirar de nuevo a su pie, se limitó a esperar a que entrara de nuevo y cumplir con lo que le había dicho para conseguir salvar la vida.

–Hola – saludó Eliot al llegar Carolina.

–Hola – dijo Carolina tímidamente.

–¿Algún problema? – preguntó Eliot ante la actitud de desgana de Carolina.

–No – se apresuró a contestar Carolina – cansada, ha sido un día muy estresante.

–¿Cómo va tu cambio?

–Bien.

–¿Qué has hecho toda la tarde? supongo que disfrutar de tu nueva imagen – Carolina sintió como Eliot observaba cada gesto de su respuesta.

–La verdad es que poco, casa, comida, paseo, poco más – sin querer, Carolina bajó la mirada, y volvió a mirar a Eliot a los ojos, pero ya era tarde, sabía que se había dado cuenta de que le mentía.

–Genial, un día de descanso ¿entramos? – Eliot le invitó con una reverencia de su brazo – este tipo parece ser una eminencia en tatuajes, seguro que nos podrá ayudar para saber quién pudo hacerlo.

Al entrar, Carolina sintió algo extraño, demasiado silencio tal vez, o un ambiente demasiado sombrío para un tatuador que se suponía podría decirles con una sola fotografía quién había sido el artista que lo había hecho.

–¿Cubo? – gritó Eliot como si entrara de nuevas.

–Sí – un grito sordo salió de detrás de un pequeño murete – estoy aquí trabajando, pasad por favor.

Carolina se asomó con reparo tras la muerte mientras Eliot entraba

con su habitual prepotencia, aun así, las palabras de Cubo sonaban demasiado raras, casi forzadas. Allí estaba Cubo, un hombre cuya presencia despertaba muchos sentimientos en la imaginación de Carolina, pero ninguno de ellos resultaba el de una persona fiable.

–Me han dicho que eres la persona que busco – dijo Eliot con su habitual tono jovial.

–Por supuesto – contestó Cubo con una sonrisa que dejaba ver lo que quedaba de su amarillenta dentadura - ¿cómo os puedo ayudar?

El teatrillo de los dos hombres estaba dejando a Carolina perpleja, a pesar de lo cual decidió asistir a la representación y no profundizar en algo que podía llevarle a desconfiar de Eliot más aun de lo que ya hacía.

–Mira – Eliot mostró la foto del tatuaje en su móvil.

–Vaya – exclamó Cubo fingiendo sorpresa – gran trabajo.

–¿Sabes de quién es? – preguntó Eliot mirando a Carolina y asintiendo por su buena suerte.

–Claro, es un tatuaje de Alex, de Rebel Tatoos.

–¿Le conoces? – preguntó Eliot, pero Cubo comenzaba a sentir un dolor insoportable que le subía por toda la pierna.

–Le conocía – respondió Cubo, cuya cabeza comenzaba a sudar sin freno – murió hace unos meses.

–No me digas – dijo Eliot con sorpresa – bueno, creo que es suficiente ¿verdad? – se giró hacia Carolina, que le miró tratando de aguantar la risa que le producía la extraña situación – nos vamos.

Al salir, Carolina no pudo aguantar y se echó a reír, Eliot la miraba tratando de mantener la compostura, pero después de más de veinte segundos de risa continua, Eliot se rindió y comenzó a reír con ella.

–¿De qué coño no reímos? – dijo Eliot entre risas en un último intento por mantener lo que resultaba obvio.

–Por favor – suplicó Carolina sin parar de reír – no esperarás que me crea algo de lo que ha pasado ahí dentro ¿no?

–Tan mal ha estado – admitió Eliot al fin.

–No sé de qué coño va todo esto, ni quiero saberlo, espero que al menos, la información que le has hecho decir a ese yonqui sea verdadera

– dijo Carolina cambiando su gesto y acabando con la algarabía – ahora me voy a casa, espero que mañana si tienes algo, no me hagas venir a un cuchitril de mierda para aparentar lo que no es.

–No me equivoqué, es lista, muy lista – susurró Eliot viendo cómo se alejaba Carolina.

Eliot entró resoplando de nuevo en el estudio de Cubo, al llegar, el tatuador ya estaba tirado en el suelo retorciéndose de dolor agarrado con todas sus fuerzas al pie apuntalado al suelo.

–Un auténtico fracaso – dijo Eliot al entrar.

–Suéltame ya, cabrón – gritó Cubo lloriqueando y dejando caer su espalda sobre el suelo.

–Lo haré – contestó Eliot acercándose hasta Cubo – pero ha habido problemas con tu actuación, ha sido una auténtica mierda.

–¿De qué cojones estás hablando? he hecho lo que me dijiste, suéltame de una puta vez – Cubo se retorcía como un gusano mientras la carne de su pie se desgarraba con cada movimiento.

–Lo siento, pero no me has dejado otra opción – Eliot se agachó cogiendo a Cubo por la nuca, lo subió hasta su brazo y le quebró el cuello con fuerza, liberando a Cubo de su dolor - menuda mierda – exclamó mientras miraba el cuerpo inerte de Cubo – encima me toca hacerlo desaparecer.

CAPITULO 19

Cuando Cari decidió separarse del que fue su marido por más de veinticinco años, nunca pensó que su vida daría un giro tan radical, hasta el punto de pensar en las razones de porque no lo había hecho antes, aunque esta pregunta siempre tenía la misma respuesta, Juanito y Alvarito, los dos hijos que tuvo con su posesivo marido, Roberto.

Con sus hijos independizados y aún toda una vida por delante, Cari, a sus cincuenta y siete años cogió las maletas y se marchó, dejando a Roberto y todas sus manías en una gran casa vacía y llena de recuerdos. Aunque ella no se fue con las manos vacías, la empresa familiar de su marido junto con algunas operaciones bordeando el límite legal, le aportaron numerosos inmuebles a su nombre con los que conseguía una más respetable pensión que le permitía mantener su alto nivel de vida, con una diferencia, ahora era ella la que decidía donde y como gastar el dinero.

Tras unos meses sumida en una depresión, la ayuda de sus hijos y una cuenta bancaria llena, la sacaron a la calle para disfrutar del sinfín de oportunidades de ocio que se había estado perdiendo durante años. Primero fue el gimnasio, donde conoció a otras mujeres en su situación, y tras varias quedadas para tomar algo, la convencieron para cambiar las tardes por las noches, los modelos discretos por los atrevidos, y los hombres maduros, por otros no tanto.

Ahora su vida estaba llena de gente y actividades que antes ni siquiera se planteaba conocer, llegando a cambiar su aspecto físico, un retoque aquí y allá, tratamientos de belleza de todo tipo, tatuajes, y una figura que no había lucido ni con veinte años.

Con todo, y su innata simpatía, no le costó mucho comenzar a verse de manera esporádica con chicos más jóvenes, lo que le hizo descubrir su cara más sensual, abriendo su mente a cosas que jamás habría creído que le podían pasar por la cabeza.

Esa noche su cita le hizo especial ilusión, ya que no se trataba de una cita más, sino de un hombre más cercano a su edad y a sus gustos. Había quedado con él a través de una página de citas, algo de lo que renegaba, ya que en la mayoría de sus anteriores citas on line, los chicos con los que quedaba solo buscaban sexo.

Vestida con uno de sus mejores modelos, un impactante vestido negro con vuelo, bajo un elegante abrigo gris que le hacía parecer diez años más joven, y la ilusión de una quinceañera con su primer novio, Cari llegó con su deportivo hasta la puerta del lujoso restaurante en el que su cita había reservado. Pero antes de entrar a cenar, le había sugerido tomar una copa en un cercano pub, para irse conociendo y no tener que forzar la conversación mientras comían, lo que a Cari le pareció un detalle, y un síntoma evidente de que quería algo más que sexo.

Una llovizna comenzó mojar a Cari, disfrutó unos segundos con los suaves impactos de las pequeñas gotas sobre su cara para después buscar cobijo bajo las anchas terrazas del edificio que tenía a su lado. Estaba tan solo a unos metros del lugar donde había quedado, pero lo que al principio era una sensación agradable, comenzó a convertirse en un auténtico problema, la lluvia caía cada vez con más fuerza.

Con las piernas ligeramente encogidas por el frío del agua, y el abrigo sobre la cabeza, se preparó para una carrera que le dejaría completamente empapada, pero al menos, llegaría puntual a la cita. Cuando los tacones dejaron de tocar el suelo preparados para la salida, un paraguas salvador apareció sobre su cabeza.

–Gracias – dijo Cari resoplando - ¿Pablo? – preguntó volviéndose hacia el hombre que sostenía el paraguas.

–No pensaba que fueras una mujer tan atractiva – dijo el hombre sonriendo detrás de una gabardina beige.

–Y, aun así, has venido – Cari estaba encantada, y con cada gesto más lo hacía notar.

–Por supuesto, no me perdería a una mujer tan interesante como tú por nada del mundo – Cari sonreía, estaba completamente rendida - ¿vamos? – propuso el hombre ofreciendo su brazo a Cari bajo el paraguas

– aún queda un poco lejos, tengo el coche aquí mismo – dijo señalando un amplio vehículo aparcado junto a ellos - ¿subes?

–Claro – aceptó Cari, que solo tenía fuerza de voluntad para dejarse llevar.

Con la misma amabilidad de la que disfrutaba cada segundo, la puerta del acompañante del coche se abrió para Cari, que entró en el lujoso coche sin dejar de cerrar la boca, mucho más de lo que podía esperar, y bastante más de lo que había recibido hasta ese momento en otras citas. Una vez dentro y aún con la puerta abierta, un ruido seco y fuerte sesgó definitivamente las expectativas de Cari, el hombre, con un silenciador asomando por su gabardina, había dejado su marca en la frente de Cari, que todavía mantenía la expresión felicidad y sorpresa en su rostro.

–Una pena que te gustarán los búhos – susurró el hombre mientras cerraba la puerta para dirigirse al asiento del conductor y marcharse hasta su próxima presentación.

CAPITULO 20

Carolina llevaba más de veinte minutos frente a su casa decidiendo cuál sería su actitud frente a Sebastián, su lucha interior la tenía enraizada en la acera mirando las ventanas oscuras de su salón. Solo veía malas noticias, la ausencia de movimiento desde la calle solo podía significar que Sebastián ya estaría en la cama, de nuevo apareció el sentimiento de culpabilidad por no haberse acordado de él en todo el día, por haber enviado un mensaje, por no avisar de que llegaría tarde.

Pero por primera vez comenzó a pensar desde el otro lado preguntándose cuantas veces había llegado Sebastián tarde sin avisar, cuantas veces no había acudido a una cita para luego poner una excusa del trabajo, cuantas veces le había perdonado por olvidar algo importante para ella, no debía permitir que la situación continuara apoderándose de su personalidad para dejarse manipular de aquella manera.

Pensó que, a buen seguro, Sebastián la humillaría después de haber encontrado la ropa que le había comprado Eliot, y mucho más cuando la viera después del cambio de imagen, que, aunque no se lo había confesado a Eliot, le encantaba. No iba a permitir que volviera a suceder, por unos momentos tuvo la intención de huir y decirle que no quería volver a verle, no volver a casa esa noche y volver al día siguiente para recoger sus cosas, pero eso no curaría las heridas.

–Eliot tiene razón – masculló entre dientes tratando de recoger toda la fuerza que nunca había tenido.

Con la noche encima, cruzó la calle dispuesta a hacer frente a todos sus demonios, pero al llegar a la puerta del edificio el pulso le tembló al tratar de introducir la llave en la cerradura, tras unos segundos de titubeo, abrió la puerta y entró dispuesta a dejar las cosas claras de una vez por todas. No esperó a que el ascensor le llevara hasta donde solo ella podía llegar y subió las escaleras de dos en dos. Por unos segundos,

detenida frente a su puerta quiso no hacer ruido, pero ya estaba cansada de esconderse y entró sin el menor cuidado.

Después de varias vueltas por todas las habitaciones sin encontrar a nadie, un gran vacío le llenó, pensó que tal vez se había cansado de ella, que no era lo suficientemente buena, pero cayó en la cuenta de que ella debía ser la ofendida, se quitó el abrigo con rabia y lo tiró sobre la cama vacía, para después sentarse tratando de contener las lágrimas. Mientras se preguntaba qué estaba pasando, su mirada fue hasta la mesilla donde sus ojos tantas noches habían estado perdidos, y encontró un folio con unas palabras escritas.

Espero que puedas perdonarme algún día, no me merezco a alguien como tú a mi lado, lo mejor es que nuestros caminos se separen, te sigo queriendo.

Mañana recogeré mis cosas cuando no estés, no quiero molestarte, perdóname.

Sebastián

Carolina se quedó sentada mirando al infinito después de leerla, no sabía cómo reaccionar, por su cabeza comenzaron a pasar los buenos momentos vividos con Sebastián, lo enamorada que se sentía cuando comenzaron a salir, los viajes, las salidas. Las lágrimas comenzaron a viajar por su rostro en silencio, después de un minuto de recuerdos, aplastó la nota con sus manos y la lanzó contra la pared, dejándose llevar por el llanto mientras caían lágrimas de rabia.

CAPITULO 21

Un dolor de cabeza insoportable machacaba el despertar de Leo, que después de todo un día envuelto en wiski, le resultaba casi imposible recordar donde había pasado las últimas horas del día anterior, antes de que un taxista le llevara hasta la puerta de su edificio. Tan solo tenía una cosa clara en su revuelta cabeza, tenía que hablar que don Enrique, la extraña muerte de Pam después de la llamada recibida la noche anterior le tenía angustiado.

Lo que sí recordaba era haber enviado un mensaje al lacayo de don Enrique, el señor Crespo, para tener una cita aclaratoria con él, ya que era la única manera que disponía de poder hablar con su cliente. Después de varias vueltas en el sofá en el que había caído nada más entrar en su casa la noche anterior, Leo buscó en los bolsillos de su abrigo el teléfono móvil para ver si había conseguido una respuesta que le diese sentido a levantarse de su insoportable resaca.

El mensaje había llegado durante la noche anterior, y resultaba escueto y claro, a las doce del mediodía en unas oficinas a pocas manzanas de su casa, Leo miró la hora en el teléfono y saltó como un rayo para ponerse de pie, ya eran las once y cuarto. Jadeando se miró en un pequeño espejo que colgaba de la pared de su salón, observó unos segundos su pobre existencia y decidió salir tal cual había llegado de su paso por el mundo virtual de su cerebro el día anterior.

Tardaría unos veinte minutos caminando, pensó que le daría el tiempo suficiente como para despejarse y encontrar los argumentos suficientes para que el señor Crespo le diera la oportunidad de hablar con don Enrique, o al menos, para que fuera él mismo el que le aclarara lo que estaba sucediendo, si es que tenía algo que ver con ellos, algo que después de dormir en el sofá durante toda la noche, le parecía más lejano que la mañana anterior.

Era un edificio señorial, con columnas de granito a la entrada, y una

no muy amplia entrada, con una pequeña garita a la izquierda, donde un mal encarado conserje vigilaba levemente a todas aquellas visitas desconocidas que no le supusieran una succulenta propina. Leo fue directamente hasta el antiguo ascensor con doble puerta de entrada sin reparar en el agrio saludo del portero, que asomó la cabeza a través de la ventana de su garita insistiendo en su saludo para que Leo identificara a que planta se dirigía.

Leo le dedicó una mirada de indiferencia a través de la reja de la primera puerta para después cerrar el ascensor por completo, ante el enfado del conserje que no hizo mayor esfuerzo por continuar con su trabajo. Mientras ascendía lentamente, Leo observaba a través del cristal opaco de la puerta como pasaban una tras otra los plantas, por unos momentos se sintió desubicado, como si su presencia allí fuera completamente prescindible, y su vida no tuviera que verse comprometida por la muerte de su secretaria, pero a pesar de que sus sentimientos eran cada vez más escasos, la poca humanidad que le restaba le empujaba a descubrir lo que había sucedido, sus sentimientos no eran de venganza, pero al menos sí buscaba justicia.

En seguida se percató de que se trataba de una oficina de alquiler por horas, impersonal, sin ningún tipo de identificación en la puerta y con una atmósfera fría e indiferente. Una maceta con una raquítica planta junto a la puerta de entrada trataba de mostrar algo de personalidad, pero lo único que conseguía era resultar aún más inquietante y vacía.

Leo no se molestó en llamar, después de comprobar que la puerta estaba abierta, entró sin tener en cuenta que llegaba cinco minutos antes de la hora pactada. Como esperaba, el señor Crespo ya se encontraba allí esperándole en torno a una pequeña mesa de reuniones sin papeles, y con una intrigante sonrisa.

–Buenos días – saludó Crespo sonriente.

–Buenos días – contestó Leo dejándose caer en una de las sillas.

–Vaya ¿no ha tenido buena noche? – el aspecto desaliñado de Leo era evidente, aunque lo era más su olor a alcohol y su aroma a toda una noche fuera de casa.

–Estoy en mi mejor momento – bromeó Leo sacando un cigarrillo y encendiéndolo.

–Supongo que no servirá de nada decirle que está prohibido fumar aquí – Crespo esperó unos segundos a que Leo se sintiera aludido, pero, al contrario, dio una fuerte calada para llenar la atmósfera de tabaco.

–No esperaba a alguien como tú – Leo se saltó todas las formalidades, el aspecto de Crespo le pilló algo desprevenido, donde esperaba ver a un hombre serio y cercano a los sesenta, se encontró con un hombre en torno a cuarenta, con un moderno traje y un corte de pelo a la moda, con los occipitales rapados y un ridículo flequillo juvenil que le caía sobre una frente más grande de lo que ese peinado podía soportar.

–¿Qué esperabas? – preguntó Crespo rascándose su pobre pero cuidada perilla.

–Algo más parecido a un mayordomo o algo así – afirmó Leo sin quitar la vista de Crespo, que permanecía tranquilo con las piernas cruzadas frente a él.

–Siento haberte decepcionado – dijo Crespo sin dejar de sonreír - ¿has terminado el trabajo? imagino que esa es la razón de esta reunión.

–No exactamente – contestó Leo, lo que provocó un cambio en la actitud de Crespo, que se incorporó preocupado.

–¿Qué sucede? ¿ha habido algún problema?

–Han asesinado a mi secretaria - afirmó Leo esperando la reacción de Crespo.

–Lo siento – se apresuró a decir – entonces, entiendo que no has podido hacer el trabajo.

–No te hagas el ignorante conmigo – exclamó Leo con indignación.

–¿De qué me estás hablando? – preguntó Crespo, que por minutos se mostraba más preocupado.

–Ha sido cosa vuestra – le acusó Leo, Crespo se quedó mirándole pensativo.

–Te equivocas – sentenció Crespo serio – no sé qué te traes entre manos, pero creo que hemos terminado, hablaré con don Enrique, te pagaremos y nos olvidaremos de todo.

–¿No habéis sido vosotros? – las dudas asaltaron a Leo, la seguridad de Crespo le llevó a plantearse otro escenario – tal vez fue un accidente – masculló entre dientes.

–No sé qué ha pasado, ni es mi problema, te repito que lo mejor será zanjar nuestra relación comercial ahora mismo.

–No – dijo Leo con rapidez, viendo peligrar sus honorarios por un trabajo ya finalizado – perdona, ha sido un palo muy duro y tal vez estoy viendo fantasmas donde no los hay, el trabajo ya está hecho.

–¿Sí? – preguntó Crespo sorprendido.

–Sí, tan solo quiero quedar con tu jefe, darle el material y cogermelos unos días para descansar.

–¿Lo tienes aquí? – preguntó Crespo ansioso.

–No, ¿y tú el dinero? – preguntó Leo desafiante.

–Por supuesto – contestó Crespo sacando un sobre de su bolsillo – don Enrique valora un buen trabajo en veinte mil euros – Leo agachó la cabeza, avergonzado, a la vez que tragaba saliva pensando en un dinero que le salvaría unas semanas de trabajo.

–¿Cuándo queréis que os lo entregue? – se aligeró a preguntar Leo con ansia.

–Mañana – contestó Crespo mirando con desconfianza a Leo – si todo es correcto, tendrás tu dinero, y don Enrique, su material.

–Perfecto – contestó Leo levantándose – mañana ¿dónde?

–Aquí mismo, a la misma hora.

–Aquí estaré – Leo salió de la habitación, aún con la cabeza dándole vueltas a todo lo sucedido.

Mientras caminaba de regreso a su casa, Leo se resistía a creer que lo poco que quedaba de su instinto de policía se equivocaba, pero, por otra parte, el dinero le traería un tiempo de tranquilidad, al contrario que insistir con lo extraño de la muerte de Pam. Por el momento se daba por satisfecho con cerrar el trabajo con el esbirro de don Enrique, decidió centrarse en preparar los videos para que Crespo le diera el visto bueno, y, sobre todo, la recompensa.

CAPITULO 22

Aún con los ojos envueltos en tristeza y rabia, Carolina se despertó con el sonido de los mensajes que estaban llegando a su teléfono móvil. Con pereza, estiró el brazo hasta la mesilla, donde el sonido junto con la vibración sobre la madera se le hacía cada vez más insoportable.

Con sorpresa, vio que los mensajes eran de Eliot, y todos con el mismo texto, llámame, Carolina se alarmó, pensando incluso que tal vez podría tener algún problema, sin perder un segundo más, llamó de inmediato.

–Buenos días, dormilona – dijo Eliot al otro lado del teléfono.

–¿Qué pasa? – preguntó Carolina con preocupación.

–Han encontrado otro cadáver con el mismo tatuaje – anunció Eliot dejando un gran silencio al otro lado del teléfono - ¿hola? ¿estás ahí?

–Sabes que son las seis de la mañana ¿no? – la voz ronca de Carolina intranquilizó a Eliot.

–¿No has dormido bien?

–Regular solo – contestó Carolina dejándose caer de nuevo sobre la cama.

–Baja y me lo cuentas – dijo Eliot animado.

–¿Estás debajo de mi casa? – gritó Carolina sin poder dar crédito a lo que escuchaba.

–Hace quince minutos – confirmó Eliot, que parecía esbozar una sonrisa burlona al otro lado del teléfono.

–Vete de aquí – gritó de nuevo Carolina.

–No me importa esperar – contestó Eliot con tranquilidad – he visto que hay una cafetería en la acera de enfrente, te espero allí tomando un café – la angustia de saber que Eliot estaba junto a su edificio le había dejado muda – y no olvides llevar tu abono transporte, hoy nada de coche.

–Qué te jodan – gritó Carolina colgando y lanzando el teléfono contra la cama.

–Muy bien utilizado el taco – masculló Eliot mientras ya cruzaba la calle para entrar en la cafetería.

Después de quince minutos mirando las bolsas con la ropa nueva, y su ropa vieja colgada de las perchas, Carolina tomó la decisión de que debía hacer un cambio en su vida, y el primer paso sería no volver a vestir como lo había hecho hasta el día anterior, y aunque se resistía al nuevo aire que le habían dado los amigos de Eliot, le resultaba más acorde con la persona que quería ser y con la que realmente era y que no se atrevía a mostrar.

Con un pantalón ancho a cuadros y el mismo abrigo del día anterior, Carolina apareció en la cafetería, donde Eliot le esperaba mirando a través de la cristalera.

–Buenos días, Carol – exclamó Pepe, camarero y dueño de la cafetería, donde Carolina desayunaba casi todas las mañanas antes de ir a comisaría - ¿quién eres? – preguntó saliendo de la barra con su menudo y regordete cuerpo – pareces una de esas que salen en las revistas – el comentario hizo sonreír a Eliot, que observaba el paseíllo de Carolina mientras los pocos clientes no dejaban de mirar a la inspectora, que sonrojó y buscó cobijo en la mesa junto a Eliot tan rápido como pudo.

–Un café con leche, Pepe, por favor – dijo bajando la cabeza.

–Estás espectacular – continuó Pepe adulándola - ¿verdad? – dijo mirando a Eliot.

–Eso me parece – contestó Eliot mientras Carolina miraba de reojo para que le diera un descanso – puede traer el café, hoy tenemos mucho trabajo.

–Eso está hecho – contestó Pepe sonriente.

Cuando Carolina levantó al fin la mirada, Eliot en seguida notó los ojos enrojecidos y la expresión desconsolada de Carolina.

–¿Qué pasa? – preguntó Eliot alarmado ante la posibilidad de que su charla con Sebastián no hubiera sido todo lo efectiva que él pensaba.

–Sebastián se ha ido – dijo Carolina con pesar.

–Vaya – exclamó sin mucho entusiasmo Eliot, que por dentro suspiraba aliviado.

–El muy capullo me ha dejado – continuó Carolina, que con cada palabra más rabia sentía – no me ha dado la opción ni de que lo haga yo.

–Tal vez sea mejor así.

–No lo sé, pero me siento impotente, como si me hubiera quedado algo pendiente.

–No creo que sea para tanto – el comentario de Eliot hizo que los ojos de Carolina se clavaran como lanzas en él – me refiero a que parecía que no te valoraba lo suficiente.

–No hace falta que seas condescendiente – las palabras de Carolina sorprendieron a Eliot – era un maldito capullo.

–Carol – exclamó Eliot tratando de cambiar de tema – así que yo no puedo llamarte así, y hasta el camarero lo hace.

–A estas alturas puedes llamarme como te dé la gana.

–Aquí está – dijo Pepe dejando el café sobre la mesa - ¿y Sebastián?

–Me ha dejado – contestó Carolina con la mirada clavada en el café.

–Mejor – dijo Pepe sorprendiendo a ambos – era un gilipollas, siento decírtelo, pero es la verdad – Eliot y Carolina cruzaron las miradas hasta que la inspectora no pudo más y soltó una carcajada, que contagio a Eliot ante la mirada perpleja de Pepe, que se encogió de hombros para volver a su trabajo.

Poco a poco, las risas fueron calmándose a la vez que la complicidad entre ambos crecía, Carolina se sentía cada vez más a gusto con Eliot, tenía la sensación de conocerle desde hacía mucho tiempo, aunque lo cierto fuera que Rosa tenía razón, era un completo desconocido que pertenecía al servicio secreto, y probablemente podría estar metiéndosela en el bolsillo, pero decidió, que, en sus circunstancias, lo mejor sería continuar siguiéndole la corriente y acabar con la investigación.

Como Eliot deseaba y ordenó, terminaron yendo en metro hasta la escena del crimen, aunque para ello tuvieron que viajar durante más de media hora, habiendo podido llegar en coche en diez minutos. Eran las siete de la mañana y no había mucha gente en los vagones, pudiendo

encontrar asiento fácilmente.

Carolina aún se sentía extraña, la huida de Sebastián, su nueva compañía, que Borja no estuviera con ella en la investigación, parecía como si su vida se hubiera renovado de repente.

–¿Por qué te gusta viajar en transporte público? – preguntó Carolina de repente.

–A parte de que no suelo tener la oportunidad de hacerlo normalmente, fíjate en la gente que te rodea – dijo Eliot observando a un hombre de unos sesenta años con uniforme azul de mantenimiento y una bolsa de plástico con comida.

–¿Qué? – preguntó Carolina sin saber a qué se refería.

–Todas estas personas son las que hacen posible que nuestras vidas tengan la apariencia de comodidad que tienen, incluso llegando a conseguirlo – Eliot advirtió que su razonamiento no conseguía enganchar a Carolina – si te fijas bien, un porcentaje muy alto son personas mayores de cincuenta, y con trabajos seguramente poco cualificados, limpieza, mantenimiento, jardinería, todas las mañanas al llegar a nuestro trabajo todo está listo para empezar, y no nos damos cuenta de las personas que hay detrás, la masa invisible la llamo, y me parece injusto ¿no te parece?

–No lo había pensado nunca.

–Me intriga lo que les pasa por la cabeza, casi todos serán luchadores, trabajadores y sacrificados, ni más ni menos que otros, por supuesto – dijo al ver la mirada de reproche de Carolina – pero me hacen sentir menos humano, supongo que es lo que nos dicta la sociedad.

–Todos tenemos problemas – dijo Carolina mirando a una mujer con apariencia de sesenta y muchos años, aunque no debía pasar los cincuenta y cinco – y los vamos sobrellevando como se puede, la verdad es que cuesta entender muchas cosas.

Carolina se dejó llevar por el comentario de Eliot, y durante el resto del trayecto se dedicó a observar a las personas que entraban y salían del vagón como si se tratara de un documental, todos iguales, todos tan diferentes. Unas voces llamaron la atención de los agentes, que se incorporaron para ver que sucedía, hasta que vieron como dos jóvenes se

movían a lo largo de los vagones tambaleándose de un lado a otro mientras reían y se mofaban de la gente que, en silencio, no quería más problemas de los que su vida les daba.

Poco a poco, los comentarios de los jóvenes iban creciendo en violencia, a la vez que su actitud resultaba cada vez más desafiante ante la pasividad de los viajeros. Uno de ellos se fijó en Carolina, y con una sonrisa socarrona fue directamente hasta ella.

–Qué chica tan guapa – exclamó el chico hasta colocarse con la hebilla de su pantalón en la cara de Carolina.

Con rapidez, la inspectora se levantó y cogió al chico por el brazo hasta inmovilizarle en el suelo, mientras este dejaba escapar un estridente chillido que alertó a su amigo.

–Creo que te has equivocado de tren – dijo Carolina sacando las esposas para llevarle detenido.

–No merece la pena – soltó Eliot levantándose para hacer frente al otro chico, que con gesto de rabia iba como poseído hacía ellos.

–¿Qué quieres decir? no hagas ninguna tontería – Carolina trataba de contenerle – son solo un par de chicos con alguna copa de más.

–Lo sé, por eso tienen que aprender a beber – replicó Eliot colocándose en el centro del vagón esperando al otro chico.

El chico lanzó su puño con todas sus fuerzas contra Eliot, que se agachó haciendo que la inercia llevara al chico a chocar con una de las barras, a pesar de lo cual pudo mantenerse en pie, para volverse de nuevo contra Eliot. De nuevo trató de alcanzarle, pero en esta ocasión, Eliot no solo le evitó, sino que su brazo le ayudó a que su cabeza fuera directamente contra una de las barras, lo que le hizo caer al suelo.

–Te vas a enterar – gritó el chico levantándose para intentar una nueva embestida.

–Déjale – gritó Carolina con su rodilla sobre la espalda del otro chico.

–Si no he hecho nada, aún – contestó Eliot.

En esta ocasión, Eliot no dejó que la falta de reflejos del chico fuera lo que hiciera posible los golpes, en esta ocasión le cogió el brazo y le empujó contra una de las puertas cerradas del vagón, haciendo que su

cabeza volviera a recibir un fuerte golpe.

–Creo que no te estás comportando en condiciones – susurró Eliot al oído del chico mientras le sujetaba por la espalda.

–Suéltame y vas a saber lo que es comportarse bien – dijo el chico apretando los dientes con fuerza.

Eliot retorció con fuerza el brazo y antes de que gritara por el dolor, le cogió por la cabeza y comenzó a impactarla con la puerta a una velocidad que resultaba imposible saber cuántas veces lo hacía. Después de más de una decena de repeticiones, Eliot se detuvo.

–Creo que no lo habías entendido – volvió a susurrarle Eliot al oído, mientras la sangre de una brecha en la frente del chico comenzaba a manchar el suelo.

–Maldito hijo de puta – dijo el chico gimoteando, Eliot volvió a agarrarlo del pelo para comenzar de nuevo la serie de golpes.

–Ya está bien – gritó Carolina indignada.

–Sí, por favor – rogó el chico que tenía Carolina bajo su control – nos iremos a casa, no volverá a pasar, lo sentimos mucho.

–No oigo a tu amigo sentirlo – replicó Eliot sosteniendo al chico contra la puerta retorciendo su brazo.

–Sí, lo siento yo también, capullo – dijo el chico riendo, Eliot se encogió de hombros y repitió un último golpe, pero con más fuerza que los anteriores, dejando que cayera al suelo casi inconsciente.

–Voy a denunciaros a la policía – gritó el chico bajo Carolina.

–Tarde – objetó Eliot sacando su placa para que la viera todo el vagón – ya estamos aquí, lo único que quiero es ahorrarnos tener que ir a comisaría y deteneros ¿has aprendido algo?

–Sí – contestó el chico bajo Carolina.

–Coge a tu amigo e iros a casa – les ordenó Eliot - no quiero volver a veros hacer este tipo de tonterías, como me entere de que tenéis otro incidente parecido, iré a veros para recordaros lo que está bien y mal.

El metro se detuvo y las puertas se abrieron, el chico se levantó del control de Carolina, y cogió lo que quedaba de su amigo para salir corriendo del vagón, mientras el resto de viajeros miraban en silencio la

lección de Eliot.

–Te das cuenta – dijo Eliot a Carolina – la misma reacción cuando nadie hace nada, que cuando los defienden, no te parece curioso – Eliot tomó asiento de nuevo, mientras Carolina miraba el silencio a su alrededor, sin aún entender lo que había sucedido.

CAPITULO 23

En un pequeño parque al oeste de la ciudad, una decena de coches de policía mantenían el pequeño reducto de naturaleza lejos de sus habituales usuarios. En un extremo del parque, una mujer y un hombre discutían con gestos ostensibles ante la indiferencia de los agentes que paseaban junto a ellos.

–Es imposible – gritó el inspector jefe Cuadrado dando la espalda a la agente Bernal, que se desabrochaba su largo abrigo marrón, acalorada por las negativas recibidas.

–Hay que volver a admitir al inspector Borja Lozano - insistía Rosa persiguiendo a Cuadrado, que trataba de huir de la conversación – así podríamos quitarnos de encima a Eliot.

–No puedo hacerlo, y aunque pudiera, no garantiza que deje la investigación – replicó Cuadrado.

~ Pero al menos conseguiremos que la inspectora Arnal trabaje con nosotros, y que no vaya por libre con Eliot – replicó Rosa indignada.

Carolina y Eliot llegaban caminando como si todo lo que allí se estuviera moviendo no tuviera que ver con ellos. La inspectora aun guardaba cierto miedo ante la violencia gratuita mostrada por Eliot en el metro, cada vez con más fuerza retumbaban las palabras de Rosa a la hora de trabajar con él, con todo, se había quedado en tierra de nadie, y en medio de todo, no quería traicionar a Eliot contando todo lo que hacían a Rosa, pero aun así le ocultaba su reunión con ella y el comisario, y por otro lado, tampoco era partidaria de comportarse como unos camicaces que actúan por su cuenta sin contar con nadie.

–Qué bonito – exclamó Eliot llegando hasta Rosa y Cuadrado – me encantan estas peleas de enamorados.

–No es el momento – saltó Cuadrado visiblemente molesto – no sé

hasta donde puedes llegar, pero no me toques más los cojones.

–Puedo llegar hasta el infinito y más allá – dijo Eliot con la mano en alto como si se dispusiera a levantar el vuelo.

–¿Tienes un momento? – preguntó Rosa extrañamente amable a Eliot, que a su vez miró a Carolina para que le dejara a solas con él.

–Me voy, hay un cadáver que me espera – comentó Carolina con sorna.

–Ya se comporta casi como tú – dijo Rosa en referencia a Carolina.

–Se está comportando como siente que debe hacerlo – contestó Eliot sin quitar la sonrisa burlona.

–La verdad es que no parece ella – observó Cuadrado mirando el sexi paseo de Carolina.

–Vamos a lo nuestro – Rosa cortó la conversación sobre Carolina – el compañero de la agente Arnal se va a incorporar a la investigación – dijo para sorpresa de Cuadrado, que no podía salir de su asombro por las palabras de Rosa, que había obviado sus reiteradas negativas.

–Me parece una estupenda idea – dijo Eliot sin borrar su más que jovial gesto – es una pena porque me encantaba trabajar con Carol – Cuadrado le miró extrañado por la familiaridad al nombrarla – es seguramente la mejor inspectora del cuerpo, salvando lo presente por supuesto – Eliot sabía que sus palabras sacaban de quicio hasta el límite a Rosa – tendré que seguir por mi cuenta.

–¿Cómo? – saltó como una tigresa Rosa.

–Sabes de sobra que tengo que hacer mi trabajo, independientemente de con quién – le aclaró Eliot.

–Eso es lo que me preocupa, tu trabajo ¿cuál es? – preguntó Rosa desquiciada con su actitud.

–Encontrar al asesino ¿qué otra cosa podría ser? – contestó Eliot dándose media vuelta.

–Una cosa – saltó Cuadrado antes de que Eliot se fuera con Carolina – lo de Borja es una opción, aún no tenemos nada seguro – las palabras de Cuadrado salían entre cortadas y titubeantes, lo último que quería era tener problemas con alguien del servicio secreto, que además pudiera

redundar en problemas para todo su departamento.

–Ya me lo he entendido – contestó Eliot dedicando una mueca de burla a Rosa.

–Eres un imbécil integral – masculló Rosa.

–Sí que lo es – afirmó Cuadrado.

~
No lo decía por él, sino por ti – aclaró Rosa con rabia dejando al inspector jefe solo.

Carolina ya se encontraba frente al cadáver de Cari, al igual que en las anteriores ocasiones, el cuerpo estaba tendido en el suelo con el tatuaje del búho a la vista, aunque en esta ocasión el escenario parecía sacado de un cuadro, el cuerpo desnudo de Cari reposaba con suavidad sobre la hierba mojada, la piel blanquecina brillaba con el rocío de la mañana y el gesto en el rostro parecía casi de felicidad, a pesar de que su frente estuviera atravesada por el impacto de una bala.

–¿Qué tal? – preguntó Eliot al llegar junto a Carolina.

–¿Algún problema? – preguntó Carolina antes de seguir con la investigación.

–Ya sabes, celos, no soportan que esté trabajando con la mejor inspectora de policía del cuerpo.

–Muy gracioso, alguna vez me contarás la verdad sobre algo – le reprochó Carolina sin apartar la mirada de Cari.

–No hago otra cosa – contestó Eliot resoplando - ¿y bien? – cambió de tema, Carolina tenía razón, pero por el momento quería seguir manteniendo las distancias.

–Lo mismo que las otras dos veces – dijo Carolina sin mucho entusiasmo.

–Tenemos pendiente lo del tatuador – comentó Eliot tratando de que Carolina no perdiera el ánimo.

–Supongo que ya sabrás todo lo que hay que saber sobre él ¿por qué no me lo cuentas? y nos ahorramos paseos inútiles.

–Lo cierto es que ya me he informado – dijo Eliot con lamento, cada vez era más consciente de que antes o después tendría que hablar con Carolina sobre muchas cosas.

–Que bien.

–Creo que deberíamos tener una conversación antes de continuar ¿no te parece?

~ Lo que tú quieras – a Carolina se le agolpaban los sentimientos en la cabeza, haciendo que la investigación fuera cada vez menos importante, sintiendo que solo actuaba como un mero peón al que manejaban todos a su antojo.

~ *Hay ciertas cosas que se me escapan – interrumpió Fernández a Carolina, que se quedó distraída recordando aquel día – aparte del incidente del metro – volvió a consultar sus papeles – que según el informe del agente Eliot, los dos jóvenes trataron de agredirle con un arma blanca y lo único que hizo fue defenderse, aunque en el video del vagón no se ve así.*

~ *Pues fue así – le cortó Carolina.*

~ *Además, creo que la denuncia del joven al que redujo Eliot ya está archivada, aparte de eso, por lo que la agente Bernal ha declarado, ninguno de vosotros dos estuvo en el escenario de la tercera víctima más de diez minutos ¿no lo consideraron importante? – Carolina le miró sin hacer un solo gesto – parece ser que rechazó que su compañero el inspector Borja Lozano volviera a la investigación.*

~ *En ningún momento me dieron esa opción – contestó Carolina mirando al inspector jefe Cuadrado, que dio un pequeño salto en su asiento saliendo de su letargo.*

~ *Eso es algo que se comentó, pero realmente no llegó a nada – se explicó nervioso Cuadrado.*

~ *La agente Bernal explica en su informe que usted se negó – continuó preguntando a Cuadrado.*

~ *Evidentemente – intervino el comisario irritado – estaba suspendido, puso en peligro la investigación con su indiscreción, hubiera sido un grave error, además no estamos aquí para valorar las decisiones del cuerpo, sino para aclarar ciertas cosas ¿verdad?*

~ Por supuesto – contestó Fernández con premura – tan solo pretendía corroborar algunas de las cosas que aparecen en los informes.

~ Pues continúe con su trabajo, y nosotros no nos meteremos en el suyo – la amenaza del comisario causó efecto en Fernández, que se volvió hacia Carolina apretando sus mandíbulas.

Carolina no podía evitar que la situación le causara algo de gracia, al fin y al cabo, Eliot ya había dado todas las explicaciones en su informe, que en su caso no solían ser necesarias, ni excesivas, pero pensó que el transcurso de los acontecimientos habría traspasado sus más que superiores poderes, haciendo que incluso sus superiores que tanta manga ancha le habían dado desconfiaran de él.

~ Hay una cosa que no comprendo – dijo Carolina sorprendiendo a Fernández, que ya tenía su siguiente pregunta preparada.

~ Adelante – le dio paso Fernández, que esperaba impaciente lo que la inspectora le tuviera que decir.

~ No consigo comprender donde quiere llegar, hasta donde yo sé, Eliot tiene toda la confianza de sus superiores, y si ha dejado todo claro en los supuestos informes que ha redactado ¿por qué estoy aquí? – la pregunta de Carolina hizo el silencio en la sala, Gálvez y Cuadrado se miraron sin saber que sucedía.

~ Tienes toda la razón – contestó Fernández sonriendo – y es esa precisamente la razón por la que estoy hablando contigo, el agente Eliot tiene la completa confianza de la organización, y queremos que continúe así, por eso estamos aquí, y tienes razón, no suele redactar informes, más bien los cuenta, aunque eso nunca ha sido un problema.

~ ¿Nos vais a aclarar de qué coño estáis hablando? – les interrumpió el comisario.

~ De nada – contestó Fernández con la mirada clavada en Carolina – será mejor que continuemos – volvió a buscar entre sus papeles con resignación – aquí – exclamó sacando uno de los folios del montón – la periodista Carmen Fuentes se puso en contacto contigo ¿por qué no quedaste con ella?

~ Conociéndola, pensé que trataba de conseguir información para su periódico, no le di más importancia, además estábamos investigando el estudio de tatuaje de Alex – Carolina miró distraídamente por la ventana.

CAPITULO 24

Eliot tenía la impresión de que estaba a punto de perder a Carolina como compañera, le resultaba normal que, de una manera u otra, su vida personal terminara por afectarle, pero quería contar con ella, la necesitaba, pero no así, necesitaba tenerla al cien por cien involucrada, y en ese momento estaba muy lejos de su mejor momento.

–Quiero que me escuches un momento – Eliot había llevado a Carolina hasta una cafetería junto al parque en el que la policía continuaba buscando pruebas que le condujeran en al asesino.

–Te llevo escuchando dos días y mi vida parece desmoronarse con cada palabra que sale de tu boca – contestó Carolina con las manos rodeando el café cappuccino que le acababan de traer a la mesa.

–No dejes que los acontecimientos te superen.

–Estás loco – exclamó Carolina – no sé en qué puta burbuja vives normalmente, pero yo soy una persona normal, y las cosas, quiera o no, me afectan.

–Es en eso en lo que te equivocas – respondió Eliot exasperado con la actitud de Carolina – eres una mujer muy especial, tan solo necesitas darte cuenta, nadie ha resuelto más investigaciones en menos tiempo, ni ha ayudado a que el estúpido de su compañero llegara a inspector y se mantenga, todos te respetan – Carolina levantó la cabeza con los ojos entrecerrados.

–¿Me has estado investigando? – preguntó Carolina indignada.

–Claro – contestó Eliot con los brazos en alto – y lo sabes de sobra ¿crees que alguien como yo trabajaría con cualquiera sin saber quién y cómo es antes? y tú eres estupenda.

–Eres un cabrón – contestó Carolina abrumada por Eliot – siempre sabes que decir ¿verdad?

–Porque siempre digo la verdad.

–¿Qué querías decirme? – Carolina volvió a la razón por la que estaban allí, aunque sospechaba que lo que realmente quería Eliot era

comprobar su estado.

–Tan solo quería que supieras que mis superiores me han enviado para resolver la investigación, demasiadas implicaciones – explicó Eliot cambiando el tono voz algo más serio.

–Supongo que tendré que conformarme con esa mierda de explicación.

–Es la única que te puedo dar – Eliot dejó que en su mirada se intuyera que había algo más allá de lo que trascendía con las palabras, pero ambos aceptaron la situación.

Mientras viajaban en un autobús abarrotado, Carolina no se podía quitar de la cabeza todas sus preocupaciones, incluido la cara que Eliot había mostrado por la mañana en el metro, y su conversación con Cuadrado y Rosa, pero su aún apocada personalidad le impedía afrontar sus preocupaciones con la persona que las causaba.

–Te noto pensativa – dijo Eliot colgado de una de las barras del techo del autobús.

–No es nada – contestó Carolina cabizbaja.

–Puedes preguntarme lo que quieras – insistió Eliot.

–Técnicamente eres mi superior, te debo un respeto – contestó Carolina tratando de dejarlo pasar.

–Después de estos días supongo que sabrás de sobra que no me gusta ese rol.

–El rol que te gusta es el de solitario justiciero – Carolina contestó rebotada, Eliot estaba consiguiendo lo que quería.

–¿Por qué no me has dicho nada esta mañana si te parecía mal? – preguntó Eliot percibiendo el excesivo celo en mostrar sus emociones.

–Eres un profesional – exclamó Carolina – se supone que tienes que diferenciar lo que está bien de lo que está mal.

–Que sea profesional o no, no me hace perfecto.

–Pero al menos, en tu trabajo deberías tratar de serlo – los decibelios de Carolina subían con cada contestación.

–Y lo hago.

–Pues esta mañana has sido un jodido psicópata – gritó Carolina con

rabia haciendo enmudecer a todo el autobús.

–Pues dilo – le respondió Eliot desafiante.

–Te lo digo, eres un loco psicópata – Carolina consiguió que todo se quedara en silencio, incluido Eliot - ¿qué coño os pasa? – dijo mirando a los viajeros que presenciaban el espectáculo.

–¿Cómo te sientes? – preguntó Eliot con tranquilidad.

–A punto de estallar – contestó Carolina resoplando.

–Es lo que sucede cuando dejas tus emociones reprimidas – Eliot comenzó con su lección.

–Ahórrate el tono paternalista, es lo último que necesito – replicó Carolina rabiosa con Eliot, que sonrió tras conseguir que comenzara a liberar su angustia.

De la bonita fachada del estudio de tatuajes de Alex tan solo quedaba un pequeño dibujo que él mismo hizo en la esquina superior izquierda el día de la inauguración, el resto era una malgama de carteles y grafitis que hacían olvidar al artista que una vez dio color a todo un barrio.

–Lo ves – dijo Eliot delante del estudio junto a Carolina, que observaba la fachada con indiferencia – la gente no tiene memoria, por lo que sé, el tal Alex era considerado un auténtico crack en lo suyo, por aquí se paseaban actores, actrices, cantantes, deportistas, cualquiera que quisiera estar a la moda tenía que llevar un tatuaje de este tipo, y, sin embargo, unos meses después lo único que hay es silencio y olvido.

–¿Y qué quieres? – saltó Carolina con desdén – ¿qué le pongan una estatua en el barrio? abrió su negocio, ganaría una pasta y punto, por cierto ¿qué le pasó?

–Según el informe policial al que he tenido acceso.

–Como no podía ser de otra manera – bromeó Carolina.

–Muy graciosa, como te decía – continuó Eliot sonriendo con el comentario de Carolina – el informe policial dice que fue un robo con violencia, y como consecuencia el asesinato de Alex.

–Un poco extraño tratándose del supuesto hombre que ha hecho los tatuajes de las tres víctimas ¿no te parece? – continuó Carolina con su tono de sorna – y ¿cómo le mataron?

–Con un objeto contundente – contestó Eliot.

–¿Algún sospechoso?

–Absolutamente nada, teniendo en cuenta que lo tomaron como un robo con mal final, es evidente que no encontraran a nadie.

–Evidentemente tampoco encontraron huellas – continuó Carolina con su tono cansino.

–Al contrario – dijo Eliot simulando alegría – encontraron todas las posibles – Carolina levantó las cejas sin entender que quería decir – a pesar de su fama como tatuador, la limpieza no debía ser su fuerte.

–Qué asco.

–Y que lo digas, por cierto ¿tienes algún tatuaje más aparte del que llevas en el brazo? – preguntó Eliot con cara de pillo.

–No – contestó Carolina secamente – odio las agujas.

–Vaya, pensé que alguien como tú.

–¿Alguien como yo? – saltó Carolina algo indignada.

–Me refiero a que eres una mujer moderna, libre y todo eso, podría tener varios – la explicación de Eliot sonó tan apurada que Carolina lo dejó pasar.

–¿Entramos? – preguntó Carolina acercándose a la puerta.

–¿Sin orden? – preguntó Eliot con sorna.

–No seas capullo y abre, sé que has solicitado la llave en comisaría – Eliot se quedó cortado – yo también tengo mis fuentes.

Eliot sacó las llaves de su bolsillo y abrió la puerta, que cedió con un ligero chirrido por la falta de uso, hasta que dejó a la vista la más completa oscuridad, los carteles sobre la cristalera de la fachada apagaban el arte que rezumaba en otro tiempo. Con cuidado, y la linterna del teléfono móvil encendida, Eliot se acercó hasta el cuadro de luz, que como pensaba se encontraba tras la pequeña mesa que hacía las veces de recepción junto a la entrada.

Y como si se tratara de una casa encantada, las luces dieron paso a un universo multicolor en todas las direcciones que miraban, los dibujos de Alex destacaban en cada rincón junto con las telarañas que poco a poco se habían hecho hueco en la decoración.

–No me lo imaginaba así – comentó Carolina mirando los dibujos que se repartían por toda la habitación.

–Sí, tiene un aire muy peculiar – dijo Eliot mientras ya rebuscaba en los archivadores que había tras la mesa de recepción.

–Me encanta, casi me da pena no haberlo conocido antes.

–Por lo que sé, el ego de Alex era tan grande que no dejaba lugar para todo lo demás – bromeó Eliot sacando uno de los archivadores – imagino que nadie habrá tocado nada de esto, siendo un robo no pensarían que pudiera tener algo que ver.

–¿Has encontrado algo? – preguntó Carolina yendo hacia Eliot, que ya estaba colocando uno los archivadores sobre la mesa.

–Aquí están los trabajos de los seis meses anteriores a su asesinato – Eliot pasaba las hojas buscando la foto del tatuaje del búho – siendo tan egocéntrico y creyéndose tan singular, lo más seguro es que guardara todo, aunque fuera por un encargo que le podría traer problemas porque no era suyo.

–¿Compraba los diseños? – preguntó Carolina extrañada.

–No todos, pero cuando eres tan famoso, el trabajo se dispara más que la creatividad, y aprovechando el talento de otros con menos suerte, puedes disponer de todo un infinito muestrario, con dinero se puede conseguir casi todo – el comentario de Eliot hizo que Carolina le mirara de reojo.

Carolina veía pasar las páginas del archivo de Alex como si se tratara de los cuadros de una exposición, por unos momentos se perdió en las fotografías de los innumerables rostros famosos que poblaban la pared de entrada junto al archivador, mientras Eliot continuaba buscando el cuadro que había ido a buscar.

–No tiene sentido – dijo de repente Carolina.

–No tiene sentido ¿qué? – contestó Eliot distraído en su búsqueda.

–Estamos aquí buscando a los clientes de Alex que se hicieron el tatuaje del búho – Carolina comenzó a pensar en alto – ¿con qué fin? si le asesinaron – se detuvo unos segundos pensativa mientras Eliot detuvo su búsqueda para escucharla – supongo que fue porque la persona que le

contrató no quería que supiéramos quienes eran los que llevaban el tatuaje ¿no? – exclamó confundida – le dio el listado de las personas que llevaban el tatuaje, pero así no actúa un psicópata – se detuvo al advertir que Eliot le miraba obnubilado.

–Sigue, por favor.

–Empiezo – se dijo Carolina enfadada consigo misma por el galimatías de su cabeza – alguien encarga a Alex que le haga una lista con las personas que se hacen un mismo tatuaje ¿para luego asesinarlas? finge que Alex sufre un robo y le asesina, evidentemente no quiere que nadie sepa que ha encargado esa lista, pero ¿por qué encargar a alguien que haga unos tatuajes para luego asesinarlo? no tiene sentido.

–En absoluto – le siguió Eliot encantado con la capacidad deductiva de la inspectora.

–Claro – dijo Carolina sonriendo y lanzándose sobre el archivador que tenía Eliot delante de él, quitándoselo de las manos.

Carolina comenzó a pasar las hojas como poseída ante la mirada perpleja de Eliot, que, a pesar de conocer las aptitudes de Carolina, superaban con creces sus informes.

–Brina – gritó Carolina arrancando la hoja con el tatuaje en la piel de la hija del embajador.

–¿Qué buscas? – preguntó Eliot intrigado.

–Caridad, la mujer del parque – dijo arrancando otra hoja.

–¿Qué esperas encontrar?

–No es lo que encuentre, sino, lo que no encuentre – respondió Carolina con una sonrisa como no le había visto antes.

–Y una tal Ana – Carolina continuó hasta que no quedó ninguna hoja que repasar – ¿lo ves?

–Ver ¿el qué? – se preguntó Eliot.

–No está Arturo, el hijo de la mujer que sufrió un infarto en la comisaría – dijo Carolina exultante.

–¿Qué quieres decir?

–Está claro – exclamó Carolina con una gran sonrisa, mientras Eliot encogía los hombros esperando la respuesta.

–El no hizo el tatuaje de Arturo – la afirmación dejó algo confundido a Eliot - ¿no lo ves? – Eliot negó con la cabeza – no aparece en sus archivos, lo que hizo la persona que le contrató fue decirle donde encontrar el tatuaje que se había hecho la persona a la que realmente quería matar, Arturo, para que pareciera la obra de un psicópata, además es el único que no se podía permitir pagar los honorarios de Alex, los demás asesinatos son una mera distracción.

–Es increíble – dijo Eliot con un suspiro.

–¿El qué?

–Eres aún mejor de lo que pensaba.

–No es el momento de eso – dijo Carolina arrancando la hoja con el último nombre – tenemos que avisarla.

–¿Cómo has dicho que se llama? – preguntó Eliot mirando la hoja que sostenía la inspectora en su mano.

–Ana Galán ¿te suena?

–No – contestó Eliot serio.

En esta ocasión, Eliot paró el primer taxi que pasó por delante de ellos, tal vez otra persona podría estar en peligro y no había tiempo que perder. Los dos agentes entraron en la comisaría a la carrera, debían informar tan pronto como fuera posible e intentar avisar a la mujer que aparecía en los archivos de Alex, pero mientras atravesaban el pasillo que llevaba hasta el despacho del comisario Pol, la presencia de Rosa les detuvo en seco.

–Tenemos el nombre de la posible próxima víctima – dijo Carolina llegando hasta Rosa, que sonreía junto al inspector Cuadrado y al comisario como si no le importara lo que les fuera a contar.

–Ana Galán – dijo Rosa mirando a Eliot con desdén.

–¿Cómo es posible? – preguntó la inspectora sin comprender que estaba sucediendo.

–Hemos recibido la llamada de Enrique Galán, su padre – intervino el comisario Pol, encantado con que la investigación pareciera llegar a su fin – para advertirnos de que un hombre estaba amenazando a su hija con asesinarla, al parecer se trata de dinero, ha quedado con él mañana, ya

estamos preparando el dispositivo para detenerlo.

–No lo entiendo – Carolina estaba algo aturdida con la explicación del comisario.

–¿Qué es lo que no entiendes? – preguntó Rosa viéndose vencedora en su pulso con Eliot.

–No creo que se trate simplemente de dinero – respondió Carolina ofuscada.

–Mañana cuando arrestemos al sospechoso se despejarán todas las dudas – le aclaró el comisario Pol – además, por lo que veo, vosotros habíais llegado al mismo nombre ¿verdad?

–Sí, pero no sé si es así – Carolina estaba completamente desorientada, su hipótesis había sido completamente echada abajo.

–Déjalo – le susurró Eliot con un suave y cariñoso toque en el hombro – lo importante es que cojan al asesino – cogió a Carolina del brazo para marcharse.

–Descansa – le sugirió Rosa – mañana a primera hora estará todo preparado, te iremos informando – dijo refiriéndose a Carolina – has hecho un buen trabajo, pero a veces las cosas se precipitan solas – Carolina asintió dejándose llevar por Eliot.

La inspectora continuaba dando vueltas en su cabeza a las conclusiones que habían deslumbrado a Eliot, y que hubiera jurado que resultaban más que plausibles, y que por lo que le había dicho Rosa, quedaban en nada ya que se trataba tan solo de dinero. Un ligero ronroneo salió del bolsillo del abrigo de Carolina.

–Creo que te llaman – le advirtió Eliot.

Carolina cogió el móvil distraídamente, aún con la mente puesta en sus argumentos, y consultó la pantalla.

–Es un mensaje – contestó Carolina devolviendo el móvil al bolsillo.

–¿De quién? – insistió Eliot, lo que llamó la atención de Carolina.

–De la amiga de Borja ¿a qué tanto interés? – preguntó Carolina con suspicacia.

–Pensaba que podría ser tu novio.

–Eres peor que mi madre – bromeó Carolina sin darle más

importancia – es la zorra de la periodista, supongo que no le importa hombre o mujer – Eliot dejó escapar una risita – dice que tiene información importante, si fuera cierto ¿para qué me necesita?

–Mejor no preguntes – Eliot continuó la broma de Carolina, que comenzaba a dar síntomas de agotamiento después de un día especialmente agitado – vete a casa – le sugirió mientras Carolina bostezada sonoramente.

–Creo que te voy a hacer caso por una vez sin rechistar, estoy agotada, mañana no hace falta que me vengas a buscar a casa – Carolina soltó una risa recordando a Eliot sentado en la cafetería enfrente de su casa – ya me levantó yo solita.

–Eso espero, sé dónde vives, yo aprovecharé para hacer unos informes pendientes – Eliot levantó la mano despidiéndose de la inspectora.

CAPITULO 25

Nunca hubiera pensado que su labor como periodista le llevaría a terminar plantearse que desaparecer sería la mejor opción, al menos durante una temporada. Carmen Fuentes había llegado hasta donde no hubiera querido, la información conseguida, y su torpeza por haberse dejado ver en compañía del abogado de Pepi, madre de Arturo, la convertían en el objetivo de quién estuviera detrás de su muerte.

Mirando la maleta vacía encima de la cama, Carmen trataba de decidir la mejor opción, según Demetrio Bar, el eminente abogado que llevaba los asuntos de Arturo y su madre, la policía no era una opción, y mucho menos cuanto más subiera en la escala de mando. Tan solo pudo pensar en una persona que podría ayudarle, aunque su relación prácticamente no existiera, la inspectora Arnal, compañera de su amante, el inspector Borja Lozano, al que había sido el primero en descartar, sabía que cualquiera intento de comunicación con él, acabaría rechazado.

Hacía más de dos horas que le había enviado un mensaje para que se pusiera en contacto con ella, pero no había recibido contestación, en un arranque de desesperación marcó de nuevo su número dejando el teléfono sobre la cama con el altavoz activado, no tenía fuerzas para esperar una llamada pegada a su oreja. Después de más de ocho tonos saltó el contestador. La respuesta de su jefe había sido contundente, “no voy a publicar nada de eso sin la menor prueba, si te has metido en un lío del que no puedes salir, deberías haberlo pensado antes, no voy a dar la cara por ti”, le gritó mientras se devanaba los sesos tratando de encontrar la manera de borrar las últimas tres horas de su vida, se encontraba completamente sola.

Demetrio le había advertido de que, si se habían enterado de que había hablado con él, no pasaría de ese día con vida, el tono y el billete de avión que tenía preparado para volar a Argentina esa misma noche le habían hecho tener la seguridad de que lo que le estaba contando era cierto, aunque aún contaba con la posibilidad de que las personas que

estuvieran detrás del abogado no la relacionarían con él. Miró con angustia la hora en su teléfono, las ocho de la tarde, tan solo habían pasado diez minutos desde la última vez, el tiempo se había detenido, y eso era una mala noticia.

Con una gran sonrisa de alivio y satisfacción, Demetrio Bar, paseaba su traje gris marengo por el aeropuerto como si la huida que estaba a punto de realizar fuera un paréntesis en su más que ajetreada vida laboral. Después de hablar con Carmen, fue hasta su casa para recoger su ligero equipaje para partir hacia una nueva vida, a sus casi sesenta años, y treinta de profesión, dejaba atrás una ex mujer y dos hijos, que lo único que echarían de menos de él sería su asignación mensual.

Había llegado con más de cuatro de horas de antelación, su vuelo no salía hasta las once de la noche, pero había tomado la precaución de facturar nada más llegar para ir directamente a la zona de embarque, donde pensaba que ya estaría a salvo de cualquiera que tratara de quitarle de en medio. Con su cabello canoso y una piel excesivamente oscura por sus sesiones de rayos uva, tomó asiento en una de las cafeterías del aeropuerto mientras observaba con deseo a las viajeras que posiblemente le acompañarían en el avión.

–Buenas noches – un hombre la sorprendió sentándose aparatosamente frente a él en la mesa alta donde se tomaba un ligero tentempié antes de subir al avión – me ha costado un poco encontrarte.

–Eliot ¿qué quieres? – exclamó Demetrio con una mezcla de sorpresa y miedo.

–¿Qué quieres tú? – le devolvió la pregunta Eliot.

–Nada – contestó Demetrio con dificultad.

–Pensaba que teníamos un acuerdo, creía que podríamos colaborar y al final lo has estropeado todo.

–No sé a qué te refieres – mintió Demetrio evitando la mirada de Eliot.

–No seas mentiroso.

–Esa maldita zorra estuvo en la casa de Pepi y se llevó el correo – confesó Demetrio viendo que no podía negar lo evidente – trajo un

extracto del banco con una transferencia a mi cuenta, entró en mi despacho acusándome.

–Prueba otra vez, a lo mejor me convences con otra sarta de mentiras.

–Es cierto – insistió Demetrio desencajado.

–Vale, como quieras – Eliot se acomodó para que sus palabras solo le llegaran a Demetrio – llegó a tu despacho con la carta del banco sin avisar, pero es una mujer muy atractiva y sugerente, y eres demasiado débil para decir que no, incluso estando tu vida en juego.

–No pude resistirme – confesó Demetrio con rabia – pero no le conté nada.

–Te estoy intentando dar una oportunidad, crees que después de hablar contigo no tomé precauciones para estar seguro de que cumplías lo pactado.

–¿Me has estado vigilando?

–Dicho así suena mal, prefiero decir que te he estado supervisando ¿qué te parece? – Eliot torció la cabeza con burla – así que cuéntame la verdad.

–¿Qué más da? si ya lo sabes todo – contestó Demetrio abatido.

–Es muy atractiva ¿verdad? – Demetrio se quedó en silencio tratando de pensar en una salida que se antojaba imposible.

Eliot miró a su alrededor como si estuviera buscando el lugar y la oportunidad de deshacerse de Demetrio llamando lo menos posible la atención, pero después de varias miradas a la cafetería y al bullicio de gente esperando junto a las terminales de embarque, se percató de que Demetrio ya se preparaba dejando uno de sus pies suspendido en el aire para comenzar su huida.

–Antes de que hagas algo que nos deje en ridículo, o algo peor, deberías escuchar la propuesta que te tengo que hacer ¿te parece? – Demetrio entrecerró los ojos con cautela, sabía que Eliot era una persona con lo que no debía jugar, por lo que asintió con la cabeza esperando sus palabras – buena elección – dijo mirando a su espalda – estamos rodeados de demasiada gente, creo que lo mejor es que nos coloquemos en un lugar algo más privado, está bien para mirar a la gente que pasa,

pero me resulta algo incómodo estar vigilante por si alguien nos escucha ¿te parece? – Demetrio volvió a asentir pensando en la manera de escapar – allí estaremos mejor – propuso señalando unos cómodos sofás de piel al final de la cafetería - no me mires así, estamos más recogidos, pero sigue habiendo decenas de personas alrededor, además, si hubiera querido acabar contigo ya lo hubiera hecho ¿no te parece?

Eliot se levantó esperando que Demetrio hiciera lo mismo, rodeó al abogado mientras este le miraba desconfiado, al fin, decidió acompañarle, pero al dejar el asiento sintió un ligero pinchazo en la nuca, llevándose la mano hasta allí para mitigar el ligero escozor.

–Mucho mejor – exclamó Eliot lanzándose sobre el sofá que daba la espalda a la pared - ¿no te parece?

–Supongo – contestó Demetrio serio.

–Ahora vamos al grano ¿qué le contaste?

–Bueno, alguna cosa – dijo Demetrio titubeando – pero ¿no lo tienes todo grabado?

–Lo cierto es que sí, pero hay alguna parte de la conversación que se me escapa, no se escucha bien, y además estabas de espaldas y no te pude leer los labios.

–¿Qué más da?

–Quiero estar seguro cuando acabe con tu amiga que tengo razones para ello – la afirmación fría de Eliot dejó congelado a Demetrio, que lo miraba a los ojos con terror – hablasteis del señor Galán, y ¿de sus asuntos con tus clientes? – Demetrio bajó la cabeza dejando que su silencio hablara por él – perfecto, también sé que la pusiste en antecedentes sobre mí, y sobre las personas para las que trabajo, y eso es inaceptable – Demetrio abrió los ojos con fuerza tratando de contestar, pero un sudor frío comenzó a correrle por todo el cuerpo a la vez que se apoderaba de él un fuerte dolor en el pecho – espero que supieras que esto te podría pasar, odio a las personas que se sorprenden de lo evidente – Demetrio se agarró la garganta tratando de hablar sin conseguirlo – te tengo que dejar, disfruta de tu muerte mientras puedas – dijo soltando una carcajada y levantándose de la mesa – lo coges ¿no? es que en estas

situaciones me crezco, adiós – con Eliot camino de su siguiente destino, Demetrio terminó cayendo al suelo atrayendo todas las miradas del aeropuerto, que veían como un hombre solo era víctima de algún tipo de ataque.

Pasaban las once de la noche y Carmen se había quedado dormida sobre la cama junto a la maleta que finalmente solo llenó de miedo. Casi en un acto reflejo y sin abrir los ojos, en la oscuridad de la habitación cogió el teléfono móvil que descansaba junto a su cabeza y miró la hora rogando para que estuviera a punto de agotarse la noche, pero al ver que ni siquiera había terminado el día, dejó que su cabeza cayera de nuevo sobre el mullido colchón.

–Buenas noches – saludó Eliot entre las sombras de la habitación.

–¿Quién es? – gritó Carmen arrastrándose hasta colocarse en el cabecero de la cama con la almohada como parapeto.

–Soy un amigo de Carolina – dijo Eliot encendiendo una lámpara de pie en el extremo de la habitación – me ha comentado que necesitas ayuda.

–¿Quién eres? ¿por qué no está aquí ella? ¿cómo has entrado? – el miedo le hacía sacar todas las preguntas sin respuesta que haría si fuera trabajo.

–Por partes – comenzó diciendo Eliot mientras se acercaba hasta Carmen – en primer lugar, soy el compañero que está sustituyendo a Borja, en segundo, creo que sabes que no le caes muy bien, y tercero, al enviar un mensaje, pensé que podrías estar en problemas, he llamado y al no contestar, he entrado, te he visto dormida y he decidido esperar.

–Qué frío – exclamó Carmen frotándose los brazos.

–Perdona, he abierto la ventana, pensé que hacía calor al entrar, no me he dado cuenta de que podrías tener frío, al ser un cuarto piso corre más el aire – Carmen se miró las piernas desnudas y la ligera camiseta que vestía.

–¿A qué has venido? – preguntó Carmen sintiendo que nada de lo que estaba escuchando era cierto.

–Ya te lo he dicho.

–Voy a ponerme algo ropa.

–Por supuesto – contestó Eliot sonriente y afable – cierra la ventana mientras yo voy a la cocina para preparar un café caliente, si no te importa.

–Claro que no – contestó Carmen viendo la oportunidad de hacer una llamada.

Carmen esperó a que Eliot saliera de la habitación, y se levantó corriendo hasta coger el teléfono móvil, comenzó a tocar la pantalla nerviosa para llamar a la policía mientras se acercaba a la ventana para cerrarla. Pero antes de que pudiera cerrar la primera hoja, Eliot la cogió con fuerza por la espalda y el trasero empujándola hasta el marco de la ventana, y levantando los brazos, la lanzó al vacío escuchando el grito sordo de la muerte mientras caía.

CAPITULO 26

Carolina comenzaba a lanzar miradas al inspector jefe y al comisario esperando que diesen por concluidas las preguntas del agente Fernández, pero por alguna razón, estos se mostraban esquivos, a pesar de que la apoyaban con su relato, aguantaban estoicamente la reunión, pensó que se trataba sin duda por las órdenes recibidas por los mandos superiores.

–¿Queda mucho? – preguntó Carolina mirando como el agente Fernández rebuscaba entre sus papeles para continuar.

–Quedan los puntos más importantes de la investigación – aclaró Fernández ante la desesperación de Cuadrado, que resoplaba con cada minuto que pasaba sentado escuchando - ¿algún problema? – preguntó mirando al inspector jefe.

–Creo que todo está más que claro como para seguir insistiendo en cosas que ya sabemos todos.

–Cállate – le ordenó el comisario – continua por favor, cuanto antes termines, antes nos iremos – el inspector jefe Cuadrado le dedicó una mirada de desesperación al techo mientras se mordía la lengua.

–Vayamos al día en que la agente Rosa Bernal preparó todo el dispositivo para detener al sospechoso de los asesinatos.

–¿Qué quieres saber? – preguntó Carolina extrañada.

–Por lo que tengo en mis informes, no estaba muy de acuerdo en la orientación que estaba tomando la investigación – preguntó Fernández con la mirada puesta en Cuadrado que no dejaba de hacer sonidos de cansancio.

–No creo que tenga mayor importancia – contestó Carolina pensativa - por las investigaciones y las conclusiones a las que habíamos llegado, pensábamos que el móvil que nos exponía la agente Bernal no resultaba del todo lógico.

–Puedes explicarlo – insistió Fernández.

–El hecho de que la segunda víctima...

–Arturo – le interrumpió Fernández.

–Exacto – contestó Carolina algo molesta con la interrupción – la segunda víctima no tenía mucho que ver con el resto, por nivel sociológico y económico, y el hecho de que su tatuaje no se lo hubiera hecho en el estudio de Alex, me llevó a pensar que había otras razones, que no eran las meramente económicas.

–Y la agente Bernal ¿qué pensó de tu idea? – continuó Fernández.

–Tampoco se la expuse, me quedé bloqueada – Carolina hizo una pausa pensativa – cuando nos informaron, todo estaba preparado, y pensé que tal vez fuera yo la que se equivocaba, sus argumentos eran completamente contrarios a los míos, mientras yo creía que lo que se buscaba era la muerte de Arturo, y los demás asesinatos fueron una distracción, Rosa pensaba que la distracción fue asesinar a Arturo, y que lo único que querían era extorsionar a los demás, personas adineradas.

–¿Qué argumento dio la agente Bernal para que todos llevaran el mismo tatuaje?

–Lo consideró como una marca, que el asesino utilizaba para mostrar a sus siguientes víctimas, amenazándolas con asesinarlas si no accedían a pagar una cantidad de dinero – Carolina torció ligeramente el gesto.

–Pero no te pareció que fuera la razón ¿verdad?

–No – contestó Carolina categórica – pero ya te he dicho que estaba todo preparado, y si realmente se atrapaba al asesino, las razones por las que lo hiciera eran secundarias, lo importante es que no volviera a matar.

Comprendo.

Leo estaba especialmente nervioso, casi no había podido pegar ojo pensando en terminar con el trabajo de don Enrique, a pesar de su conversación con el señor Crespo tenía el palpito de que algo no iba bien. A pesar de que la reunión era a las doce, y todavía eran las nueve de la mañana, Leo decidió que lo mejor sería salir hacia allí tan pronto como fuera posible, un vistazo por los alrededores antes de entrar a la reunión para comprobar que todo iba bien le tranquilizaría, y le haría ver las

cosas de otra manera.

Antes de salir se aseguró de quedarse con una copia de todo en el portátil que guardaba en su casa, el día anterior ya se había preocupado de no dejar nada en su despacho relacionado con el trabajo, no tenía nada que esconder, pero prefería que la policía, que aún andaba por allí ocupándose de la muerte de Pam, no viera nada que no debiera.

Todo parecía en calma, el edificio donde tenía que verse con el señor Crespo estaba tranquilo, entradas y salidas de los vecinos que compartían vida desde la tercera planta con los despachos profesionales más cercanos a la calle. Necesitaba estar muy despierto, y el segundo café que se tomaba en la cafetería frente al edificio donde se iba a celebrar la reunión, le estaba dejando tan lúcido que no podía evitar recordar a la que, tal vez, fuera su único contacto verdadero en la tierra, Pam. Por unos momentos, le pareció sentir algo parecido a tristeza por su pérdida, pero al ver a don Eduardo Galván entrar en el edificio con media hora de antelación a su cita, todas las luces de alerta se encendieron de repente, dejando olvidado el pequeño conato de sentimientos que estaba sufriendo.

Con nerviosismo, comenzó a pasarse la mano por el pelo, pensó que don Eduardo no tendría que estar allí, preguntándose una y otra vez que es lo que estaba mal, y que no conseguía descifrar.

–¿Quiere algo más? – la agradable camarera le asustó al llegar junto a él, haciéndole dar un brinco que le sorprendió – perdone, no quería sobresaltarle.

–No pasa nada – contestó Leo nervioso – es culpa mía, tenía la cabeza en otra parte – dejó un billete de diez euros sobre la mesa y salió en dirección al final del trabajo.

Después de asegurarse de que nadie le seguía, o le esperaba en los alrededores, tras una decena de paseos de ida y vuelta por la acera, decidió entrar, el conserje, esta vez, ni levantó la cabeza, siguió leyendo tranquilamente su periódico mientras Leo llegaba hasta el ascensor, pero después de abrir la puerta para entrar, volvió a cerrarla para subir a pie, en caso de que hubiera algo extraño podría detectarlo mejor por las

escaleras.

Al fin llegó hasta la puerta de la oficina, y como el día anterior, le esperaba abierta, aunque en este caso la compañía en el interior fuera diferente. Con pasos lentos y silenciosos llegó hasta el mismo lugar donde había estado reunido con Crespo el día anterior, pero como ya sabía, en esta ocasión, quien le esperaba era don Eduardo.

–¿Ha venido personalmente? – sorprendió Leo a don Eduardo, que le levantó la cabeza, sobresaltado.

–Llega puntual – contestó don Eduardo serio – en exceso diría yo, ha llegado con cinco minutos de adelanto.

–Siempre he sido muy profesional en mi trabajo – replicó Leo sentándose frente a don Eduardo – ¿ha traído el dinero? – no quería estar más de lo necesario allí, quería ir al grano y salir pitando con su dinero.

–Claro – contestó don Eduardo sacando una pequeña mochila de entre sus piernas, que colocó sobre la mesa.

–Perfecto – contestó Leo, que hizo lo mismo con un pen drive que sacó de su abrigo y que colocó junto a la mochila, la cogió y comenzó revisar el interior.

–Cuéntelo si quiere.

–No es necesario, me fio de usted – contestó Leo levantándose de la mesa.

–¿Aquí está toda la información que ha conseguido de Ana? – preguntó don Eduardo antes de que saliera.

–Más de la que le gustaría – contestó Leo con una sonrisa ganadora.

Con un gran estruendo, varios agentes de las fuerzas especiales entraron en segundos sorprendiendo a Leo, al que redujeron hasta dejarle esposado boca abajo.

–Muy bien perros de presa – dijo Leo con tranquilidad desde el suelo – pero creo que os habéis equivocado – miró sonriendo a don Eduardo que miraba la escena impasible rodeado de agentes.

–¿Está bien? – le preguntó uno de los agentes a don Eduardo.

–Sí, quiero salir ya de aquí – dijo don Eduardo compungido.

–Es una broma ¿no? – preguntó Leo comenzando a ser consciente de

que su situación era bastante diferente de lo que pensaba.

–Si lo es, no tiene ninguna gracia – Rosa apareció detrás de Leo – quedas arrestado por asesinato.

–¿Estáis locos? – Leo giró la cabeza y pudo ver al inspector jefe Cuadrado, que entraba en ese momento – díselo Andrés – gritó mirando al inspector jefe - ¿de qué coño va esto?

Dos agentes le levantaron como si se tratara de un muñeco mientras Leo no dejaba de gritar y vociferar arrastrado por los brazos para llevarle a la comisaría.

–Creo que no hay duda ¿verdad? – dijo Rosa con satisfacción.

–Eso parece – confirmó Cuadrado con el estómago encogido al ver a su antiguo compañero esposado como un criminal.

–¿Este es el pen drive que ha traído? – Rosa cogió el pedazo de plástico que aún continuaba sobre la mesa – con esto y con lo que encontremos en el registro de su casa, la investigación quedará cerrada esta misma noche.

Carolina y Eliot observaban como se llevaban a Leo en el furgón desde el otro lado de la calle, pero la inspectora a pesar de que todo hacía indicar que Leo era el culpable, algo le decía que, si no se equivocaban, al menos había algo más.

–Veo que no te convence – comentó Eliot mirando cómo se alejaba el furgón con Leo.

–Da igual lo que crea – contestó Carolina encogiendo los hombros.

–¿Sabes que es lo que debemos hacer ahora? – preguntó Eliot sorna.

–¿Despedirnos?

–No seas aguafiestas – dijo Eliot riendo con la ironía – aprovechemos mientras toda esta gente hace su trabajo – señaló a los policías que ya salían de vuelta a la comisaría – y nos vamos a comer, conozco un sitio que te va a encantar.

–Un sitio que solo se puede pagar con tu tarjeta, supongo – bromeó Carolina.

–Cada vez me gustas más, ten cuidado con seguir cayéndome bien – bromeó Eliot sin dejar de reír – no, esta vez nos invitarán.

CAPITULO 27

Después de permanecer más de tres horas encerrado, al fin un agente vino a buscar a Leo para llevarle a la sala de interrogatorios y tomarle declaración. A pesar de la inquietud inicial, permanecía tranquilo, sabía que no había hecho ilegal, y mucho menos asesinato, estaba seguro que después de hablar con el inspector jefe Cuadrado todo quedaría aclarado y podría marcharse a disfrutar del dinero que se había ganado con su trabajo.

Tras más de una hora de declaración explicando como don Eduardo y su vasallo, el señor Crespo le habían contratado para demostrar la infidelidad de su querida mujer, Ana, el inspector jefe Carlos Sánchez y la inspectora Pati Gómez, agentes de la máxima confianza del comisario Gálvez, y que colaboraban puntualmente con él, salían con aparente tranquilidad.

–Joder – exclamó Carlos resoplando.

–¿Qué te pasa? – preguntó Pati ante el sopor repentino del inspector jefe.

–Me acabo de acordar de que se me ha olvidado comprar las toallitas que me ha encargado mi mujer para la niña – se lamentó Carlos mirando la hora en el teléfono móvil.

–Supongo que te lo ha dicho para que creas que colaboras en algo que tenga que ver con tu hija, estoy segura de que sabía que se te iba a olvidar – dijo Pati con sorna, mientras colocaba los brazos en sus caderas con burla.

–Eres muy graciosa – contestó Carlos, al que la corbata empezaba a sobrarle, junto con la chaqueta del traje – creo que luego aprovecharé para cortarme el pelo – se pasó la mano por su cabeza, en la que sobresalían a ambos lados una pequeña ristra de pelos cortos.

–Sí, por favor, pareces un abuelo.

–No tenemos buen día – replicó Carlos torciendo el gesto.

–¿Qué tal? – preguntó el comisario Gálvez al verlos salir.

–Bien – contestó escuetamente Carlos.

–Bien ¿qué? – insistió el comisario esperando la explicación del inspector jefe.

–En resumen – comenzó diciendo el inspector jefe Sánchez – según cuenta, el señor Galán le contrató para que vigilara a su mujer, Ana, de la cual sospechaba que le engañaba, la estuvo siguiendo unos días y descubrió que lo hacía, y grabó todo como pruebas para entregarle.

–Joder – exclamó el comisario.

–¿Algún problema? – preguntó Carlos extrañado.

–No tiene nada que ver con la realidad – contestó el comisario – Ana, es su nuera, y según la declaración del señor Galván, lo que hubo fue un chantaje ¿qué os ha parecido su declaración?

–Estaba tranquilo – contestó Carlos – lo cierto es que no parecía mentir.

–Da la impresión de que bebe más de la cuenta – intervino Pati.

–Eso no es objetivo – le reprendió Carlos.

–Solo digo lo que me parece – replicó Pati algo molesto.

–Tú no pareces lesbiana y mira – bromeó Carlos puntilloso.

–¿Qué coño tiene que ver eso? – contestó Pati enfadada.

–Pues que es un juicio de valor muy subjetivo – replicó Carlos con retintín.

–¿Quieres que hablemos de lo que pareces tú? – le desafió Pati.

–¿Habéis terminado? – preguntó el comisario colocándose entre ambos.

–Perdón – saltaron los dos al unísono

–¿En resumen? – preguntó el comisario para terminar.

–Parece que dice la verdad – concluyó Carlos mientras Pati asentía.

–Está bien, muchas gracias, ya os llamaré si os necesito para algo más.

El comisario observaba a Leo desde detrás del cristal con suspicacia, todo parecía apuntarle, menos él mismo, y a pesar de sus dudas, lo más importante era darle a la opinión pública un trofeo que poder mostrar. Mientras tanto en una sala contigua, Ana prestaba declaración

exhibiendo su tatuaje maldito en el hombro, el inspector jefe Cuadrado en persona se encargaba de tomar declaración, mientras la agente Bernal no perdía detalle desde el exterior, aunque sabía que tenía la investigación en sus manos, no quería que el más mínimo detalle pusiese en duda la culpabilidad de su sospechoso.

–¿Cómo contactó con usted? – preguntó Cuadrado mientras esperaba la respuesta para tomar algunas notas.

–Como ya he dicho, se me acercó un día en un descanso del trabajo y se sentó junto a mí – Ana se tomó unos segundos para evitar llorar al recordarlo – y me dijo que si no le daba una cantidad de dinero terminaría como los otros que llevaban este tatuaje – se señaló el hombro mostrando el búho.

–¿Estaba sola? – continuó preguntando Cuadrado.

–Al principio no, estaba con mi cuñada sentada en la cafetería – se detuvo para secarse las lágrimas que no parecían terminar de brotar – no nos dimos cuenta de que estaba sentado junto a nosotras, pero mi cuñada se fue al trabajo, yo me tomé unos minutos más, llevaba unos días de mucho ajetreo y preferí tomarme un ratito más, y fue en ese momento cuando se sentó delante de mí, y mostró esas horribles fotos.

–¿Se refiere a fotos de sus anteriores crímenes? – apuntó Cuadrado.

–Eso creo.

–¿Le había visto antes?

–Al principio estaba tan asustada que no pude hacer otra cosa que temblar, pero cuando volví a casa y me tranquilicé, tenía la impresión de haberle en otra ocasión.

–¿Tal vez se cruzó con él en otro lugar? – insistió Cuadrado, al que le costaba escuchar lo que se suponía había hecho su antiguo amigo.

–Puede ser – el llanto buscado al fin salió de los ojos de Ana, haciendo que Cuadrado detuviese sus preguntas por unos segundos.

–A partir de ese momento ¿cómo contacto con usted?

–Volvió a asaltarme al día siguiente, cuando salía de casa – el sollozo se detuvo para continuar con la explicación – me enseñó un video con mi marido dentro de mi casa, fue un momento horrible – exclamó

volviéndose a echar a llorar – en mi propia casa, fue una sensación horrible.

–¿Fue en ese momento cuando le dijo el día, la hora y el lugar donde debía llevar el dinero? – a Cuadrado le costaba creer todo lo que estaba escuchando de boca de Ana, pero dio por hecho que sería consecuencia de su relación con Leo.

–Sí – Ana volvió a calmarse para continuar su relato – entonces mi marido y su padre se pusieron en contacto con la policía.

–Pero tardaron algún día ¿no?

–No lo sé, estaba tan asustada que no volví a salir de casa hasta hoy.

–Muchas gracias – las lágrimas y la pena de Ana hicieron que Cuadrado diera por concluida la declaración, ya tenía más que suficiente.

El inspector Cuadrado salió pensativo, no podía creer que la persona a la que conoció años atrás se comportase de la manera que le había descrito Ana.

–Está claro ¿no? – le sorprendió Rosa al salir.

–Supongo – contestó Cuadrado tratando de no tenerlo tan claro.

–Pues después de lo que hemos encontrado en su casa, las pocas dudas que quedaban, han desaparecido.

–¿A qué te refieres? – preguntó Cuadrado sorprendido.

–Videos de los anteriores asesinatos – Cuadrado cambió el gesto incrédulo – algo parecido al pen drive que llevaba encima cuando le detuvimos, videos vigilándoles, fotos, complicado que se libre, ahora te toca hablar con él.

–¿Ha dicho algo? – preguntó Cuadrado con desesperanza.

–Ha contado una película acerca de que fue contratado y por eso tenía esos videos – dijo Rosa con desprecio – el muy idiota no sabía siquiera a quién vigilaba, pensaba que era la mujer del señor Galán – Cuadrado quedó aún más extrañado al conocer parte de la versión de Leo.

El inspector Cuadrado se quedó mirando a Leo a través del cristal mientras pensaba que era lo que le podía haber sucedido para llegar a asesinar a tres personas, para convertirse en un psicópata.

–Hola – saludó Cuadrado entrando en la sala de interrogatorios.

–Menos mal – exclamó Leo sonriendo – al fin se podrá aclarar todo.

–Has dicho que no quieres un abogado ¿verdad? – preguntó Cuadrado tomando asiento frente a Leo.

–¿Lo necesito?

–Creo que sí – contestó Cuadrado suspirando.

–No me jodas, sabes que no he hecho nada.

–Yo no sé nada, tan solo me remito a las pruebas, que es mi deber – a Cuadrado le costaba mirar a los ojos a Leo.

–Es más serio de lo que parece – dijo Leo serio – no sé quiénes son las personas de las que me hablan, que se supone he asesinado.

–¿Por qué tienes videos y fotos de ellos en tu casa? – la pregunta descolocó por completo a Leo.

–Eso es una mierda, alguien lo habrá puesto allí.

–Cuántas veces has escuchado eso que dices en esta misma sala – replicó Cuadrado.

–Tienes razón, pero es la puta verdad – dijo Leo con desesperación – no sé quién me quiere cargar el muerto, pero yo no he hecho nada.

–Lo ratifica el que según tú, es tu último cliente, el señor Galán.

–¿Qué coño ratifica? – gritó Leo golpeando la mesa con el puño.

–Lo primero, tranquilízate, y ahora te explicaré de que se te acusa y por qué – Cuadrado tomó aire antes de comenzar.

Leo escuchaba a Cuadrado sin salir de su asombro, con cada explicación dada por Ana y su suegro, más se tenía que morder la lengua, escuchaba sin interrumpir, quería saber todas y cada una de las mentiras que habían contado a la policía, y todas las que le habían contado a él, sin duda le habían engañado, y como a un novato, había caído en la trampa sin ofrecer la más mínima resistencia. Mientras Cuadrado le describía cuales eran realmente las relaciones entre los implicados, más claro tenía que su trabajo había estado dirigido a implicarle, aún más, no habían necesitado preparar nada, él mismo le había dado las pruebas a la policía en el pen drive que se suponía tenía que entregar a don Eduardo.

–De verdad que me encantaría creerte, pero las pruebas son más que

evidentes – se lamentó Cuadrado después de acabar de explicar los hechos a Leo, que miraba varias fotografías que había ido dejando el inspector jefe sobre la mesa.

–A ver si me entero – dijo al fin Leo recobrando la entereza tras escuchar todos los cargos – me acusáis de asesinar a estas tres personas, por no sé qué de un tatuaje igual, y después tenía pensado asesinar a Ana, nuera del señor Galán, y le pedí dinero para no hacerlo ¿no te suena extraño?

–Da igual como me suene, tenías las fotos y los videos de la chica cuando te detuvimos, más las que encontramos en tu casa.

–Me la han jugado bien – terminó diciendo Leo vencido - ¿y ahora?

–Ya sabes lo que toca ahora, el juez lleva la investigación y está al tanto de todo.

–Estoy bien jodido – Leo agachó la cabeza hasta colocarla entre sus piernas, para poder meterse los dedos hasta la garganta, lo que le provocó vomitar cas al momento.

–¿Qué te pasa? – preguntó Cuadrado con preocupación.

–Me encuentro mal – contestó Leo aún con arcadas – déjame ir al baño, por favor.

–Claro.

El inspector Cuadrado salió hasta la puerta en busca de un agente que acompañara a Leo hasta el cuarto de baño, pero se topó de frente con Rosa, que seguía la declaración de Leo con atención.

–¿Dónde vas? – preguntó Rosa con desdén.

–No se encuentra bien, necesita ir al baño – contestó Cuadrado haciendo señas a un agente para que entrara.

–No te creerás este teatrillo ¿verdad? – dijo Rosa con chulería.

–Le estamos acusando de asesinato, va a pasar el resto de su vida en la cárcel, creo que tiene derecho a no encontrarse bien.

–Es un asesino, no tiene derecho a nada – replicó Rosa irritada con la condescendencia de Cuadrado – que le conozcas no le hace menos asesino.

–Me da igual lo que digas – contestó Cuadrado yendo tras el agente

que acompañaba a Leo fuera de la sala de interrogatorios.

Leo caminaba como un zombi delante del agente, que era seguido por Cuadrado, aún con el enfado por la actitud altiva y poco humana de Rosa. Leo entró acompañado del agente mientras Cuadrado esperaba fuera en la puerta a que su antiguo amigo se recompusiera.

Leo fue directo al lavabo mientras el agente le observaba algo confundido, el trato que estaba recibiendo por parte del inspector jefe no era el se solía proporcionar, ni siquiera al menor de los rateros, máxime cuando se trataba de un posible asesino múltiple. Leo miraba en el reflejo cada movimiento del agente, que trataba de no quitarle los ojos de encima, pero no pudo evitar que su mirada se distrajera con una pequeña nota a bolígrafo junto a una de las cabinas, Leo apretó los dientes y cogió todas las fuerzas de las que fue capaz, y lanzó su puño contra la cara del agente que cayó al momento fulminado, provocando un sonoro golpe. Con la agilidad que le daba la adrenalina de verse entre rejas de por vida, sacó la pistola de la cartuchera del agente y esperó apuntando la entrada de Cuadrado.

–¿Qué coño te crees que haces? – exclamó Cuadrado al encontrarse el cañón apuntando a su cabeza.

–No pensarás que me voy a ir a la cárcel para pasar lo que queda de mi miserable vida sin intentar al menos demostrar que soy inocente, sé que mi momento llegará, pero no va a ser junto a un rebaño de delincuentes que jugarán a las cartas con mi culo todas las noches.

–Estás loco, no puedes escapar – dijo Cuadrado desafiante.

–Eso está por ver – Leo aprovechó que Cuadrado se plantó frente a él para propinarle un fuerte golpe en la cabeza con la pistola, que le hizo caer inconsciente.

La agente Bernal esperaba distraída mirando los mensajes de felicitación por haber terminado con una investigación que parecía imposible, la cual, no solo suponía un reto para ella, sino que además podría marcar la trayectoria de su carrera, no solo dentro del cuerpo, sino incluso política, aunque por el momento le quedara algo lejos.

Con inquietud, Rosa dirigió su mirada hacia el pasillo por el que unos

minutos antes su principal sospechoso había desaparecido junto al inspector Cuadrado, con pasos lentos fue desplazándose hasta que sus piernas comenzaron a moverse rápidamente con nerviosismo. Se detuvo frente a la puerta del baño de caballeros sin saber que estaba sucediendo, ni un sonido, ni un indicio de Leo, con rabia empujó la puerta del baño y se encontró con el inspector jefe tirado en el suelo junto con el agente que le acompañaba al que Leo había dejado en ropa interior para vestirse con su uniforme.

–Que no salga nadie – gritó Rosa una y otra vez yendo hasta la puerta de salida de la comisaría – no me estáis oyendo, cerrad todas las salidas – los agentes le miraban desconcertados sin saber a qué se refería, ni lo que estaba sucediendo.

Rosa llegó hasta la calle mirando en todas direcciones, pero sabía que era demasiado tarde, tanto su investigación como su sospechoso, parecían escurrírsele entre las manos.

~ *Aún continuo sin terminar de comprender como un detenido es capaz de pasar por delante de todos los agentes de una comisaría y salir sin que nadie le viera – dijo Fernández riendo ante el sonrojo del inspector jefe Cuadrado.*

~ *–Creo que no estamos aquí para dilucidar las actuaciones de nadie – intervino el comisario – simplemente se trata de aclarar algunos puntos.*

~ *–Por supuesto – contestó Fernández con premura – solo era un pensamiento en voz alta.*

~ *–Espero que mis pensamientos no se escuchen – bromeó Cuadrado con rabia.*

~ *–No es necesario, su cara ya refleja todo lo que tiene en la cabeza – bromeó Fernández haciendo que Carolina dejara escapar una pequeña sonrisa - ¿dónde estaba?- preguntó manteniendo la mirada a Carolina, que gesticuló como si no supiera de que hablaba - sí, después de que Leonardo escapara vestido con el uniforme del agente al que dejó inconsciente, todo el cuerpo de policía fue en su busca, menos vosotros dos – la pregunta no cogió*

desprevenida a Carolina, según avanzaba Fernández en sus indagaciones, sabía que terminaría por cada uno de sus pasos, por intrascendentes que estos hubieran sido para la investigación.

–Eso es completamente falso – contestó Carolina fingiendo sentirse molesta – el hecho de que no acudiéramos a comisaría una vez estuvo detenido, no quiere decir que nos tomáramos el día libre, simplemente nos fuimos a comer.

–¿A dónde? – preguntó Fernández con curiosidad.

–A un italiano del centro, nada especial – contestó Carolina tratando de no darle más importancia – en cuanto nos notificaron la huida del detenido nos pusimos de nuevo manos a la obra, tampoco pensamos que fuera necesario que volviéramos de nuevo a comisaría, simplemente terminamos de comer y fuimos a lugares donde pensábamos que podríamos encontrarle.

–¿Cómo cuáles? – la insistencia de Fernández comenzaba a molestar a Carolina.

–Como bares, lugares cercanos a su vivienda, a su trabajo, por si alguien lo hubiera visto, lo cierto es que tampoco teníamos una idea clara de donde podría estar.

CAPITULO 28

Mientras esperaban en la parada del autobús, Carolina notó como Eliot se relajaba, en todo el tiempo en el que habían estado juntos nunca le había visto sonreír mientras estaba solo, sus pensamientos siempre le hacían mantener una mueca tensa y pensativa que le convertían en una persona lejana y poco fiable, pero allí sentado junto a dos ancianas que charlaban sobre la conveniencia o no de las novias de sus respectivos nietos, su cara reflejaba tranquilidad, casi relajación.

Con un suave movimiento de su cabeza, Eliot animó a Carolina a subir al autobús, no conocía la dirección que llevaba, pero eso daba igual, tenía ganas de escapar, olvidarse de él, y de todo lo que le rodeaba, pero por otro lado tenía curiosidad por conocer al verdadero Eliot, al hombre que se escondía detrás de las bromas, y los gestos duros cuando la situación lo requería.

Después de más de veinte minutos de trayecto, el autobús les llevó hasta una zona residencial al este de la ciudad, aunque se trataba de un barrio de clase media alta, nada tenía que ver con el ambiente del centro, todo parecía haberse ralentizado, los paseos, las conversaciones, el tráfico, la gélida mañana parecía haberse convertido en el primer día de la primavera, los jardines lucían verdes y los constantes saludos entre vecinos, hacía que pareciera que entraban en un pueblo, más que en una urbe gris e impersonal.

–Es un sitio especial para mí – dijo Eliot sin poder dejar su aparente estado de felicidad.

–¿Por? – Carolina simplemente se dejaba llevar, el solo hecho de pasear sin un destino obligado le hacía relajarse.

–El propietario es amigo mío, hace algún tiempo que no le veo – Eliot se detuvo pensando en su último encuentro.

–¿Sois muy amigos? – preguntó Carolina distraída con el suave ir y venir de los transeúntes.

–No lo sé.

–No te entiendo – Carolina se volvió extrañada hacia Eliot, que miraba hacia el frente sin dejar de sonreír.

–Lo cierto es que no lo entiendo ni yo, pero estoy seguro de que al menos comeremos muy bien – Carolina prefirió no insistir, estaba claro que Eliot simplemente no quería hablar del tema.

Después de varios giros por pequeñas calles llegaron hasta la puerta de un pequeño restaurante con una fachada vieja y destartalada, al verla, Eliot se echó a reír, casi por unos momentos, Carolina quiso intuir algo parecido a una lágrima en la mejilla de Eliot.

–Qué nombre más raro ¿no te parece? – preguntó Carolina mirando el viejo cartel de madera que se elevaba sobre sus cabezas, La Trattoria de Malta - ¿qué quiere decir?

–Que nos van a tratar muy bien – contestó Eliot empujando la puerta del restaurante.

Eliot se detuvo al entrar con la boca abierta, no podía dejar de mirar cada uno de los rincones del restaurante sin poder creerse lo que veía, mientras Carolina se quedaba detrás observando la extraña apariencia del comedor. Las mesas de madera se agrupaban a ambos lados del local algo alargado, dejando el centro libre como un pasillo hasta llegar a un pequeño escenario, cerrado con un gran telón rojo remendado por varios sitios. Todas las mesas estaban ocupadas, y se respiraba un ambiente casi mágico, todo el mundo reía y disfrutaba del momento como si el local estuviera protegido por algún tipo de aislante que no permitiera ni un solo mal recuerdo en el interior.

Un camarero alto y fuerte se les acercó para mostrarles el lugar que tenían reservado, avanzaron por el pasillo central siguiendo al camarero, que un par de metros antes de llegar al escenario levantó la mano haciendo que otros dos camareros, que esperaban en una pequeña barra junto al escenario, se pusieran en marcha. Eliot miraba la escena como si estuviera reviviendo un sueño, con la felicidad y los recuerdos a flor de piel.

Los dos camareros aparecieron tras el escenario, uno con una mesa sobre su cabeza, y el otro con dos sillas bajo sus brazos, con rapidez,

colocaron los muebles en un lateral, pegados al escenario, mientras el primer camarero, con una destreza envidiable colocaba los cubiertos y los platos antes de que el mantel terminara de posarse sobre la mesa.

–Su mesa – dijo un camarero acercándose hasta Eliot y Carolina.

Mientras se acercaba hasta la mesa, Eliot no dejaba de mirar a su alrededor como si buscara a alguien, pero la actuación continuaba sin que ninguno pudiera abrir la boca. Una vez que estuvieron sentados, y las dos copas de vino llenas de un inmejorable y carísimo Rivera del Duero, el telón se abrió dejando a la vista a cuatro hombres con trajes iguales de color azul cielo, completamente pasados de moda, mientras el público aplaudía a rabiar su aparición.

–¿Qué coño es esto? - preguntó Carolina en bajo.

–Son de The Diamonds, Little Darlin – contestó Eliot sin dejar de mirar el escenario.

–Son ¿qué?

–Calla y escucha – le ordenó Eliot dando un trago a su copa de vino.

Los primeros compases hicieron que Eliot dejara que sus oídos solo prestaran atención al escenario, en el que los cuatro hombres mezclaban sus voces haciendo una versión casi perfecta del original, mientras Carolina miraba como el resto de público se movía en sus asientos al ritmo de Little Darling. Un fuerte aplauso sacó a Carolina del sopor, que se volvió hacia Eliot para intentar recuperarle para la conversación, pero Eliot, sin dirigirle la palabra, se levantó con la mirada en el pasillo, a pesar de que en el escenario ya se estaba cociendo otra canción cincuentera.

Un hombre grueso y alto de unos sesenta y cinco años, con una larga cabellera blanca amarrada en una coleta iba hacia ellos, Blue Moon, de The Marcells comenzaba a sonar con el aplauso del público acompañando la melodía, cuando el hombre llegó hasta la mesa, a pesar del bullicio y de la gente, Carolina tuvo la impresión de que Eliot y el hombre estuvieran completamente solos en el local.

–Supongo que serás Eliot – dijo el hombre serio al llegar junto a Eliot.

–Supongo que serás Piero – contestó Eliot.

Tras unos extraños segundos en los que se los dos se miraron, los dos se fundieron en un abrazo, Carolina miraba sin terminar de entender nada de lo que estaba sucediendo, y esperaba sentada a que Eliot por fin le explicara algo. Un camarero se apresuró a traer una silla para que Piero se sentara junto a ellos.

–Supongo que os conoceréis – bromeó Carolina cuando todos estuvieron sentados, haciendo que Eliot y Piero soltaran una gran carcajada.

–Supones bien – contestó Piero – perdona que haya sido tan maleducado, soy Piero, para lo que necesites – dijo levantándose para besar la mano de Carolina, que se ruborizó.

–No le hagas mucho caso, se ha quedaba algo desfasado – dijo Eliot.

–Puede ser, pero no por ello hay que perder la educación – contestó Piero sin apartar la mirada de Carolina – pero tu... - hizo una pausa esperando la aclaración de Eliot.

–Carolina. amiga y compañera – dijo Eliot con una sonrisa cómplice a Piero.

–Amiga, quiere saber si nos conocemos, y sí, nos conocemos, y no tanto como me gustaría, y lo suficiente como para no molestarnos – los trabalenguas de Eliot y Piero comenzaban a cansar a Carolina, que los miraba con algo de hastío.

–¿Cómo has conseguido traer esto hasta aquí? – exclamó Eliot abriendo sus brazos y mirando a su alrededor.

–Con la pensión que logré trabajando.

–Joder, no falta detalle – Eliot no podía dejar de mirar todo cuanto le rodeaba.

–Continuamos con nuestra falta de educación – Piero advirtió de nuevo que su conversación solo era seguida por ellos – te voy a contar la historia de este local, porque tu amigo y compañero – dijo con retintín – será más guapo y fuerte, pero no tiene ni un ápice de clase – Eliot rio mientras observaba a su amigo con Carolina, que comenzaba a relajarse con la actitud relajada y afable de Piero – en este lugar nos conocimos.

–¿Aquí? – exclamó Carolina con sorpresa.

–No exactamente – contestó Piero.

–Nos conocimos en Malta, en este mismo restaurante, son las mismas mesas, el mismo escenario, y el mismo cartel cochambroso – apuntó Eliot – se ha traído todo.

–Fue algo difícil, pero con algo de dinero de aquí y de allá, conseguí pasar todo – la historia tenía completamente anonadada a Carolina.

–No lo entiendo, os conocisteis en este restaurante – Carolina se quedó pensativa mientras Eliot y Piero intercambiaban miradas – y sin embargo tú no conocías este lugar.

–Tienes razón – admitió Piero – tu amiga es bastante observadora, es fácil de comprender, tan solo nos hemos visto en una ocasión – Carolina frunció el ceño confundida – desde ese día comprendí que la relación entre dos personas no depende del tiempo que pases con la otra persona, sino de la intensidad con la que lo vivas, hay personas que viven con otra durante años, y les basta una noche con otra, para conectar como nunca lo había hecho ¿no te parece? – preguntó a Eliot, que asintió sonriendo - pero dejémonos de historias profundas y vayamos a lo importante, os he preparado lo mejor de la casa – dijo en alto Piero mientras con el brazo en alto hacía una seña a los camareros para que sirvieran lo que tenía preparado.

–Espero que la comida sea mejor que el original – bromeó Eliot.

–No lo dudes.

Piero dejó a solas a Eliot y Carolina para que disfrutaran de los apetitosos platos que, uno a uno, iban pasando por la mesa como si de un carrusel se tratara.

–Es un ex agente ¿no? – preguntó Carolina, una vez que la desinhibición del vino le dio permiso.

–Muy lista – admitió Eliot encantado con la sagacidad de Carolina.

–Deja de adularme sin motivo, es evidente – dijo Carolina molesta.

–Tienes razón, es que creo que no debes malgastar tu talento, aunque creo que ya tienes bastante claro tu camino.

–Gracias a ti, en parte.

–Supongo que he aportado mi granito de arena.

–¿Por qué entraste en el servicio secreto? – continuó preguntando Carolina.

–Supongo que no me llenaba la vida de agente de policía al uso – confesó Eliot serio – siendo un niño, mi madre falleció, y mi padre tuvo que hacerse cargo de mí, algo para lo que no estaba preparado, tenía más que suficiente con trabajar durante todo el día, así que me fui criando entre la casa de mi vecina y los pocos ratos que mi padre tenía.

–Vaya, lo siento – dijo Carolina cariacontecida.

–No pasa nada, fue hace mucho tiempo – a pasar de sus palabras, Carolina sentía la pena interior de Eliot – mi padre estaba obsesionado con que estudiara, y eso hice, comencé derecho, pero cuando estaba en tercero, un conductor borracho hizo que el camión de mi padre se saliera de la carretera, después de varios meses, el hombre quedó libre, supongo que la ley se me quedó algo pequeña para hacer justicia, ingresé en el cuerpo de policía y después de un tiempo y mi insistencia, alguien se puso en contacto conmigo y hasta aquí.

–No lo has tenido fácil – dijo Carolina con pena.

–Todos tenemos problemas, tan solo nos diferenciamos en la forma de afrontarlos.

La gente fue yéndose, dejando vacío el restaurante, tan solo quedaban Eliot y Carolina sentados en el salón, mientras los camareros limpiaban las mesas, y las preparaban para la noche.

–¿Qué tal todo? – preguntó Piero cogiendo por sorpresa a Carolina.

–Ha estado todo increíble – dijo Carolina con las mejillas sonrosadas.

–Muy bien – confirmó Eliot.

–Quiero presentaros a alguien – una bella mujer de unos cincuenta años, vestida con sencillez con un vestido de flores, se acercó hasta ellos – os presento a Carla, mi mujer – Eliot apretó los labios mientras les observaba abrazarse después de saludarles.

Mientras Carolina se divertía con Carla en la cocina jugando con la crema pastelera a hacer todo tipo de postres, Piero y Eliot se quedaron al fin solos delante de una copa de licor.

–Supongo que si estás aquí es porque estás pensando en dejarlo – dijo

Piero mirando a Eliot con preocupación.

–Nunca me ha preocupado morir – afirmó Eliot con la copa en la mano – pero de un tiempo a esta parte me estoy dando cuenta de que necesito otras cosas, y que puedo terminar por perdermelas.

–Es normal ¿cuántos años tienes?

–Cuarenta y cinco.

–Casi los mismos que yo, cuando lo dejé – Piero se sonrió haciendo memoria - ¿cuándo va a ser?

–No lo sé - dijo Eliot con pesar – puede ser mañana, o dentro de unos años.

–Ya veo – Piero se volvió hacia la puerta de la cocina, donde Carla y Carolina salían en dirección al escenario sin dejar de reír – ya sabes que yo estuve en tu misma situación, y todo lo que te pasa por la cabeza es exactamente lo mismo que tenía yo, no te puedo dar ningún consejo, tan solo te puedo decir que las cosas siempre suceden por algo, y creo que suceda lo que suceda será lo mejor – Eliot levantó la cabeza para mirar a Piero a los ojos.

–Me alegro de verte amigo – Eliot levantó la copa para brindar con Piero.

–Yo también – el sonido del cristal chocando selló la amistad que un día comenzaron y no tuvieron oportunidad de continuar.

CAPITULO 29

Después de su huida de la comisaría, Leo se dejó llevar a través de las calles de la ciudad que en un tiempo pensaba le protegían, y que, sin embargo, habían terminado por engullirle, como a tantos y tantos perdidos a los que siempre había repudiado, y los que ahora sentía como suyos. Después de comprar dos botellas de vino con los pocos euros que llevaba en los bolsillos, buscó cobijo en un banco junto a un parque, donde se compadecía con dos sin techo que aprovechaban los tragos gratis que les ofrecía Leo a cambio de su compañía.

–Ya no queda nada – dijo Leo pensando en alto – no tengo nada.

–Bienvenido a la calle – dijo uno de sus compañeros de banco mientras se pasaba la manga roída y mugrienta por la nariz.

–Una vez aquí, de nada vale lamentarse – comentó el otro, un hombre alto con una larga barba y una mirada, que en otro tiempo veía la vida con otras perspectivas – aunque por tu aspecto, puede que estés a tiempo – Leo se giró mirando al hombre – si vienes aquí pensando en lo injusto que es todo, y lo poco que puedes hacer, no te levantarás de aquí nunca, eso fue lo que me pasó a mí – Leo escuchaba al hombre mientras daba un trago tras otro a su botella de vino – cuando llegué aquí, como tú, me senté y miré a mi alrededor, nada de lo que tenía antes me ayudaba a sentirme mejor, y no tenía a nadie que me empujara a continuar en el lugar donde había dejado mi vida anterior, ese fue mi error, si hubiera sido lo suficientemente fuerte como para levantarme de aquí y afrontar todos mis problemas, todo habría sido diferente, pero decidí sentarme a esperar, y sigo esperando.

–No tienes ni idea – dijo Leo sin importarle nada de lo que el hombre le había dicho.

–Tú sí que no tienes ni idea de lo que significa vivir aquí – replicó el hombre acercando su repugnante aliento a la cara de Leo, que se apartó asqueado – sabes que habría preferido morir a vivir así, pero me faltó

valor.

Algo se activó en el cerebro de Leo al escuchar la palabra morir, había perdido la cuenta de las veces que había pensado en quitarse la vida después de la muerte de su familia, y aunque no le gustara, aquel hombre tenía razón, le había faltado valor, pero eso no volvería a suceder, no dejaría que su cobardía conformista le dejara pegado al banco. Leo se levantó con rabia, sabía exactamente que tenía que hacer, y donde tenía que ir, aunque eso le supusiera perder la vida que tanto había odiado durante los últimos años.

El comisario Gálvez permanecía pensativo sentado en el despacho del comisario Pol, que trataba de recomponer el lío que se había formado tras la huida de Leo, le daba vueltas a la investigación, y a las palabras del inspector jefe sobre si alguien como Leo podría ser el culpable de los asesinatos, por una razón tan buena, y tan mala como el dinero.

–Menuda metedura de pata – gritaba el comisario Pol a un cabizbajo Cuadrado, que entraba detrás suyo en el despacho – nos van a tomar por unos gilipollas – continuó con su retahíla de lamentos dejándose caer en el sillón de su despacho.

–Ya está bien – exclamó el comisario Gálvez aún pensativo - lo que ha sucedido ha sido un error, pero que subsanaremos en breve.

–Pero no podemos ofrecer esta imagen ridícula – dijo Pol con sus ojos acusadores sobre Cuadrado, que se había acomodado en una butaca en un extremo del despacho.

–Ya lo has dicho – rugió Gálvez incorporándose, haciendo que Pol cerrara la boca al momento – hay otras cosas que me preocupan algo más – Pol y Cuadrado se miraron confundidos por sus palabras.

–¿A qué te refieres? – preguntó Pol con cierta preocupación.

–Me refiero a todo – explicó Gálvez frotándose la cabeza – es esa mujer del servicio secreto, los Galán, la presencia de Eliot, todo en general, tengo la impresión de estar jugando al parchís cuando los demás juegan a las cartas.

–No termino de comprender – preguntó Pol.

–No espero que entiendas absolutamente nada, ni tú tampoco – dijo

refiriéndose a Cuadrado – tan solo os voy a pedir que os limitéis a coger al tipo ese y a cerrar la investigación, todo esto tiene un tufo extraño, he hecho algunas preguntas y todos me han contestado lo mismo, mantente al margen del tal Eliot y de todo lo que tenga que ver con él.

–No parece un tipo del que tengamos que preocuparnos – afirmó Cuadrado con gesto de desprecio.

–Pues deberías – replicó Gálvez – sobre todo tú, que parece tener alguna duda con la culpabilidad del sospechoso, he podido hablar extraoficialmente con algunas personas del Ministerio, y tan sola he encontrado a una que se ha atrevido a comentar algo sobre él – Cuadrado y Pol escuchaban expectantes – y parece ser que, a pesar de tener conocimiento sobre sus actuaciones en diversas misiones e investigaciones, no tienen muy claro para que departamento trabaja.

–¿El departamento 51? – apuntó Cuadrado.

–Eso es una gilipollez – saltó Gálvez mirando al inspector jefe – no hay nada con ese nombre, ni parecido, pero lo que es seguro es que tiene un respaldo que ni yo mismo podría conseguir, está muy por encima de cualquiera de nosotros, por eso tenemos que seguir con nuestro trabajo, sin preguntas, sin tonterías, sin nada – el comisario Gálvez se levantó y lanzó una última mirada desafiante a los dos – estáis avisados, cualquier problema que pueda surgir es vuestro, por lo que a mí respecta, mi trabajo en esta investigación ha concluido, cuanto antes cacéis al tipejo ese, antes acabará todo – un portazo selló las bocas del inspector jefe y del comisario Pol, que se dedicaron una mirada de sumisión como respuesta a Gálvez.

CAPITULO 30

Carolina giraba en torno a una gran escultura metálica llena de formas puntiagudas sobre lo que parecía una enorme bola de metal plateado, aguantaba por varios listones de diversos colores, a cada cual más llamativo.

–¿Qué te parece? – preguntó Eliot tratando de evitar la carcajada al ver como la inspectora rodeaba una y otra vez la escultura tratando de descifrar su significado, a la vez que intentaba no perder ningún paso que hiciera obvio las cuatro copas de vino que llevaba encima.

–Nunca he entendido estas cosas – dijo Carolina resoplando mientras miraba a lo más alto de los más de tres metros de altura de la obra.

–¿Les gusta? – preguntó un hombre pequeño y delgado en un tono algo quisquilloso, y cuyo traje encorsetado junto con la fina barba y el exceso de tupé en su peinado le hacían parecer el encargado de la exposición.

–Aún no lo sabemos – contestó Eliot mirando a Carolina – mi amiga es, a veces, demasiado exigente, si pudiera ayudarle a descifrar la obra, es probable que esté muy interesada.

–Hola – saludó el encargado a Carolina, que dio un leve saltito sobresaltada.

–Hola – contestó Carolina con gesto de extrañeza al ver hombrecillo.

–Soy Roman – dijo el hombre sonriente.

–¿El autor? – preguntó Carolina mirando a Roman de arriba abajo.

–Ojalá – exclamó Roman, encantado porque le tomaran por un artista – yo, de vez en cuando, hago mis pinitos en la pintura, pero lejos de estos genios – señaló con su brazo la obra que Carolina tenía delante.

–Roman ¿verdad? – preguntó Eliot llegando junto a ellos, mientras este asentía – ha tenido la amabilidad de explicarnos la obra – dijo mirando a Carolina, que le guiñó un ojo con complicidad.

–Como me imagino ya han visto, esta maravilla se llama El Mundo en

nuestras manos – Carolina miró a Eliot preguntándose donde estaba el nombre del que hablaba Roman, Eliot casi riéndose se encogió de hombros – es una obra llena de significado y contrastes, en primer término tenemos al mundo, esos brazos que sujetan todo a nuestro alrededor – explicó señalando los listones de colores en la base de la escultura – para luego, como me imagino habrán entendido, sujetando al mundo – señaló la gran bola metálica – lo que tal vez le tenga algo desconcertada es el resto – Carolina miró el increíble lío de tiras metálicas que envolvían toda la escultura hasta casi el techo de la sala – somos nosotros, más bien son nuestras decisiones, nuestros problemas, todos interaccionando unos con otros, el autor refleja lo individual – señaló un pequeño saliente metálico – dentro de lo global – abrió los brazos dejando toda la escultura entre ellos.

–Joder – exclamó Carolina soltando una risita – a mí que me parecía un coche que han sacado del desguace – Eliot no resistió más y soltó una sonora carcajada a la vez que agarraba a Carolina por la cintura para arrastrarla hasta la salida.

Eliot sacó a Carolina de la exposición hasta la calle, donde una vez parados en la acera, con una mirada cómplice, comenzaron a reírse sin parar, por momentos Carolina sentía que la relación entre ambos estaba llegando a un punto en el que solo tenía dos opciones, olvidarlo para siempre, o simplemente, dejarse llevar, y después de lo vivido durante los últimos días, la primera opción era la que su cabeza le empujaba a tomar, aunque el resto de su cuerpo le pedía a gritos romper con los corsés, y continuar disfrutando de una compañía, que seguramente sería efímera.

–Creo que es el momento de una taza de café bien caliente – propuso Eliot cogiendo a Carolina por el brazo.

–No podría estar más de acuerdo – contestó Carolina entrecerrando los ojos, la modorra del vino comenzaba a hacerse notar.

Eliot observaba cada paso, cada gesto de Carolina, lo que en un principio le parecía una apuesta algo arriesgada, se estaba convirtiendo en un valor seguro, aunque no tuviera la total seguridad, después de

tantos años había desarrollado el instinto para ser capaz de detectar el talento y la valentía en cuanto lo tenía delante.

–¿Por qué no tienes pareja? – preguntó Carolina mientras engullía el delicioso croissant caliente que decidió acompañar con el café.

–Preguntas personales – saltó Eliot algo incómodo.

–Si no quieres hablar, podemos hablar del tiempo – bromeó Carolina.

–Está bien, está bien – admitió Eliot rascándose la cabeza – hay múltiples razones por las que no estoy con nadie, desde mi propio trabajo, hasta mi aversión al compromiso, pasando por mis innumerables viajes y el miedo a no estar a la altura, aunque la razón principal es que no he encontrado a nadie que pueda hacerme no poner todas las excusas que te he dicho antes.

–Vaya – exclamó Carolina con regocijo – el gran agente Eliot admitiendo que ha fallado en algo, no puedo creerlo.

–Aunque soy casi perfecto – bromeó Eliot colocándose la chaqueta – me falta el casi.

–Y ¿qué buscas en una chica?

–¿Te estás postulando?

–Que más querías – Carolina se sonrojó disimulando una sonrisa.

–Pues nada especial, y todo en particular.

–Que profundo – bromeó Carolina esperando la respuesta.

–No se trata de eso, al contrario, solo necesito a alguien comprensiva, fiel, confiada, leal, divertida e inteligente.

–No eres nada exigente – dijo Carolina irónicamente.

–Si lo piensas, no – contestó Eliot rotundo – todo eso es lo que a mí me gustaría que recibiera la otra persona por mi parte, y lo que he tratado de dar cuando lo he intentado.

–Como con Rosa – le interrumpió Carolina provocando una risa falsa de Eliot.

–Eso fue diferente, ella tenía en la cabeza una cosa diferente de lo que realmente era.

–La engañaste – afirmó Carolina categórica.

–No exactamente – contestó Eliot dubitativo – o sí, en cualquier caso,

las circunstancias mandaban, y ella debería haberlo sabido.

–Eres de esos que nunca tienen la culpa.

–No en este caso – sentenció Eliot serio – es más que probable que haya echado a perder otras tantas relaciones, pero no con Rosa.

–¿No era tu tipo? – Carolina estaba disfrutando.

–Rosa puede ser el tipo de casi cualquiera, incluso el mío, pero nuestras prioridades eran completamente diferentes.

–Después de todo eres un tipo como cualquier otro – dijo Carolina, que sentía a Eliot cada vez más cercano.

–Claro que lo soy, la única diferencia es que tengo un trabajo poco habitual.

Casi sin querer, Carolina había olvidado por completo el trabajo, la razón por la que había conocido a Eliot, hasta el punto de haber apagado el teléfono móvil en la divertida comida en el restaurante de Piero, con desgana lo sacó del bolsillo de su abrigo y lo encendió. Al momento le saltaron varias llamadas perdidas, y un par de mensajes del inspector jefe Cuadrado.

–¿Lo has visto? – preguntó Carolina alarmada – se ha escapado.

–¿Qué? – Eliot estaba algo desconcertado con la expresión de preocupación de la inspectora.

–El sospechoso, se ha escapado – insistió Carolina.

–Si lo tenían detenido.

–Ha escapado de la comisaría.

–Joder, no se puede ser más inútil – se lamentó Eliot consultando su teléfono – hay que ser idiotas – dijo al consultar sus mensajes – sabes lo que te digo, que no es nuestro problema.

–¿Cómo que no es nuestro problema? – exclamó Carolina sin comprender a Eliot.

–Ellos lo han dejado escapar, que lo encuentren, nosotros nos tenemos que ir a descansar y relajarnos.

–Tenemos que hacer algo.

–Ya te lo he dicho, descansar y relajarnos – Eliot volvió a la pantalla de móvil – además ya sé dónde podemos ir.

–Estás de broma ¿no? – Carolina no podía entender la dejadez de Eliot.

–¿Sabes dónde podríamos buscarle? – preguntó Eliot con retintín.

–Ahora mismo, no.

–Perfecto – exclamó Eliot – sé el lugar ideal para trazar nuestro plan de búsqueda – levantó las cejas con sorna, provocando la risa de Carolina.

–Eso es otra cosa – Carolina accedió, al fin y al cabo, la investigación estaba terminada.

Eliot no perdió la oportunidad de continuar la jornada con Carolina practicando uno de sus deportes favoritos, pasear por las calles de una gran ciudad, la vida a su alrededor le resultaba tan curiosa como todo aquello a lo que eran ajenos casi todos los que le rodeaban, le reconfortaba la sensación de problemas banales que le transmitía cada rincón de la ciudad, y como los importantes eran convertidos en algo tan común que solo resultaban importantes para quien los sufría. Mientras caminaban en silencio, Carolina comenzaba a comprender el extraño silencio que siempre acompañaba a Eliot cada vez que atravesaba las vidas de desconocidos, como si se tratara de un chip implantado conseguía intuir cada pensamiento detrás de cada gesto, de cada paso que ocultaban a las personas más cercanas, un sí al otro lado de la línea que resultaba un evidente no, de la aprobación con una negación, todo lo que no veía antes de conocerle.

Eliot había elegido otra de sus aficiones favoritas, la música, entraron en una vieja sala de jazz, al principio, el gesto de Carolina se torció al entrar, una humareda ilegal de humo de tabaco salió para darles la bienvenida al bajar las escaleras hasta la entrada a otro tiempo. Los oídos de Carolina solo podían escuchar un cóctel inconexo de instrumentos, mientras los adeptos parecían seguir un ritmo que era incapaz de modular.

Mientras un amable y maduro camarero les colocaba en su mesa, Eliot no podía evitar que sus pies encontraran el ritmo chocando con el suelo mientras sus manos palpaban sus piernas encontrando otro.

–¿Te gusta? – preguntó Eliot viendo la expresión de Carolina – a mí me pasaba antes lo mismo, y no es que ahora sea un gran experto, pero me encanta escuchar jazz en directo – Carolina torció la cabeza sin estar convencida – tienes que tratar de encontrar tu instrumento, tu sonido, cierra los ojos – Carolina se dejó llevar por Eliot y cerró los ojos - ¿lo tienes? - Carolina asintió – ahora escucha y empieza a sumar al resto, es toda una experiencia, o al menos, a mí me lo parece.

Después de unos minutos saboreando la música, Eliot pidió un par de copas de ron, mientras disfrutaban de la música, y se contaban anécdotas, y otras historias no tan divertidas, el cansancio comenzó a reflejarse en la cara de la inspectora, que no podía evitar encadenar un par de bostezos.

–Creo que deberíamos irnos a casa – propuso Eliot tras el enésimo bostezo de Carolina.

–Creo que sí – admitió Carolina con una sonrisa cansada.

CAPITULO 31

Leo estaba decidido a aclararlo todo, con la extraña sensación de la sobriedad en su cuerpo, llegó hasta la barrera que marcaba el mundo de los Galán del mundo del resto de mortales. Aparcó el coche en un pequeño descampado junto a la valla de la lujosa urbanización, pero antes de salir del coche vio su cara reflejada en el espejo retrovisor, y para su sorpresa, sintió que tenía delante al inspector de policía que un día fue, diligente, honesto y honrado, todo lo necesario para ser respetado, y todo lo que había perdido por el camino.

Pensó que eso era precisamente lo que le había arrastrado hasta esa situación, su falta de cualquier escrúpulo para salir adelante le había convertido en la víctima perfecta, confiado, dejado y prepotente en algunas ocasiones, las cualidades precisas para que alguien como el señor Galán pensara en él como cabeza de turco.

Entró como si disfrutara de un agradable paseo entre los jardines de entrada a la urbanización, saludó al conserje, y este le devolvió el saludo desde su garita resguardado del frío, y confiado en que nadie querría entrar con él vigilando no se sabía exactamente qué. Leo continuó en dirección a la casa de los Galán, las calles vacías parecían intensificar el frío de la gélida noche que se cernía sobre el futuro inmediato de Leo.

No sabía que iba a hacer realmente, la mansión del señor Galán era prácticamente inexpugnable, circuito cerrado de televisión conectado directamente con la central de alarmas veinticuatro horas, un inmenso muro alrededor, sin contar con el servicio de la casa, que hacía casi imposible asomarse a la valla sin que nadie se percatara, aunque lo que necesitaba no era entrar, sino que alguien saliera, en particular, el señor Crespo, la persona que se había encargado del trabajo sucio, el intermediario al que enviarle la información, decirle cuando y donde, mientras el señor Galán aparecía en la apertura y en el acto final, para

aparecer como un hombre recto y honrado al que el desfasado y cruel Leo le chantajeaba con matar a la mujer de su hijo.

El frío y la hora y media en pie frente a la casa comenzaba a dejar dormidos los miembros de Leo, que pateaba el suelo buscando algo de calor. A lo lejos, alguien se acercaba hasta su posición, con tranquilidad, como si disfrutara del paseo, pero algo le llamó la atención, al principio no sabía que era, pero cuanto más se acercaba, más tenía la seguridad de que su presencia allí era tan casual como la suya. Leo estaba desarmado, sería una presa fácil si alguien trataba de reducirle, con disimulo, se apoyó sobre la valla que tenía a su espalda para partir una rama que le permitiera al menos tener una oportunidad de defenderse.

El aire de sus pulmones salía con dificultad, el miedo y la tensión hacían que los jadeos fueran cada vez más que evidentes. Agarró con fuerza la rama escondida en su espalda y dio un pequeño paso a la izquierda, pensó que, después de todo, simplemente podría tratarse de algún vecino caminando, pero cuando tan solo quedaban un par de metros para pasar junto a él, el hombre se detuvo.

–¿Qué pretendes conseguir esperando aquí? – preguntó el hombre sonriendo.

–¿Quién coño eres? – preguntó Leo aferrándose con fuerza a la rama.

–Soy el que te va a dar la oportunidad de que tu vida vuelva a la normalidad, puedes llamarme Eliot – dijo Eliot dejando ver su rostro al salir de las sombras de los árboles de la acera.

–¿Eres policía? – preguntó Leo son perder la tensión.

–No exactamente – contestó Eliot sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo para ofrecerle a Leo, que aceptó al momento – pertenezco a un grupo cercano a la policía, aunque mi trabajo no creo que sea muy reconocido, más aún cuando han encontrado todos esos videos y fotos en tu casa.

–Ha sido una trampa – exclamó Leo con rabia.

–Lo sé.

–¿Lo sabes? – Leo estaba muy confundido - ¿por qué no lo aclaras y punto?

–Ya lo habría hecho si fuera tan fácil – apuntó Eliot volviéndose hacia la mansión Galán – necesitamos unas pruebas que solo podremos encontrar en el interior de esa casa.

–Eso es imposible – dijo Leo, al que la presencia de Eliot cada vez le parecía más extraña.

–No tanto, yo podría ayudarte – Leo levantó la rama y la colocó en el cuello de Eliot, arrinconándolo contra la valla.

–¿Qué coño quieres? – preguntó Leo empujando con todas sus fuerzas la rama sobre el cuello de Eliot.

–Tienes razón – se apresuró a contestar Eliot, al que se le hacía difícil hablar con esa presión en su garganta – pero déjame un poco para que te pueda contar.

–Habla – gritó Leo aligerando la tensión de sus brazos.

–Creo que eres consciente de que tu supuesto cliente, Enrique Galán, no es el afable hombre de negocios que aparenta – con cada palabra de Eliot, la fuerza con que Leo le retenía descendía – en realidad tiene una manera algo más violenta de resolver sus problemas – Leo bajó al fin la rama con la que pensaba que retenía a Eliot – pero, como ya te he comentado, la única manera de que quedes libre de toda duda está ahí dentro.

–¿Qué propones? – preguntó Leo viendo en Eliot su oasis.

–Durante el día de mañana me las arreglaré para deshacerme del hombre que ha contratado para hacer este trabajo.

–El señor Crespo – masculló Leo sintiéndose más utilizado que nunca.

–Así, mañana por la noche tendremos el campo abierto para actuar.

–¿Cómo vamos a entrar?

–De eso me ocupo yo, no olvides que soy casi policía – contestó Eliot con aire de suficiencia.

–¿Servicio secreto?

–No es importante, lo importante es que no se salga con la suya – Eliot echó un vistazo a su teléfono móvil antes de continuar – mañana a las once nos veremos en este mismo lugar, y resolveremos tu problema – Leo dudó, al fin y al cabo, se trataba de un desconocido, pero no tenía

muchas otras alternativas a las que aferrarse, aunque, por otro lado, si fuera policía ya estaría detenido.

–De acuerdo, pero no quiero juegucitos – advirtió Leo serio.

–No los habrá, al menos para ti, nos vemos mañana – Eliot se dio media vuelta dejando a Leo en un mar de dudas, toda la rabia contenida por el engaño al que había sido sometido había crecido con la confirmación de Eliot.

Leo se quedó sumido en sus pensamientos viendo a Eliot desaparecer tal y como había llegado, después de perderle de vista, echó un vistazo a su alrededor y a la rama con la que supuestamente había conseguido reducirle, se sintió ridículo, sabía que si seguía allí era porque Eliot así lo había querido, y por mucho que le costara admitirlo, porque le necesitaba, otro más en su lista de personas que le tomaban como el paria que era, aunque antes de volver a las frías calles de la ciudad para perderse, se prometió que sería el último que lo haría.

Después de unos minutos, Leo siguió las instrucciones que le había dado Eliot, y se marchó para volver al día siguiente, sin darse cuenta de que su nuevo socio tan solo se había refugiado detrás de la oscuridad nocturna esperando que le dejara vía libre para actuar. Cuando Eliot estuvo completamente seguro de que Leo se había marchado, volvió hasta la mansión de los Galán, para plantarse en la misma puerta de entrada.

Como si de un visitante a la mansión se tratara, tocó el timbre y forzó la puerta de entrada a la mansión, colocándose delante de la cámara de seguridad y asegurarse de ser reconocido por la persona que estuviera viendo las imágenes, para después sentarse en un pequeño alto de piedra junto a la entrada de vehículos.

Tras diez minutos de espera, la puerta de entrada se abrió, y un hombre salió del interior observando a Eliot, escrutó los alrededores para cerciorarse de que estaba solo, algo que ya suponía, y se dirigió hacia él.

–Qué sorpresa – exclamó el hombre caminando hacia Eliot – el mismísimo agente Eliot, que honor.

–Ya veo que no has cambiado nada, Cris – contestó Eliot

levantándose, y mirando el elegante traje negro que vestía.

–Me ves con muy buenos ojos – dijo Cris deteniéndose – supongo que no tengo que preocuparme, si estás aquí es porque quieres hablar conmigo.

–Supones bien.

–Claro – dijo Cris con una mueca de resignación – ya estaría muerto si no fuera así ¿verdad? – Eliot se encogió de hombros admitiéndolo - ¿qué quieres?

–Verte – contestó Eliot con una media sonrisa.

–Seguro que sí – dijo Cris con sorna – a pesar del tiempo que ha pasado no creo que sea una de tus prioridades – Eliot se rio.

–Me asignaron para solventar el problema de tu actual jefe, Enrique Galán – explicó Eliot ya serio.

–Me lo imaginaba – contestó Cris encogiendo los hombros – pero el sector privado, como sabes, no te ofrece oportunidades como esta para conseguir dinero casi como para retirarte.

–Me ha gustado lo del señor Crespo.

–Me llamé así pensando que me daría un aire algo más servicial con respecto a Eduardo.

–Dejémonos de tonterías y vamos a dar un paseo, quien quiera que esté viendo las cámaras puede pensar que existe algún problema – Eliot comenzó a caminar en dirección contraria, esperando que se le uniera Cris.

–Sería un engorro un asesinato grabado en video – bromeó Cris siguiendo a Eliot mientras hacía una seña a la cámara para hacer constar que todo estaba bien.

Eliot caminaba pensativo mientras Cris le observaba a su lado, sabía que todas sus decisiones deberían ser más que sopesadas, cualquier error podría suponer que todo su mundo, y las personas que lo componían se desvaneciera.

–Te tengo que felicitar – comenzó diciendo Eliot – ha sido una puesta en escena de lo más aseada, una lástima que te dejaras a la mitad de los que lo sabían con vida.

-Mi trabajo solo consistía en disimular la muerte de Arturo Canal – contestó Cris sin prestar mucha atención.

-Un poco flojo el móvil ¿dinero?

-Sabes que, si las pruebas son contundentes, el móvil termina siendo algo secundario, aunque no tenga mucho sentido, y en este caso las pruebas eran más que evidentes ¿no crees?

-Muy buen trabajo – le elogió Eliot asintiendo - es una pena que mis jefes se enteraran – sentenció encogiéndose de hombros.

-¿Qué podía hacer? – dijo Cris cariacontecido – al fin y al cabo, el mal estaba hecho.

-Podía haberlo notificado, y así se habría ahorrado el estropicio, y a mí, me habría ahorrado trabajo extra que he tenido que hacer, sin contar con el cabreo monumental de mis jefes.

-Eso quiere decir que Eduardo lo tiene crudo.

-Eso quiere decir que la cagado mucho, si hubiera notificado el error, ahora podría retirarse sin más, y dejar que sus hijos continuaran con los negocios – con palabra la irritación de Eliot crecía.

-¿Y ahora? – preguntó Cris sabiendo que no habría contestación.

-Ahora nada – sentenció Eliot deteniéndose y mirando a Cris a los ojos – debes arreglar lo que tengas que arreglar, tienes hasta mañana a mediodía.

-No me dejas mucho margen – replicó Cris con pesar.

-Te dejo margen, y sabes que lo hago porque una vez nos respetamos.

-Lo haces porque puedes necesitarme y sabes que no hablaré.

-Te equivocas – contestó Eliot bajando la mirada.

-No puede ser – exclamó Cris con sorpresa – estás pensando en dejarlo – afirmó casi gritando.

-Lo tengo en mente – confesó Eliot.

-Pensé que nunca llegaría el día, has nacido para hacer lo que haces – Eliot resopló contrariado por las palabras de Cris – o tal vez – hizo una pausa de suspense – el gran agente Eliot se ha dado cuenta de que necesita algo más en su vida, más bien, necesita tener una.

-Puede ser – dijo Eliot con pesar – pero hasta que eso suceda, sigo en

activo – levantó las cejas advirtiéndole a Cris de que, a pesar de todo, sería inflexible con él.

–Está bien – aceptó Cris soltando una risa nerviosa - ¿y pensar que una vez hubiera dado cualquier cosa por estar en tu lugar? y ahora, no me cambiaría por ti por nada del mundo.

–Tienes hasta mañana al mediodía – concluyó Eliot continuando su paseo y dejando atrás Cris, que le miraba condescendiente, casi con pena.

CAPITULO 32

Como si de un espacio atemporal se tratara, Carolina miraba a través del ventanal repasando sus últimos días mientras el agente Fernández leía con pausa una parte del informe que ella misma había redactado, con cada minuto que pasaba allí dando explicaciones, más tenía la seguridad de que nada de lo que pudiera decir resultaba importante, al contrario, tenía la impresión de que era ella la que marcaba el camino y los tiempos.

–¿Sigues manteniendo lo mismo? – preguntó Fernández después de terminar de leer.

–Sí – contestó Carolina distraídamente.

–Al día siguiente de que Leo escapara de la comisaría, estuviste casi toda la mañana trabajando en comisaría ¿verdad? – preguntó Fernández sin conseguir atraer la atención de la inspectora – no tengo nada sobre el agente Eliot, que al parecer se tomó la mañana libre – Carolina se encogió de hombros con desgana – durante la tarde volvió al trabajo con el agente Eliot para después localizar al sospechoso, aún no consigo comprender como llegasteis a encontrarle y lo que sucedió después.

–Simplemente hicimos nuestro trabajo – respondió Carolina.

–¿Puedes ser más concreta? porque durante todo el día anterior, y ese mismo día, varias patrullas de policía estuvieron en los alrededores de la mansión de Enrique Galán y no consiguieron encontrar nada, sin embargo, vosotros llegasteis y allí estaba.

–Toda investigación requiere un punto de suerte – contestó Carolina mirando al comisario – supongo que eso fue todo.

–¿Qué sucedió? – preguntó Fernández finalmente.

Los primeros rayos de sol comenzaban a calentar el frío que había

dejado la noche sobre las calles, Leo paseaba impasible entre los primeros trabajadores tratando de decidirse a hacer lo que había estado pensando durante toda la noche en vela. La extraña aparición del agente Eliot le había dejado la impresión de que aún podría tener alguna posibilidad de salvarse, pero un su interior era consciente de que solo le había regalado una esperanza con algún objetivo propio, que poco tenía que ver con hacerle justicia.

Poco a poco fue llegando hasta el límite de la ciudad, donde arrancaban y terminaban las grandes autopistas que permitían a los ciudadanos sentirse parte del engranaje del que eran completamente prescindibles. Mientras atravesaba uno de los puentes que cruzaba la autopista norte, se detuvo para observar el acompasado ritmo de coches que entraban a la ciudad entre el rugido de motores y el sonido de claxon y las sirenas de las ambulancias.

Por un solo instante tuvo la tentación de acabar allí mismo con su vida, con solo dos pasos se reuniría de nuevo con su familia y terminaría con el sufrimiento, pero otra vez esa extraña sensación y ese agujero en el estómago se lo impedían, pero un sentimiento diferente le frenaba, sentía su cobardía al mirar al abismo, y se llenaba de valor al mirar al horizonte, pensó que tal vez ese había sido su error, considerarse un cobarde, un pusilánime merecedor de todas sus desgracias, por primera vez sentía que lo que le hacía sentir angustia era seguir, sin duda solo un valiente continuaría con esa sensación.

Estaba seguro de lo que tenía que hacer, pero también sabía que no tenía nada que perder, ese fue su error, no arriesgarse, conformarse con lo que tenía delante, no tomar las riendas de su futuro, apretó con fuerza la barandilla que le separaba de sus miedos, sabía perfectamente que tenía que hacer, y por fin había conseguido la fuerza necesaria.

Con paso ligero y la mente clara, Leo se dirigió al primer lugar donde tendría que haber ido nada más escapar, a buscar el arma con el que poder enfrentarse a las personas que habían arruinado su vida, y que, en último caso, le serviría para terminar la venganza que sin duda merecían.

Carolina, a duras penas podía abrir los ojos, el dolor de cabeza y las

náuseas de la resaca le tenían adherida a las sábanas, no recordaba absolutamente nada después de estar escuchando jazz con Eliot. Poco a poco fue recordando como salió del club de jazz, y como detuvieron un taxi para volver a casa, y a partir de ahí, nada, tan solo imágenes fugaces llegando a su casa y abriendo la puerta.

Se incorporó, y se miró tendida sobre la cama en ropa interior, y como si hubiera sido poseída por el mismo demonio, saltó de la cama y se atrincheró contra la pared. No quería creer que hubiera sucedido nada con Eliot, un escalofrío le recorrió la espalda, se sentía utilizada, pero esta vez la rabia la poseía mientras apretaba con fuerza los puños. No esperó a verle, cogió el teléfono móvil y marcó de inmediato su número de teléfono.

–Buenos días – saludó Eliot con su buen humor habitual.

–¿Qué coño pasó anoche? – preguntó Carolina dejando escapar su rabia con cada sílaba.

–Nos hemos levantado de malas – bromeó Eliot.

–Eres un cabrón – gritó Carolina dejando que su impotencia saliera.

–¿Por quién me tomas? – dijo Eliot con tranquilidad.

–No lo sé, solo sé que no recuerdo nada, y me he levantado en ropa interior en mi cama.

–Tengo mis necesidades, pero no estoy tan necesitado – Carolina esperó en silencio la explicación antes de terminar de explotar – te quedaste dormida en el taxi, y por más que lo intenté, me fue imposible recuperarte, después, y no sin esfuerzo, te arrastre como pude hasta tu casa, te lleve hasta tu habitación, y es en este punto donde puede que me sobrepasase – el silencio continuó – te quité tu elegante ropa y te dejé durmiendo la mona, te tengo que decir que me ofende enormemente que pienses que me he podido propasar.

–Ya – contestó secamente Carolina mientras pensaba que decir para no avergonzarse más – la próxima vez me dejas hasta con el abrigo, capullo.

La señal desapareció del oído de Eliot, Carolina le había colgado, pero lejos de preocuparse, esbozó la sonrisa de satisfacción del que había

conseguido lo que se proponía, la llamada, el enfado y, sobre todo, no dejar que todo acabara como un favor agradecido, cuando realmente había invadido su más profunda intimidad.

Eliot, lejos de dejar pasar la mañana, tenía un largo día por delante, eran las once de la mañana y tan solo quedaba una hora para que Cris desapareciera, pero antes tenía que comprobar un último cabo suelto, no pensaba que fuera a ser realmente un problema, pero debía comprobarlo, nunca dejaba ningún cabo suelto, aunque tampoco trabajaba en balde.

Observaba con curiosidad a un personaje peculiar desde el otro lado de la acera, después de casi media hora le daba pena tener que deshacerse de él, pero para su desgracia se había convertido en parte de su trabajo, o no. Mientras cruzaba la calle para ir a su encuentro, un mensaje en su teléfono móvil le hizo sonreír, Cris ya estaba en el aeropuerto camino de la vida que él había comenzado a envidiar.

–Hola – saludó Eliot al hombre, que giraba en torno a un contenedor de reciclaje de papel, que continuó con su labor haciendo caso omiso al saludo - ¿Juan? – insistió Eliot, el hombre se volvió al escuchar su nombre.

–Soy yo – se identificó colocándose frente a Eliot, que, aunque no solía hacer juicios de valor prematuros, en este caso estaba seguro de que era lo que parecía.

–Soy agente de policía – se identificó Eliot mostrando su placa.

–¿Quiere que le cuente algo más? ¿han atrapado al hombre? – preguntó Juan con ansiedad.

–Todo ha quedado aclarado – contestó Eliot dubitativo ante el súbito interés de Juan.

–Vaya – se lamentó Juan volviendo a su trabajo buscando periódicos y revistas.

–No te veo muy contento – comentó Eliot extrañado.

–Tal vez debería no haber dado una descripción tan exacta, seguro que le cogieron.

–Es posible que puedas ayudarme con alguna información más, algo que escucharas al sospechoso, no sé – Eliot estaba seguro de la respuesta.

–Por desgracia, no – contestó Juan siguiendo con sus cosas – si supiera algo más, podría conseguir que me compraran algo más en el quiosco – Juan miró de reojo a Eliot – me encantan las revistas de historia, esa chica policía me compró un montón, pude estar al día hasta hoy, he disfrutado como nunca, pero ahora tengo que volver a los que la gente ya ha leído.

Eliot se quedó mirándole pensando en lo miserable de las personas, mientras unos se preocupaban por acumular dinero y poder, un pobre diablo se conformaba con leer al día, casi avergonzado se dio media vuelta, pero se detuvo pensativo.

–Para eso estoy aquí – exclamó Eliot con la mejor de sus sonrisas – su declaración ha sido crucial para la investigación, y no podía por menos que agradecerle en persona su ayuda, así que – Eliot buscó en el bolsillo de su pantalón y sacó varios billetes de cincuenta euros, Juan los miraba sin poder creerlo – me han enviado para que le dé – Eliot comenzó a contarlos, para después volver a juntarlos y ponérselos en la mano a Juan – el cuerpo de policía le gratifica con prensa de todo tipo durante todo lo que resta de año.

–En serio – exclamó Juan mirando su mano llena de billetes.

–Como no podemos enviárselo a casa, tiene que ser responsable y gastarlo todo en revistas y periódicos, no nos hacemos responsables si lo gasta en otro tipo de cosas.

–Jamás haría algo así, muchas gracias – Juan se guardó el dinero en el bolsillo mientras vigilaba a su alrededor cerciorándose de que nadie le viera guardárselo.

–De nada – contestó Eliot dándose media vuelta.

–Una cosa – dijo Juan antes de que Eliot se marchara.

–Dime.

–Y si no fuera para mí todo – Eliot le miró con suspicacia pensando en que tal vez se había equivocado con él – tal vez mi madre también podría leerlas, está enferma y no puede salir de casa – Eliot se acercó hasta Juan cogiéndole por el hombro.

–Estoy seguro de que será el mejor lugar donde podrían estar – Eliot

le dio una palmada, dejando que Juan sonriera aliviado.

La Mansión era un local donde los hombres buscaban apaciguar sus ansias de sexo por un puñado de euros, sin importarles quién, cómo o de dónde salían las chicas que cumplían sus deseos, al frente del cual estaba el Perla, un proxeneta cuyos métodos no eran tan heterodoxos que le gustaría a Leo, y aunque en su día fuera un buen cliente, en esta ocasión su visita no buscaba evadir su mente, necesitaba un arma y sabía que el Perla se la podía proporcionar.

–Cuánto tiempo – exclamó el Perla al verle entrar en su garito – te hemos echado de menos – lo que en otro tiempo le resultaba indiferente, en esta ocasión le asqueaba, ir sobrio le hacía ver muchas cosas de diferente manera.

–Solo vengo por negocios – dijo Leo secamente observando el impoluto traje de dos mil euros que vestía, y su horrible implante de pelo.

–Parece algo serio – comentó el Perla, que ya iba en dirección a su despacho.

Mientras le seguía, Leo observaba a las chicas, que medio desnudas, se insinuaban a los pocos clientes que había en ese momento en el club, preguntándose qué es lo que le había hecho ser uno de esos hombres que sonreían con las caricias forzadas de las chicas.

El Perla se dejó caer sobre un excesivo sillón rojo delante de una amplia mesa de despacho con decenas de cartas sin abrir, después de echar un último vistazo al exterior, Leo entró en la oficina de asuntos ilegales del Perla. Varios cuadros con figuras indescifrables colgaban de las paredes pintadas con un hortera color verde chillón, y detrás del Perla, dos grandes armarios cerrados bajo llave, donde con toda seguridad estaría el material que buscaba.

–¿Qué quieres? – preguntó serio el Perla, conocido por su susceptibilidad en los negocios, lo que le había costado varias investigaciones, aunque todas ellas sin pruebas que le llevaran a prisión.

–Necesito una pistola – dijo Leo mirando la corrupción que despedía.

–¿Cuánto te quieres gastar? – el Perla se volvió para uno de los

armarios que quedaban a sus espaldas.

–¿Cuánto me puedes fiar?

–Empezamos mal – dijo el Perla dándose la vuelta y dejando el armario a medio abrir – sin dinero, no hay material, lo sabes de sobra.

–Tengo dinero, pero no aquí – mintió Leo.

–Hablan cosas por ahí – el Perla entrecerró los ojos con actitud defensiva – parece que estás en apuros, o al menos eso dicen.

–Chorradas – exclamó Leo – tan solo necesito un par de días para reorganizarme.

–Cuando te reorganices, vuelves, y tendrás lo que quieres.

–Necesito el arma ahora.

–Pues tenemos un problema, porque no puedo dártela si no veo el dinero – el Perla se levantó dando por zanjado el tema.

–Un momento – Leo le detuvo cogiéndole por el brazo, pero el Perla dio un violento tirón quitándoselo de encima – siempre he pagado ¿cuál es el problema?

–Tú eres el jodido problema – respondió el Perla con dureza – te he dicho que no, y ahora fuera – le ordenó con el brazo marcándole el camino de la salida.

Se levantó resignado, pero de nuevo, en su cabeza comenzó a escuchar al nuevo Leo, al que nada tenía que perder, y cualquier alternativa a una negativa, le supondría ganar. Se quedó delante del Perla, desafiante, amenazante, pero sabía que un tipo como él jamás retrocedería ni un paso, y si se atrevía a hacerle frente era probable que acabara en el hospital en el mejor de los casos.

Leo apretó los puños con rabia, no podía permitir que un hombre como el Perla le impidiera conseguir su objetivo, con disimulo buscó a su alrededor mientras su oponente ya tenía la mano en el cuchillo que escondía a la espalda de su pantalón. No tuvo dudas, esa sería el arma que necesitaba para acabar con él, fingió salir derrotado ante la sonrisa de suficiencia del Perla, que por un segundo se relajó y bajo la mano con la que sostenía el mango del cuchillo, Leo se revolvió y sacándolo de los pantalones del Perla lo subió hasta clavárselo en la garganta.

Los jadeos del Perla mientras se ahogaba no eran lo suficientemente fuertes como para que los dos gorilas que vigilaban el garito los escucharan. Con cuidado, le cogió por la espalda para que su cuerpo no hiciera ruido al caer mientras la sangre le resbalaba por todo el cuerpo.

Con los últimos segundos agonizantes del Perla, Leo se volvió hacia el armario, no tenía mucho tiempo, lo abrió, y allí encontró todo un arsenal, más de lo que podía llevar encima, no le tomó mucho tiempo elegir, un par de pistolas automáticas y munición para comenzar una guerra, tan solo tenía un problema antes de continuar su camino, su viejo traje estaba empapado en sangre, y no podía salir de allí así, aunque tampoco podría hacerlo vestido con una ropa diferente, se quedó bloqueado mirando las pistolas en sus manos.

Con una patada en la puerta del despacho del Perla como si de un salón del lejano oeste se tratara, Leo apareció con la gabardina beige del jefe del burdel y las dos pistolas por delante buscando a los matones que seguro irían hacia él. Avanzaba con pasos lentos, pero seguros, mientras las chicas comenzaron a gritar y a esconderse junto con los clientes en todos los huecos que encontraban. El primer gorila apareció con tan solo sus manos para detenerle, pero un disparo en la frente le frenó en seco, mientras el otro trataba de agazaparse tras una columna mientras buscaba torpemente su arma bajo su elegante chaqueta. Las luces de colores en la pista y los gritos tras los disparos habían convertido el local en un auténtico infierno, donde el único completamente orientado era Leo, que con tranquilidad buscaba el mejor ángulo para ejecutar al último obstáculo.

El mal llamado portero por fin se hizo con su arma, respiró con fuerza y asomó su cabeza para cerciorarse de que su disparo fuera certero, pero solo encontró el metal de las balas de Leo, que impactaron una tras otra en su cuerpo hasta que cayó fulminado. El silencio se apoderó de todo, Leo se sentía poderoso sosteniendo sus pistolas aún humeantes, miró a su alrededor para comprobar que nada más se interponía en su camino, y salió con tranquilidad.

CAPITULO 33

Carolina llevaba varias horas delante del monitor de su ordenador mientras el resto de la comisaría se desesperaba tratando de encontrar algún rastro de Leo. El inspector jefe Cuadrado pasaba una y otra vez junto a ella atendiendo al teléfono móvil, las pistas falsas eran constantes, los confidentes de la policía en la calle hacían lo posible para ganarse el favor en sus arrestos con información para una investigación tan importante, De repente, los gritos del comisario Pol se escucharon en toda la comisaría, Carolina levantó la mirada, no eran buenas noticias, el inspector jefe salió de inmediato avisando a varios agentes para que acudieran a una dirección.

–¿Qué pasa? – preguntó Carolina desde su mesa al inspector jefe, que pasaba junto a ella a la carrera.

–Que la ciudad se ha vuelto loca, y con ella, el capullo que se me escapó – dijo el inspector jefe a punto de estallar – ha habido un tiroteo en el local del Perla, al que han degollado y han acribillado a dos de sus matones.

–¿Qué tiene ver eso con nuestra investigación? – preguntó Carolina extrañada.

–Varios testigos afirman que podría tratarse de nuestro hombre – Carolina se quedó boquiabierta.

–¿Por qué? – fue lo primero que le salió.

–Ni puta idea, pero además de estar huido, ahora está armado, te dejo – el inspector jefe salió corriendo en dirección a un grupo de agentes que se disponían a salir hacia allí.

Carolina volvió la mirada a su pantalla, donde desde hacía una hora trataba de encontrar alguna conexión entre Arturo Canal y su supuesto asesino. Todas sus búsquedas estaban resultando inútiles, no era capaz de conectar de alguna manera al que pensaba que era el eje de los

asesinatos, con rabia lanzó el ratón contra la mesa desesperada, estaba segura de sus suposiciones, pero sin una prueba o un móvil sólido de nada valdría el trabajo.

Mientras descargaba su frustración con los dientes sobre la tapa del bolígrafo, una pasada rápida por la pantalla le llevó hasta otro nombre que le era familiar, Josefa Canal Puig, la madre de Arturo Canal, en su búsqueda, había tratado de cruzar varios nombres relacionados con la investigación, y para su sorpresa, uno de ellos aparecía en una demanda presentada por Pepi. Carolina se levantó de inmediato para contar su teoría al comisario, pero algo la detuvo, volvió a mirar entre los papeles de su mesa, fijándose en el atestado de Carmen, la amante de su compañero, y a la que habían encontrada aplastada contra la acera después de lanzarse por la ventana de su casa, y en el informe del extraño accidente de la secretaria de Leo, y recordó la repentina muerte de Pepi, y la fotografía que recogió de su casa, que buscó entre la galería de fotos de su teléfono móvil. Sintió como si de repente le volcarán toda la información de la investigación en su disco duro, tan solo tenía que colocar los archivos en su lugar.

Después de varios minutos pensando, las piezas de la investigación comenzaban a encajar en su cabeza, miró a su alrededor como si sus pensamientos pudieran ser visto por los demás, volvió a sentarse frente a la pantalla, cerró todos los programas que tenía abiertos, guardando toda la documentación que estaba sobre su mesa, tenía claro lo sucedido, y como debía resolverlo.

Envío un mensaje a Eliot, desaparecido durante todo el día, para después mirar la hora, ya eran casi las ocho, el tiempo había pasado casi sin darse cuenta, su teléfono sonó nada más dejarlo sobre la mesa, Eliot le citaba en comisaría en una hora, tenía la seguridad de que no había estado disfrutando de ninguna banda de música, era más que probable que hubiera aprovechado el tiempo para llegar de una vez al final.

A las nueve en punto, Carolina salió de la comisaría, Eliot ya le esperaba al otro lado de la calle con su habitual gesto sonriente, cruzó sin ni siquiera devolver el amigable saludo que Eliot le ofrecía con su mano

en alto, hasta llegar a él, se detuvo unos segundos mirándole a la cara y le soltó un bofetón sin cruzar palabra, que le dejó tambaleándose.

–Eso por lo de anoche, capullo – gritó Carolina dejando escapar toda la rabia contenida durante todo el día.

–Me has cruzado la cara – dijo Eliot con la mano tocando su mejilla enrojecida, aún caliente por el golpe.

–¿Y qué coño esperabas?

–La verdad es que no esperaba otra cosa – de nuevo Eliot volvía a hacerla reír en el momento en que menos quería.

–Vámonos de una vez – dijo Carolina sonriendo - ¿dónde vamos? – preguntó casi sin importarle el destino.

–Creo que he encontrado a Leo – dijo Eliot sin que Carolina le prestara mucha atención - ¿me has oído?

–Por supuesto – contestó Carolina parando un taxi – y no lo dudo, eres un hombre de recursos – la pasividad con la que la inspectora recibió la noticia hizo que Eliot torciera el gesto con preocupación.

Eliot ordenó al taxista que se detuviera doscientos metros antes de llegar a la entrada de la urbanización de Enrique, al bajar, Carolina observó una pequeña puerta enrejada que los llevaba hasta un pequeño parque dentro del recinto. Eliot esperó a que el taxista se alejara y se acercó hasta la puerta, y después de unos segundos manipulando el grueso candado que la cerraba, abrió y los dos entraron sin que nadie los viera.

Mientras caminaban sobre el cuidado césped del parque, Eliot observaba como Carolina se desenvolvía con seguridad, sin dudas, como si todo lo tuviera controlado, sentía orgullo, pero a la vez inquietud. Tras diez minutos caminando en silencio, Eliot se detuvo en el lugar donde había quedado con Leo la noche anterior, a unos metros de la mansión de los Galán.

–¿Dónde estamos? – preguntó Carolina con falsa ignorancia.

–Cerca de la casa de Eduardo Galán – contestó Eliot serio.

–No podías haber elegido mejor lugar – contestó Carolina sonriente.

–¿Por? – preguntó Eliot conociendo de sobra las razones de la

inspectora.

–¿Y Leo? – preguntó Carolina cambiando de tema, quería saber todo para que nada fuera una sorpresa.

–Esta noche vendrá por aquí – contestó Eliot dubitativo – he quedado con él.

–¿Por qué no le detuviste?

–Creo que tu teoría sobre que puede ser inocente podría ser cierta, quiero comprobarlo aquí – explicó Eliot algo confuso con la actitud de la inspectora.

–Nunca he dicho que fuera inocente – la afirmación de Carolina dejó cortado a Eliot, que giraba la cabeza fingiendo vigilar los alrededores – en cualquier caso, me gustaría contarte mi teoría, he estado investigando y he llegado a conclusiones que creo pueden ser bastante cercanas a la realidad.

–Adelante – dijo Eliot ya centrado en las palabras de la inspectora.

–Como sabes – comenzó diciendo Carolina con la mirada perdida tratando de recomponer toda la información que tenía en la cabeza – el hecho de que Arturo Canal fuera una figura diferente entre todas las demás víctimas, y que el móvil del dinero me pareciera algo raro, me hizo darle vueltas, y por casualidad ...

–No creo mucho en las casualidades – le interrumpió Eliot sonriendo.

–El caso es que encontré una demanda de paternidad de la madre de Arturo contra Eduardo Galán buceando en internet, lo que me hizo pensar en un móvil más que aceptable, matar al posible heredero de su gran fortuna, y es ahí donde comencé a hilar ¿qué haría yo para deshacerme de un hijo ilegítimo sin ser el primero en quién pensarán? – Eliot observaba fascinado la capacidad deductiva de Carolina – intentarían que pensarán que fue otro, así que investigaron donde se había hecho el llamativo tatuaje que se había hecho en la espalda, y así llegaron a Cubo, el tatuador, pero no era alguien fiable, por lo que contrataron a alguien que por dinero lo haría encantado contándole cualquier cosa, que seguramente tampoco le interesaba si llegaba el dinero – tomó aire antes de continuar – la primera en hacérselo fue Ana, nuera de Eduardo, ya

tenían la razón por la que Leo iría tras ella, luego otros dos al azar, Brina y Caridad, Alex, el famoso tatuador le facilitó los nombres al asesino y este le mató, para después ponerse manos a la obra, primero fue la hija del embajador, luego Arturo y por último Caridad, y es ahí donde entra Leo, le engañaron diciendo que debía vigilar a Ana, como supuesta pareja de Eduardo, y él mismo se implicó sin saberlo, ya que realizó el mismo trabajo que había estado haciendo el asesino con las otras tres víctimas, dejaron las fotos y los videos en su casa y Eduardo, astutamente llamó a la policía para que le pillaran con las manos en la masa mientras dejaban las pruebas de los otros tres asesinatos en su casa, buen plan, sin duda, aunque lo del móvil del dinero me parece algo pobre ¿no te parece?

–Pienso exactamente lo mismo – afirmó Eliot asintiendo.

–A pesar de todo, aún tenía ciertas dudas – continuó Carolina – hay varias muertes accidentales que me tenían algo desconcertada – Eliot volvió a su gesto serio – la madre de Arturo, Carmen, la secretaria de Leo, da la impresión de que han ido desapareciendo todos aquellos que podrían tener alguna información sobre la relación de Eduardo y Pepi.

–Pues no lo sé – Eliot y Carolina se miraron sabiendo cual era la respuesta.

El sonido de unos pasos rompió el tenso silencio entre ambos, que se agazaparon en la valla de ladrillo de la parcela que tenían a su espalda. Con paso firme y decidido, Leo caminaba hacia ellos con las manos escondidas en su abrigo.

–¿Quién coño es ella? – preguntó Leo sacando una de sus armas y apuntando a la cabeza de Carolina.

–Tranquilo – exclamó Eliot sorprendido con la actitud de Leo – es mi compañera, es a la que tienes que agradecer que esté yo aquí – Leo le miró desconfiado.

–Estoy segura de que te han engañado – intervino Carolina mirando a los ojos de Leo a través del cañón de su pistola – estamos aquí para encontrar las pruebas que te liberen de toda culpa.

–Ya nada puede salvarme – dijo Leo, que sentía tanta rabia como

alivio al encontrar a alguien que le creyera - ¿por qué debo creerlos y no coseros a balazos aquí mismo?

-Entre otras cosas, porque somos policías - dijo Eliot socarronamente - y porque nos necesitas para que Eduardo nos reciba en su casa - Leo lanzó una mirada de desconfianza para terminar por bajar el arma.

-Está bien - Leo aceptó la situación, aunque no confiara del todo en ellos - ¿cómo vamos a entrar?

-Fácil, llamando a la puerta - explicó Eliot sonriendo - he hablado esta mañana con Eduardo para tener una reunión con él como policía, y le he recomendado que diese el día libre al servicio, le he convencido de que es mejor hablar en privado de estas cosas.

Carolina y Leo se quedaron mudos, tenían la impresión de que sería algo más parecido a una invasión, y, sin embargo, todo se reducía a lo que parecía ser, una amigable reunión.

ROSA, CRIS, VERONICA Y ALBERTO

VEINTE AÑOS ANTES

En una oficina alquilada para la ocasión, cuatro veinteañeros se observan en la sala de espera mientras la mujer que les ha recibido, Olga, grande, rubia y con un carácter excesivamente áspero, revisaba la documentación de cada uno de ellos esperando a que su jefe les hiciera entrar.

Un timbre agudo y desagradable sonó en la mesa de Olga, que con rapidez cogió el teléfono y escuchó las instrucciones al otro lado de la línea interna.

–Pasad – ordenó Olga sin más explicaciones mientras los cuatro chicos se miraban los unos a otros con desconfianza.

–¿Todos? – preguntó el más delgado y espigado.

–Sí, Cristóbal, todos – contestó Olga con retintín.

La primera en entrar fue Verónica, una chica fuerte y segura, capitana del ejército de tierra, con varias misiones en el extranjero, sus andares marciales la precedían junto con su atuendo, algo alejado de una mujer civil, y más cercano a un uniforme de campaña, que acentuaba con su corte de pelo, poco más largo que si se lo hubiera cortado a máquina. El segundo fue Alberto, todo en él parecía ser el estereotipo de un chico normal, pantalones vaqueros, polo azul, zapatillas de deporte, y un pelo algo más largo de lo habitual, pero detrás se escondía un auténtico superdotado, más de seis idiomas, amplios conocimientos de informática y grandes cualidades atléticas, que demostraba cada vez que tenía tiempo en alguna competición de triatlón, su trabajo en el servicio de inteligencia estaba muy alejado de la acción, aunque no huyera de ella.

En tercer lugar, Rosa, una atractiva chica del cuerpo de policía, bajo cuya cara angelical se escondía una auténtica adicta a las emociones fuertes, decenas de investigaciones resueltas y varios tiroteos con mala

suerte para los delincuentes que tuvo delante, y sobre todo, una capacidad de trabajo y sacrificio muy alejados de los demás que le acompañaban. Y, por último, Cris, captado por el servicio de inteligencia cuando aún era muy joven, y sin duda, el más apto para trabajos de campo, aunque su personalidad, algo inconformista, le convertía en un candidato algo dudoso, aunque por su presencia, vestido con un caro traje y corbata a juego, parecía que el puesto estuviera hecho para él.

Según fueron entrando, iban tomando asiento delante de una gran mesa, donde un hombre alto y serio les esperaba escrutando cada gesto.

–Buenos días – saludó el hombre con voz grave y profunda – ya saben para que están aquí, mi hombre es Hércules, seré, para esta última prueba, su superior, para el resto, espero que solo un recuerdo lejano – miró entre sus papeles mientras los chicos esperaban con curiosidad – como saben, el puesto para el que han sido seleccionados pertenece a una organización no gubernamental, aunque el gobierno respeta nuestras acciones, y en ocasiones puede hasta respaldarlas, es probable que en alguna ocasión tengan que actuar al límite de la ley, puede que algo fuera incluso, y para ello necesitan unas aptitudes que hemos considerado todos reúnen, delante de ustedes tienen un sobre – Hércules miró los cuatro sobres que había sobre la mesa – en ese sobre encontrarán todo lo necesario para la última prueba – soltó una tos e hizo una pausa – esta prueba consiste en una misión real, tendrán que recuperar unos documentos que comprometen a importantes miembros de sistema, ni que decir tiene que como lo hagan es su problema.

–¿En qué consiste la competición? ¿en el primero que los consiga? – preguntó Cris algo contrariado.

–Eso es algo que ustedes deben valorar – contestó Hércules molesto por la interrupción – como les iba diciendo, la misión es completamente real, incluido el agente encargado de la misma, y al que ustedes reemplazarán si pasan la prueba, la persona que lleva los documentos está ahora mismo en un crucero por el Mediterráneo, embarcarán en la isla de Menorca como unos turistas más.

–¿Iremos juntos? – volvió a preguntar Cris, al que comenzaba a

vérsele sus pocas ganas por la prueba.

–Repito que todo depende de ustedes – insistió Hércules sin cambiar el monótono tono de voz.

–¿Y si la misión la completa el agente asignado? – preguntó Verónica con el gesto serio.

–Supondrá que ninguno de ustedes será apto para reemplazarle y todos habrán fracasado.

–Supongo que el agente estará al tanto – preguntó Alberto intrigado con la forma extraña en que les querían poner a prueba.

–No, aunque el agente Eliot seguramente sabrá que están allí nada más verlos – explicó Hércules.

–Y si no quiere ser reemplazado – preguntó Cris.

–Ya les he dicho que son ustedes los que deben tomar las decisiones, su misión es traer esa documentación hasta aquí, como la consigan es problema suyo – Hércules esperó en silencio alguna pregunta más – si no hay más preguntas, hemos terminado, el crucero atraca mañana en Menorca, que tengan suerte – se levantó dejándoles descolocados con la prontitud de la misión.

–No hay tiempo ¿cómo lo haremos? – preguntó Cris agobiado.

–Se lo repito – dijo Hércules dándose la vuelta antes de salir – son ustedes los que deben tomar las decisiones.

Entre cientos de turistas que subían después de visitar la pequeña isla mediterránea, los cuatro becarios llegaron con equipaje ligero para ocupar sus respectivos camarotes, cada uno por su cuenta, y cada uno buscando sus intereses. Ese día tan solo tuvieron tiempo para asistir a la cena en un comedor repleto, cada uno en una mesa diferente y en turnos diferentes, y aunque se cruzaron entre ellos, en ningún caso se dirigieron la palabra.

Todos menos Cris aprovecharon la noche para localizar al portador de la documentación, un hombre de unos sesenta años, pequeño y medio calvo, que seguramente estaría acompañado por un guardaespaldas. Todos le localizaron sin esfuerzo, incluido Cris, así, mientras Verónica no le quitó ojo en toda la noche, Rosa se limitó a averiguar entre la

tripulación cuál era su camarote, mientras Alberto recorría todo el barco observando a todos y cada uno de los pasajeros.

A la mañana siguiente, un resplandeciente sol iluminaba la cubierta, todo un día de navegación les esperaba antes de llegar al puerto de la Valeta en Malta. Cris disfrutaba de un cóctel tumbado en una de las hamacas de cubierta junto a la piscina, sin otro placer que un libro entre sus manos y el sol quemando su cuerpo.

–Buenos días – saludó Alberto tumbándose junto a Cris.

–Buenos días – le correspondió Cris sin levantar la cabeza de las páginas de su libro.

–Si todas las misiones van a ser así, creo que vamos a tener un problema – bromeó Alberto.

–No hace falta que sigas – dijo Cris sorprendiendo a Alberto – por lo que a mí respecta, puedes estar tranquilo, no pienso completar la misión, ni siquiera lo intentaré.

–No te entiendo – preguntó Alberto sin comprender la actitud de Cris.

–Es muy fácil, no pienso convertirme en el agente Eliot, supone una vida resuelta, llena de acción y emociones, pero tiene dos grandes inconvenientes, lo primero es que lo más probable es que acabes muerto, y, por otro lado, te convertirás en una marioneta siempre al servicio de quién te paga, dejas de tener vida propia, y eso es algo que no puedo aceptar.

–Y ¿qué haces aquí?

–Tuve la mala suerte de ser el mejor en mi trabajo, y eso me convirtió en alguien muy aprovechable, pero realmente nadie me preguntó – Cris miró por encima del libro a Rosa, que pasaba con un espectacular bikini con gesto de extrañeza al verlos hablar – es una chica increíble para morir tan joven ¿no te parece?

–¿Morir? – Alberto sintió un escalofrío al escuchar la seguridad de Cris en sus palabras.

–¿Crees que el agente Eliot dejará que un grupo de niños pase por encima de él?

–No lo entiendo, se supone que tenemos que recuperar la información.

–Por supuesto, y asesinar al portador, aunque supongo que con eso ya contabas – Cris sonreía con la aparente inocencia de Alberto – después de vernos a todos juntos ya habrás supuesto que la capitana está de relleno, con lo que es carne de cañón, no creo que se pueda hacer nada por ella, Rosa es diferente, creo que sería una buena agente, y luego estás tú – se giró para mirar a Alberto – el que tiene más aptitudes para conseguirlo, incluso más que yo, sin nada que le retenga en el exterior, inteligente y con ganas de demostrar todo lo que llevas dentro.

–Exageras – dijo Alberto con falsa modestia.

–Te estuve observando anoche – le cortó Cris – mientras las otras dos se esforzaban por encontrar a la torpe víctima, tú te centraste en encontrar al agente Eliot ¿me equivoco? – Alberto permaneció en silencio – lo sabía – dijo riendo – yo hubiera hecho lo mismo, sin embargo, el agente Eliot ya sabe todo de nosotros, por lo que a mí respecta, no volveré a pasar por mi camarote, ni por cubierta hasta mañana cuando atraquemos, para seguir con el crucero y seguramente desaparecer, en el sector privado alguien como yo es una pieza muy cotizada, seré mi propio jefe y podré tener una vida independiente allá donde elija, y tú ¿qué harás?

–No sé si creerte – dudó Alberto haciendo ademán de levantarse.

–Por supuesto que me crees, para eso te has sentado a mi lado, para saber mis intenciones, piensas que soy el único que puede hacerte sombra – dijo Cris volviendo a su libro mientras Alberto ya estaba en pie – una cosa más, solo uno puede volver con la documentación, incluido el agente Eliot, aunque supongo que también lo sabías.

Durante el resto de la mañana, Alberto pensó en todo lo que le había contado Cris mientras disfrutaba de la música en cubierta, mientras observaba a todos y cada uno de los pasajeros, incluidos sus compañeros. Ya eran más de las seis de la tarde, y la cubierta comenzaba a quedarse vacía mientras los pasajeros se ponían sus mejores galas para asistir a la ansiada cena del capitán.

Tan solo Verónica revoloteaba por el piso más alto de la cubierta, haciendo tiempo para que el objetivo abandonara su camarote y poder entrar para conseguir los ansiados documentos. Por lo que había averiguado, el objetivo abandonaría su camarote a las siete para ir a su turno de cena, por lo que decidió descansar disfrutando de la brisa del mar, apoyada al borde de las olas. Los pasos sobre la cubierta de madera le hicieron darse la vuelta, pero el caminar lento y cansado del anciano que parecía ir en su dirección la devolvieron a su estado de descanso, que se rompió cuando las manos del hombre la elevaron hasta hacerla caer sin remisión a las templadas aguas del Mediterráneo, ni un solo ruido, ni un solo testigo, solo silencio mientras un brazo entre la espuma de las hélices del barco pedía ayuda con desesperación.

Cris, como le había dicho a Alberto, ya había desaparecido en algún rincón del barco, mientras Alberto se refugiaba en una de las decenas de barras saboreando un ron, ya tenía todo pensado y calculado, solo tenía que dejar pasar el tiempo para actuar.

–Esto es una pérdida de tiempo – Rosa llegó hasta la barra junto a Alberto – que la miraba obnubilado con su belleza, lucía un vestido rojo que hacía resaltar todos sus atributos.

–¿Te rindes? – preguntó Alberto relajado.

–¿Tú no? – dijo Rosa sorprendida por la aparente indiferencia de Alberto.

–Creo que Cris será el que lo consiga, así que lo mejor es relajarse y disfrutar – Alberto le mintió y Rosa le miró en silencio – ya veo que no, pero dime una cosa ¿conseguirás algo antes de mañana? – Rosa negó con la cabeza – entonces quédate conmigo y tómate algo, al fin y al cabo, siempre puedes irte, yo no pienso moverme de aquí en toda la noche – en la cabeza de Alberto sonaban una y otra vez las palabras de Cris en las que decía que ya estaba muerta, y cuanto más la miraba, más le costaba asumirlo sin hacer nada.

–Me parece bien – contestó Rosa sonriendo – pero no prometo que me vaya a quedar.

–Yo tampoco – dijo Alberto llamando al camarero con la mano en alto

– un cóctel azul de esos – pidió guiñando un ojo a Rosa – te va a encantar.

–Estoy segura.

Tras unos primeros minutos de timidez tensa, Alberto consiguió ganarse la confianza de Rosa, que cóctel tras cóctel iba olvidando la razón por la que estaba allí. Por un rato, dejaron de ser los pretendidos agentes que aspiraban ser, para convertirse en dos jóvenes que disfrutaban de unas vacaciones sin preocupaciones. A pesar de todo, Alberto no olvidaba su misión, y el peligro que correría Rosa si la dejaba que fuera en busca de los documentos.

–Quiero que veas una cosa – dijo Alberto levantándose del taburete de la barra.

–¿Tratas de seducirme? – bromeó Rosa.

–En absoluto – contestó Alberto sin poder dejar de mirar los ojos azules de Rosa – mientras vosotros tratábais de convertirlos en agentes secretos, yo he conseguido uno de los mejores camarotes del barco – durante la tarde consiguió, por una suculenta cantidad de dinero, que el encargado de las habitaciones del crucero le dejara uno de los camarotes más altos, para poder desaparecer de los ojos del agente Eliot durante la noche, pero le pareció buena idea poder compartirlo con una de sus posibles víctimas.

–No me lo creo – contestó Rosa, que al levantarse dio un pequeño traspiés, fruto del exceso de cócteles en su cuerpo.

–Acompáñame y lo verás, te aseguro que merece la pena – mientras Rosa le agarraba del brazo, Alberto miró con disimulo a su alrededor, no podía dejar que nadie supiera donde iban realmente.

Los pasillos, repletos de puertas a ambos lados, se convirtieron en pequeñas trampas en las que podían caer en cualquier momento, Alberto decidió dirigirse por el camino que le llevaba al camarote que le habían asignado, de esa manera se aseguraba, de que quien quisiera saber dónde se encontraban, diera por hecho que estarían allí.

–Estamos dando un poco de vuelta ¿no? – comentó Rosa extrañada.

–No quiero que nadie sepa donde me alojo ahora.

–Muy listo – dijo Rosa entrecerrando los ojos – creo que yo haré lo

mismo ¿tienes sitio para mí en tu camarote especial?

–Por supuesto que sí – Alberto respiró aliviado sabiendo que Rosa no volvería a su camarote

Después de otros quince minutos recorriendo los infinitos pasillos del barco, al fin Alberto se detuvo frente a una de las puertas, sonrió y abrió la puerta.

–Madre mía – exclamó Rosa al ver el interior, una espaciosa estancia con dos grandes ventanas que daban al exterior se abrió ante sus ojos – es increíble – Rosa saltó sobre la inmensa cama del camarote dejando que su cuerpo se relajase.

–¿Te gusta? – preguntó Alberto quitándose la chaqueta y dejándola sobre una de las pequeñas sillas que rodeaban la mesa baja al otro lado de la habitación.

–¿Estás de broma? me encanta ¿cuánto te ha costado que te la dejen? – preguntó Rosa tumbada sobre la cama.

–No creas que tanto – contestó Alberto cortado con la actitud de Rosa.

–¿Dónde voy a dormir yo? – dijo Rosa con gesto pícaro.

–Ahí – contestó Alberto de inmediato – yo ya me acoplaré por aquí – dijo mirando el resto de la habitación.

Rosa se levantó de la cama con el pelo alborotado después de dar varias vueltas sobre la colcha, se acercó hasta a Alberto, que trataba de esquivar lo que parecía inevitable, por mucho que él también lo deseara.

–Creo que podré compartirla contigo – dijo Rosa mientras acercaba sus labios a los de Alberto, que cerró los ojos dejándose llevar por la irresistible seducción de Rosa.

El sol entraba por las ventanas del camarote hasta que el calor hizo que Rosa se desperezase, con una sonrisa se volvió al otro lado de la cama donde debiera haber estado Alberto, pero no encontró nada, tan solo el sentimiento de sentirse engañada. Con sus puños golpeó la cama por su torpeza y se apresuró a vestirse, debían ser ya las doce del mediodía, demasiado tarde para casi todo.

A pesar de lo que le había dicho a Alberto, tenía la esperanza de ser ella la que completase la misión, pero para ello tendría que haber estado

preparada. Corriendo por los pasillos fue hasta la habitación del objetivo, se detuvo en la puerta y como esperaba, la puerta estaba abierta, y al entrar sus dudas se despejaron por completo, el hombre al que seguían estaba tumbado junto a la ducha, muerto con un fuerte golpe en la cabeza. Todo había terminado para ella, apretó los puños con fuerza, no podía creer como había podido caer en la trampa de Alberto como una tonta.

Desde el muelle, una figura impasible observaba escondido entre la multitud la entrada y salida de pasajeros, mientras desde la cubierta, Rosa le buscaba con rencor, dedicándole todo el odio que era capaz de proyectar. Alberto miraba a Rosa, y unos metros a su derecha, Cris levantaba el brazo en señal de triunfo por haber llegado vivo hasta la Valeta, pero antes de que pudiera corresponder el saludo de Cris, un hombre de mediana altura salía con una pequeña maleta por las escalinatas del barco.

Con la mirada fija en el hombre, Alberto ya tenía olvidado lo sucedido en las horas anteriores, tan solo estaba concentrado en terminar la misión. Durante más de media hora estuvo siguiendo al hombre por las calles de la Valeta, sin duda, tratando asegurarse que nadie le siguiera, aunque tal y como se habían desarrollado los acontecimientos, Alberto estaba seguro de que eso sería lo último que esperaría.

El agente Eliot se detuvo en una calle desierta junto a un pequeño restaurante, sentía que se había confiado, o simplemente se trataba de que había alguien que era mejor que él, al fin y al cabo, los años no pasaban en balde, y donde antes se cercioraba hasta la exasperación, ahora daba las cosas por hechas, pensó que sus posibles sustitutos habían renunciado a la misión, y no debería haber considerado que lo harían.

Respiró profundamente, y con parsimonia, se dio media vuelta encontrándose con el cañón de la pistola de Alberto apuntándole a la frente.

–Te he subestimado – dijo el agente Eliot dejando caer la maleta que sostenía en su mano – has ganado – Alberto se mantenía en silencio sin dejar de apuntarle – debes estar muy orgulloso, has conseguido lo que

has venido a buscar.

–Supongo – contestó Alberto tímidamente, a la vez que sus nervios comenzaban a pasarle factura haciendo que el arma que sostenía en el aire comenzase a temblar.

–¿Qué vas a hacer? – preguntó Eliot – aquí me tienes, soy el agente Eliot – Alberto apretó con su puño fuertemente la culata mientras el dedo índice se deslizaba suavemente por el gatillo.

–No – dijo Alberto con seguridad – yo soy el agente Eliot.

HERCULES

De vuelta a Madrid, y con la cabeza aún en Malta, Alberto esperaba sentado en una pequeña oficina la llegada de su nuevo jefe, con los documentos recuperados en un portafolios entre las piernas. Sentía la misma satisfacción que miedo, había conseguido lo que muy pocos, pero en el horizonte se alzaba todo un mundo inexplorado y desconocido.

–Enhorabuena – dijo Hércules al entrar en la habitación con el mismo rictus serio de la primera vez que se vieron, tomó asiento frente a Alberto y abrió un dossier que llevaba en la mano – a partir de ahora este será nuestro punto de reunión, por favor – Hércules estiró su brazo para que Alberto le hiciera entrega de los documentos, cogió el portafolios y sacó los papeles, los ojeó por encima y esbozó lo que parecía una sonrisa – buen trabajo, agente Eliot.

–Gracias – contestó Alberto serio.

–Agente Eliot – dijo en voz clara y pausada, haciendo que Alberto se sintiera extraño – ese será su nombre de hoy en adelante, y supongo que no me tendré que preocupar porque pueda haber otra persona que se llame a sí mismo así, o a la que llamen así.

–Por supuesto que no – confirmó Eliot con seguridad.

–A partir de este momento pasa a formar parte de nuestra organización – explicó Hércules, cuyo tono de voz sonó extrañamente más informal – yo seré su único contacto, y recibirá los avisos directamente de mí, los recursos que tendrá para todas sus misiones serán prácticamente ilimitados, aunque siempre tendrán que ser justificados, no dependemos del gobierno, ni de este, ni de ningún otro de otro país, somos una entidad independiente.

–¿Cómo se llama? si se puede saber – preguntó Eliot con curiosidad.

–Nos han puesto innumerables nombres, pero lo único que tienes que saber es para quién sirves y por qué, nuestro objetivo es mantener el

equilibrio dentro del sistema, y para ello debemos controlar muchos aspectos dentro de la sociedad, financiero, económico, social, político, las personas que están por encima de mí controlan en su mayoría todos los aspectos que puedas imaginar, pero a veces se producen ciertos desajustes que debemos solventar para que todo siga como debe – Hércules hizo una pausa observando las reacciones de Eliot, que hasta ese momento habían sido tal y como esperaba – no te prometo una vida tranquila, es probable que tu vida esté en peligro permanentemente, pero siempre que estés a nuestro servicio, nunca te abandonaremos, aunque por otro lado, tú nunca podrás abandonarnos, la información que vas a manejar es lo suficientemente sensible como para que puedas poner en peligro a todos, no solo por tus actividades, sino por las de la organización ¿está claro?

–Cristalino – contestó Eliot sonriendo.

–Mientras no te necesitemos podrás disfrutar de la vida que quieras donde más te guste, pero deberás estar siempre disponible sin excusas – Hércules sacó un pequeño maletín de debajo de la mesa y lo colocó delante de Eliot – aquí tienes todo lo necesario para comenzar, pasaportes, teléfonos, tarjetas de crédito, absolutamente todo, a partir de este momento estoy a tu servicio, todo cuanto necesites solo tendrás que solicitarlo.

–¿Y la policía? ¿qué pasará si tengo algún problema con ellos? – preguntó Eliot algo preocupado.

–Como ya te he dicho, nosotros estamos por encima de los gobiernos, tanto ellos, como las propias fuerzas del orden son los que nos allanarán el camino para cuando necesitemos información, o recursos de los que no dispongamos, ese será tu último problema – Hércules se levantó dando por finalizada la reunión – bienvenido agente Eliot – dijo ofreciendo su mano para estrechar la de Eliot - es un placer contar contigo.

~
Gracias.

ANDRES Y PATRICIA

DIEZ AÑOS ATRÁS, ZARAGOZA

Una pareja se esconde en el baño de una habitación de hotel mientras varios asesinos a sueldo tratan de encontrarlos, están aterrorizados. Un par de meses antes, el marido, Andrés Golba, desempeñando su trabajo en el departamento de contabilidad en una gran multinacional farmacéutica, descubrió casi por casualidad el desvío de fondos a un proyecto fantasma en África, todo hubiera quedado en nada si su dedo no hubiera apretado el botón izquierdo del ratón para descargar la información.

Al cabo de unos días, varias personas comenzaron a buscar el origen de la filtración, que no solo tenía que ver con dinero, sino además con varias cuentas bancarias donde algunos directivos de la empresa habían desviado grandes cantidades de dinero para su propio beneficio. Pasado un mes, las cosas se tranquilizaron, pero Andrés, que guardaba la información en su casa, tuvo la tentación de volver acceder a los archivos donde encontró la información, pensó que sabiendo los nombres de todos los implicados le sería más fácil defenderse si alguien le terminaba por descubrir.

Y ese fue su gran error, le estaban esperando, y en el mismo momento que accedió, dos hombres entraron en su oficina invitándole a acompañarlos, con la mirada perdida en sus caros zapatos, Andrés les siguió como el carnero que sabe su destino, pero al contrario de lo que pensaba, no le llevaron hasta el despacho de su superior, sino mucha más arriba, hasta entrar en el despacho del mismísimo presidente de la compañía.

–Buenos días – saludó Tom Baker, presidente de la compañía – por favor, siéntese – le pidió mientras le hacía una seña a los matones para que les dejaran solos - ¿qué tal todo? – Andrés se encogió de hombros

esperando su despido, o tal vez, algo más – somos personas adultas y responsables, por lo que iré directamente al grano, ha tenido acceso a una información que no debería haber visto – Andrés lo reconoció asintiendo – y por lo que veo, ha vuelto a insistir en sus consultas – Tom revisó unos papeles que tenía sobre su mesa – imagino que sabrá que esa información nos pone en una situación difícil, no solo a mí, sino también a varios directivos de cara a nuestros accionistas, personas muy importantes e influyentes a los que no les gustara nada lo que allí dice.

–Lo siento – logró decir Andrés amedrantado.

–Hemos detectado que la información ha sido descargada, grave error por nuestra parte, el responsable ya se encuentra fuera de la empresa – continuó Tom, al que el acento inglés se le acentuaba a medida que su enfado crecía – eso no ha estado bien, mira a tu alrededor ¿qué ves? – Andrés levantó la mirada tímidamente para observar el gigantesco despacho de Tom, con grandes cristaleras a su espalda, desde los que se podía ver casi toda la ciudad, y muebles que costaban más que su propia casa – dinero – exclamó Tom sonriendo – todo es dinero, y eso es lo que vas a conseguir si me devuelves la información y nos olvidamos de todo, no solo un aumento importante de sueldo, sino además una cuantiosa prima de cien mil euros que ingresaremos en tu cuenta hoy mismo – lentamente, Andrés metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un pen drive, que dejó sobre la amplia mesa de Tom – estupendo – exclamó Tom cogiéndolo y conectándolo al momento en su ordenador, en unos segundos revisó el contenido y con una gran sonrisa de satisfacción estiró su brazo para estrechar la mano de Andrés.

–No es necesario que me dé nada – dijo Andrés mientras Tom sacudía su mano con fuerza – he cometido un error, y es suficiente con que no me despida.

–Me encantan los hombres de empresa como tú – dijo Tom levantándose para despedir a Andrés – pero el error fue nuestro, recibirá lo que le he prometido, muchas gracias – Tom hizo una extraña reverencia y volvió a teclear en su ordenador, dejando a Andrés en silencio, que salió del despacho con una sensación aún más inquietante

de la que tenía al entrar.

Mientras Andrés explicaba a Patricia, su esposa, lo sucedido, esta le miraba sin poder creer que hubiera rechazado la propuesta del presidente, aunque se congratuló cuando le dijo que le daría el dinero, en cualquier caso. Patricia, auxiliar de clínica sin trabajo, siempre a dieta, no veía el momento en que su cuerpo pudiera tener la figura que siempre había deseado, desde que recordaba, siempre había estado preocupada por los kilos de más a los que su metabolismo le arrastraba.

–Es genial – exclamó Patricia encantada con la noticia.

–No lo entiendes – replicó Andrés asustado – esta gente no regala dinero porque sí, todo esto me parece de lo más extraño.

–Eres un seco – sentenció Patricia – con ese dinero podría hacer mil cosas.

–No estoy seguro – insistió Andrés preocupado.

–Vamos a hacer una cosa – cambió de tema Patricia – bajamos al bar, nos tomamos unas cervecitas y nos lo pensamos ¿te parece? – Andrés aceptó sin rechistar, aunque ya tenía tomada la decisión de abandonar la compañía en cuanto encontrara otro trabajo.

Mientras Patricia ya estaba acabando con la segunda jarra de cerveza y había puesto sobre la mesa todas las mejoras que experimentarían sus vidas con la repentina e inesperada inyección de dinero, Andrés miraba distraído al otro lado de la calle a través de la sucia cristalera.

–¿Quiénes son esos? – preguntó Andrés tratando de cambiar de tema.

–¿Quién? – preguntó Patricia, que ya no sabía qué hacer para que su marido entrara en razón.

–Esos tres que están en la puerta de nuestro edificio – Patricia se giró sin hacerle mucho caso para mirar.

–No tengo ni idea – dijo Patricia extrañada por la actitud sospechosa de los tres hombres, que merodeaban la puerta sin llamar a ningún telefonillo – mira – dijo señalando a una chica que iba en su dirección – deben ser amigos de Paqui – se refería a la vecina del primero, una chica de unos treinta que trabajaba en un hospital cercano.

Los dos se quedaron mirando en silencio la escena, cuando Paqui se

acercó hasta la puerta del portal, dos de los hombres se alejaron, mientras el otro hablaba por teléfono, cuando Paqui entró, el último coló el pie entre la puerta y el marco dejándola abierta, avisó a sus compinches y entraron.

–Son ladrones – exclamó Patricia sobresaltada.

–No grites – le ordenó Andrés, que no quitaba ojo de su ventana en la segunda planta.

–Hay que avisar a la policía – Patricia sacó su teléfono móvil del bolso, pero Andrés la detuvo.

–Espera – dijo Andrés mirando hacia arriba, Patricia le siguió la mirada hasta percatarse de lo se temía Andrés.

–Están en casa – exclamó Patricia en voz baja mientras observaba unas sombras que se movían en la luz de su salón.

–No grites – le ordenó Andrés asustado.

–No estoy gritando.

Los dos permanecieron inmóviles observando como tres desconocidos deambulaban por su casa, el miedo les tenía petrificados, por un momento parecieron ver como uno de ellos corría ligeramente la cortina para asomarse al exterior, pero al cabo de unos segundos desapareció.

–Nos ha visto – advirtió Patricia levantándose y preparándose para salir corriendo.

–No creo – trató de tranquilizarla Andrés, que también había sacado sus piernas por si se equivocaba.

Al cabo de dos minutos, dos de los hombres salieron de nuevo a la calle, y comenzaron a hacer gestos y a señalar el bar donde se encontraban.

–Tenemos que irnos ya – dijo Andrés saltando sobre Patricia para arrastrarla hasta la puerta, pero antes de salir, uno de los hombres ya los había visto.

Tras unos segundos pensando en qué dirección tomar, Andrés y Patricia salieron corriendo calle abajo, con los dos hombres corriendo tras ellos. Por fortuna, la distancia fue suficiente como para que no los vieran

entrar en un pequeño hotel y darles momentáneamente esquinazo.

–Una habitación – dijo Andrés con la voz temblorosa a la recepcionista.

–Claro que sí, tortolitos – dijo la recepcionista con retintín, mientras jugaba con un chicle con su boca.

–Gracias – contestó Andrés observando las múltiples pequeñas coletas que sobresalían de la cabeza de la recepcionista, cogidas por gomas multicolores.

–Necesito una tarjeta de crédito – solicitó la recepcionista.

–Aquí tiene – Andrés puso su tarjeta sobre el mostrador, mientras Patricia se asomaba a la puerta discretamente para ver si veía a los hombres.

–Parece que tenéis prisa – bromeó la recepcionista, ante la cara de estupefacción de Andrés.

–Es mi mujer – aclaró Andrés intentando evitar más comentarios jocosos.

–Cada día hay gente más rara – dijo la recepcionista entre dientes.

–¿Cómo dice? – preguntó Andrés.

–Nada, que aquí tienen las llaves de la habitación, 205, en la segunda planta – Andrés y Patricia salieron a la carrera hacia las escaleras, no querían esperar ni un minuto más allí, a la vista de cualquiera – depravados – comentó la recepcionista cuando ya estuvo sola.

Entraron sin reparar en lo sucia y poco cuidada que estaba la habitación, tan solo necesitan el cobijo de unas horas hasta que los hombres que habían estado en su casa se cansaran de buscarlos y se fueran. Pero al contrario de lo que esperaban, cada vez que se asomaban a la calle a través de la mugrienta cortina, veían a los hombres, que continuaban merodeando en los alrededores.

Unos pasos en el pasillo les hicieron sentir un escalofrío, ambos se miraron aterrorizados, Andrés puso su dedo sobre los labios de Patricia, y le hizo una seña para esconderse en el cuarto de baño. Escondidos dentro de la ducha, escucharon como la puerta de su habitación se abría, Patricia comenzó a llorar en silencio, las lágrimas caían sin freno por sus

mejillas mientras Andrés se aferraba a ella en un abrazo.

–Hola – la cortina de la ducha se abrió de repente y los dos cerraron los ojos esperando lo peor – hola – repitió el hombre intentado que le mirasen.

Andrés levantó la mirada, y se encontró con un hombre que les observaba con una gran sonrisa en su rostro.

–Tienes que ayudarnos – suplicó Andrés, pero antes de que pudiera ponerse en pie, el hombre sacó una pistola y le apuntó a la cabeza, haciendo que Andrés se lanzara sobre el cuerpo de Patricia para protegerla de lo inevitable.

–Tenéis un par de minutos para decidiros – dijo el hombre ante la mirada confundida de Andrés – lo primero, soy Eliot, vuestro salvador o vuestro ejecutor, de vosotros depende, aunque preferiría ser lo primero, ya que os habéis puesto en peligro casi sin querer con un tema que nada tiene que ver vosotros – Eliot se detuvo un momento afinando el oído – nos queda tiempo, aunque poco, os explico, dentro de la información que no deberías haber encontrado, había una serie de cuentas en Andorra ¿cierto? – Andrés asintió – en total, serían unos ciento cincuenta millones de euros, las personas que los han desviado allí, lo han hecho a espaldas de mis jefes, que están muy enfadados, por eso estoy yo aquí, pero el dinero no les importa demasiado, lo que de verdad les preocupa es que alguien les haya robado para destinar el dinero para actividades que podrían perjudicarles, ahí es donde entro yo, me ocupo de que no vuelvan a hacerlo, ni de que otros piensen en hacerlo, pero ese dinero se quedará un tiempo en el aire, y es posible que no se reclame, ahí es donde entráis vosotros, tengo la opción de retirar cien millones, pero no tengo la opción de guardarlos a mi nombre.

–No sé de qué va esto, pero haremos lo que nos pidas – rogó Andrés.

–Cállate – le replicó Patricia, que, al oír hablar de dinero, había comenzado a prestar atención – quieres que nosotros seamos los depositarios – afirmó viendo la posibilidad, no solo de salvar la vida, sino de convertirse en millonaria - ¿qué ganamos?

–Creo que nos vamos a entender – dijo Eliot sonriendo – no soy

avaricioso, yo me quedaré con ochenta, y el resto para vosotros, mi cuenta estará a mi nombre, aunque vosotros podréis utilizarla cuando yo os diga.

–¿Y hacienda? ¿qué dirá cuando vea que tenemos acceso a cien millones de euros? – preguntó Andrés.

–Me encanta que te preocupes de los problemas legales en un momento así – contestó Eliot con una pequeña risa – de eso me encargo yo, tan solo deberéis estar siempre localizables, y tendréis la vida que siempre habéis deseado.

–¿Podré abrir mi propio negocio? – preguntó Patricia con el rostro iluminado.

–Por supuesto ¿trato hecho?

–Trato hecho – contestó Patricia, que estrechó la mano de Eliot.

–Todo es precioso, siempre y cuando salgamos de aquí con vida – comentó Andrés.

–Eres un aguafiestas, no ves que es un profesional – Eliot se estiró simulando estar alagado tras las palabras de Patricia.

–Seguidme por favor.

Eliot se adelantó dejando que Patricia y Andrés le siguieran a una distancia prudencial, bajó con cautela por la escalera, pero como se temía, los matones ya se habían percatado de que nadie cuidaba de la recepción del hotel, la recepcionista yacía muerta tras el mostrador después de que Eliot pasara por allí. Se detuvo, miró al matrimonio y les hizo una seña para que esperaran, sacó su pistola con silenciador de la chaqueta, y comenzó a bajar los escalones lentamente.

Mientras esperaban con las manos entrelazadas, rezando para que Eliot fuera tan bueno con la pistola como con las palabras, escucharon varios disparos, y el inequívoco sonido de varios cuerpos cayendo, para luego quedarse todo en silencio.

–Listo – Eliot les sorprendió haciéndoles brincar hasta que los dos cayeron de espaldas – no teníais mucha confianza en mí por lo que veo.

–Absoluta – contestó Patricia poniéndose en pie.

~ -Seguro - dijo Eliot sonriendo - será mejor que nos vayamos antes de que venga la policía y tenga que dar más explicaciones de las que me gustaría.

DEMETRIO

DOS SEMANAS ANTES

Ya eran más de las ocho de la tarde, había sido un día especialmente duro, tres juicios por la mañana, varios clientes por la tarde y dos casos más para preparar para el día siguiente, Demetrio Puerto, abogado penalista y soltero empedernido, continuaba trabajando mientras el último cigarrillo encendido se consumía solo en el cenicero que había junto al portátil, al que aporreaba las teclas sin parar, casi por inercia.

Miró la hora en la pantalla del ordenador, era casi la hora perfecta para bajar a cenar algo al italiano que había frente a su despacho, para luego tomar un par de copas en la Boite, uno de los sus lugares preferidos para buscar algo de compañía sin compromiso, aunque últimamente comenzaba a sentirse algo desubicado con los jóvenes treintañeros que iban buscando mujeres más experimentadas, y eso le dejaba algo apartado del mercado, aunque a sus cincuenta y un años todavía se sentía joven gracias a sus horas en el gimnasio, y al dineral que gastaba en tratamientos de belleza.

Se encontraba solo en la oficina que tenía alquilada junto a otros dos abogados, cada uno tenía su especialidad, eso les permitía captar muchos más clientes a la hora resolver los problemas que los pudieran llegar. En un principio, su única publicidad fue el boca a boca, pero desde hacía unos años venían publicitándose regularmente en la radio, lo que, junto a su buen trabajo, les estaba dando más trabajo del que podían absorber, aunque por la parte que tocaba a Demetrio, su secretaria, Laura, le sacaba gran parte del trabajo.

Hoy, Laura no había podido ir a trabajar en todo el día, su hija pequeña había sido ingresada en el hospital con una bronquiolitis, y por lo que le había dicho, esta situación se podría alargar unos días más, por ello, aprovechaba cada segundo para avanzar trabajo.

–Buenas noches – saludó un hombre entrando en su despacho.

–¿Quién coño eres? – gritó Demetrio asustado – lárgate de aquí ahora mismo.

–No puedo – dijo el hombre sonriendo – me llamo Eliot, y estoy aquí para ayudarte o, para matarte.

–¿De qué cojones hablas? – Demetrio se levantó con violencia y fue hacia Eliot.

–Creo que deberías volver a tu sientto, puedes hacerte daño – le advirtió Eliot, preparándose para el inminente ataque del abogado.

Demetrio trató de agarrar a Eliot del brazo para sacarle fuera, pero Eliot, casi sin esfuerzo le esquivó doblando la mano de Demetrio, que emitió un fuerte jadeo al sentir el dolor en su muñeca.

–Se acabó – gritó Demetrio cogiendo su teléfono móvil – ahora mismo voy a llamar a la policía, ya veremos si eres tan listo con ellos.

Mientras marcaba en su teléfono el número de la policía, Eliot sacó su identificación con la mano izquierda, y su pistola en la derecha. Los ojos de Demetrio estaban clavados en la pantalla mientras terminaba de marcar, cuando sintió algo frío en su frente, levantó la mirada, y se encontró con el cañón del arma de Eliot sobre su cabeza.

–Si me dejas, te explicaré que quiero, y como puedes evitar que te mate – explicó Eliot, llevando a Demetrio empujándole con el cañón de su pistola de nuevo hasta el sillón de su mesa de despacho – en primer lugar, tengo que decirte que me interesa mucho tu trabajo, creo que eres un gran abogado, y estoy interesado en colaborar en alguien como tú, no solo por tu trabajo, sino porque además eres un tipo independiente, no tienes familia, ni nada que haga pensar que quieras tenerla, y eso es algo muy interesante para lo que te voy a proponer.

–Puedo trabajar gratis para ti – saltó de repente Demetrio.

–¿Por quién me has tomado? soy una persona considerada, jamás haría que nadie trabajara gratis, y mucho menos para mí – explicó Eliot haciendo bailar la pistola sobre los ojos de Demetrio – me interesa uno de tus clientes, y toda la información que haya podido generar, no solo es mi deseo que todo desaparezca, sino que además necesito que me digas

quienes pueden conocer la información, de manera que puedan tener algún tipo de influencia sobre los acontecimientos que se traten, y además – dijo antes de que Demetrio le interrumpiera – tendrás que viajar a Argentina, allí tendrás que hacer un par de encarguillos, para luego desaparecer un corto periodo de tiempo que yo te indicaré ¿y bien? – concluyó esperando la negativa de Demetrio y el posterior aluvión de preguntas.

–Dinero – dijo Demetrio serio.

–¿Qué? – Eliot se sorprendió con la reacción del abogado, algo que no era nada fácil.

–Todo lo que me cuentas está muy bien – Demetrio se repuso colocándose tan dignamente como pudo – pero si un tipo como tú necesita de alguien como yo, es justo que reciba una cuantiosa compensación económica.

–Me encanta que seas un tipo tan listo – exclamó Eliot – por supuesto que eso sucederá, aquí tengo un billete de avión a Buenos Aires, donde te esperan quince días con todos los gastos pagados junto con una cuenta bancaria a su nombre con un millón de euros a tu disposición – Demetrio abrió los ojos, la oferta resultaba más interesante de lo que esperaba – para ello tendrás que darme toda la información que tengas en tu poder sobre el caso de Arturo y Josefa Canal y olvidarte de él.

–Pero eso es imposible – exclamó Demetrio – son mis clientes y se trata de ... - entendió que el caso iba mucho más allá de lo que él pensaba en un principio – comprendido.

–Estupendo – dijo Eliot satisfecho – te he dado unos días para que te organices antes de partir a Buenos Aires, ahora eres un hombre de mi completa confianza, por lo que entiendo que nunca más volverás a hablar, ni siquiera a pensar, en Arturo y Pepi ¿verdad?

–Por supuesto que no – contestó Demetrio apesadumbrado.

–Perfecto – dijo Eliot suspirando – creo que nos llevaremos bien.

–Seguro.

Después de hablar con él, Eliot estaba seguro de que no podía confiar en él, algo que ya intuía, pero no quería acabar con él en Madrid, algo

que levantaría demasiadas sospechas, y atraería demasiadas miradas sobre él, algo que quería evitar sobre todas las cosas. Tan solo necesitaba que mantuviera la boca cerrada hasta que saliera del país, donde acabar con su vida sería mucho menos sospechoso, y se terminaría tratando como un problema en el país de destino.

CAPITULO 34

Carolina cada vez se sentía más cuestionada por las preguntas del agente Fernández, que sabía exactamente donde incidir y como, aunque por más que lo intentaba, más segura se sentía, y más confianza tenía en cada palabra que decía.

–Resumiendo – dijo Fernández con cansancio – llegasteis hasta la residencia de Eduardo Galán, y después de esperar, sorprendisteis a Leo llegando hasta allí ¿y luego?

–Lo cierto es que estuvimos algo torpes – reconoció Carolina ante la sorpresa de Fernández – esperamos demasiado.

–No lo entiendo – Fernández estaba confundido con el cambio repentino de narración de Carolina, tras los pasos seguros que le habían llevado hasta allí.

–Eliot y yo esperamos antes de sorprenderle, sabíamos que estaba armado – Carolina no mostraba nada que indicara que lo que contaba no fuera lo que sucedió en realidad – se acercó hasta la puerta de entrada, y en unos segundos consiguió abrir, para cuando reaccionamos, Leo ya estaba en el interior.

–¿Entonces? – preguntó Fernández intentando comprenderlo.

–El agente Eliot se quedó parado, la verdad es que ninguno esperábamos que entrara tan fácilmente, parece ser que la alarma estaba desconectada – explicó Carolina tratando de ser lo más creíble posible.

–Ese es otro punto que no entiendo – le interrumpió Fernández – la alarma estaba desconectada, el servicio tenía la noche libre, tan solo estaba el señor Galán en casa, me parece algo extraño sabiendo que Leo estaba suelto, y que podría ir a por él ¿no sabes por qué?

–En absoluto – contestó Carolina de inmediato – a mí me sorprendió, como a todos, supongo que pensó que Leo trataría de huir, y no iría en su busca.

–De acuerdo – Fernández creyó la versión de Carolina - ¿y luego?

–Luego fuimos los dos hacia la puerta, pero antes de entrar, le dije a Eliot que lo mejor sería que entrara yo sola en la casa mientras él pedía refuerzos y vigilaba la puerta por si huía por alguna de las salidas de la casa.

–¿Y estuvo de acuerdo?

–Sí – contestó Carolina sin hacer ver lo extraño de la situación.

–Tal vez hubiera sido mejor que te acompañara – replicó Fernández.

–Visto ahora, puede ser, pero en ese momento no nos pareció mala idea – Carolina se encogió de hombros como si hubiera sido una decisión completamente normal – luego entré en la casa.

¿Y después?

Mientras subían por el camino de piedra hasta la puerta de entrada a la mansión de Eduardo, Eliot miraba de reojo a sus compañeros, que a su vez se vigilaban como si fueran a desenfundar sus pistolas en cualquier momento. Al fondo ya se podía ver la luz del interior de la casa saliendo por la puerta entreabierta, Eduardo no estaba acostumbrado a recibir a nadie con cortesía, simplemente se limitaba a esperar que su servicio llevara a sus invitados hasta el inmenso salón de su casa, donde él esperaba con una copa de wiski entre sus manos.

Eliot empujó suavemente la puerta, el silencio era estremecedor, daba la impresión de que la casa estuviera abandonada, avanzó por el elegante y grandioso recibidor, resultaba como una gran casa colonial, una gran escalera adornaba todo el frontal, y sobre su cabeza, una gran lámpara de araña colgaba brillante, varias plantas le daban un aspecto acogedor, aunque los grandes tapices colgados a ambos lados le daban un aspecto algo tenebroso y tétrico.

Eliot, pronto se volvió hacia la puerta que daba al gran salón, allí, sentado de espaldas en un cómodo sofá, Eduardo, fumando un gran puro, esperaba su llegada, que entró en silencio mientras Leo y Carolina le seguían sin dejar de mirar el lujo imposible de la mansión.

–Buenas noches – saludó Eliot.

–Hola – contestó Eduardo sin moverse de su sitio, y esperando que Eliot tomara asiento junto a él, frente a la chimenea.

Eliot, sonriente, tomó asiento junto a Eduardo, cuyos ojos delataban que la copa de wiski que sostenía en su mano no era la primera. Leo fue el segundo en aparecer tras Eliot, provocando que Eduardo derramara su brebaje y se agarrara con miedo a los reposabrazos del sofá, a los que se aferró aún más fuerte al ver a Carolina.

–¿Qué coño hace este aquí? – gritó Eduardo mirando a Leo con horror, mientras este se agarraba al arma que guardaba en su bolsillo.

–¿Por qué me habéis hecho esto? – dijo Leo amenazante.

–Tranquilizaos – dijo Eliot socarronamente – estamos aquí para solucionarlo.

–Yo sé cómo se soluciona esto – exclamó Leo sacando su arma y apuntando a la cabeza de Eduardo.

–Así lo único que conseguirás será que no se pueda hacer nunca – intervino Eliot sin dejar su sonrisa.

–Me habéis engañado, es una encerrona – gritó Eduardo, al que el miedo le tenía pegado al sofá sin poder mover un músculo.

–¿Por qué a mí? – gritó Leo envuelto ira - ¿por qué a mí?

Una mirada de Eliot a Carolina le ponía en alerta, a pesar de la actitud nerviosa y violenta de Leo, Carolina parecía extrañamente calmada.

–Confiesa – Leo acercó el cañón del arma hasta que tocó la frente de Eduardo, que buscaba con la mirada el socorro de Eliot.

–Es cierto – dijo al fin Eduardo – te engañamos a ti porque eras un borracho y un perdido.

Las palabras de Eduardo hicieron que lágrimas de impotencia resbalaran por el rostro de Leo, que luchaba por no apretar el gatillo, dejarse llevar y acabar con el hombre que había arruinado lo poco que le quedaba de vida. Pero antes de que Leo pudiera decidirse, Carolina desenfundó su arma, apuntó a Leo, y le disparó a quemarropa ante la estupefacta mirada de Eduardo, que a duras penas podía mantener los ojos abiertos.

El cuerpo de Leo manaba sangre sobre el mármol del salón, Carolina dirigió su mirada a Eliot, que la observaba tranquilo, después se agachó para recoger la pistola de Leo, se volvió hacia Eduardo y apretó el gatillo haciendo que sus sesos se pegaran sobre el respaldo del sofá.

–Ya nadie sabrá que este idiota – dijo Carolina señalando a Eduardo – tenía un hijo ilegítimo, y otros como él, sabrán que cualquier situación debe ser resuelta por la organización.

–Muy bien, sabía que eras la persona adecuada – dijo Eliot suspirando – el agente Eliot te da su visto bueno.

–Tarde – contestó Carolina apuntando con su pistola a Eliot – ahora yo soy el agente Eliot.

–Después de dejar al agente Eliot vigilando – continuó Carolina con la explicación – entré tan rápido como pude, encontré la puerta de la casa abierta, y me asusté.

–¿Por qué no avisó al agente Eliot? – preguntó Fernández.

–Lo cierto es que no pensaba con claridad – Carolina fingía angustia al recordarlo – miré en el interior y escuché un disparo, saqué mi arma reglamentaria y entré en la vivienda.

–Durante ese tiempo ¿tu compañero no acudió a ayudarlo? – preguntó Fernández, que no terminaba de creer la versión de la inspectora.

–No – contestó Carolina tajante – es probable que no escuchara el disparo.

–Muy bien, continua.

–Entré con cuidado hasta el salón de la casa, y allí estaba Leo delante de Eduardo, que tenía un disparo en su cabeza – Carolina tragó saliva – Leo me miró mientras sostenía la pistola en su mano, me identifiqué y le ordené que tirara el arma, esperé unos segundos, estaba segura de que terminaría por rendirse, pero sonrió y levantó su brazo, entonces le disparé – Carolina terminó el relato bajando la cabeza compungida, mientras Fernández asentía.

~ Todo concuerda con los informes – sentenció Fernández asintiendo.

El comisario comenzó a revolverse en su asiento, tan solo faltaba que se diese por terminada una reunión que había durado más de lo que en un principio pensaban, lanzó una mirada al inspector jefe Cuadrado para que fuese él, el que diese el paso para acabar.

–¿Hemos terminado? – preguntó Cuadrado esperando la aprobación del comisario.

–Por supuesto – confirmó el comisario mientras Fernández aún miraba sus papeles buscando algo que aclarar.

–Supongo que ... - Fernández dudó unos momentos, tenía la impresión de que se olvidaba de algo – hemos terminado.

–Genial – exclamó Cuadrado levantándose de la mesa.

–Pues nos vamos – le siguió el comisario mientras Fernández ya recogía sus cosas.

–¿No vienes? – preguntó el comisario a Carolina, que permanecía sentada con la mirada perdida entre los papeles de Fernández.

–Quería decir una última cosa – dijo la inspectora dejando a todos parados – han sido unos días demasiados intensos para mí, han pasado muchas cosas y necesito tiempo para asimilarlas, con vuestro permiso, voy a tomarme una temporada de descanso.

–Tómate el tiempo que quieras – dijo el comisario sonriente, pensando que Carolina iba a decir algo más trascendente – una semana, dos, lo que quieras.

–Estaba pensando más bien en una temporada más larga, voy a pedir una excedencia por unos años – las palabras de Carolina llegaron como un jarro de agua fría al comisario y al inspector jefe – tengo que pensar si esto es para mí.

–Es una pena que se pierda a alguien como tú – intervino Fernández con una media sonrisa.

~ Para eso tendría que estar al cien por cien, y no sé si podré volver a estarlo – Carolina se levantó y dejó la sala sin despedirse.

LA INSPECTORA ARNAL

UN AÑO ANTES

Carolina llevaba pensando toda la última semana en la cita que tenía esa mañana, desde el servicio secreto le habían propuesto para una plaza que quedaría vacante, no sabía por qué, ni cómo habían llegado a la conclusión de que ella podía ser la persona idónea, pero lo que en principio le parecía algo lejano, comenzaba a ilusionarle.

Le habían citado en un edificio de oficinas del centro, lo que le pareció bastante extraño, aunque la carta que llevaba entre sus manos llevaba el membrete del ministerio, y fue corroborado por el comisario Pol, que le había dado permiso para tomarse la mañana libre para poder acudir a la entrevista.

Mientras llegaba al lugar donde le habían citado, una extraña sensación le recorría el cuerpo, tenía la impresión de ser observada, no le extraño porque era una sensación que tenía muy frecuentemente, aunque en esta ocasión no era tanto por su aspecto, algo desaliñado, como por lo que pudiera estar haciendo. Con algo de cautela, entró en el edificio, y antes de que preguntara, el amable conserje le invitó a subir a la primera planta, donde le dijo que ya le estaban esperando, con cada paso que avanzaba, todo lo que le rodeaba le parecía más raro.

Decidió subir por las escaleras, al llegar se encontró con dos puertas sin identificación, pero una de ellas estaba entreabierta, con cuidado la empujó levemente para observar el interior, donde solo podía ver un pequeño mostrador vacío, se dio la vuelta pensando en que tal vez fuera la otra, pero pensarían que era una tonta si llamaba a la otra puerta estando una ya abierta, máxime cuando ya la estaban esperando, así que entró, pensó que como mal menor la dirían que se había equivocado e iría al otro lado del descansillo.

Al entrar se dio cuenta de que ambas puertas llevaban al mismo sitio,

se encogió de hombros con indiferencia y comenzó a caminar por el primer pasillo que se encontró. Le pareció algo lúgubre, se trataba de un edificio antiguo, los techos altos y el crujido del parqué al caminar le hizo sentir un escalofrío.

–Por aquí – le dijo una voz grave y fuerte al final del pasillo.

Carolina se relajó al sentir presencia humana, comenzaba a pensar que todo había sido una broma, o al menos un error, pero a medida que avanzaba hasta la habitación desde donde había escuchado la voz, más raro le parecía todo.

–Buenos días – dijo un hombre sentado en una antigua mesa de madera al verla asomarse por la puerta.

–Hola – contestó Carolina tímidamente.

–Siéntate por favor – le pidió el hombre.

Todo resultaba de lo más pintoresco, un despacho antiguo, casi viejo, con estanterías llenas de libros de derecho que no habían sido tocados en meses, y un hombre frente a él, que parecía caído desde otra parte de la ciudad, con un moderno traje y una corbata rosa, que más bien parecía un ejecutivo de bolsa que un funcionario del ministerio.

–Me llamó Hércules, encantado – dijo el hombre levantándose para estrechar la mano de Carolina – supongo que estarás algo confusa, pero no te preocupes, te explicaré para que estás aquí y para que te hemos seleccionado, en caso de que no te guste o no te interese, podrás marcharte sin ningún problema, la opción que te voy a dar no es obligatoria, ni repercutirá en ningún caso en cualquier otro ascenso que puedas solicitar.

–De acuerdo – contestó Carolina más confusa aún después de las palabras de Hércules.

–Pertenezco a una organización no gubernamental, aunque el gobierno, por supuesto, conoce nuestra existencia y colabora con nosotros – comenzó Hércules la explicación – nuestro cometido, a grandes rasgos consiste en mantener el equilibrio social y económico en el sistema, elegimos lo mejor de lo mejor entre los cuerpos de policía, ejército y todos aquellos que puedan sernos útiles en nuestro cometido, el

puesto para el que te hemos seleccionado requiere tiempo completo, aunque puedes estar mucho tiempo sin que reclamemos tus servicios, si lo hacemos, tendrás que estar disponible al momento, incluso en el extranjero, sus recursos serán casi ilimitadas ¿puede interesarte? tómate tu tiempo.

Carolina se quedó pensativa, lo que Hércules le proponía era una oportunidad profesional casi irrechazable, siempre había soñado con ir más allá en su función como inspectora, y realizar una labor que derivara en solucionar problemas importantes, y por lo que le estaba diciendo, eso sucedería al máximo nivel, aunque por otro lado, le surgía la duda de no tener una rutina que le permitiera tener una vida normal, aunque su trabajo de inspectora tampoco se lo permitiera.

–Acepto – contestó Carolina sumida en mar de dudas, pero no quería dejar pasar la oportunidad.

–Estupendo – exclamó Hércules – estaba seguro, con tu selección no entrarás en ningún concurso, ni tendrás que competir con otros codo con codo, demostrarás que eres la idónea para el puesto en un trabajo de campo, aunque también se podría dar la opción de que otro sea el elegido y no volvamos a contactar contigo, aunque el hecho de que aceptes y entres a forma parte de los dispuestos a entrar, ya te hace especial, incluso dentro del trabajo que ahora desempeñas – Carolina le miraba como si le estuviera hablando en otro idioma.

–¿Entonces? – el desconcierto de Carolina era casi total.

–A partir de este momento te estaremos siguiendo, nos fijaremos en todo tu trabajo, y un día, que puede ser mañana o dentro de dos años, tendrás que resolver uno de nuestros trabajos, no te lo notificaremos, no te avisaremos, ni siquiera sabrás lo que debes hacer – Carolina le miró encogiendo los hombros – ese será tu examen.

–¿Cómo sabré lo que debo hacer?

–Necesitamos a una persona que vaya más allá – dijo Hércules con entusiasmo – que vean lo que otros ni siquiera intuyen, que sea capaz de desenvolverse por sí misma, tan solo con la ayuda de su propia inteligencia, y creemos que tú puedes cumplir con esos requisitos, y solo

los podemos evaluar en un trabajo real.

–Ni siquiera me va a decir que hacer – a Carolina todo le sonaba a una especie de juego de rol de espías.

–Tan solo hay una cosa que debes tener en cuenta – Hércules hizo una pausa ante la expectación de Carolina – debes ocuparte del agente al que sustituyes.

–¿Ocuparme? – Carolina solo podía pensar en acabar con su vida.

–Sí – contestó Hércules, que disfrutaba con esta parte del reclutamiento – ocuparte.

–Si no sé quién es – contestó Carolina sin comprender nada.

–Lo sabrás – contestó Hércules.

–¿Y si hago bien el trabajo y no me ocupo del agente?

–Eso será imposible – sentenció Hércules dando por concluída la reunión.

–Está bien – dijo Carolina levantándose para irse – nos vemos.

–Eso espero.

ELIOT

DOS SEMANAS ANTES

–Buenos días, ilustre Hércules, me encanta volver a verte – exclamó Eliot con falsa alegría – hace por lo menos tres días que estoy tranquilo en casa sin nada que hacer, después de más de veinte arrastrándome por el norte de África.

–Te veo algo saturado – comentó Hércules sin dar más importancia a los comentarios de Eliot.

–No sé por qué – siguió quejándose Eliot mientras se dejaba caer en el sillón frente a Hércules.

–No protestes tanto, tu próxima misión es casi un paseo.

–Seguro que sí – contestó Eliot de mal humor.

–Es aquí, en Madrid – Eliot se incorporó sorprendido.

–Alguien no respeta los pasos de cebra, alguna abuela hace trampas al bingo, o simplemente algún revolucionario se dedica a aparcar sin pagar – el sarcasmo de Eliot solía hacer mucha gracia a Hércules, que no podía evitar reír con los comentarios de Eliot.

–Mucho más fácil que todo eso – exclamó Hércules tratando de ser gracioso sin conseguirlo – tan solo tienes que ocuparte de que el hijo ilegítimo de Eduardo Galán solo sea un recuerdo.

–Suena demasiado bien – dijo Eliot receloso – con un accidente valdrá ¿no?

–No exactamente.

–Lo sabía – replicó Eliot indignado.

–Es un problema serio, el señor Galán ha decidido actuar por su cuenta pensando que nosotros no nos enteraríamos de que la madre de su hijo ilegítimo le ha puesto una demanda de paternidad.

–¿Cuál es el problema? se lo decís a vuestros amigos jueces y se acabó.

–Es algo más complicado que eso – dijo Hércules con una mueca incómoda - para un hombre de su rango en la organización, un hijo ilegítimo supone un grave problema, y además una causa más que justificada para que abandone su puesto dentro de ella, ya que si prosperase la demanda, o simplemente pudiera tener acceso a determinada información, la organización quedaría al descubierto, no por mucho tiempo, pero el suficiente como para que determinada gente nos señale con el dedo, y eso es algo que traería muchas complicaciones.

–Vaya, un asunto interno, esto me está empezando a interesar – dijo Eliot retintín.

–No lo tomes a broma – replicó Hércules serio.

–Y no lo hago, créeme, no lo hago.

–El caso es que Eduardo Galán, angustiado por la posibilidad de ser relegado en sus funciones dentro de la organización ...

–Lo ha intentado arreglar por su cuenta – le interrumpió Eliot.

–Exacto - corroboró Hércules molesto con las interrupciones de Eliot – y para ello, ha contratado a un viejo amigo tuyo – Eliot se quedó con un gesto de incredulidad – Cristian.

–No me suena.

–Compañero en el crucero a Malta – le aclaró Hércules.

–¿En serio? – exclamó Eliot con sorpresa – entonces no habrá ningún problema, se habrá encargado de todo.

–Esa no es la cuestión – le interrumpió Hércules – los jefes de la organización no están dispuestos a que uno de sus miembros actúe por su cuenta, y más en un caso así, por lo cual deberás de asegurarte de que nadie relacionado con Arturo Canal, hijo ilegítimo de Eduardo, quede fuera de control, y por supuesto que la noticia no trascienda más de lo que ha podido hacerlo, y por otra parte me han pedido que elimines a Eduardo – Eliot levantó las cejas sorprendido de nuevo.

–¿Y sus hijos? – preguntó Eliot ya serio.

–Ellos serán puestos al día por la organización en su momento, lo más seguro es que sus acciones en las empresas que maneja su padre pasen a otras manos con una cuantiosa compensación que asegure su futuro y su

silencio, pero él no debe continuar.

–Ya veo – dijo Eliot pensativo – ¿alguna recomendación de cómo hacerlo?

–En principio, no – contestó Hércules tajante – Eduardo ya ha puesto en marcha su plan para deshacerse de su hijo, por lo que supongo que las decisiones deberán ser tomadas sobre la marcha.

–Me encantan estas misiones ¿quién está al cargo de la investigación?
– Hércules torció el gesto ante la pregunta de Eliot - ¿qué pasa? – preguntó Eliot con preocupación.

–Otro compañero tuyo y de Cris.

–No – exclamó Eliot dejando caer su cuerpo sobre la mesa – no me lo puedo creer.

–Tampoco es para tanto – Hércules trató de quitar hierro al asunto – joder, me odia, seguro que me odia, me lo va a poner muy complicado.

–En principio no tendrías que tratar mucho con ella, se te va a asignar a alguien a su cargo.

–¿Encima? – protestó Eliot con un manotazo en la mesa – trabajo solo.

–Ya, pero en este caso sería muy complicado explicar tu presencia en una investigación que tiene ocupado a todo el cuerpo de policía, por lo que, aprovechando la estupidez de uno de los inspectores de la investigación, tú acompañarás a su compañera.

–¿Compañera? – preguntó Eliot algo más relajado – ya sé lo que pretendes.

–¿Qué? – Hércules se vio sorprendido por la afirmación de Eliot.

–Quieres buscarme novia ¿verdad? – bromeó Eliot riendo.

–No seas estúpido – replicó Hércules respirando.

–Aquí tienes todo el dossier de lo que sabemos y de lo que no deberíamos saber – explicó Hércules poniendo una carpeta sobre la mesa – ahí tienes los oficiales al cargo, y a quién tienes que presentarte.

–¿Alguna sorpresita más?

–Espero que no – contestó Hércules.

–¿Cuándo empiezo?

–Ahora, creo que están en la escena de un crimen relacionado con

todo esto, está todo en el dossier, te dará tiempo a leerlo antes de llegar.

–Que considerado – se lamentó Eliot abriendo la carpeta – la cita que tenía en una hora, supongo que tendré que dejarla plantada – continuó bromeando Eliot – si te doy la dirección ¿puedes ir tú en mi lugar? – Hércules negaba con la cabeza mientras Eliot desaparecía al otro lado de la puerta.

CAPITULO 35

Carolina salió a la calle con una sensación de libertad como nunca había sentido, cerró los ojos, respiró profundamente y comenzó a pasear observando las vidas normales y rutinarias de todos los que se cruzaban con ella, se sentía diferente, casi como si perteneciera a otro lugar, a otro mundo.

Casi sin darse cuenta se dirigió a la primera estación de metro que se encontró, se sonrió y bajó las escaleras casi por inercia, se sorprendió al tocarse el bolsillo del pantalón buscando la tarjeta de transporte, la sacó y la pasó por el tornó. Le resultaba extraño a la vez que habitual utilizar el transporte público que tanto llegó a aborrecer en su época de estudiante, los sonidos, las conversaciones, los olores, los gestos, todo le resultaba acompasado, casi rítmico.

Mientras caminaba hacia la línea que le llevaría hasta el centro, los acordes de un músico del metro le hicieron detenerse, la música provenía de otro pasillo cercano al suyo, se dio media vuelta y giró, Spirit in the Sky sonaba tan mal como nunca lo había escuchado.

*When I die and they lay me to rest
Gonna go to the place that's the best
When I lay me down to die
goin' up to the spirit in the sky
goin' up to the spirit in the sky*

...

–Sigues con tu horrible gusto musical – dijo Carolina sonriendo.

–Como puede decir eso señorita – contestó el hombre que cantaba con un micrófono en la mano, junto a otro que manejaba un gran altavoz con la melodía.

–¿A esto te vas a dedicar? Eliot

–Creo que me confunde con otro, yo me llamo Alberto – dijo el

hombre bajando el micrófono y acercándose a Carolina – y usted ¿cómo se llama? – Carolina le miró pensativa con gesto de satisfacción.

–Eliot – contestó Carolina.

–Un nombre un poco raro para una chica ¿no?

–Supongo que sí, pero nunca sabes cómo son las personas hasta que no las conoces.

–Completamente de acuerdo, me permite que le invite a cenar – dijo Alberto con gesto servicial.

–Creo que no va a ser posible – Carolina sacó una tarjeta de crédito dejándola suspendida en el aire – porque seré yo el que le invite.

Carolina observaba con desprecio los cuerpos de Eduardo y Leo ante la mirada impasible de Eliot, que permanecía parado como un espectador.

–Ya nadie sabrá que este idiota – dijo Carolina señalando a Eduardo – tenía un hijo ilegítimo, y otros como él, sabrán que cualquier situación debe ser resuelta por la organización.

–Muy bien, sabía que eras la persona adecuada – dijo Eliot suspirando – el agente Eliot te da su visto bueno.

–Tarde – contestó Carolina apuntando con su pistola a Eliot – ahora yo soy el agente Eliot.

Eliot permaneció inmóvil, la tensión le agarrotaba, pero a la vez sentía una increíble sensación de liberación, solo podía esperar la decisión de Carolina, que sostenía su arma con una firmeza que le dejaba pocas dudas de lo que iba a suceder.

–No pensarías que te iba a matar ¿verdad? – dijo Carolina soltando una sonora carcajada.

–Joder – exclamó Eliot dejando que sus brazos cayeron hasta las rodillas para descansar - ¿por qué no?

–Me dijeron que tenía que hacerte desaparecer – explicó Carolina – así que depende de ti, si desapareces no tendré que buscarte para matarte, además imagino que ya tendrás preparada una bonita jubilación.

–Lo cierto es que tengo un par de cosas pensadas – admitió Eliot

resoplando - ¿cuándo supiste lo que tenías que hacer?

-Por favor – exclamó Carolina con indignación – has asesinado a todo aquel relacionado con Arturo, era evidente, tan solo necesitaba entender cuál era tu misión, pero me quedó claro cuando me dijiste que habías quedado aquí con Leo.

-Que chica más lista – dijo Eliot recuperando el aire.

-Supongo que ahora tendrás que darme toda tu documentación.

-Por supuesto – dijo Eliot sacando su cartera con sus identificaciones y todas las tarjetas que le había dado la organización.

-¿Me das todo? – preguntó Carolina sorprendida al darle la cartera Eliot – ya lo tienes todo preparado, no recordaba que eras el agente Eliot.

-Ahora ya no – dijo Eliot riendo.

-¿Nos volveremos a ver? – preguntó Carolina apenada.

-Supongo que tal vez ¿no?

-Vete ya de una vez, tengo que llamar a comisaría para que vengan aquí.

-Supongo que ya te encargas de todo ¿no? agente Eliot – dijo Eliot con retintín.

-Vete antes de que me arrepienta.

Eliot se fue con la misma tranquilidad con la que le había visto llegar la primera vez que entró en su vida, aunque las sensaciones eran bien diferentes, y su vida también.

PIERO

Respiró profundamente, y con parsimonia, se dio media vuelta encontrándose con el cañón de la pistola de Alberto apuntándole a la frente.

–Te he subestimado – dijo el agente Eliot dejando caer la maleta que sostenía en su mano – has ganado – Alberto se mantenía en silencio sin dejar de apuntarle – debes estar muy orgulloso, has conseguido lo que has venido a buscar.

–Supongo – contestó Alberto tímidamente, a la vez que sus nervios comenzaban a pasarle factura haciendo que el arma que sostenía en el aire comenzase a temblar.

–¿Qué vas a hacer? – preguntó Eliot – aquí me tienes, soy el agente Eliot – Alberto apretó con su puño fuertemente la culata mientras el dedo índice se deslizaba suavemente por el gatillo.

–No – dijo Alberto con seguridad – yo soy el agente Eliot.

El agente Eliot esperó a que Alberto tomara una decisión sin mostrar la más mínima señal de miedo, lo que intranquilizó a Alberto, que dudó, a pesar de la seguridad en lo que estaba haciendo.

–¿Por qué no tendría que disparar? – preguntó Alberto.

–¿Por qué no lo has hecho ya? – contestó el agente Eliot – déjame al menos que me tome mi última comida – señaló el restaurante que tenían delante, la Trattoria de Malta.

–No te muevas – le ordenó Alberto con pánico.

–Haz lo que tengas que hacer, yo voy a entrar – sentenció el agente Eliot dándose media vuelta para entrar.

Alberto bajó su arma abatido, no había sido capaz de completar la misión, había fracasado como los demás, permaneció unos minutos en el exterior del restaurante lamentándose de su cobardía. A pesar de todo decidió entrar para ver cara a cara al hombre que le había ganado el desafío.

–Una copa de vino para mi amigo – gritó el agente Eliot al ver entrar a Alberto mientras sostenía una copa de vino en la mano.

–¿Por qué me has dejado llegar hasta aquí? – preguntó Alberto al sentarse junto al agente Eliot.

–Porque estoy cansado – confesó Eliot – llevó muchos años y ya no recuerdo las razones por las que empecé, y eso es un síntoma de que mi tiempo ha terminado, y empieza el tuyo – Alberto se sorprendió al escuchar las palabras de Eliot – no me mires así, lo has hecho perfectamente, pero no pensarías que una pandilla de novatos podría conmigo ¿verdad? – Alberto se encogió de hombros – lo suponía – dijo riendo – cuando acabemos de comer, cogerás la documentación y se la llevarás a Hércules, le dirás que me has eliminado y todo resuelto.

–No lo entiendo – dijo Alberto confuso.

–Es muy fácil, ser el agente Eliot supone un mundo lleno de aventuras, buena vida, si consigues que no maten, claro, y un sinfín de alicientes, pero a medida que te vas haciendo mayor los alicientes cambian, y cuanto más observas a las personas que te rodean, más envidias sus vidas, tienen familia, amigos, tranquilidad, todo a lo que renuncié cuando acepté ser el agente Eliot, y a lo que vas a renunciar tú desde ahora mismo.

–Pero, si tan bueno es ¿por qué lo dejas?

–Ya te lo he explicado – insistió Eliot – mira a tu alrededor – Alberto giró la cabeza y miró a los comensales que disfrutaban con sus conversaciones y sus charlas - ¿no lo ves? has renunciado a todo esto.

–Estoy a tiempo de renunciar – le advirtió Alberto.

–Estás muy equivocado – respondió Eliot – si renuncias ahora, yo te mataré, y si lo haces cuando vuelvas, lo harán ellos, ya no hay vuelta atrás, ahora disfruta mientras sigas sin ver todo lo que la vida puede ofrecerte – Alberto se quedó pensativo – la opción que manejas no es posible, si me matas aquí con el revólver que tienes bajo la mesa, los dueños de este local te cortarán el cuello antes de que mi sangre salpique el suelo, como ves, no tienes elección.

–Pero para eso tendrás que desaparecer.

–Lo has dudado en algún momento – Eliot soltó una carcajada ante la inocencia de Alberto – de eso puedes estar seguro, ahora disfruta de la mejor pizza del mundo – dijo mientras un camarero les servía una gran pizza pepperoni en el centro de la mesa.

–Pero si descubren que estás vivo, los dos moriremos – dijo Alberto más nervioso con cada minuto que pasaba.

–Por supuesto – confirmó Eliot – por eso, dentro de un tiempo me buscarás, me encontrarás, y cuidarás de que nadie dé conmigo, es la única manera, ellos tienen contactos hasta en el mismo infierno, nuestras vidas ahora están conectadas por el mismo cordón umbilical.

–Joder – exclamó Alberto dejando caer la cabeza.

–Así que, bienvenido agente Eliot.

EL PRECIO DE LA MUERTE

EL PRECIO DE LA MUERTE

EL PRECIO DE LA MUERTE

ELIOT

Table of Contents

[EL PRECIO DE LA MUERTE J. JACKSON](#)

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[CAPITULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPITULO 20](#)

[CAPITULO 21](#)

[CAPITULO 22](#)

[CAPITULO 23](#)

[CAPITULO 24](#)

[CAPITULO 25](#)

[CAPITULO 26](#)

[CAPITULO 27](#)

[CAPITULO 28](#)

[CAPITULO 29](#)

[CAPITULO 30](#)

[CAPITULO 31](#)

CAPITULO 32

CAPITULO 33

ROSA, CRIS, VERONICA Y ALBERTO

HERCULES

ANDRES Y PATRICIA

DEMETRIO

CAPITULO 34

LA INSPECTORA ARNAL

ELIOT

CAPITULO 35

PIERO

EL PRECIO DE LA MUERTE

EL PRECIO DE LA MUERTE

EL PRECIO DE LA MUERTE

ELIOT